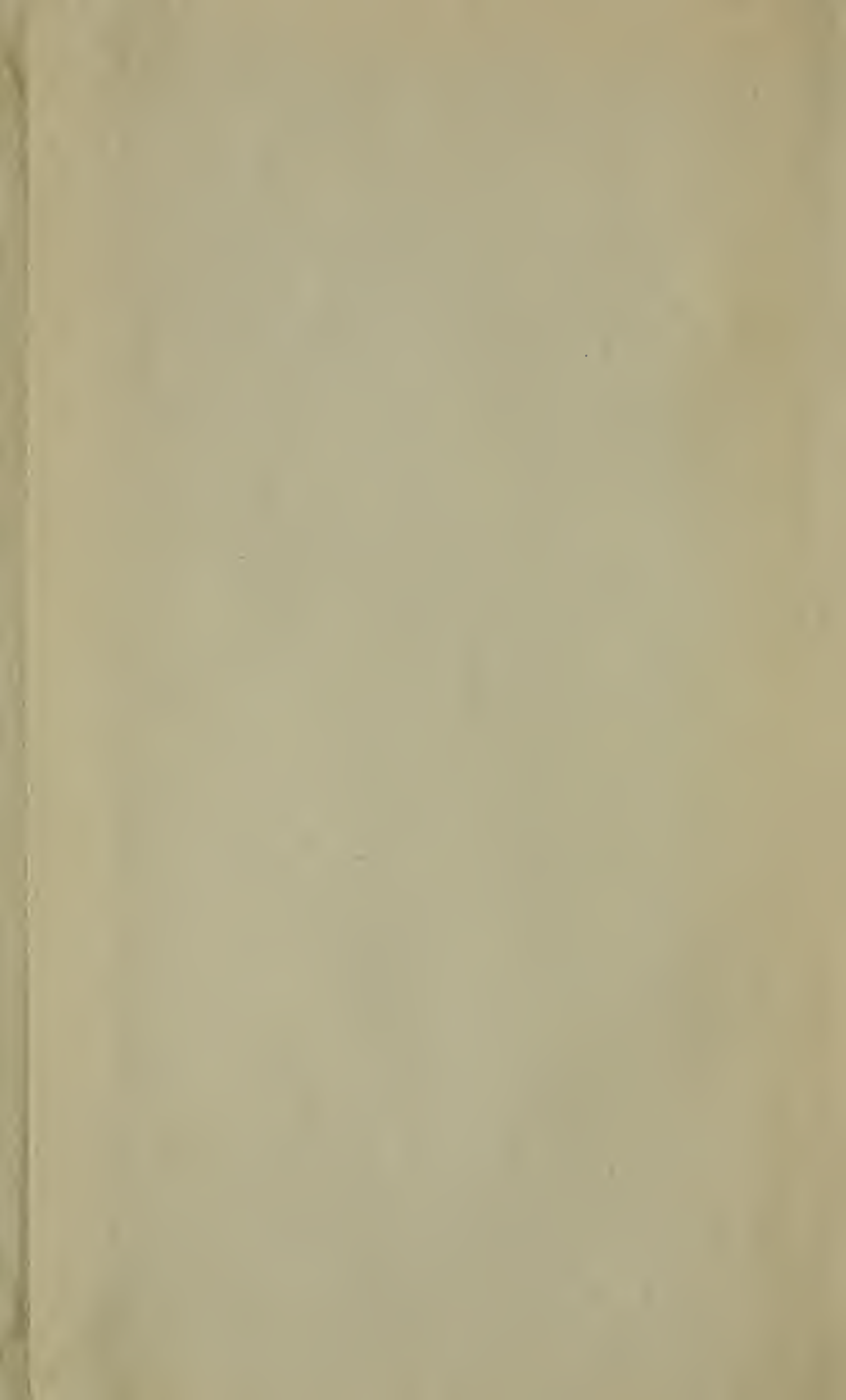








TRADICIONES DE TOLEDO



TRADICIONES

DE

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

SEGUNDA EDICION

MADRID: 1880
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

INTRODUCCION.

Recostada, como en blandos cojines, en siete cerros que ciñe el Tajo con amor, Toledo, la amada de los godos, la vírgen sarracena cuya pérdida lamentaron tantas veces los poetas musulmanes, la querida de Cárlos V, en cuyos viejos muros dejaron los siglos uno trás otro el sello de su gloria, duerme hoy el sueño del pasado.

Nada turba este sueño. Las aguas se deslizan silenciosas por la florida vega; las flores del recuerdo cierran su cáliz sobre las ruinas de los desmoronados castillejos; las sombras de los que fueron yacen en calma dentro de sus tumbas.

Sembradas en las faldas de esos cerros largas hileras de casuchas de vários colores y diferentes épocas, se alargan indefinidamente, retorciendo su cuerpo de serpiente cual si quisieran escalarlos para ascender hasta su cumbre y mirarse desde allí en la tranquila superficie del rio; y en medio de ellas, como flores en un prado de ortigas, se alzan severos monumentos, mudos gigantes de granito que parecen lamentar la muerte de las edades que los dejaron trás sí como muestra de su

valer: torreones derruidos en cuyas grietas crece el musgo; templos suntuosos que guardan, escrita en piedra, la oracion del siglo en que nacieron; palacios que resonaban ayer con los himnos de la grandeza y hoy repiten el canto del buho que anida en sus almenas desportilladas.

Y todo calla, y todo duerme, y nada turba el sueño de la matrona, tendida sobre su asiento de peñascos, vestida de niebla y envuelta en las brumas cual si nadase en un océano de nubes.

De cuando en cuando, sin embargo, muévese la matrona; el ángel de las tradiciones bate sobre ella sus álas, y á este blando rumor, séres extraños, de forma nunca vista, se agitan por todas partes y asoman su rostro expresivo por las grietas de los edificios, y las almenas de los torreones, y las columnas de los templos, y las ruinas de los castillos, y los restos de los palacios. Cobra vida un mundo ficticio, formado de memorias del ayer, y se encienden por dó quiera luces fosforescentes que animan con pálido resplandor su despertar. Entonces, herida su imaginacion por tales rumores, sueña la vieja matrona, y su sueño son antiguas tradiciones formadas por los génios del pasado, referidas mil y mil veces durante las largas noches de invierno en el seno de hogares hoy apagados, entre el silbo del huracan que azota las puertas y la queja doliente de la lluvia que resbala por los vidrios sus gotas cristalinas, mientras arden los troncos en la chimenea, elevando por sus negras paredes lenguas de fuego y chispas de oro.

Y en este sueño de la ciudad, tan largo tiempo adormecida, pasan, estrechándose unos contra otros, arrastrados como granos de arena, el judío sacrílego que osó poner su mano atrevida en la imágen del Redentor, que le persigue sin cesar; la animosa mujer que hundió en las aguas el secreto vergonzoso que guardaba la honra de su marido, llevando en su mano segura la antorcha que brilla

como un fuego fátuo en medio de las tinieblas de la noche; el rey desgraciado tapándose los oidos para no oir el grito aterrador de su conciencia; la sombra de Florinda lamentando sus extravíos en las orillas del rio; el monarca de adusto ceño, inquieto porque falta á sus deberes violando el santuario de la conciencia de un pueblo; las burladas doncellas que llevan en las manos una bandeja y en ella la cabeza del burlador; el rey moro herido por la cólera del Dios de los cristianos, cuyo nombre desprecia; el santo arrebatado por una idea fanática, que con un crucifijo en la mano predica la destruccion y la matanza en nombre de un Dios de perdon y misericordia; el extraviado mancebo, retenido cual por potente iman en torno del monton de oro que le haria vivir feliz sobre la tierra; el amante sacrificado á la venganza de un judío junto al brocal de un pozo, al pié del cual gime una pobre loca de rodillas; el caballeroso caudillo sarraceno que, de pié en alta peña, se cubre el rostro con el jaique para llorar la muerte de su amada; el feroz *walí*, arrebatado por la venganza, alzándose triunfante y vencedor sobre un monton de cabezas sangrientas; el noble á cuya invocacion se abren los muros para defenderle de sus traidores enemigos; el incrédulo que á la vista de los prodigios cayó de hinojos ante la imágen venerada de sus padres; la princesa mora que deja su religion y su pátria para seguir á su amado; el obispo que purga eternamente el sacrilegio cometido por los suyos en la santa catedral...

Y cuando estas figuras aparecen irguiéndose sobre las ruinas y los escombros, la luna oculta su luz trás negras nubes, las nieblas se espesan más y más, y los pájaros de la noche dejan oir sus extridentes graznidos, que forman una orquesta desacorde y horrible, cuyos fatídicos ecos se estrellan con furor entre las peñas que dominan el Tajo. El espacio parece lleno de fantasmas, el aire vuela car-

gado de suspiros como choque de ramas en el árbol movido por el huracan.

Este libro es producto de esos sueños. Humilde recopilador de sus consejas y de sus tradiciones, guarda en todas sus páginas algo de la vida de esa ciudad que fué tan grande que hace cuatro siglos que sólo vive del rastro que dejó en el mundo su grandeza; algo de sus creencias, de su modo de ser. Urna de sus memorias, encierra en su seno la palabra misteriosa que evoca el pasado y le hace vivir en el presente la vida de los recuerdos. Quizá á vosotros no os hagan efecto alguno las viejas historias, leidas en la calma del gabinete: yo, por mi parte, declaro que muchas veces, al escuchar la tradicion en el mismo lugar en que pasó, en la noche y la soledad, he cerrado los ojos y me he tapado los oidos con terror: veia los fantasmas que he descrito, y oia rumores que no se pueden describir, y mi espíritu vacilaba, y la sangre afluia á mi corazon.

Toledo es una vieja ciudad; por lo tanto, sus cuentos han de ser cuentos de vieja: leedlos, sin embargo, con atencion. Esos cuentos que arrullaron en otro tiempo nuestra infancia, van siempre unidos á los recuerdos más queridos y santos de la vida.

EL CRISTO DE LA LUZ.

A MI AMIGO RICARDO MADRAZO.

La primera iglesia que encuentra á su paso el viajero que penetra en Toledo por la *Puerta de la Conquista*, es la pequeña ermita del *Cristo de la Luz.*

Y si por un acaso, amante de las tradiciones de los pueblos y recordando que en su recinto oyó la primera misa el dia 25 de Mayo de 1085, el ejército cristiano á quien se acababa de rendir la ciudad; si conocedor de las mil leyendas que guardan aquellas desnudas paredes, forjó en su fantasía la idea de un templo grande en sus magnitudes y en su forma, grande tambien debe ser su sorpresa al hallarse en una reducida capilla de unos 14 metros de largo por 7 de ancho, compuesta de dos distintos cuerpos, y ante un pequeño retablo sobre el cual se destacan las dos imágenes que dan su nombre á la ermita, pequeñas como ella, pero tan importantes bajo el punto de vista de la tradicion, como la ermita lo és bajo el punto de vista artístico.

Levantada, segun todas las opiniones, hácia el siglo XI de nuestra Era, sobre el emplazamiento de otra ermita que con igual advocacion se edificó en el mismo sitio durante la dominacion de los godos, pertenece al primer período de arquitectura árabe denominado árabe-bizantino, y és, al decir de los inteligentes, uno de los más antiguos y bellos monumentos de este género en España. Está dividida en dos naves; la primera sustenta en su centro cuatro pequeñas columnas de vário dibujo y sobre ella se cruzan nueve bóvedas sostenidas por arcos lisos; pendiente del central se vé todavía la cruz de madera que traia Alfonso VI en su escudo, y bajo la cual hay una leyenda que dice: «ESTE ES EL ESCUDO QUE DEJÓ EN ESTA ERMITA EL REY DON ALONSO VI, CUANDO GANÓ Á TOLEDO, Y SE DIJO AQUÍ LA PRIMERA MISA.»

En la segunda sala, que es la que propiamente constituye la iglesia, hay dos altares que nada tienen que ofrezca pasto á la curiosidad del artista ni á la consideracion del arqueólogo; y en el centro un ábside en forma de tambor que sustenta el retablo, de estilo Churriguera, que sostiene las milagrosas imágenes.

Breve, muy breve es el recinto, pero ¡cuántos recuerdos acuden á la mente del hombre pensador que le visita! Muchas veces he pasado en él horas enteras resucitando con la imaginacion viejas memorias de esas edades que desaparecieron en el abismo del tiempo dejando su huella en el eterno libro de la historia. Allí, sentado en el rincon más oscuro del templo, revivia el pasado para mí, y á la caida de la tarde, cuando las sombras empezaban á invadirle, figuras extrañas tomaban forma ante mis ojos y cruzaban despues como esas melancólicas visiones del Dante que pasan arrastradas en el giro del viento, representando épocas diversas, civilizaciones diferentes.

Entre las muchas leyendas que cuenta el pueblo refiriéndose á este venerable lugar, hay una que llamó más poderosamente mi atencion, porque más que otra cualquiera pinta el carácter de una época. Esta es la que voy á trascribir, procurando conservar su especial sabor en cuanto sea posible.

I

A mediados del siglo VI de nuestra Era, vivia en Toledo, en la plazuela de Valdecaleros, que va á desembocar junto al colegio de Doncellas, un judío, cuyas constantes predicaciones contra los cristianos, le habian dado una reputacion que él, por su parte, se esmeraba en aumentar.

Estaba solo completamente en el mundo. Huérfano desde niño, y habiendo rehusado casarse cuando llegó á la edad de procurarse una familia, su única pasion, pasion inmensa y devoradora, era el ódio hácia Jesús, ódio cada vez mayor por lo mismo que se revolvia en la impotencia.

Y esta aversion que le inspiraba el profeta de Nazareth, estaba justificada. Hijo fiel y entusiasta del pueblo á que pertenecia, celoso de su orígen, dimanado del mismo Dios, y admirador de sus grandes glorias pasadas, Abisain, que tal era su nombre, habia estudiado los libros sublimes en que Moisés, los jueces, los profetas, los reyes, dejaron huellas de su génio, trazando esas páginas tan grandes, esas páginas tan hermosas que durante mucho tiempo se adelantaron tanto al espíritu general del mundo, que el hombre, incapaz de comprenderlas como obra de los hombres, las supuso descendidas del cielo, desbordándose como manantial de gracia de los lábios del Creador. Y en sus largas horas de estudio, en las tristes veladas del invierno, en que el viento al silbar y la lluvia al caer, remedan eco confuso de suspiros, como si hasta él llegasen las quejas de los desterrados descendientes de

Judá; en esos largos momentos, dedicados á la contemplacion de lo que fué, el espectáculo de las glorias de su raza habia pasado muchas veces ante su vista como radiante meteoro que aparece un instante en el espacio, brilla con fulgor vivísimo y luego desaparece trás el horizonte, impulsado por una fuerza desconocida que le impele en el infinito, é identificándose con sus progenitores, el ánimo de Abisain habia seguido paso á paso la historia de su pueblo, extasiándose con él en las ciudades primitivas en medio de los patriarcas que hablaban con Dios, y á quien servian de mensajeros los ángeles; sufriendo con él en Egipto y llamando al Sér poderoso que habia de romper su servidumbre; admirando la grandeza del Omnipotente al cruzar el desierto bajo su egida protectora; sintiéndose fuerte con las conquistas de Josué, con los consejos de Samuel, con el poderío de David, con la ciencia de Salomon; llorando luego nuevas servidumbres para despues regocijarse con nuevas redenciones, halagado sin cesar por la idea de un Redentor humano y divino que asegurase á la raza predilecta de la Divinidad, el poder sobre la tierra y la posesion del cielo.

Así habia llegado en su ojeada retrospectiva á aquellos desgraciados tiempos en que Roma lo absorbia todo, y llevaba á todas las naciones sus banderas, y sus águilas á todos los cielos, y sus astros á todos los horizontes; tiempos de lucha y de dolor, en que el profeta lloraba con lágrimas sublimes la destruccion del templo y la ruina de Jerusalem; en que habia algo como una sombra en todos los espíritus; algo como una preocupacion en todas las imaginaciones, y en que los judios, perdida ya su importancia, perdian tambien su autonomía, y perdian tambien su libertad; en que sus gobernadores, siervos de Roma, obedecian, temblando, á sus altivos señores, y compraban al precio de su humillacion una som-

bra mezquina de poder, una influencia ficticia en los destinos de su pueblo. Y al llegar á la historia tan triste de aquellos dias, los ojos de Abisain manaban llanto, y su corazon manaba sangre, y cada vez era mayor su esperanza en aquel rey poderoso, en aquel Mesías, que rompiendo la esclavitud de Israel, vengaria la dureza de sus ofensas y la infamia de su abyeccion.

Pero Jehová, el gran Dios del Sinaí, está airado contra su pueblo, y va á retardar, y á retardar indefinidamente, el cumplimiento de su palabra; va á esparcir á sus hijos predilectos por la superficie del planeta; va á permitir que se extinga el fuego sagrado que arde en sus altares; que se derrumbe el templo suntuoso levantado por Salomon y reedificado por Zorobabel á su regreso de Babilonia; Israel va á dejar de existir como pueblo, á perder su pátria, su significacion, y á pasear su miseria por delante de todas las razas atónitas ante el decreto del destino. Levántase de entre las calles de Judea un hombre extraordinario, predicando una nueva doctrina que quiere sustituir á la doctrina antigua; un hombre de acento atractivo, que aspira á ser reformador del gran Moisés, y que, diciéndose el Mesías, predicará, no la destruccion, no la matanza de los enemigos de Judá, sino el perdon de las ofensas y el castigo de las injurias; un nuevo profeta que llora ante Jerusalem por su próximo fin, y que léjos de oponerse á las exacciones, á la tiranía de Roma, reconoce al César, le paga tributo, y apartando su mente de la tierra, alza los ojos al cielo, y canta, no la redencion del cuerpo que muere, que pasa como el polvo del camino, sino la redencion del espíritu, eterno como Dios y coexistente hasta en la eternidad.

En vano este hombre muere por blasfemo, por sedicioso, por sacrílego; alrededor de la cruz de donde pende su cuerpo, se agrupa la humanidad, y su muerte señala la muerte de

Roma y la renovacion completa del mundo. Y las generaciones nacen y crecen junto á aquel madero que llega á ser su enseña venerada, y una tras otra dejan caer sus maldiciones sobre Israel que ya proscrito, vagamundo, sin pátria y sin hogar, recorre la tierra, llevando, sin embargo, en su imaginacion la idea salvadora que tantas veces le libró de la servidumbre, y que es el único bálsamo que cierra sus heridas, el único consuelo que alivia sus dolores. De la terrible conmocion que le ha privado de cuanto es caro al corazon, este pueblo no ha sacado más que una cosa incólume: su fé.

En estas ideas nutria Abisain su entendimiento; y sus recuerdos eran avivados y alimentados sin cesar por la vista del culto que su pátria adoptiva rendia al Crucificado. A su alrededor, en la plaza pública, en su misma calle, cerca de su misma casa, todo un pueblo se humillaba ante el falso profeta, reconociendo unos y negando otros su divinidad, pero acatándole todos como á un sér superior en quien veian el hijo del Todopoderoso, ó la primer criatura del Universo; en todas partes se elevaba ante él, se presentaba ante sus ojos aquel cuerpo yerto, sostenido por dos brazos rígidos y sin vida, pendiente del madero ominoso en que morian los esclavos, con los lábios aún entreabiertos, de que parecia escaparse un último suspiro, y los ojos semi cerrados, de que parecia escaparse una última mirada.

De todas las imágenes cuya vista le ponian fuera de sí, habia una sobre todas ellas que le atraia, hácia la cual le arrastraba un movimiento que no era dueño de contener, una fuerza que no podia contrastar; esta imágen era la del *Cristo de la Luz*, que se veneraba con gran fé en la ermita de su nombre, al lado de la *Puerta de Valmardon* ó *Agilana*—que así se llamaba el arco conocido hoy con el nombre de la *Conquista*, por atribuirse su fundacion á Agila.—Y es que aquel

crucifijo era tenido en mucho por los cristianos, y esto bastaba para hacerle aborrecible á su eterno enemigo. Pero efecto sin duda de la misteriosa atraccion que sobre él ejercia aquel lugar, siempre que salia de su casa habia de pasar por delante de la ermita de la Cruz; aunque quisiera oponerse á ello, sus piés le llevaban allí con gran fuerza, y su voluntad acababa siempre por ceder á un deseo tan fuera de razon. Pasaba por delante de la puerta, abierta siempre, y en el momento de pasar dirijia al interior una mirada de ódio, que iba á encontrarse con la muerta mirada de la imágen.

Esta era la vida que hacia en Toledo el judío Abisain el año 555 de nuestra Era.

II

Hallábase un dia Abisain sólo en su casa haciendo sus eternas consideraciones sobre la historia de su pueblo, cuando uno de sus amigos, judío como él, llamado Sacao, vino á verle con el rostro alborozado y manifestando un contento que no trataba de ocultar. Sacao sabia el rencor que su amigo abrigaba en su pecho contra los sectarios de Jesús; sabia su particular aversion á la imágen del *Cristo de la Luz*, y queria darle una noticia, convencido de que, oyéndola, palpitaria de placer su corazon. Unos cuantos de entre sus amigos, celosos de la devocion de los cristianos, trataban de acabar con ella y conseguir que los cristianos mismos fueran los que perdieran su fé en la milagrosa imágen, trocándose su afecto en ódio repulsivo, y con este fin habian puesto en ejecucion un proyecto infernal, del que con seguridad esperaban felices y provechosos resultados: aprovechando la soledad en que quedaba la iglesia por la noche, habian impregnado de un veneno muy activo, que producia la muerte instantánea, los piés del Crucificado, para que al dia siguiente, todos los que fue-

ran devotamente á besarlos como tenian por costumbre, cayeran como heridos por un rayo. El resultado era infalible. Los cristianos perderian su fé en una imágen donde viniendo á buscar la vida, encontraban la muerte, la enfermedad en vez de la salud, y esto no podia ménos de entibiar profundamente su respeto á una religion que de este modo mataba á sus más fieles y devotos adoradores.

Al oir este relato extremecióse de alegría Abisain, y felicitando por tan dichosa idea á su amigo, vistióse al punto para salir á recoger noticias. Ya debia saberse en todas partes la muerte de los primeros imprudentes que se hubieran acercado al madero de que pendia el Redentor para poner en él el ósculo del amor y del respeto. Representábase con satisfaccion el terror de los cristianos, su espanto, cambiado de pronto en ódio y repugnancia hácia aquel mismo crucifijo, antes y de tal modo querido. Veía germinar la duda en aquellos cerebros asombrados, reñir encontrada contienda en sus corazones las creencias y los recuerdos del pasado con los sarcasmos y escarmientos del presente; veía á los parientes de las víctimas agrupándose á las puertas de la iglesia preguntando por los séres queridos de su alma, y temblando de horror al verlos tendidos sobre el desnudo pavimento con el rostro amoratado y con los lábios entreabiertos, y como heridos por la cólera divina. Y en su ciega obstinacion creia oir los ayes de todos, resonando confusamente y atravesando el espacio para llegar á su oido como una música cadenciosa. Pero esto no le satisfacia. Necesitaba ver por sí mismo estas escenas que tan imperfectamente le representaba su calenturienta imaginacion. Llevado de esta idea se vistió en un momento, y en compañía de su amigo, tan satisfecho como él, salió de su casa en direccion á la ermita del *Cristo de la Luz.*

Una cosa le llamó la atencion y vino á confirmar más y más sus ideas. Las calles estaban desiertas, las casas cerradas, y ni una sola persona se cruzó en su camino.—Todo se sabe ya,—murmuraban entre sí los dos hijos de Judá—todo se sabe, y la poblacion en masa ha acudido á presenciar ese castigo, cuya causa buscarán todos sin que ninguno dé con ella. Ya vacila su fé, ya pierden su esperanza; ya, desesperados, bajan los ojos á la tierra, separándolos de un cielo que se les muestra tan injusto...—

Con estas reflexiones continuaron su marcha sin hablarse, abstraido cada cual en las suyas propias y saboreando el placer de la venganza satisfecha, que embriaga á los espíritus mezquinos y halaga los instintos más perversos. Conforme se acercaban á la *Puerta de Valmardon*, iban encontrándose algunas personas, pero con gran extrañeza suya, todas llevaban en su rostro señales de la más viva satisfaccion. Esto era para ellos un misterio que confundia su inteligencia, pero creyéronse engañados por sus sentidos. Tambien notaron que al pasar á su lado los cristianos les dirigían miradas de desden unos y de cólera otros; Sacao bajaba los ojos no pudiendo soportarlas; Abisain, por el contrario, las desafiaba, devolviendo desden por desden, ódio por ódio, orgullo por orgullo.

—Sí,—murmuraba entre dientes,—nosotros hemos causado el daño que os espanta; nosotros, pobres criaturas que aún conservamos íntegro el culto del verdadero Dios, inalterable á través de las edades y á través de los acontecimientos, hemos vencido á vuestro irrisorio Nazareno, nacido en un establo, azotado por nuestros mayores, condenado á la muerte vil de los esclavos por nuestras leyes y arrastrado á la cumbre del Gólgota por el ódio de nuestra raza. Entónces humillamos su pretendido poder y dimos muerte al Inmor-

tal, y al choque de nuestras ideas su pretendida divinidad se deshizo como la niebla herida por el sol; hoy, nosotros le vencemos nuevamente. Una cruz acabó con su vida hace seis siglos; hoy, al cabo de ellos, una gota de veneno dá al traste con su divinidad.—

De repente se detuvieron; pálido y desencajado, su amigo Leví venia hácia ellos con las facciones descompuestas por el terror, y los ojos como saltando de sus órbitas. Al verle de este modo, recordaron los hechos que en su camino habian presenciado y comprendiendo que podian tener una explicacion distinta de la que le daban ellos, un extraño presentimiento empezó á torturar su corazon.

—¿Qué es eso, Leví?—preguntó con voz algo alterada Abisain.—¿Dónde vas y por qué tiemblas? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?—refunfuñó Leví en voz baja.—Que Jehová no quiere que cese todavía en España el cautiverio de Israel; que continúa airado contra su pueblo, y que el angel rebelde que le burló en el Paraíso proteje á los cristianos con artes mágicas y vela por el nombre del impostor insensato que llevó su atrevimiento hasta tratar de destruir la ley indestructible de Moisés.

—¿Pero qué ha sucedido?—interrogó á su vez Sacao.—Nuestro plan...

—Nuestro plan,—replicó Leví,—se ha vuelto contra nosotros, y queriendo hacer perder su fe á los creyentes, sólo hemos conseguido afirmar la de muchos incrédulos que de hoy más opondrán á nuestras palabras y á nuestros argumentos, el hecho mismo de que pretendíamos sacar una prueba de la impostura del Cristo y la falsedad de su doctrina.

—La duda nos atormenta. Habla.

—Ya sabeis que anoche los piés del crucifijo en que to-

dos los dias ponen sus lábios los cristianos al entrar en la iglesia, fueron impregnados de veneno; pues bien, yo lo he visto, oculto desde una casa inmedïata; apenas los rayos del sol brillaron en el cielo, llenóse la ermita de fieles que, insultando nuestra ley, iban á adorar al impostor. Terminada la misa, levantóse la primera una mujer, y fué á besar los piés del falso Redentor. Palpitó mi pecho con fuerza, y abrí los ojos cuanto pude para ser testigo de lo que allí iba á suceder; pero, con gran extrañeza mia, con admiracion de todos, la imágen del mentido profeta separó de la cruz en que le tenia clavado el pié que la mujer buscaba, quedando éste desclavado, entre los gritos de asombro de los circunstantes. Creyó la devota que su Dios estaba airado contra ella, y otra mujer trató de imprimir un ósculo en el pié de Jesús; volvió á repetirse el hecho inexplicable, y entónces todos los que en el templo estaban, se desparramaron por la ciudad gritando: «milagro,» mientras su rabino, yendo hácia el crucifijo, hacia notar la presencia del veneno que aparecia como una mancha negra sobre su planta descarnada. Todo el pueblo acude á la iglesia para ser testigo de lo que llama hecho maravilloso y adorar la efigie para ellos tan querida, y todos, aunque sin pruebas, nos acusan. Venid, alejémonos de su paso para no dar motivo á sus sospechas.—

Y arrastrando á los atónitos judíos, que absortos é incapaces de resolucion alguna, le siguieron como atontados, se alejó Leví en direccion á la Vega para entrar en Toledo por la *Puerta del Cambron* y ganar su casa por aquellos sitios alejados del centro de la ciudad.

III

Aquella noche Abisain no pudo descansar. Preocupado y triste durante todo el dia, por más que quiso dedicarse á

sus habituales trabajos, le fué imposible sujetar su inteligencia y tuvo por fin que abstenerse de ocupar su imaginacion. Cuando ya á la madrugada logró conciliar el sueño, visiones horribles le agitaron. Parecióle tener delante de sí el cárdeno rostro de Jesús iluminado por vaga sonrisa que le daba un aspecto singular; veia entreabrirse sus lábios descoloridos, y el viento, al pasar por entre los rotos dientes de la imágen, parecia como pronunciar palabras burlonas que encendian las mejillas del rencoroso israelita. Queria éste gritar, y las frases se anudaban en su garganta; queria insultar á su enemigo, y sus lábios se negaban á dar paso á los insultos inspirados por su cólera. Largo tiempo permaneció así, pero de pronto un sudor frio como el sudor de la muerte bañó su frente y empapó su cabello. Vió que el Cristo se desprendia del madero, bajaba al suelo, y con los brazos estendidos como los tenia en la cruz, venia lentamente hácia él; y pálido y medio loco de terror, escuchando el castañeteo de sus dientes, echó á correr para librarse de aquel abrazo que estaba decidido á evitar aun á costa de su vida; y tras él empezó á andar la escultura, pretendiendo alcanzarle en su carrera, que se señalaba en el polvo con un reguero de sangre. La distancia era cada vez más corta; sus piernas flaqueaban ya negándose á sostenerle... un paso más y quedaba preso en aquellos brazos aborrecidos, y sus lábios se unian á aquellos lábios sin color, y sus ojos á aquellos ojos sin luz.... Entónces hizo un esfuerzo sobrehumano, y este esfuerzo le despertó. Todo habia sido un sueño, pero tan terrible, que toda la noche estuvieron pasando por delante de sus ojos girones de sombras, en los cuales palpitaba como el relámpago en un cielo tempestuoso, la muerta mirada del crucificado.

Cuando se levantó era muy tarde. El sol habia andado ya la mitad de su camino, y con las brumas de la noche

habian desaparecido los fantasmas que le dieron tanta pesadumbre; la impresion, sin embargo, que dejaron en su ánimo, manteníase aún viva y vigorosa. Todos sus esfuerzos para olvidar la pesadilla fueron nulos, y á la caida de la tarde, cuando el astro del dia que se hallaba cerca del horizonte iba á ocultar tras él su disco de fuego, comprendió que el aire libre le haria bien, y salió. Bajó á la orilla del rio, cruzó su plateada corriente, y abstraido en sus reflexiones siguió por la ribera hasta llegar al punto hoy llamado *Huerta del Rey*, donde más tarde se construyeron los hermosos palacios de Galiana, la hermosa vírgen sarracena.

La tarde era tranquila. Reinaba en el espacio una calma profunda. El cielo, encapotado en su mayor parte por densos nubarrones, reflejaba en las aguas su color plomizo. Las primeras sombras de la noche empezaban á cubrir los valles y á extenderse por la llanura. Los pájaros se recogian entre las hojas de los árboles. Sólo el rio turbaba el silencio con su monótono gemido. En aquella calma de la naturaleza habia algo triste, algo fúnebre, que agolpaba las lágrimas á los ojos. Aquella calma parecia presagiar la tempestad, pero la tempestad desbordada, rujiente, arrasando con su encendido soplo las campiñas y las montañas. Abisain se dejó influir por esta tristeza, y sus pensamientos, sin órden ni hilacion, adquirieron un tinte melancólico. Fijos los ojos en el agua, parecia perseguir hasta en su revuelto fondo las ideas que trataban de escapársele. Un malestar interior, cuya causa ignoraba, le oprimia, y su corazon palpitaba con fuerza, y la sangre corria por sus venas en desusada corriente. Hizo un esfuerzo para separarse de aquellos sitios que ejercian sobre él tan extraña influencia, y temeroso de que la noche y con ella la tempestad, pronta á estallar, le sorprendieran en el campo, emprendió lentamente el ca-

mino de la ciudad. El rio seguia gimiendo, gimiendo eternamente, y el viento parecia gemir tambien al resbalar sobre su tersa superficie. Pasó el *Puente de Alcántara*, subió la cuesta que hoy conduce al *Miradero*, y sin darse cuenta de lo que hacia dirigióse á la *Puerta Agilana* ó de *Valmardon*.

Detúvose de repente, dando un grito de asombro: hallábase delante de la *Ermita de la Cruz*.

La pequeña iglesia estaba solitaria y abierta como siempre para que los que quisieran adorar á Dios en sus duelos ó en sus alegrías pudieran hacerlo libremente y á todas horas. Una débil lámpara, pendiente del techo, alumbraba con su escaso fulgor las imágenes milagrosas, derramando en torno de ellas imperceptible claridad. La noche habia cerrado completamente y la calle estaba solo iluminada por aquel único rayo de luz que salia del templo cristiano. Abisain se preguntó en vano quién le habia llevado allí; no pudo contestar á su pregunta. Pero ya en aquel sitio pensó en todo cuanto habia sucedido el dia anterior, y deseó comprobar por sí mismo la exactitud del relato de su amigo Leví, en el cual veia algunos puntos que él juzgaba agrandados por el miedo.

Entró, pues, venciendo la repugnancia que sentia, y se aproximó en puntillas al altar, pero casi al mismo tiempo dió un paso atrás exhalando un grito de estupor. Era verdad cuanto Leví habia contado bajo la impresion del momento; el hecho tenido como sobrenatural por los cristianos, y que él trataba de explicarse por medios humanos, estaba allí patente, delante de sus ojos; no era sueño de un alma impresionable; no era delirio de una imaginacion sobreexcitada, no. Era verdad; era verdad, y el Redentor, pendiente de la cruz, con un pié desclavado y separado del madero, parecia llamar sobre sus cárdenos lábios descoloridos una sonrisa sarcástica con que responder al asombro del israelita; pare-

cia decirle en medio de la calma de la noche, en el monótono movimiento de la lámpara que colgaba iluminando la pequeña nave: —¡He vencido!—

Y Abisain, en quien bien pronto la estupefaccion dejó lugar al ódio, al asombro, al deseo de venganza, no pudo contener un rugido que se exhaló de su pecho y vino á turbar el silencio que reinaba en torno suyo.

—No; todavía no has vencido, Nazareno. Todavía tu mirada que me provoca se encuentra con la mia, que no se baja ante ninguna. Ayer fuiste el ludibrio de mi raza; hoy serás el objeto de mi ódio. Los cristianos repiten hoy tu nombre con respeto... Yo haré que mañana al presentarte á ellos hecho pedazos, comprendan que aquí, como en la cumbre del Calvario, á haber tenido suficiente poder, antes de salvar á los demás te hubieras salvado á tí mismo.—

Y al oprimirse el pecho con las manos tropezó con un dardo que llevaba oculto entre sus ropas. ¿Quién lo habia puesto allí? Ni él lo sabia ni se lo preguntó tampoco. Asió el hierro con su mano derecha, se hizo atrás, y con toda la fuerza de que se sentia capaz, lanzó el dardo al pecho de la imágen de Jesús.

Un momento de estupor sucedió en él á este acto sacrílego. Un ¡ay! que nada tenía de humano, un grito dolorido, hendió los aires y fué á perderse en lo alto de las bóvedas. La escultura, arrojada por el golpe fuera de su centro de gravedad, vaciló un instante y luego cayó pesadamente, primero sobre el altar y despues sobre el pavimento, produciendo al caer un ruido sordo y singular. La lámpara que pendia del techo apagó violentamente su luz como impulsada por una mano invisible; como si el único vestigio de vida desapareciera de allí á la caida de la imágen.

Abisain, sin embargo, se repuso bien pronto. No habia

terminado todo para él. Comprendió que nada conseguiria dejando allí la escultura. Los cristianos achacarian á un accidente lo que sólo era obra de su ódio, y volverian á colocarla sobre el altar con grandes ceremonias. Esto no le satisfacía por completo. Era preciso que desapareciese la estátua. Buscóla á tientas largo rato, la halló por fin, y ocultándola entre sus vestidos salió sigilosamente de la ermita.

El cielo seguia preñado de densos nubarrones que robaban su fulgor á las estrellas. La lámpara de la noche no brillaba, y sólo de cuando en cuando, el relámpago, con su luz vivísima, rasgaba por un instante la extension. El huracan rugía con fuerza poderosa, estrellándose con furor contra las puertas de las casas, y trayendo de la vega, como una tromba de gemidos, el ¡ay! doliente de las hojas secas, que separadas de su tronco vuelan, llevadas por el viento, en remolinos confusos. No habia nadie por las calles. En las casas, junto al hogar, las mujeres rezaban pidiendo á Dios que hiciese huir de Toledo la tempestad que cernía sobre ella sus negras alas, y cuyos rujidos se mezclaban al ronco rebramar de las aguas del Tajo, que parecian prontas á romper su cáuce y desbordarse por la vega.

Nadie vino á turbar á Abisain en su carrera precipitada: ni un sér viviente se cruzó con él, que, llevando la imágen del Cristo en los pliegues de su talabardo, prosiguió hasta la plazuela de Valdecaleros, donde vivía. Al llegar allí volvió la vista con cuidado á un lado y otro. Nadie le habia seguido. Cerró tras sí las pesadas puertas de la casa, y arrojando la pequeña escultura en un monton de estiercol que habia en el portal, entró en su habitacion sin querer encender una luz que revelase á la veciudad la hora á que se habia retirado, y se acostó, fatigado por tantas emociones y decidido á dormir el más tranquilo de sus sueños.

IV

Durmiendo estaba todavía cuando un rumor confuso de voces lejanas y débiles en un principio, fuertes despues y poderosas, vino á despertarle sonando al pié de las ventanas de su cuarto. En aquella tempestad de ayes y gritos de amenaza, que llegaba hasta él, creyó distinguir su nombre mezclado en una historia extraña al nombre del Cristo de la Luz. El rumor crecia, se alzaba cada vez más potente, cada vez más atronador. ¿Qué significaba aquello? Abisain no sabia qué pensar. Era imposible que si se trataba de su atentado de la noche anterior, se procediese contra él por meras sospechas, y estaba seguro, por otra parte, de que nadie le habia visto. La gente, sin embargo, entraba ya en su casa, precediendo á la justicia. Buscábase la imágen del Cristo de la Luz, robada la noche anterior por la mano sacrílega de un judío, que para derribarla de su altar la habia inferido una herida en un costado, llevándosela luego. Al obrar así, el insensato sólo habia tratado de satisfacer un ódio ridículo, y se habia delatado á sí mismo, habia firmado su condena. La imágen, herida por el dardo que violentamente asestára contra su pecho el israelita, habia empezado á derramar sangre, y un reguero acusador, que la lluvia no habia podido borrar, se estendia desde la celebrada ermita hasta la casa del judío Abisain, señalado de este modo por la justicia divina como autor del criminal atentado.

Cuando esto oyó Abisain, pálido de terror, desde su cuarto, saltó enseguida del lecho y fué á ponerse sus vestidos, pero un grito ronco, grito de espanto y terror, quedó ahogado en su garganta: sus vestidos estaban manchados de sangre y aquella sangre era del falso Mesías.

Cedieron en esto las puertas del cuarto á la multitud

que penetró en él tumultuosamente, se apoderó de Abisain, que no sabia lo que le pasaba, que casi loco de terror, se prestaba á todos sus movimientos, y le arrastró hasta el corral. Allí, en el mismo lugar donde la habia dejado, rodeada de un cerco luminoso, se alzaba la imágen del Cristo de la Luz, teniendo aún el pié derecho desunido del madero y vertiendo todavía sangre por la herida que la noche anterior le hiciera el dardo del judío. Toda la gente que habia en la casa admiraba el suceso puesta de rodillas, y celebraba con fervor el nuevo triunfo alcanzado tan visiblemente por Jesús sobre sus naturales enemigos.

V

Aquella misma tarde, y despues de un breve juicio en que Abisain se confesó autor del crímen, fué apedreado á presencia del pueblo, teniendo hasta su última hora delante de los ojos, como un espectro acusador, la aborrecida imágen de la Cruz, que le miraba con aire de triunfo.

En cuanto al milagroso crucifijo, llevado en procesion á su ermita, fué repuesto en su altar, y allí podeis verle todavía, despues de más de trece siglos, sin que en todo este tiempo trascurrido desde entonces haya amenguado el aprecio en que le tiene la ciudad de las siete colinas lamidas dulcemente por el Tajo.

UNA MUJER INGENIOSA.

I

Uno de los puntos de vista desde los cuales se pueden apreciar mejor las bellezas de la naturaleza en la antigua córte de la monarquía visigoda, és, sin disputa, el Puente de San Martin.

Deja á su espalda esa maravilla de las artes que se llama San Juan de los Reyes; preséntase á su izquierda un paisaje sombrío de áridas rocas, sin vegetacion alguna, colocadas unas sobre otras por los cataclismos geológicos, y que forman una estrecha garganta, perpétuamente batida por las aguas del Tajo; á su derecha ábrese la Vega, y el rio se desliza blandamente por sus arenosas orillas cubiertas de verdura, formando algunas islas caprichosas que inunda en sus frecuentes avenidas. Frente á él se despliegan, en forma de banda vistosa y ondulante, los Cigarrales, destacándose sobre el horizonte; á su pié, en fin, se alza todavía ese viejo torreon desmoronado por el tiempo y conmovido por la fuerza de la corriente, que la tradicion señala como el antiguo *Baño de la*

Cava, confidente misterioso de los placeres de Don Rodrigo.

Atento recorria yo estos lugares á esa hora de la tarde en que el crepúsculo empieza á dibujar sus suaves tintas en el cielo, cuando un amigo mio, modelo de *cicerones* por lo entendido y complaciente, vino á ayudarme con sus conocimientos en mi trabajo de reconstruir esas edades que hoy se nos aparecen como veladas por la bruma del tiempo que desvanece un tanto sus contornos.

No bien llegamos al puente, mi amigo,—como diria un noticiero exagerado,—supo excederse á sí mismo en el desempeño de sus *cicerónicas* funciones. Con una solicitud de que siempre guardaré grato recuerdo, me mostró los más pequeños detalles, haciéndome notar la solidez de la construccion y grandiosidad del arco central, único, puede decirse, bajo el cual pasa el rio, y que con una anchura de 140 piés, tiene una altura de 95 sobre el nivel de las aguas. Me enseñó detenidamente los dos fuertes torreones que se alzan á la entrada y salida del puente, y las lápidas conmemorativas de las reedificaciones verificadas, y sobre las cuales se ven respectivamente en sus partes exterior é interior, la imágen de la Vírgen del Sagrario y las severas armas de la ciudad en el primero, y una estátua representando á San Julian en el segundo. Despues, y como para poner el colmo á su amabilidad, hizo que me sentase con él á la salida del puente, sobre unas piedras que le dominan por completo, y me dijo:

—Pocos lugares habrá en Toledo, donde la tradicion no haya dejado algun viejo recuerdo á qué referirse; por eso no te estrañará que, como ese palacio que ves enfrente de tí —y me señalaba el de Don Rodrigo—tiene su leyenda, el puente de San Martin tenga tambien la suya. Sé que eres aficionado á este importante ramo de la literatura, y voy á aumentar con esta antigua historieta, que todo el mundo co-

noce en la poblacion, tu arsenal de memorias populares.—

Le dí las gracias, y despues de una breve pausa, mi amigo empezó así:

II

—«No és este puente el primitivo que hubo en esta parte de Toledo; su abolengo no és tan antiguo, y solo se remonta á principios del siglo XIII, en que una avenida considerable, de que guardan memoria las crónicas toledanas, (1) se llevó el antiguo, afirmado, dicen lenguas poco dadas á los encantos de la poesía, sobre el controvertido *Baño de la Cava.* En 1203, segun la lápida que has visto bajo la imágen de San Julian, en el torreon de entrada, empezó su construccion que duró algunos años, y terminada, dióse al nuevo puente el nombre de San Martin que era el mismo de la parroquia á que pertenecia.

Nada turbó su existencia tranquila y sosegada, hasta que llegó la segunda mitad del siglo XIV, y con ella la guerra fratricida que sostuvieron tan empeñadamente Don Pedro I y su hermano Don Enrique de Trastamara, en la cual jugó Toledo un papel muy importante, declarándose, primero, partidaria de esa figura delicadísima que se llama Blanca de Borbon, y que flota sobre la historia tan terrible de aquellos tiempos como un ángel de luz envuelto en una nube vagarosa. Pasó por Toledo la afligida señora llevada de órden del rey al castillo de Sigüenza por Juan Fernandez de Hinestrosa, pariente de la Padilla, y advertida por algunas personas de su servidumbre

(1) *Los Anales Toledanos* primeros, preciosos é interesantes documentos para la historia de Toledo, dicen apropósito de esta avenida lo siguiente:

« —*Avenida del Tajo, que levó la puent tercer dia de Navidad en dia Sábado* »—Era MCCLXI (año 1202).

que contaban con la hidalguía de los toledanos, pidió á su carcelero la dejase bajar á la Catedral para elevar á Dios sus preces en el suntuoso templo. Accedió el magnate á esta súplica, pero apénas se vió Doña Blanca en el sagrado recinto, negóse á salir de él, amparándose al derecho de asilo que tenia, con lo cual consiguió que, sublevándose á su favor el pueblo, la condujese en triunfo hasta el Alcázar, dándola nombre de reina, en tanto que á uña de caballo partia Hinestrosa para Chinchilla, donde á la sazon estaba el rey, á darle parte de lo sucedido. Esta fué la única época, harto breve por desgracia, en que la infeliz señora pudo creerse reina de Castilla. Sin embargo, mucho debia inquietarla la determinacion que su esposo habia de tomar cuando supiese el desacato de Toledo. ¡Cuántas veces, errante por las almenas del Alcázar desde las cuales veia los campos inmensos, el horizonte ilimitado, el espacio sin fin, habrá comparado las desgracias de su presente con los sueños de su pasado, cuando fué á buscarla á su tierra francesa la peticion de Don Pedro I de Castilla!... Aquel pasado lleno de luz y de alegría debió flotar ante sus ojos como una sombra, alejándose de ella como arrastrada por un viento huracanado, por una atmósfera de suspiros. Lo ha dicho Dante:

¡Nessun magior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria!

Vinieron los bastardos á ponerse á las órdenes de Doña Blanca, la aseguraron que perderian la vida en su defensa, entusiasmóse más y más el pueblo... pero al poco tiempo, así que el rey supo lo sucedido, presentóse á las puertas de Toledo, entró en la ciudad, cambió en oscuro calabozo la cá-

mara de honor que ocupaba la reina en el Alcázar, é hizo huir precipitadamente á Don Enrique y sus parciales.

No fué esta la única visita que hicieron á Toledo el rey y sus hermanos. En todas ellas marcó su paso por las calles de la ciudad ancho reguero de sangre que parecia llamar la ira de Dios sobre los causantes de tantas desventuras. Don Enrique hacia gran matanza cuando entraba en Toledo, en los parciales de Don Pedro; éste, por su parte, daba, cuando venia, buena cuenta de los de su hermano; los judíos, poseedores de grandes riquezas, eran la víctima propiciatoria de ambos príncipes.

Muchos destrozos causaron en la poblacion estas contiendas, y uno de los que más sintieron los toledanos fué sin disputa el del puente de San Martin, cortado por los rebeldes para poner el rio entre ellos y sus enemigos en una de sus tumultuosas retiradas. Cesó por fin la lucha fratricida; desenlazóse, como todos sabemos, en las llanuras de Montiel, aquel ódio á muerte que se profesaban los dos hermanos, y lentamente fué entrando en caja, como vulgarmente se dice, el agitado reino, sin que durante el reinado de Don Enrique II ni el de su hijo Don Juan I, se tratase de recomponer esta suntuosa fábrica.

Sólo seis lustros despues de la muerte de Don Pedro, y al principio del reinado de Don Enrique III, hácia el año 1390, el arzobispo Don Pedro Tenorio, que realizó grandes mejoras en Toledo durante su episcopado, deseoso de reconstruir esta magnífica obra, hizo llamar á un célebre arquitecto, de mucha nombradía á lo que parece en esto de componer puentes rotos, y le encomendó la mision de volver á dejar éste en el estado que reclamaba la comodidad de los vecinos. Prometió el artista construir la obra á toda conciencia, y convenidos en el precio, empezó su tarea con gran entusiasmo y

felicidad. No obstante, cuando pasaron los primeros meses y á medida que la obra adelantaba, el renombrado arquitecto iba perdiendo su buen humor y modificando visiblemente su carácter. Alegre y comunicativo por lo general, cada vez aparecía más taciturno y más huraño. Cuando las sombras de la noche le hacian abandonar el trabajo, volvia á su casa pensativo y triste, y no habia acontecimiento feliz ó desgraciado que le arrancase una palabra, y ménos una sonrisa.

Todos se preguntaron el motivo de tal mudanza, pero en vano, por más que hacian, procuraban explicársela por todos los medios imaginables. La obra avanzaba rápidamente y no era de presumir que un hecho tan próspero le trajese tan á mal traer. No obstante, su tristeza crecia y su preocupacion iba en aumento.

Nadie probablemente hubiera sabido nunca la causa motivadora de las tristezas del artista, á no haber tenido el tal una mujer de cuyo ingenio se hacian lenguas en la ciudad, y cuyas señas no te podré dar porque la historia no las ha conservado, y la tradicion se limita á guardar el hecho sin retener ni el nombre de la que tan digna se mostró, y hubiera figurado, á haber sido china, en la coleccion de *Ilustres Mujeres* de aquel país, publicada por un célebre escritor de apellido monosilábico.

Pero *le nom ne fait rien à la chose*, como dicen los franceses. La misma vaguedad de que está rodeada, la favorece en extremo. Así cualquiera puede considerarla alta ó baja, flaca ó gorda, rubia ó morena, segun su gusto y su deseo. Lo que todos tendrán que reconocer, es que tenía mucho talento.

Esta señora, pues, amaba á su marido, así que no es extraño que viera con inquietud la tristeza profunda que embargaba el ánimo de éste, y procurara buscar alivio al mal que le aquejaba, ó el medio de alejar de aquella imaginacion

enferma la idea que le absorbia de tal modo. Mucho tuvo que luchar; mucho rogó á su marido en nombre de su amor y su tranquilidad; devoró muchas negativas, pero sus lágrimas fueron más fuertes que la obstinacion del preocupado artista, que un dia, incapaz de resistir á sus súplicas por más tiempo, la confesó, con la vergüenza en la frente y las lágrimas en los ojos, la causa de su malestar. Al trazar el puente que le encomendara el arzobispo, se habia equivocado en sus cálculos:—¡él, que nunca se equivocaba!—y cuando quiso deshacer el error cometido, comprendió que era ya muy tarde. No cabia duda. Habia pasado en vela muchas noches buscando el medio de enmendar su falta, y en sus largas horas de angustia se convenció de que el mal no tenia remedio. Al quitar la cimbra que sostenía el arco central, toda la obra se vendria abajo, y él,—¡¡el célebre arquitecto tenido en tanto y tan considerado en su arte!!—quedaria deshonrado, y deshonrado para siempre!!....

Grave, muy grave era el daño, pero no por eso perdió la serenidad la noble señora. Las almas grandes se prueban en los grandes infortunios. Prodigó los más cariñosos consuelos á su esposo y prometió buscar un medio para salvarle del mal paso en que su error al calcular los cimientos de la obra, le habia metido. Cuando este la oyó, no pudo contener una triste sonrisa. La muerte era su sola esperanza contra la deshonra que le amenazaba.

Pocas noches despues, cuando Toledo dormia sobre sus siete colinas arrullada por el són cansado de las aguas al estrellarse contra las rocas que se oponen á su paso, cuando todo eran sombras y silencio, una mujer, con una tea ardiendo en la mano, cruzaba por entre los andamios del puente de San Martin y se aproximaba lentamente buscando el arco central.

La noche era oscura, muy oscura. Las nubes encapotaban el cielo interceptando los rayos de la luna y embotando su ténue claridad. Aquella mujer, que semejante á un fantasma, se movia con rapidez en todas direcciones, aplicó varias veces la tea al andamiaje y á la cimbra sobre la cual pesaba el arco, arrojó luego la tea al rio, y enseguida se alejó corriendo de aquel sitio, siguiendo la orilla izquierda del Tajo.

Brilló un instante la llama del incendio rodeando el puente, y reflejándose con amarillento resplandor en las aguas; oyóse luego un crujido espantoso, y, consumida por el fuego, vínose abajo la cimbra, arrastrando consigo el arco que sostenía, y de nuevo quedó cortado el puente.

Al otro dia, y apénas amaneció, toda la poblacion se agolpaba á las márgenes del rio para contemplar lo que nadie dudó un instante en achacar á la casualidad,—esa pobre señora tan complaciente á quien todos echamos la culpa de nuestras faltas ó de nuestras torpezas. —Avisado el arzobispo, dispuso que las obras se emprendiesen de nuevo con el mismo empeño que antes, y aleccionado ya por el experimento anterior, el arquitecto salvó todos los errores que contenían sus primeros cálculos, y poco tiempo despues, el nuevo puente se abria al servicio público.

Cuando estuvo terminado, la esposa del arquitecto pidió una audiencia al arzobispo y se echó á sus piés confesándole la verdad de lo ocurrido; y al oirla D. Pedro Tenorio la levantó del suelo prodigándola frases de perdon y de afecto y alabando como merecian su discrecion y su sacrificio por salvar á su esposo de una deshonra que és para el artista peor mil veces que la muerte. Y para perpetúar en la memoria de todos este hecho que podia servir de ejemplo á las mujeres honradas, hizo poner en piedra la imágen de la protagonista de aquel drama, en un nicho mandado abrir con es-

te objeto sobre la clave del arco central donde aun hoy dia se encuentra.»

III

Cuando acabó de hablar mi amigo, me levanté, y alejándome un poco por la orilla izquierda, dirijí ávidamente mi vista al punto que él me señalaba. En efecto; allí, en aquel mismo sitio, habia empotrada en el muro una pequeña figura que representaba á una mujer cuyos contornos velaban ya las brumas que se alzaban desde el rio.

La tarde habia caido por completo; borrábanse en el viento los vagos tintes del crepúsculo y las sombras invadian el horizonte. Impresionado vivamente por cuanto acababa de oir, cerré los ojos, y allá, en el fondo de mi pupila, me pareció ver á aquella mujer que enmedio de las tinieblas, sola y á media noche, iba con una tea en la mano, á hacer desaparecer la única prueba de la torpeza de su marido el arquitecto del puente de San Martin.

Desde entónces y siempre que recorro aquellos sitios, mi primera mirada és para la pequeña figura de piedra alzada eternamente sobre el rio y apoyada en el arco central como velando por su conservacion.



EL PALACIO ENCANTADO.

No hay tradicion más estendida en España que la existencia en Toledo de un *palacio encantado* construido por el rey Hércules,—personaje mitad real, mitad fabuloso; sér extraño con medio cuerpo de dios y medio de hombre,—y su profanacion por Rodrigo, último rey de la primera línea goda, que con este acto sacrílego precipitó el cumplimiento de viejas profecías que habian señalado los años en que la profanacion se llevase á cabo como los últimos de vida para esa monarquía visigoda, que nace frente á Roma fuerte y poderosa, adornándose con los despojos del moribundo y decadente imperio, para morir, tres siglos más tarde, degenerada por sus vicios, en las ondas del Guadalete.

Y es que, como ya hemos dicho en otro lugar, el pueblo necesita ver siempre un móvil humano en esos hechos misteriosos que conmueven y arrojan por el polvo las más altas instituciones. La ley providencial, cuya existencia comprueba el filósofo en el estudio de la historia, es idea harto elevada para que pueda ser comprendida por las muchedumbres; y ante el desquiciamiento de un mundo, ante la desapa-

ricion de una raza, el pueblo no busca los defectos de esa raza, la falta de solidez de ese mundo; mira en la superficie de las aguas que arrastran sus restos algunas de las víctimas, pesa sus faltas, indaga sus culpas y echa sobre su frente el peso de sus maldiciones. Así arrojados esos infelices, como pasto á la voracidad de las generaciones del porvenir, pasarán eternamente, sin cansarse, sin detenerse nunca—semejantes al Ashaverus de la leyenda cristiana—por el campo de los hechos atrayendo sobre sí el ódio de la posteridad.

La muerte de una civilizacion que desaparece en un instante dado, es asunto muy grande para que los pueblos, que más juzgan por el sentimiento que por la razon, vean solamente en él meros accidentes de la pobre naturaleza humana que, aun á pesar suyo, se gasta en la incesante lucha de la vida. Esta explicacion tan lógica, tan natural, no basta á su imaginacion preocupada y soñadora; necesitan algo más, mucho más, y, como siempre y en todas las épocas de su historia, acuden á buscar en la intervencion de la divinidad en los hechos humanos, ese algo, ese mucho, que de otro modo escaparian á su penetracion. De aquí que en los últimos instantes de las razas que desaparecen para dejar paso á otras más vigorosas, más jóvenes, con más vida, alcancen y tengan una gran influencia los mitos á que esas razas dieron forma y rindieron culto en la mañana de su vida.

Para el pueblo, que es fatalista á pesar suyo, lo que ha de suceder sobre la tierra está previsto de antemano en el libro inmenso que guarda el secreto de todas las cosas; libro jigante escrito por el mismo Dios, que lee el hombre poco á poco, y cuyas hojas pasa el tiempo, sombrío ejecutor de sus sentencias, con extraordinaria lentitud.

De cuando en cuando, esos misteriosos acontecimientos no previstos, anuncian la aproximacion del término fatal.....

Entónces es cuando el sol se nubla en pleno dia; cuando extraños astros cabelludos cruzan por la noche, como grandes bolas de fuego, los confines del horizonte; cuando las nubes, condensándose rápidamente, humedecen la tierra con copiosa lluvia de sangre. La muerte de un grande hombre; una guerra sangrienta; un año de hambre; la decadencia de un pueblo; todo lo anuncian estas señales terribles de fuegos que se encienden de repente y de repente se apagan, de piedras que caen del cielo en abundante rocío, de sombras que se estienden por todas partes...

No hay movimiento grande en la tierra que no haya sido anunciado por esas señales terribles que quedan impresas para siempre en la memoria de una generacion. Un cometa anunció la ruina de Jerusalem; diversos prodigios precedieron á los bárbaros, anunciando á la Roma pagana la aproximacion de las hordas de Alarico; la naturaleza detuvo su marcha acostumbrada cuando murió Jesús sobre la cumbre del Calvario.

Y considerando como castigo provocado por algunos estas desgracias generales, siempre recae sobre unos cuantos la responsabilidad que entre todos debieran asumir.

En vano hubiera deseado el último rey de la primera línea goda escapar á esta regla, que parece, por lo fatal é inexorable, estar dentro de nuestro organismo, de nuestra constitucion. Las Crónicas de la Edad Media, reflejo de las ideas de su tiempo, expresion de los sentimientos de aquellos desgraciados que antes vivian en los esplendores del poder y la grandeza y gemian ahora en las cadenas de la servidumbre, ensombrecieron la figura de Don Rodrigo pintándole con los más repugnantes caractéres. Todos los vicios de la sociedad gótica, todas sus culpas, todas sus debilidades, tomaron forma y se encarnaron en él. Poseido del mismo vértigo que su an-

tecesor Wittiza, no habia valla que no salvase su voluntad, respetos que no atropellase su capricho.

Por eso cuando la hermosura de Florinda seduce sus ojos, pero no su corazon, no le detiene en la senda que emprende desatentado la consideracion de los males que puede acarrear á su reino la cólera del conde D. Julian, y viola á esa desventurada Betsabé, que más infeliz que la manceba del monarca hebreo, vé, antes de morir, su raza destruida, su pátria esclavizada y hollado el altar de sus creencias: marco de desdichas puesto por la venganza al cuadro infame de su deshonor.

Pero esto no basta; las injurias que se hacen á los hombres despiertan contra el que las infiere la cólera de los hombres, y es preciso que Don Rodrigo ofenda directamente al cielo para atraer la cólera de Dios. Y firme en estas convicciones, la fantasía popular presenta á Don Rodrigo irreligioso é inventa prohibiciones divinas para que él las rompa, y torres ferradas que esconden males sin cuento, para que él, —con tanta imprudencia como la Pandora griega—abra las nubes de los castigos celestiales.

Tal es el fundamento de esa tradicion que lleva el nombre de *Palacio Encantado*, último resto de una monarquía hecha pedazos por el alfanje de Tarik.

I

Era cosa harto sabida, y que no ignoraba ningun habitante de Toledo, á principios del siglo VIII, la existencia de un palacio encantado situado próximamente á media legua de la poblacion en un lugar agreste y sombrío donde la naturaleza hacia gala de la mayor aridez, mostrándose en toda la imponente majestad de la tristeza. Nada más triste, en

efecto, que aquel lugar al que nadie llegaba sin temor. Aridas rocas puntiagudas, en cuyas grietas crecia el musgo: el llano, falto de verdura y como agostado por un sol de fuego: tal era el paisaje que descubria la mirada del que impulsado por la curiosidad llegaba á aquel sitio de donde al punto le repelía un terror supersticioso. Ni la más pequeña corriente de agua cruzaba la yerma llanura; ni una flor se levantaba en los contornos. Los pájaros huian de allí exhalando esos gritos lastimeros con que anuncian la tempestad. Cuando el sol brillaba radiante y el cielo puro y sereno semejaba una inmensa pradera azul, el sombrío lugar parecia una protesta viva de la naturaleza contra la gloria de la creacion: cuando, por el contrario, las nubes, agrupándose, formaban espesa capa que velaba la luz del astro-rey, el trueno que zumbaba parecia salir de aquel paraje misterioso.

Por la noche, apenas las sombras cubrian el espacio, ruidos extraños de cadenas, lejanas caidas de agua, ecos de un martillo gigantesco cayendo sobre un yunque, manejado por el brazo de un Titan, relinchos de caballos salvajes, gritos estridentes, ayes y alaridos que brotaban del centro de la tierra, se unian en el viento formando un concierto de horrible cadencia que parecia el canto de los condenados elevándose desde el abismo, sones discordes arrancados por una mano inhábil á un órgano roto y destemplado. Oíase el ruido de miles de caballos trotando sobre campos de granito, huyendo de las mugientes aguas de desbordado rio; el fúnebre tañido de innumerables campanas que tocaban á rebato para anunciar la matanza y la destruccion; el estrépito de montañas derrumbándose con estruendo; el lúgubre graznar de esos pájaros de la muerte que se ciernen como negra mancha sobre un campo de batalla para devorar los cuerpos, aún

calientes, de los eternos vencidos; silbidos de serpientes y silbidos del aquilon; rugir de fieras aguijoneadas por el hambre y rugir de olas agitadas por la tempestad... Todo sonaba á la vez confundido en un hondo lamento; en un eco de inmensa resonancia que llevaba el terror á los moradores de las cercanías, que se tapaban los oidos para no oir, y empezaban á murmurar oraciones que ahuyentasen á los malos espíritus. Cuando la noche plegaba su manto de bruma y los primeros rayos de la aurora encendian con pálida luz la línea confusa del horizonte, los ruidos cesaban, y hubiérase dicho que sólo existian en la imaginacion de los crédulos habitantes de los contornos.

En aquel lugar salvaje alzábase esbelto y gallardo un palacio maravilloso, cuya descripcion nos han dejado los cronistas. Alto hasta el punto de no haber hombre alguno que, con toda la fuerza de su brazo, pudiese lanzar una piedra hasta su torre, estaba construido con pequeños pedazos de ricos jaspes y pintados mármoles, tan lucientes, que, visto de lejos, brillaba como si fuese de cristal; y tan sutilmente habia unido el arte los millones de pequeñas piedras que le constituian, que todas ellas parecian formar una sóla y única piedra de varios matices. Cuatro enormes leones de metal sostenian, como aplastados por su peso, la airosa torre, que orgullosamente se levantaba hasta las nubes. Aquel palacio era el palacio de Hércules, rey fuerte y poderoso, sábio que conocia los secretos del cielo y de la tierra, gran adivino, investigador de lo porvenir, que lo habia edificado escribiendo en su interior las desgracias que amenazaban á España, despues de obtener del cielo que los hechos que profetizaba no se realizarian hasta que ocupase el trono un rey bastante desatentado y ciego para posponer á una necia curiosidad el riesgo de su nacion. Mientras esto no

sucediese, Dios detendria el rayo pronto á escaparse de su mano; pero si la fatalidad llegaba á poner la corona sobre las sienes de ese rey, entonces no habia remedio alguno: la pérdida del pueblo á que perteneciera estaba señalada en los decretos del destino, y la terrible sentencia se cumpliria infaliblemente. Por esta razon, terminada su obra, Hércules puso un candado á la puerta, mandando que cuantos monarcas le sucediesen siguieran su conducta, sin atreverse á penetrar un secreto que tan espantoso encanto guardaba, y cumpliendo esta prescripcion de su antiguo predecesor, todos los reyes, pocos dias despues de su coronacion, se trasladaban con gran pompa, rodeados de su córte, al misterioso palacio, y ponian un nuevo candado en su mágica puerta, cuyos goznes no habian girado desde la época de su construccion. De aquí los nombres con que el pueblo le llamaba, adivinando las maravillas que encerraría en su seno, pero temiendo cegar al verlas: *placer con pesar*, *guardia complidera, secreto de lo porvenir.*

Treinta candados habian puesto ya á la puerta los reyes godos cuando subió al trono Don Rodrigo que, ocupado en los primeros meses de su reinado en la tarea de reprimir á los inquietos partidarios de Wittiza, mal avenidos con la destitucion de su señor, no se cuidó de cumplir el tradicional mandato de Hércules que, como importante consigna, pasaba de un rey á otro hacía tantos siglos. Libre por fin de estos cuidados, pudo ocuparse del mágico alcázar, y tomó con gran diligencia cuantos datos guardaba sobre él la memoria popular, pero no para proseguir en la observancia de lo que ya era como una ley que ninguno debia ser bastante osado á traspasar; la serpiente de la curiosidad habia mordido su corazon, y descreido, indiferente, teniendo en poco el respeto á la antigüedad, ansiaba, como Eva en el Paraíso, comer la

fruta del árbol del bien y el mal. *Placer con pesar* llamaba el pueblo al encantado recinto, y Don Rodrigo, amigo de conseguir goces sin cuento, cualquiera que fuese su precio, no vacilaba en exponerse á encontrar lo segundo con tal de ver si podia obtener lo primero; locura que habia de costar muy cara á él y á su reino, porque los pueblos, sufriendo con paciencia los abusos de un tirano, se hacen responsables, en cierto modo, de su tiranía, y como aquél sufre el castigo de su despotismo, ellos tambien sufren el de su bajeza.

En vano intentaron los magnates hacerle desistir de su designio. Los déspotas tienen derecho á ser obedecidos, y acostumbrados á que eternamente sea ley su capricho, no retroceden jamás ante reflexiones que no escuchan, ó que, si escuchan, desatienden; y un dia Don Rodrigo, seguido de su córte, hacia romper delante de él los candados de la puerta del palacio, para penetrar audazmente en su recinto silencioso.

El estado de la atmósfera se hallaba en perfecta relacion con el del ánimo de los nobles acompañantes del soberano, que bajaban la vista sin atreverse á mirarse unos á otros para no reprocharse su debilidad. Ni el más leve rumor turbaba el silencio que reinaba en el agreste paraje. En la atmósfera, la calma que precede á la tempestad; en el alma, el estupor que precede á la desgracia presentida. El viento parecia dormido; los circunstantes, como rebaño que adivina el peligro, se apretaban unos contra otros conteniendo la respiracion. El mismo rey, tan alegre de ordinario, callaba acometido por ese recelo que no se puede contener al encontrarse frente á lo desconocido. Sólo turbaba aquella calma siniestra el ruido que producian los martillos al romper los viejos candados—añeja representacion de la fé de otros tiempos—que al caer en pedazos al suelo, y al ser heridos por el hier-

ro, producian un sordo chirrido. Cayeron por fin todos; sólo uno permanecia en su lugar: el de Hércules, como si, en efecto, se resistiera á franquear la puerta á tantos males. Pero el rey lo ordenaba, y cayó tambien. Delante de la córte giraba lentamente, muy lentamente, la puerta de hierro, brindando fácil entrada á cuantos traspasasen su dintel.

Don Rodrigo fué el primero que lo salvó; adelantóse de un salto, y despues de una breve vacilacion, que no duró un segundo, los cortesanos se precipitaron trás él. En las almas inficionadas del veneno del servilismo, la adulacion al poderoso és mil veces más fuerte que el sentimiento del deber.

No tuvieron que andar mucho los nécios buscadores de desgracias para convencerse de que el sitio en que se encontraban no podia ser obra de hombres; todo anunciàba allí una fuerza superior. Vieron delante de sí una puerta ménos grande que la primera, y, penetrando por ella, exhalaron un grito de sorpresa al hallarse en una gran sala cuadrada, en medio de la cual habia un lecho muy lujoso, y acostado en él un hombre de atléticas formas, armado de todas armas, y con un brazo estendido sosteniendo una escritura que uno de los caballeros, más osado, recogió entregándosela luego al rey, el cual, tratando de disimular el terror que empezaba á apoderarse de él, leyó con voz poco segura lo siguiente:—*Tú tan osado que este escrito leerás, pára mientes quién eres y cuánto mal vendrá por tí; que así como por mí fué poblada y conquistada España, así será por tí despoblada y perdida; y quiérote decir que yo fuí Hércules el fuerte, aquel que toda la mayor parte del mundo conquisté y á toda España. Y maté á Gerion que era señor de ella y conquisté muchas gentes y fuertes caballeros y nunca hallé quien me conquistase, fuera la muerte. Cata lo que harás; que de este mundo al otro no llevarás más que el bien que hicieres.*

Quedó suspenso Don Rodrigo, pero esforzándose por aparecer sereno, y volviéndose á sus caballeros que amedrentados le miraban:

—Poco cuidado,—les dijo,—pueden darnos tan singulares profecías. Nadie sabe el secreto del porvenir, y mal podia el buen Hércules haber sorprendido sus ocultos arcanos. Prosigamos la visita de estos estraños lugares, verdaderamente maravillosos por su riqueza, y no nos detengan estas historias de peligros imaginarios y de desgracias que no existen.—

Cobraron con esto algun ánimo los más despreocupados, y unos y otros siguieron al monarca, que abriendo una nueva puerta, penetró en una segunda sala igual á la primera, donde otras maravillas le esperaban. Sobre un pilar, colocado á un extremo de la habitacion y alzado unas dos varas sobre el suelo, habia una estátua de jigante, teniendo en la mano una pesada maza de armas en ademan de herir con ella el pavimento. Detrás de la estátua, en la pared, se veia escrito con brillantes caractéres, rojos como sangre recien salida de las venas: REY TRISTE, POR TU MAL HAS ENTRADO AQUÍ. En la pared de la derecha y con los mismos caractéres, vieron esta otra leyenda: POR ESTRAÑAS NACIONES SERÁS DESPOSEIDO Y TUS GENTES MALAMENTE CASTIGADAS. En la espalda y el pecho de la estátua habia otros letreros; el primero decia: LOS ÁRABES INVOCO, y el segundo: MI OFICIO HAGO. Al llegar aquí, todos hubieran deseado volverse sin profundizar más el misterio que ante ellos se presentaba anunciándose con tan terribles vaticinios, pero Don Rodrigo comprendió que no sentaba bien á su dignidad una retirada que se tomaria por fuga vergonzosa, y, abriendo una tercera puerta, penetró en otra sala que por un momento hizo olvidar temores y prorumpir en gritos de admiracion.

El aspecto interior de aquella sala era el mismo que el aspecto exterior del edificio. Piedras de distintos colores se unian en mil diversas formas, engendrando raras figuras soñadas por una turbulenta fantasía. Escenas de amor en la orilla de un rio, en el secreto de un baño, á la sombra de verde follaje, en cuyas hojas parecia sentirse palpitar el beso del viento y la armoniosa queja de los pájaros; sátiros persiguiendo á ninfas que corrian desnudas ocultándose entre los álamos; amorcillos jugando con la pesada armadura de Marte que era despertado por Vénus; batallas campales que infundian aliento guerrero al espíritu; marciales atavíos de guerra; instrumentos de música; todo se confundia en los cuatro lienzos de pared, trasparentes como el cristal, bordados de mil ventanas caprichosamente talladas, por las cuales entraba la luz iluminando la sala y dándola la misma claridad que habia en el exterior. «Cada pared era de un color, —dice el cronista:—«blanca una como la nieve; negra otra »como la pez; verde la tercera como la fina esmeralda, y la »cuarta bermeja más que la sangre muy clara.» A un lado de esta habitacion habia un gran poste de la altura de un hombre debajo de una pequeña puerta encajada en la pared, y sobre ésta un letrero griego que decia:

Cuando Hércules hizo esta casa, andaba la era de Adan en 3006 años.

Abrió el rey la puerta y encontró en un gran hueco del muro una linda arquilla dorada, cubierta de piedras preciosas y cerrada con un pequeño candado de oro; sobre la tapa habia la siguiente leyenda tambien en griego:

El rey en cuyo tiempo se abra esta arquilla, no puede ser que no vea maravillas antes de su muerte.

Gran alegría causó á D. Rodrigo esta lectura, que devolvió un tanto la calma á su apenado espíritu, pues era la pri-

mera en que no veia alusiones al gran desastre que ya empezaba á temer. Volvióse á sus caballeros, algo repuestos tambien por el bello aspecto de la habitacion en que á la sazon se encontraban,—tan distinta de las anteriores,—y les dijo:

—Como premio á nuestra constancia en seguir adelante despreciando los embusteros avisos que nos han dado esas estátuas, vamos, por fin, á encontrar el tesoro del rey Hércules, que le guardó con tantas precauciones sin duda porque no fuera á parar á manos de algun cobarde ó preocupado caballero. Ya veis que tenía yo razon al querer entrar en este palacio, y mucha más al reirme de vuestro pueril temor.—

Los cortesanos se acercaron entónces al monarca que, haciendo saltar el candado del arca con la punta de su puñal, la abrió dirigiendo á su fondo una ávida mirada, pero pronto se hizo atrás sorprendido. Dentro de ella sólo habia un paño blanco plegado y sujeto á dos tablas por medio de alambres. Lo desplegó, y nuevamente se pintó el espanto en sus ojos, y la angustia invadió su alma. En aquel paño habia pintada inmensa muchedumbre de figuras de árabes, envueltos en sus blancos alquiceles, teniendo pendones en la mano, la espada pendiente de un cinturon al cuello, las ballestas á la espalda, descansando en los arzones de las sillas. Sólo el pensamiento podia contar aquella innumerable multitud de séres extraños, á caballo todos, que se agitaban, se atropellaban, se confundian en revuelto remolino, como granos de arena que empuja un viento huracanado; sobre ellos otra leyenda, en hebreo, decia:

Cuando este paño fuere estendido y parecieren estas figuras, hombres que andarán así armados conquistarán á España y serán de ella señores.

Pálido y convulso el rey, llenos de asombro los imbéciles

cortesanos que no tuvieron valor para oponerse á su insensato intento, permanecian mudos de espanto, sin ser dueños de sí mismos para huir de aquel lugar maldito cuyo suelo les abrasaba los piés. Entonces, y solo entonces, comprendiéron la verdad de la tradicion conservada de siglo en siglo, á través de las edades y á través de las instituciones. Pero ya era tarde; se habia roto la valla puesta por Hércules á la terrible desventura, y el rayo estallaba ya en el viento, pronto á herir la cabeza rebelde que osaba mirar al cielo tratando de sorprender sus designios inexcrutables. El mismo rey no se atrevía á hablar por miedo de que al eco de su voz se desplomase el edificio aplastándolo entre sus ruinas. Pero otro hecho inexplicable vino á sacarlos de su estupor.

La estátua que habia en la segunda sala, como movida por una fuerza invisible, empezó á golpear el suelo con su terrible maza de armas, y su ronco són conmovió las paredes del palacio. Sonaron de pronto todos los ruidos que se oian por la noche, y atronó el aire el estrépito verdaderamente infernal de aquel terrible concierto en que cada estrofa era un rugido y cada nota una blasfemia. Y al escucharlo, Don Rodrigo, y trás él sus caballeros, huyeron despavoridos pasando por delante de la estátua que seguia golpeando furiosamente el suelo, sin atreverse á levantar los ojos por no encontrarse con los de la escultura, que animados por extraño fuego, parecian dos relámpagos.

Cuando se vieron fuera del mágico recinto alzaron su frente al cielo como para darle gracias, pero enseguida los bajaron con temor. Densas nubes en cuyas negras entrañas fermentaba el resoplido de la tempestad, surcaban el aire derramando sobre la tierra sombras oscuras como la misma noche. Retumbó con fuerza el trueno, brilló el rayo como culebra de fuego, y se encendió el espacio semejando una

gran hoguera en breves instantes. Una lengua de fuego es desprendió de las apiñadas nubes y se enlazó á la encantada torre del alcázar, envolviéndola en roja llamarada. Oyóse un chasquido horroroso y vínose abajo el edificio, abriéndose en su lugar ancha sima en la cual se hundieron sus escombros calcinados. En medio de aquel ruido espantoso se oia claro y distinto el de la maza de armas manejada por el jigante de hierro, hiriendo con fuerza las entrañas de roca de la tierra.

El rey y los suyos, montando á caballo y poseidos por un terror supersticioso que no podian contener, huyeron de aquel lugar entrando á poco, despavoridos y temblorosos todavía, por las torcidas calles de Toledo.

II

Desde aquel dia huyó la sonrisa de los lábios de Don Rodrigo.

Él, el indiferente, el incrédulo, creia tener siempre delante aquel espectáculo pavoroso, y oir aquellas palabras que vibraban constantemente en sus oidos y chispeaban constantemente ante sus ojos; terrible *Mane, Thecel, Phares* escrito en las sombras de su conciencia con los amenazadores caractéres del remordimiento.

Nada, sin embargo, daba ocasion á sus temores. El reino estaba en paz; los partidarios de Wittiza aplacados; los revoltosos cántabros vencidos; ningun peligro exterior amenazaba la seguridad de las fronteras... ¿Por qué, pues, no podia alejar de su pensamiento aquellos tristes vaticinios, aquellas desoladoras amenazas?

Hallábase una tarde en su alcázar contemplando con triste mirada las serenas aguas del Tajo, que al pasar le

enviaban algo como un gemido, y teniendo ante sí el elegante *Baño de la Cava,* que en el aroma de sus flores parecia enviarle tambien algo como un remordimiento, cuando le anunciaron que un enviado de Teodomiro, el gobernador godo de Andalucia, traia un mensaje para él. Sin saber por qué, nuevamente acudió á su imaginacion el recuerdo de Hércules y su palacio encantado, y levantándose con sobresalto, dió órden de que el mensajero fuese llevado á su presencia. Despues, dirigiéndose hácia él, cojió apresuradamente el pliego que este le presentaba de rodillas, se acercó á una ventana para ver mejor, y paseó su mirada ansiosa por aquellas líneas trazadas con mano trémula por Teodomiro. No leyó más que el principio del mensaje:

«Señor,—decia,—aquí han llegado gentes enemigas de »la parte de Africa, que por sus rostros y trajes no sé si pa»recen venidas del cielo ó de la tierra; yo he resistido con »todas mis fuerzas para impedir la entrada, pero me fué for»zoso ceder á la muchedumbre y á la impetuosidad suya; »ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra: ruégoos, se»ñor, pues que tanto os cumple, que vengais á socorrernos »con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar; »venid vos en persona que será lo mejor.»

Al llegar aquí sintió pasar un velo de sangre por delante de sí; hizo una señal al mensajero para que se retirase, y una vez solo, se dejó caer con desaliento sobre un sitial, estrechando convulso contra su pecho la carta de Teodomiro.

El oráculo habia hablado, y ya empezaban á cumplirse sus tremendas profecías.

III

No el *palacio encantado,* porque desapareció del modo que narra la leyenda apenas salió de él Don Rodrigo, pero la

sima que se abrió en su lugar y á la cual dió el pueblo el nombre que hoy conserva de *Cueva de Hércules*, podeis verla todavía en el sitio donde antes se encontraba la parroquia de San Ginés en Toledo, si sois aficionados á todo aquello que guarda entre sus muros ó sus ruinas un recuerdo tradicional. Asilo tambien de muchas tradiciones y consejas —que tal vez cuente otro dia— fué cerrada en 1546 por el cardenal Siliceo, por las prácticas y temores superticiosos á que daba lugar en el pueblo, y abierta en 1851 por una sociedad de jóvenes entusiastas que quisieron descubrir su verdadero orígen, y la limpiaron de escombros en una estension de 50 pies de largo por 30 de ancho, hasta que llegaron á la roca viva. Allí vá todavía la fantasía popular á buscar una de las causas que motivaron la caida de la monarquía goda y la dominacion de España por los árabes.

EL BAÑO DE LA CAVA.

I

Hay en todos los países del mundo en que el hombre por medio de la palabra escrita graba los hechos de su vida en caractéres indelebles y eternos para la enseñanza de las generaciones que le sucedan, al lado de la historia á que uno tras otro llevan su concurso los hombres estudiosos, una historia que nadie escribe, pero que conocen todos, y en que los sucesos y los personajes aparecen desfigurados en sus rasgos, agrandados ó empequeñecidos á voluntad de los primeros que de esta manera se ocupan en referirlos ó apuntarlos; esta historia, que parece formarse por sí sola, es la tradicion, urna sagrada de los recuerdos nacionales, donde los pueblos depositan el tesoro de su inspiracion. Allí se ven reflejadas sus primeras impresiones. Como el hombre en los primeros tiempos de su vida, la tradicion es sencilla, cándida: cree en brujas y encantamentos, y el mito del mal representa en ella un gran papel; juzga obra del diablo todo lo que no comprende, y á presencia de un gran crímen ó de una gran desdicha, se precipita en seguida á buscar en estos hechos la accion inmediata y directa de la divinidad. Por eso,

sin ir más léjos, en nuestras crónicas de la Edad Media, las ideas que sostenían una guerra á muerte tomaban forma de séres sobrenaturales, y, mientras moros y cristianos combatian en la tierra como buenos, ángeles y demonios reñian dura pelea en el aire, y Santiago y Luzbel decidian una victoria que más tarde cantaban como suya las musas españolas ó los trovadores árabes.

No hableis al pueblo de esas leyes providenciales á que todo el mundo está sujeto, y que la historia misma no puede eludir. Él seguirá creyendo la invasion de los bárbaros castigo de los antiguos dioses irritados por la aparicion del cristianismo, ó, por el contrario, efectos de la cólera del único Dios ante la persistencia de las ideas gentílicas; en su opinion, los pueblos no pierden su importancia política ó comercial más que por separarse de los preceptos divinos, que, por órden tambien del mismo Dios, grabaron en monumentos imperecederos los primeros legisladores religiosos.

Los fallos de esta historia son terribles. Como necesita ver algun móvil humano en todo cuanto pasa ante sus ojos, y achacar á pecados de los hombres las grandes convulsiones que agitan á los pueblos, las faltas de toda una época, los errores de muchos siglos, los vicios de las instituciones, se encarnan, por decirlo así, en una figura, y sobre aquella figura, cambiada por el tiempo, lanza su censura, siempre severa, siempre inapelable.

Entre todos los hechos de nuestra historia, la rota del Guadalete, representando la ruina de un gran imperio, la muerte de una raza, la casi total destruccion de una fe, dejó recuerdos tan vivos, que aún hoy se conservan inalterables, mantenidos por esa lucha titánica de siete siglos que empieza en 719 en el cóncavo seno de las montañas de Astúrias y termina en 1492 en la riente Vega de Granada.

Para el pueblo —y mal que pese á la crítica moderna—lo que perdió á España, no fueron los vicios que en sí tenian las instituciones góticas, sino las liviandades de Don Rodrigo con la hija hermosa del conde D. Julian. Su impiedad, al penetrar el secreto de la *cueva he Hércules*, habia concitado sobre él la ira de Dios que separó de la cabeza del desventurado rey su mano protectora, dejándole entregado á sus pasiones; sus desatentados apetitos y la facilidad con que Florinda se dejó vencer, dieron ocasion más tarde á que los árabes hicieran pedazos el trono cristiano en los campos de Jerez, se apoderasen de España y traspasaran el Pirineo para sujetar á su yugo á toda Europa, como lo hubieran conseguido si la maza de Cárlos no los hubiera detenido en las llanuras de Poitiers. En vano es que los críticos hayan probado que en la época en que la irrupcion de los árabes se llevó á cabo, D. Rodrigo debia tener ochenta y siete años, y no es probable que á una edad tan avanzada se ocupase en deshonrar á las hijas de sus barones; la tradicion vive y vivirá eternamente pasando de padres á hijos en las veladas del hogar, apoyada por nuestros cantos populares, mantenida en las pláticas religiosas desde la Cátedra del Espíritu Santo: no hace aún mucho, el 25 de Mayo de 1879, aniversario de la conquista de Toledo por Alfonso VI, uno de los más renombrados predicadores de la ciudad del Tajo anatematizaba desde el púlpito la memoria de la Cava, sobre la cual llamaba la execracion de la tierra y los castigos del cielo.

Y el pueblo toledano, más que otro alguno, conserva vivo este recuerdo. Recorred sus tortuosas calles, sus empinados callejones, y una tras otra os enseñará casas arruinadas, palacios derruidos, á cuyos restos unirá siempre un nombre histórico importante. Allí podreis ver las casas en que vivió

Pelayo, el palacio del conde D. Julian, el alcázar de Don Rodrigo, que cedido por Doña María de Molina á D. Gonzalo Ruiz de Toledo, fué luego convento de San Agustin, y hasta un torreon desmoronado á que dá el nombre de *Baño de la Cava*.

Nada más hermoso, nada más poético que la situacion de este torreon, levantado al pié del puente de San Martin, teniendo á su frente la eterna verdura de los cigarrales, en el lugar más frondoso del rio que le lame al pasar, y parece contarle alguna vieja leyenda en sus monótonos murmullos. Por la mañana, las brumas que se elevan del rio, arrastradas por el viento matutino, le envuelven en un velo vaporoso, en una túnica fantástica, que hace más vagos sus contornos; alumbrado de noche por la plateada luz de la luna que le presta su misteriosa claridad, la imaginacion, excitada por las consejas populares, cree ver surgir de las grietas de las paredes vapores confusos que poco á poco toman forma de séres que pasaron y que parecen quejarse en el suspiro del aire ó en el gemido de las ondas.

Desde él se descubre el antiguo alcázar de los Reyes Godos, habitado por Don Rodrigo que, recatado tras la sombra de sus ventanas, la vió un dia loco de deseos; y en medio del silencio que allí reina, esa segunda historia más maravillosa, más poética que la otra, se aparece á nuestra vista como la única verdadera y los ojos ven cosas que no existen, y los oidos oyen murmullos de algo que palpita en el aire en torno vuestro... Crece la ilusion, soñais, creeis realidad lo que sólo fué sueño de la imaginacion calenturienta y la tradicion está formada. El pueblo se encargará de repetirla, y trasmitida por él, durará lo que el mundo.

Por eso no es extraño que la musa popular se haya acogido á este poético recinto, y le haya hecho asiento de nume-

rosas leyendas. Hé aquí una de ellas, la más conmovedora de cuantas hé oido referir.

II

Nadie sabe cómo murió la hija del conde D. Julian. En aquel desquiciamiento de un imperio que con horrible estrépito se hundió en el Guadalete, en aquella desaparicion de una raza entera, todos los personajes que, más que otros algunos, estaban en el camino del torrente que se desbordaba, fueron sepultados en sus aguas. La historia misma, espantada de tan tremendo juicio de Dios, rompió sus tablas y veló su rostro; y durante algun tiempo las sombras se estendieron por todas partes... Cuando el primer momento de estupòr hubo pasado, cuando recogió del suelo su estilo, con el que graba en la piedra las hazañas de los hombres, su primera página fué un lamento tristísimo y prolongado: el *llanto de España* que apunta la crónica atribuida al rey Don Alfonso X. Pero no quiso volver la vista atrás, y el fin de aquel sangriento drama, cuyo prólogo habian sido las orillas del Tajo, y cuyo epílogo eran los llanos de Jerez, quedó envuelto en el misterio más profundo. Nada se sabe de Don Rodrigo y D. Julian; todos ignoran el fin de Florinda, D. Oppas y los hijos de Wittiza.

Esto no satisface á la tradicion. Preguntadla, y ella os responderá que D. Rodrigo murió haciendo penitencia, trasformado en ermitaño, despues de sufrir una expiacion terrible á su delito; que D. Julian, D. Oppas y los hijos de Wittiza fueron muertos por los mismos árabes, que desconfiaban de ellos, y á quienes tan bien habián servido con su odio; que Florinda, en fin, loca de dolor y de vergüenza, vino á terminar sus dias en este mismo torreon, mudo testigo de su crímen. Así refiere este último suceso la leyenda.

III

Victoriosos los árabes en el Guadalete, donde acudiera á detenerlos la parte más fuerte y vigorosa del pueblo godo, y envalentonados con su triunfo; derruidos, casi totalmente, los muros de las ciudades, y faltos de armas los brazos por disposicion de Wittiza, que cambió todos los útiles de guerra en instrumentos de labranza, fácil fué á los vencedores, acaudillados por Tarik, apoderarse del resto de España. No tardaron mucho en llegar á la vista de Toledo, que se preparaba á resistirlos, cuando los judíos que vivian en el arrabal, y que tantas injurias, tantas ofensas tenian que vengar de los descendientes de Sisebuto, les abrieron las puertas de la ciudad. Desde aquel dia, y durante 374 años, Toledo yació en la servidumbre, y sobre su alcázar y sobre sus muros flotó la media luna mahometana.

Poco tiempo despues de esto, los habitantes de la parte de Toledo inmediata al antiguo palacio de los reyes godos donde hoy se alzan la Puerta del Cambron y San Juan de los Reyes, estaban amedrentados, y todas las noches, mientras el viento bramaba con furia, comentaban con terror la aparicion de una mujer loca y desmelenada, que, prorumpiendo en carcajadas salvajes, recorria con extraviados pasos las orillas del rio, registraba con inquieta mirada su revuelto fondo, y sin detenerse nunca, sin alzar jamás los ojos al cielo, proseguia eternamente su carrera murmurando palabras incoherentes y sin sentido que llevaban el miedo y la tristeza al corazon de cuantos la oian. En vano hubo algunos bastante arrojados para esperarla en su camino y pedirla la explicacion de sus actos; apénas veia que alguien trataba de aproximarse á ella, sus ojos parecian prontos á sa-

lir de sus órbitas, su agitacion era más extraordinaria, sus frases más incoherentes, más salvajes sus gritos: huía, huía, sin que nadie pudiera seguirla en su carrera desenfrenada.

¿Era un sér humano? ¿Era un espectro? ¿Tenía un cuerpo real, ó era imaginaria la forma con que se presentaba á los mortales? Preguntas son estas cuya contestacion hubiera dado mucho que hacer á los toledanos, que nada podian asegurar en asunto que tanto les importaba conocer. Pero su curiosidad se estrellaba ante un obstáculo poderoso: aquella mujer no queria ver á nadie, y no parecia vivir bien más que en la soledad.

Mucho tiempo pasó así; mucho tiempo fué objeto de las conversaciones mantenidas en voz baja y al oido, y de las más aventuradas hipótesis Un dia, desapareció y nadie volvió á verla.

Pero, desde entónces, ocurrió una cosa muy extraña: todas las noches, apénas el sol hundía en el horizonte su disco de diamante y las nubes encapotaban el cielo, en esos momentos de calma que preceden á la tempestad, veíase, en pié sobre el torreon que hoy se conserva de los lujosos *baños de la Cava*. una figura descarnada y seca, con el cabello suelto al aire, volviendo á todas partes la triste mirada de sus ojos, sin expresion y sin vida; de repente, elevaba la vista hácia el que fué palacio de Don Rodrigo; el viento, que rugía, modulaba un grito prolongado, y, al espirar, otra sombra, la sombra de un hombre armado de todas armas, pero con la cabeza desnuda, surgía tambien sobre el arruinado alcázar. Y las dos fantasmas se miraban, clavaban uno en otro sus pupilas sin luz, y entónces era cuando el huracan rugía con más fuerza, cuando el rio desbordaba su corriente por los campos vecinos é inundaba la fértil vega, cuando la claridad de la luna desaparecia por completo, y las tinieblas más es-

pesas reinaban sobre el pueblo amedrentado. En aquellas horas, largas como el dolor, nadie se atrevia á salir á la calle, por miedo á encontrarse en las sombras de la noche con aquella mirada brillante que parecia desencadenar los elementos para lanzarlos sobre el mundo.

Algunos fieles acudieron, para buscar remedio á tantos males, á un viejo ermitaño que, retirado al centro de los montes, pasaba su vida en la abstinencia y el ayuno; le contaron los extraños sucesos que llamaban tan poderosamente su atencion, y le pidieron que impetrase del cielo la gracia de qué aquellas sombras volvieran á dormir sosegadas en su sepulcro. Púsose en oracion el anciano, y cuando á la noche acarició el sueño sus pupilas, apareciósele una figura, semejante á la que le pintaran los toledanos, y esta figura abrió sus lábios para hablar y le dijo:

—Yo soy Florinda la maldita, Florinda la Cava, la hija impura del conde D. Julian. Cuando supe que España era, por mi crímen, esclava de los hijos de Mahoma, una voz interior se alzó en lo más profundo de mi alma, mandándome venir, sin tregua ni descanso, á este lugar de mis culpas, á buscar mi honor perdido en las revueltas ondas del Tajo. Perdí la razon, pero no lo bastante para dejar de oir esta voz acusadora, y cruzando valles y llanuras, praderas y montañas, llegué á Toledo, y en Toledo he vivido mucho tiempo, sostenida por una fuerza misteriosa, buscando incesantemente lo que no me era dado encontrar. Por fin, mi vergüenza y mi dolor me mataron; allí, en aquel sitio, testigo de mis torpes placeres, yace insepulto mi cuerpo; mi alma va todas las noches, en penitencia, por órden de Dios, á llorar eternamente mi falta; y evocada por mi llanto, el alma de Rodrigo baja tambien á llorar la suya á las rotas almenas de su palacio. Vé allí; bendice en nombre del Omnipotente aquellos luga-

res malditos, y mi alma no volverá á aparecer en ellos.

Y la sombra desapareció, perdiéndose en el espacio.

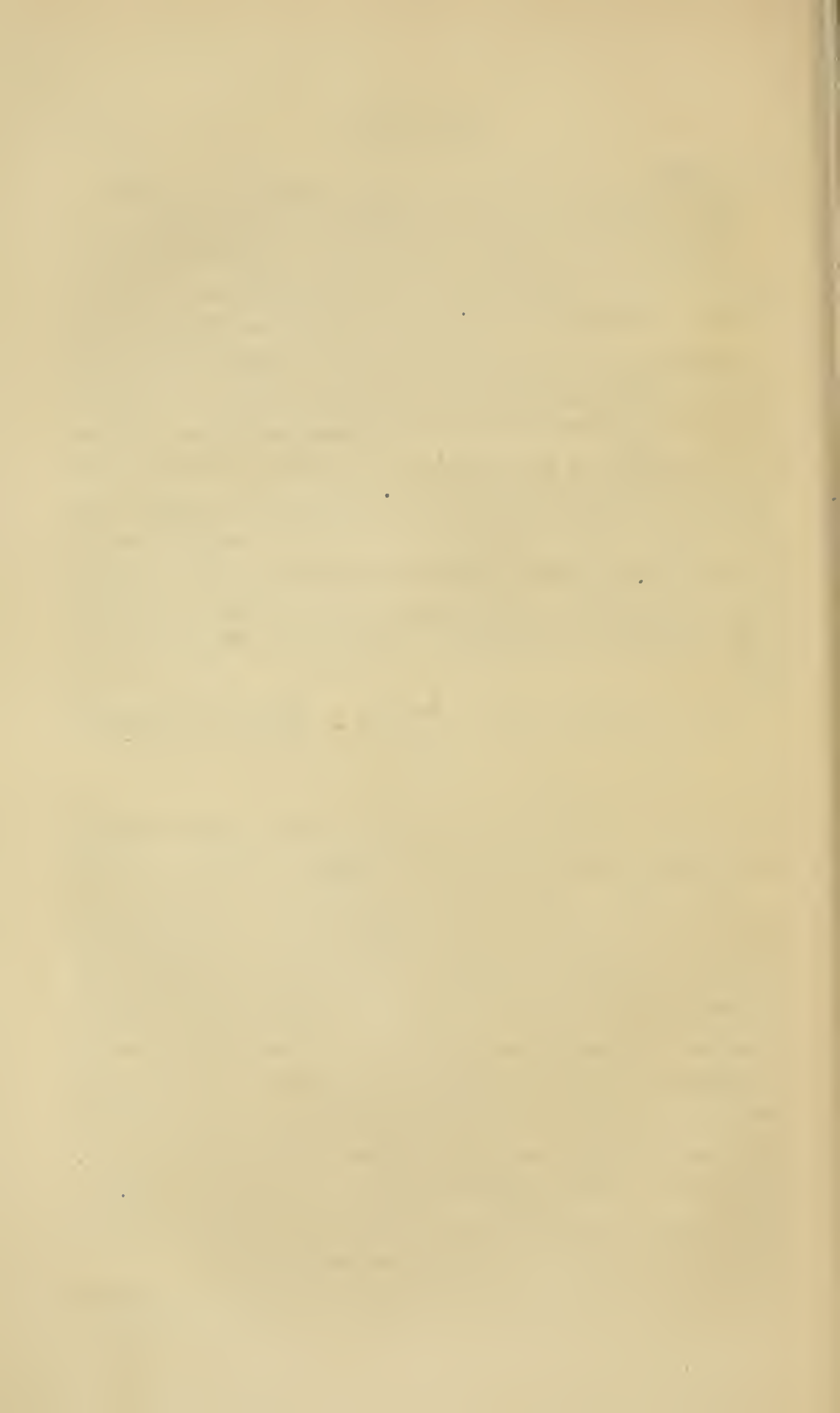
Despertó sobresaltado el ermitaño, y aquella noche, seguido de los habitantes del arrabal, que llevaban teas encendidas, trasladóse á los antiguos *baños* de Florinda; apénas entró en ellos la cruz, el cuerpo de la desgraciada mujer, ya en completo estado de putrefaccion, se levantó por sí solo, y fué á sumergirse en el rio con admiracion de todos. El ermitaño bendijo el breve recinto en nombre de Dios, y postrándose de rodillas rezó por las dos almas extraviadas, y todos oraron con él. ¡Cuadro de amor y de ternura! ¡Ver á aquellos séres, libres y felices en otro tiempo, ahora esclavos y proscritos en sus mismos hogares, rezando por el descanso eterno de los que habian sido causa de sus desventuras!

¡Ya no volvió á verse en Toledo la sombra de Florinda!

IV

Tal es la leyenda, que yo mismo he oido contar muchas veces, y que recuerdo siempre que visito el derruido torreon.

Ahora bien, si sois amigos de tradiciones y consejas populares, si os encantan las leyendas y las narraciones que expresan el verdadero carácter del pueblo que las dá á luz, no pregunteis á la crítica el orígen de aquel último resto de grandeza, por entre cuyas grietas corre la sabandija y crece el musgo. La crítica os responderia que el tal torreon no ha podido servir nunca de *baño:* que, por el contrario, es el estribo de un puente, anterior al de San Martin, y hasta os señalará en la orilla izquierda algunos terruños que salen á flor de agua, y que afirma son parte del otro estribo, sobre el cual descansaba el extremo opuesto del puente.



ALLÁ VAN LEYES,

DONDE QUIEREN REYES.

Allá van leyes, donde quieren reyes, es una frase popular que encierra alto sentido filosófico, y que más parece hija de nuestro siglo, escéptico y burlon, que de una época en que la creencia en el derecho divino de los reyes era firme y segura base sobre la cual descansaba una parte del edificio social.

Y, sin embargo, no es así. Esa frase, que ha quedado como proverbial en nuestra lengua, que puede ser arrojada siempre como una protesta enérgica al rostro de los poderes constituidos en autoridad, que parece engendrada por el pesimismo y la indiferencia en un dia de desesperacion; ese dicho popular que acude constantemente á nuestros lábios y que debe resonar como un sarcasmo, como una irónica adulacion y una burlesca carcajada en el oido de los déspotas, nació al calor de la fé primitiva, en aquellos tiempos en que Dios enviaba sus ángeles á los reyes para predecirles el éxito

de una batalla ó darles una victoria que asegurase en sus sienes la vacilante corona, y en que los monarcas, hijos predilectos de la divinidad y sus representantes en la tierra, eran buenos ó malos, tiranos ó benévolos, segun eran muchas ó pocas las faltas cometidas hácia el Sér Eterno por los pueblos que ellos venian á regir.

No hay, sin embargo, nada más justificado. Cuando por vez primera oí yo este antiguo proverbio, verdadero como lo son todos los del pueblo, saturado de esa extraña filosofía tan segura, tan exacta, que se revela en todos las locuciones populares, en todos los dichos que componen nuestro Refranero,—que parece escrito por la experiencia en el trascurso de los siglos, conforme se ha ido madurando por el juicio y la observacion,—distaba mucho de creer su orígen tan léjos de nosotros, y cuando me convencí de ello no pude contener mi extrañeza; pero esa extrañeza desapareció bien pronto cuando pedí á la tradicion la vieja historia oculta entre los anchos pliegues de su manto.

Escuchadla. Encierra gran enseñanza para todos, y se remonta al siglo XI de nuestra Era y al reinado de Don Alfonso VI de Castilla.

I

El forastero que se hubiera hallado en Toledo uno de los dias más secos y calurosos del ardiente estío de 1086, á esa hora en que el sol colocado en el meridiano divide el medio dia ya pasado, del medio dia por pasar, hubiera sido testigo de un extraño espectáculo que indudablemente habria despertado su atencion. Los retorcidos callejones de la histórica ciudad de Al-Mamun, recientemente arrancada á los sarracenos, eran recorridos por una multitud que caminaba unas ve-

ces en silencio y otras atronando el espacio con sus gritos, en direccion al Zoco, antiguo lugar testigo de los torneos con que en determinados dias celebraban sus triunfos y sus victorias los árabes toledanos.

Los más opuestos sentimientos pintábanse en aquellos rostros huraños y altivos que parecian provocar un desafío con el gesto de desdén que recogía sus lábios, y sostenerlo con la chispeante mirada que brotaba de sus ojos. De cuando en cuando, roncos rumores, preñados de amenazas, que llenaban el viento como el ruido del torrente desbordado por la llanura, salian confundidos de la inmensa reunion de gentes en que se agrupaban, sin separacion de clases, el traje morisco de los muzárabes, cristianos que se quedaron con los moros durante la conquista, sujetos á leyes especiales, y la bélica armadura de los cristianos puros, descendientes de aquellos otros cristianos que á vista del turbion sarraceno huyeron á las montañas de Astúrias á plantar con mano firme sobre el monte Auseba la Cruz que habia de volver á reunir bajo sus brazos las ciudades que la traicion la arrebataba.

Todos ellos parecian unidos por un mismo sentimiento, corriendo á un mismo fin, arrastrados por una misma idea, y esta idea, este fin, este sentimiento, debian ser muy grandes, cuando tan poderosamente los combatian y de tal modo sublevaban todos los espíritus y fundian en una aspiracion comun todas las aspiraciones.

Grande era, en efecto, el motivo que arrastraba á todas las clases de la sociedad cristiana de Toledo á hacer aquella ruidosa manifestacion, á desafiar de tal modo las iras de los gobernantes y hasta á arrostrar el enojo del mismo rey, tan querido, por otra parte, de su pueblo, elevando su voz tumultuaria hasta las gradas de su trono. Alfonso VI, influido por los monges de Cluny, á los cuales habia entregado la direc-

cion de su espíritu, y por su esposa Doña Constanza, francesa de nacion, y por lo tanto súbdita humilde del papado, no temia indisponerse con su pueblo poniendo mano atrevida en lo que existe de más sagrado para el hombre: en el culto con que reconoce la omnipotencia de su Creador.

Era muy antiguo en España el rito que guardaba íntegras y en toda su pureza las venerandas tradiciones de los primeros tiempos del cristianismo. Los mismos apóstoles lo trajeron á la Península, cuando por todas partes se estendieron para llevar á todos los hogares del mundo entónces conocido la palabra del Evangelio; él habia sido el lazo de union de los cristianos primitivos, y la sagrada bandera á cuya sombra se habian agrupado los conversos españoles, cuando en el seno profundo de los lugares subterráneos, desconocidos á sus dominadores, los romanos, se reunian para llamar la proteccion de Dios sobre su frente. Los mártires le habian sellado con su sangre generosa, repitiendo las oraciones que dictaba en su marcha hácia el suplicio, que acabando con su cuerpo devolvia la libertad á su alma, la vírgen Leocadia; los santos le habian seguido en sus sencillas ceremonias, y primero enfrente de los romanos gentiles y enfrente luego de los godos arrianos, él conservaba el recuerdo de todas sus plegarias, la memoria de todas sus bendiciones. Con las palabras que él marcaba, iniciaban las madres á sus hijos en las enseñanzas de la creencia civilizadora; las oraciones que contenia habian caido como un dulce rocío sobre la tumba de una porcion de generaciones. Cuando, más tarde, la sociedad gótica, guiada por Recaredo, abdicó en el tercer concilio la heregía de Arriano para abrazar el catolicismo, San Leandro, San Isidoro, San Eugenio, San Ildefonso y San Julian añadieron fervientes oraciones á las oraciones hechas por el apóstol, y reunidas en un cuerpo por la fé, dan-

do de esta manera un timbre más al viejo misal apostólico, al dejar en él huella de sus pasos sobre la tierra en su peregrinacion al cielo.

Pero muere el poder de los godos en España; húndese en el revuelto Guadalete la sociedad gigante que habia recogido la preciada herencia de Roma, y los cristianos fugitivos se retiran al centro de una cueva escondida en lo más fragoso de las montañas de Astúrias, para borrar allí, á fuerza de sufrimientos, las culpas y los vicios de su raza. No todos huyen, sin embargo; la tolerancia es el arma favorita de los soldados de Tarick, que sólo exige un tributo y deja á las poblaciones el libre ejercicio de su religion; y durante los siete siglos que dura la dominacion de los árabes en España; el misal apostólico, llamado gótico primero y muzárabe despues, fué el luminoso faro que sostenia las fuerzas abatidas de los cristianos, hablándoles del cielo, de un más allá que entreveian en sus sueños, de una libertad que acariciaban como dulce quimera en sus largas horas de servidumbre; fué el arca santa flotando sobre las aguas del diluvio, llevando en su seno el culto de Dios, la fé en su omnipotencia, la esperanza en su misericordia.

Muchos títulos eran estos para que el pueblo amase el libro sagrado donde acudia á buscar plegarias con que lamentar sus desgracias ó himnos con que cantar su felicidad, y no obstante, aún se unia otro á todos ellos; el rito muzárabe era el rito nacional, el rito sagrado conservándose á través de los siglos desde los tiempos apostólicos, á pesar de todas lás dominaciones, semejante á esas luces emparedadas cuando la invasion sarracena, con las estátuas de los santos á cuyos piés ardian, y que se conservan milagrosamente durante todo el tiempo que dura su dominacion, sin que los años las consuman; renegar del rito muzárabe era para los

católicos españoles tanto como renegar de su fé primitiva, renegar de su patria tan querida, tan laboriosamente reconquistada, renegar de sus tradiciones religiosas, renegar de San Leandro, de San Eugenio, de San Ildefonso.

Y sin embargo, era preciso; el Papa, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, lo exigia, y el rayo de la excomunion vibraba ya en su mano, pronto á herir la frente rebelde que no se doblegase á su poder. Los reyes cedian uno tras otro á las órdenes pontificias, y ya sólo en Castilla se conservaba el rito antiguo; pero los monjes de Cluny dominaban por completo en la inteligencia del gran rey Don Alfonso VI, así como en su corazon la reina Doña Constanza, y aquéllos porque habian tomado á su cargo realizar los deseos del Pontífice, y ésta porque el culto galicano dispertaba todos sus recuerdos de la infancia, todos los sueños de su pátria, unos y otra hacian ruda guerra al rito gótico en el ánimo del monarca.

No era ésta la primera vez que el papado, en su empeño por dominar en absoluto las conciencias y erigirse en único poder de la cristiandad, trataba de inmiscuirse en el rito gótico para sustituirle con el romano, logrando así que fuera uno el culto y una la lengua con que los cristianos alabaran á su Dios. Ya en el siglo x envió Juan X un legado á España para que se enterase de la verdad de los rumores que se habian hecho correr por la córte de Roma de que el trato con los moros habia introducido en el rito gótico variaciones contrarias á la unidad del dogma; pero demostrada la falsedad de tales asertos, fué confirmado por el colegio de cardenales. En el siglo siguiente varios legados vinieron, uno tras otro, á tratar la abrogacion del culto nacional, y todos se volvieron sin conseguirlo, ya por estar autorizado por Juan X, ya por la oposicion de los obispos españoles que para poner término á empeños tan opuestos á la opinion en Castilla, de-

cidieron nombrar una comision que presentase al Papa Alejandro II, que á la sazon regía los destinos de la Iglesia, el misal, breviario y ritual muzárabes, como se verificó, mandando el Pontífice, en vista del informe que le dieron los cardenales que nombró para examinarlos, que nadie condenase ni mudase el oficio de la Iglesia de España.

Pero no en todas partes era tan obstinada la oposicion de los pueblos, ni tan poderosa su voluntad que los reyes vacilasen antes de desafiarla. Aragon y Cataluña habian cedido ya admitiendo las condiciones que el Papa les imponia, y solo Navarra y Castilla, esta última sobre todo, se obstinaban en su negativa á recibirlas.

Por entonces subió al trono pontificio Gregorio VII, carácter enérgico, y decidido á llevar el peso de su influencia á todos los países que tuviesen por ley el catolicismo, y comprendiendo que el primer paso para que esto sucediese en España habia de ser la abolicion del rito nacional y su sustitucion por el romano, tomó con gran empeño la empresa, escribiendo con este fin diversas cartas á Sancho V de Navarra y á Alfonso VI de Castilla. Esto, unido á las escitaciones de Doña Constanza y de los monjes de Cluny, y al deseo de este último rey de complacer al Papa, fué causa de que se decidiera á introducirlo en Burgos en el año 1077.

No lo consiguió, empero, sin resistencia; por el contrario, la halló y muy grande en el clero y las clases populares, que le obligaron á que sometiese su determinacion al juicio de Dios, tan comun en la Edad Media. Nombró el rey el campeon del ritual romano, y el clero y el pueblo el defensor del muzárabe, cuyo nombre, Juan Ruiz de las Matanzas, ha llegado hasta nosotros, y el dia del combate, y despues de las formalidades de costumbre, lucharon los dos combatientes, siendo vencido el campeon de los pontífices, y quedando

vencedor y reconocido por tal, Juan Ruiz. A pesar de esto, y con gran escándalo de todos, introdújose en Burgos el aborrecido breviario entre las quejas del clero y las murmuraciones del pueblo, que de este modo veia despreciadas sus viejas tradiciones.

Tal era el estado de la cuestion cuando tuvo lugar la reconquista de Toledo: poco despues de este golpe fatal para la dominacion árabe en España, Alfonso VI, firme en su propósito de suprimir el culto nacional, trató de establecerlo en su nueva ciudad; pero crecieron de punto las dificultades, á causa de lo venerado que era en ella, hasta el punto de que algunas veces se le llamaba rezo toledano, y nuevamente el rey, de acuerdo con el clero, decidió pedir á Dios sentencia de la causa que así los dividia.

II.

Este era el motivo que impelia á las gentes á acudir en gran número á la plaza del Zoco, donde iba á tener lugar el nuevo juicio de Dios que habia de decidir sobre la supremacía extranjera en España. Cada cual fiaba en la justicia y bondad de su causa y en la fuerza de su derecho, y creyéndose defensor del verdadero culto, á la par que amante de su patria, ni uno solo desconfiaba del éxito. Sólo el rey se encontraba impaciente, y dirigia en derredor sombrías miradas, buscando en el rostro enérgico y decidido del arzobispo D. Bernardo y de la reina Doña Constanza una fuerza que sentia se le escapaba por momentos. A pesar de todo, él tambien era hispano-godo; en aquel breviario, que ahora se proponia derrocar, habia leido con voz trémula durante su retiro en Sahagun, las oraciones que diariamente elevaba á Dios, pidiéndole la reconquista de su trono de Ga-

licia, injustamente usurpado por su hermano Don Sancho de Castilla; aquellas mismas plegarias, de que ahora queria renegar, habian sido su único consuelo, su única esperanza, su única arma contra la desesperacion, en los largos dias de destierro que pasó junto á las márgenes del Tajo, mientras vivió merced á la munificencia de Al-Mamun... Pero lo mandaba el Pontífice, lo queria su esposa, lo aconsejaba su arzobispo, y ante tan fuertes influencias no habia de vacilar por mucho tiempo el rey que años más tarde desmembró de su territorio el reino de Portugal para pagar escasos servicios de un conde borgoñon, á quien dió la mano de su hija Doña Teresa, rompiendo para siempre con este acto poco meditado la unidad de la Península; falta original cometida por el monarca en el siglo XI y cuyas consecuencias sufrimos todavía al terminar el siglo XIX.

Debajo del arco que hoy se llama de la Sangre alzábase un ligero estrado desde el cual dominaba el rey á la multitud, rodeado de lo más florido de su corte, y teniendo á su izquierda al francés arzobispo que fortalecia su ánimo, un tanto conmovido, con frases lisonjeras, que llegaban á los oidos del monarca castellano sin conmover su corazon. A su derecha, la reina Doña Constanza, rodeada de sus damas, pálida y convulsa esperaba atenta el resultado decisivo de la escena que iba á pasar ante sus ojos. En el centro de la plaza una gran pira aguardaba solamente una señal para desplegar un vistoso manto de fuego, de cuyas entrañas habia de salir la voluntad de Dios, como de las entrañas del rayo salió el Decálogo en la cumbre del monte Sinaí. La gente llegaba sin cesar al sitio de la prueba, formando en torno á la plaza una estensa muralla de cuerpos humanos que cada vez se hacia más compacta; sus miradas, mezcla de indignacion y de respeto, iban de la pira al trono, clavándose con

más insistencia en D. Bernardo y en la reina, que de cuando en cuando se miraban tambien con inquietud. Era aquella una atmósfera pesada que se respiraba dificultosamente; faltaba aire tranquilo y puro á los pulmones oprimidos; y en la sombra que por los rostros estendia, —nube preñada de amenazas, —fulguraban relámpagos de cólera.

El calor era sofocante. El viento parecia traer eflúvios del infierno sobre sus alas voladoras. La tierra, agostada por un sol de fuego, estaba sedienta de la lluvia bienhechora que parecian presagiar unas espesas nubes que poco á poco fueron condensándose sobre la gótica ciudad. Corria el sudor de todas las frentes, inundando todos los rostros, pero nadie abandonaba su puesto. Los concurrentes se apretaban unos contra otros, sin quejarse, sin murmurar, para no interrumpir la ceremonia que iba á dar principio, absorto cada cual en pensamientos que eran los mismos que agitaban aquellos cerebros excitados manteniendo en constante tension las inteligencias. Nadie se apercibia del bochorno; la atencion general estaba concentrada en el monton de leña que se alzaba en mitad de la ancha plaza.

En frente de la pira, y al lado del trono, sobre un pequeño altar, estaban colocados los dos misales, y entre ellos, alumbrado por dos velas amarillas, un crucifijo que estendia sobre ambos sus brazos como para abarcarlos á los dos. El profeta de Nazareth iba á ser testigo de aquel extraño juicio, que decidiria de la eleccion de culto. Nadie más interesado que el mismo Dios para señalar la forma en que queria ser adorado.

Levantóse de pronto el rey, y su simpática figura se mostró erguida sobre el trono. Hizo una señal con la mano, y se dejó caer en su asiento palpitante de duda y emocion. El duelo iba á empezar. En aquel instante, un extraño extreme-

cimiento hizo palpitar con más fuerza todos los corazones, y se animaron todas las miradas. Se oyó un ¡ay! ahogado y un silencio sombrío, un silencio de muerte, reinó despues en la plaza.

Hubiera podido oirse el ruido del viento al columpiar las hojas de los árboles.

Se adelantó entónces el arzobispo, despues de besar la mano del monarca de Castilla, se dirigió con vacilante paso hácia el altar, y postrándose de hinojos ante él, empezó á modular fervorosas oraciones. En aquel momento solemne, él tambien se preguntaba si habia obrado bien siguiendo las inspiraciones del Pontífice, y aunque creyendo firmemente la justicia de la causa que defendia, su mente, incapaz de comprender los designios inexcrutables del Eterno, vacilaba y necesitaba ver expresada la voluntad del cielo para tranquilidad de su conciencia. ¿Qué pasó en aquel diálogo mudo del hombre y Dios? Ninguno de los que vieron al arzobispo levantarse tranquilo y sereno para besar los piés del crucificado hubiera podido decirlo; pero la muchedumbre le vió tomar con mano firme los dos misales, dirigirse con ellos hácia la pira y colocarlos en medio de ella sobre la leña pronta á arder, volviendo á retirarse en seguida á ocupar su puesto tras el asiento del monarca. Luego, un hombre puso fuego á la inmensa pira, oyóse el crujido de la leña que se retorcia al ser envuelta por la llama, y por un instante todo desapareció en la hoguera.

Pero por un instante nada más. De repente se oyó un gran ruido, y uno de los dos misales, arrojado de la pira por una fuerza invisible y extraña, cruzó como un proyectil el aire y fué á caer intacto á los piés del rey D. Alfonso; era el misal gótico el que las llamas despedian de su seno, no atreviéndose á hacer presa en sus veneradas hojas. El romano

siguió en el fuego, y bien pronto no fué más que un monton de cenizas.

—¡Milagro!—gritaba el pueblo conmovido.—¡Milagro!—los caballeros; y las mujeres abrazaban á sus hijos porque ya estaban seguras de enseñarles las mismas oraciones que ellas aprendieron. Parecia haberse ganado una gran victoria contra los enemigos de la cruz.

—Nada puede contra nosotros,—decia un anciano,—la influencia del Pontífice, que no sé yo por qué no há de respetar nuestras costumbres, nuestros usos, nuestras creencias. Lean en buen hora los extranjeros en sus nuevos misales arreglados por ellos á su gusto, y déjennos á nosotros rezar las mismas oraciones con que evocaban los apóstoles la misericordia de Dios y la presencia de Jesús.

—Ya se habrá convencido el rey—decia otro,—de que Dios no quiere que muera nuestro culto sacrosanto. San Ildefonso, sin duda, velaba por él impetrando la proteccion de la vírgen María, á quien tanto defendió durante su vida contra los hereges. El fuego ha consumido el misal galicano y no ha tocado ni á una hoja del nuestro... Y es que todas ellas están benditas por Dios, y sobre cada una vela un santo, uno de los santos de Toledo, que leyendo las hojas de ese libro, encontraron la senda verdadera de la luz y de la perfeccion.—

Levantóse en esto el rey, y seguido de su córte, descendió á su palacio, antiguo alcázar mandado construir por Wamba, y reedificado para mansion suya por los reyes árabes de Toledo. Una sombra tenaz cubria su rostro; la reina y el arzobispo, pálidos de terror, seguian á Don Alfonso sin atreverse á interrogarle con la vista. Los cortesanos, impresionados vivamente por el espectáculo que acababan de presenciar, marchaban tras ellos cabizbajos, sumergidos en pro-

fundas meditaciones. Poco despues la multitud cruzaba alegremente la plaza, cantando la victoria conseguida por el rezo nacional contra el extranjero, y una espesa columna de humo se perdia en el aire, oscureciendo la inmensidad del horizonte.

Dios habia hablado, y sólo quedaba á los hombres ejecutar y cumplir sus decretos divinos. Nuevamente se habia rasgado el velo de la nube y el resplandor de los relámpagos habia alumbrado otras tablas de la ley.

III

Aquella noche los castellanos, y los que de españoles fieles á sus viejas costumbres se preciaban, durmieron tranquilos, sonriéndose, no obstante su acendrado catolicismo, al pensar en el efecto que causarían en el Pontífice las decisiones de Dios tan contrarias y opuestas á las suyas. Ni uno solo abrigaba la más pequeña duda sobre la rectitud del rey, y en vano se les hubiera objetado el recuerdo de lo acaecido en Búrgos, porque hubieran respondido que el caso no era igual; que la accion sobrenatural y milagrosa no fué tan directa en el primero como en el segundo; que éste, además, venia á confirmar plenamente lo sentado por aquél, y por último, que fuerte con la proteccion divina, el antiguo misal gótico era sobrado grande para que pudiera oponérsele el romano, siquiera tuviese de su parte las simpatías del Papa, cabeza visible, para los católicos, de la Iglesia de Jesucristo.

Pero el pueblo es un niño, á quien de nada sirven las enseñanzas del tiempo, y que como tal, no lee nunca ese libro gigante de la experiencia, madre y sostenedora de la vida; el pueblo es noble, generoso, recto, y no comprende las argucias de los teólogos, ni los sofismas de los legistas,

capaces de tranquilizar, á fuerza de silogismos, la conciencia más perturbada, si así conviniera á sus intereses; el pueblo és siempre jóven, y el poder siempre viejo, y por esta razon, en todas las luchas que sostiene, el poder artero y artificioso vence siempre al pueblo inocente y sencillo. No hay en el mundo dique que pueda oponerse al capricho de un déspota, que salva el primero la valla religiosa, dentro de la cual se encierra como en una ciudadela fortificada. Esto es lo que pasó en la ocasion á que nos venimos refiriendo. A pesar de la voluntad del pueblo tan claramente manifestada; á pesar de que tenia en su apoyo la proteccion del cielo, tal como se entendia su declaracion en aquellos *Juicios de Dios* de la Edad Media,—mezcla de barbárie y supersticion;—á pesar de que las olas de la indignacion popular llegaban hasta las gradas del mismo trono, Alfonso VI, fuerte por sus victorias contra los moros, fuerte tambien con el apoyo del Pontífice, no pudo resolverse á disgustar al Papa, á no complacer á Doña Constanza, á enemistarse quizá con los monges de Cluny, y poco tiempo despues de la escena que hemos referido, expidió un decreto, por el cual se abolía el rito gótico, reemplazándole por el galicano.

Es verdad que interpretando á su modo el hecho tenido entónces como sobrenatural, del que habia sido testigo, metíase en sutilezas metafísicas para buscar una explicacion razonada á lo que no la tenia, y dar una sombra de legalidad á lo que sólo era prueba evidente de su debilidad para oponerse á las extrañas influencias que pesaban incesantemente sobre él; es verdad que, tratando de interpretar el deseo de Dios, ordenaba que el rezo antiguo se mantuviese en Toledo, puesto que el misal muzárabe habia salido de la hoguera, y que se observase en el resto de su reino el romano, puesto que habia permanecido entre las llamas como demos-

trando que no era en la histórica ciudad de los Concilios donde habia de ser observado; es verdad que concedió grandes privilegios á las iglesias que instituia como guardadoras del viejo culto nacional; pero á pesar de esto, sus disposiciones causaron un efecto desastroso en sus súbditos que comprendian lo que tal decision significaba.

Aquello era desprenderse voluntariamente de una independencia mantenida á través de los siglos desde los tiempos apostólicos; formar una cadena que sujetase la conciencia, ahora que poco á poco, lenta pero seguramente, iban rompiendo la que sujetaba su pié al carro triunfal de los hijos del Profeta. La influencia francesa, que después habia de dar tan amargos frutos; la soberanía de Roma, que más tarde, haciendo á España hija predilecta de la Iglesia, habia de empeñarla en desesperada y ardiente lucha contra el progreso y la civilizacion, quedaban establecidas en este oculto rincon del Occidente. Ya tenia el Papa intervencion directa en nuestros asuntos espirituales; ya nuestras oraciones eran las mismas que las de los pueblos sujetos servilmente á su poder. El culto nacional habia muerto y con él nuestra libertad.

Entónces fué cuando el pueblo, desengañado, comprendió que su fé sencilla habia sido juguete de su soberano y del arzobispo; entonces fué cuando comprendió que la voluntad de los súbditos, las costumbres, Dios mismo, no son nada ni nada significan para los déspotas, si en algo se oponen á los deseos de los que, imperando sobre los cuerpos por un derecho que aún busca sin encontrarle la razon, quieren tambien imperar sobre las conciencias; entónces fué cuando nació ese dicho popular que anda en labios de todos, esa frase punzante y aguda como la hoja de un puñal, fina como una sonrisa sarcástica que penetra hasta el corazon, y parece des-

garrar los oidos del que la escucha; ese viejo proverbio toledano, tan natural, y sin embargo, tan excéptico, que parece un grito desesperado del esclavo, defensa de todas las injusticias, expresion clara y evidente de lo que és en el mundo ley única, ley suprema: *allá van leyes, donde quieren reyes.* Pronto hará ocho siglos que salió de labios del primero que dió con él forma á su pensamiento, y aún, por desgracia, puede repetirse en todos los tonos y en todos los idiomas por casi todos los pueblos de la tierra.

LAS JUSTICIAS DEL REY SANTO.

Pocos reinados registra la historia pátria más azarosos en sus principios que el de Don Fernando III de Castilla, á quien más tarde su excesiva piedad, sus brillantes luchas con los enemigos de la cruz, y su celo, algunas veces más que exagerado, en perseguir las herejías, conquistaron el título de santo que el pueblo unánime le dió á poco de su muerte, y que la Iglesia confirmó en el año 1671, siendo Papa Clemente X.

Vivia Don Fernando al lado de su padre Don Alfonso IX de Leon en la capital de aquel reino, mientras su madre regentaba el de Castilla durante la minoría de su hermano Don Enrique I, separada de su esposo por decision del Papa Inocencio III, que habia encontrado graves impedimentos á su matrimonio á los seis años de realizado, y de su hijo por voluntad de Don Alfonso, que con esto creia tener en su poder á Doña Berenguela, y esperaba por tal medio llegar á reunir así las dos más fuertes coronas de su tiempo, cuando una desgracia natural y en la que no tuvo parte alguna la

voluntad del hombre, vino á dejar sin rey á Castilla: *«Trevellaba el rey D. Enrique con sus mozos é firiólo uno con una piedra en la cabeza, non por su grado, é murió ende VI dias de Junio, en el dia de mártes,»* que dicen viejas crónicas de aquel tiempo con su acostumbrado laconismo. Pasó la corona, como era justo, á Doña Berenguela, que madre antes que todo, ideó desde el primer momento ceñirla á la cabeza de u hijo, y temiendo que la ambicion de Alfonso IX pusiera obstáculos á tan noble deseo, mandó venir á Don Fernando á Castilla achacando deseos de verle, y ya en ella, le hizo solemne cesion de sus derechos, cumpliéndose así la profecía, que segun la leyenda popular habia hecho un ángel á Alfonso VIII como castigo de sus liviandades con la hermosa judía de Toledo.

Grandes eran los obstáculos que el jóven rey tenia que vencer para llegar á verse pacífico poseedor de la herencia de su abuelo, el gran rey de las Navas de Tolosa. Por un lado, Alfonso IX de Leon, su padre, furioso por el engaño de que habia sido víctima, amenazaba entrar á sangre y fuego por el reino de su hijo; por otro, los Laras, que fueron los verdaderos señores del reino durante la minoría de Enrique I, deseaban y pedian con las armas en la mano la tutela del nuevo rey, que ya tenia diez y nueve abriles. Movíanse los partidarios de ambos, ganando voluntades los unos, amenazando los otros con la próxima entrada del Leonés en Castilla,—que siempre ha habido partidos en España que en momentos difíciles han sacrificado el patriotismo al triunfo de sus ideas ambiciosas,—y no faltaba quien se aprovechase de estas turbulencias para esquilmar á los pueblos y á los indivíduos con exacciones y abusos, amparándose de todas las banderas y sin servir con lealtad á ninguna.

A todos, no obstante, hizo frente Don Fernando, ayudado

en el Consejo por Doña Berenguela, su madre, discreta señora á quien ningun cronista ni historiador, escasean elogios. Hizo paz con su padre entregándole una suma de maravedís, mezquina como los pensamientos del monarca de Leon y los móviles que le impulsaban hasta el parricidio; venció á los Laras en varias luchas parciales, y ya sosegados un poco los ánimos, se dedicó á restablecer por completo la tranquilidad de que tanta falta tenia, para dedicarse en cuerpo y alma á la Reconquista. Y para conseguir este fin no fué, en verdad, muy parco en crueldades; impuso á los culpables suplicios horribles, y á unos hacia sacar los ojos ó cortarles las manos ó los piés; á otros ahorcaba ó quemaba; á otros, en fin, cocia vivos en unas inmensas calderas que le acompañaban á todas partes.

En una de las excursiones que hizo á Toledo, ciudad siempre revoltosa y nunca bien avenida con sus señores, fueron tantas las justicias que llevó á cabo, que los *Anales Toledanos* segundos, preciosos documentos antiquísimos que arrojan gran luz sobre muchos acontecimientos de nuestra historia, guardaron profundamente su recuerdo en estas lacónicas frases: «*Era MCCLXI (año 1223)—Vino el rey Don »Ferrando á Toledo é enforcó muchos omes é coció muchos »en calderas.*»

A esta venida á Toledo del rey Don Fernando se refiere la siguiente tradicion, tenida por cierta por todos los historiadores toledanos.

I.

Gobernaba Toledo á la sazon un antiguo partidario de los vencidos regentes, hombre adusto, de rostro repulsivo y mirada insolente que chispeaba con extraño fuego al posarse

en el rostro de las mujeres que pasaban á su lado. De ágrio carácter, despótico por temperamento, y alcaide de la ciudad de los godos por obra y gracia de los Laras, que apreciaban en lo que valian sus facultades para el dominio y la tiranía, y el rigor con que siempre oprimia á los pueblos,—rebaño, en su concepto, despreciable, digno tan solo de ser regido por el látigo y el capricho de sus gobernantes,—muchos años hacia que su Gobierno pesaba como un castigo del cielo sobre los pobres toledanos, que más de una vez habian querido hacer pedazos el yugo de acero con que oprimia su garganta, sin que nunca pudieran dar fin á su empeño, porque llegado el momento de alzar la bandera de rebelion, siempre habia uno ménos ofendido ó más pusilánime que temblaba ante las duras consecuencias de una derrota.

Cuando el poder de los Laras se deshizo ante la férrea voluntad de Don Fernando, como la niebla se deshace por las cumbres de las montañas al ser herida por la luz del sol, todo el mundo creyó en Toledo que el eco de sus ayes llegaria hasta el trono, logrando encontrar simpática acogida en los oidos del rey, cuyas justicias empezaban ya á poner en cuidado á todos los culpables y á admirar á la sociedad castellana.

Ante la rectitud de carácter de Don Fernando cedian todos los abusos, desaparecian todas las injusticias, y no habia influencias bastante fuertes á interrumpir el curso de la justicia. Cuanto más alta estaba la cabeza desafiando la cólera real, más pronto y con más fuerza la hería el rayo de su poder. Pero esta vez, tan bien tomadas tenia sus medidas D. Fernando Gonzalo,—que este era el nombre del alcaide,—que todas las quejas se estrellaron ante los muros del palacio cuyos umbrales no pudieron traspasar. De gran alcance práctico, y esperto en las luchas de la política, habia comprendido desde el primer momento, que Castilla, cansada de los Laras, acogeria

con gustó y con entusiasmo la idea de tener un rey suyo, un rey propio, que gobernase por sí mismo y no por delegacion y así que supo la renuncia de Doña Berenguela, envió su adhesion al nuevo monarca, olvidando á sus antiguos protectores, precisamente entónces, que hubiera podido, con su lealtad y siguiéndoles en la desgracia, pagarles su primer encumbramiento. Pero Gonzalo no entendia así las cosas del mundo; la amistad, el reconocimiento y el deber, eran para él vanas frases que el viento arrastraba en sus confusos remolinos, y la propia conservacion, su conveniencia, los únicos dioses á quienes rendia culto en el altar del egoismo. Preocupado Don Fernando con los graves cuidados que le daba la pacificacion del reino y sus luchas exteriores é intestinas, no pudo dedicarse en un principio á oir las quejas de sus pueblos. Agradecido, como bueno, á los que abrazaban su bandera en los críticos momentos de su elevacion al trono, habia acogido con verdadera alegría y guardaba en su corazon cierto reconocimiento á aquel noble magnate, que llegado el instante de la prueba no vaciló un momento en ir allí donde le llamaba su obligacion de caballero y su deber de castellano, obediente sumiso á las leyes de Castilla y á los fueros de su corona. Hé aquí por qué los toledanos esperaban inútilmente una destitucion que no venia, que no podia venir mientras el rey no despertase de su letargo y comprendiese la sinrazon de la conducta de su alcaide.

Muchos vicios corroian el corazon de éste; puede decirse que todos los que el infierno vomitó sobre la tierra en un dia de desesperacion anidaban en aquella alma corrompida á la vez por todas las impurezas. Abrumaba al pueblo con continuas vejaciones, multiplicaba los impuestos, vendía hasta el último pedazo de tierra de sus colonos para el pago de sus tributos, y no habia desgracia que arrancase una mirada de

piedad á sus ojos, ni un impulso compasivo á su corazon. Parecia como si fuese un mónstruo abortado por el abismo, un hijo de otra raza, de otro pueblo, nacido para oprimir á la raza de los hombres. Su nombre se citaba con espanto en las conversaciones del hogar, y las doncellas le miraban como ancha nube mensajera de desgracias, estendiéndose de pronto por el cielo de su felicidad; los niños que desde pequeños oian las maldiciones que este nombre levantaba, juzgábanlo negra encarnacion de los malvados y gigantes que con sus muecas espantosas turbaban la dulce calma de sus ensueños infantiles.

Pero habia un vicio que dominaba á todos los demás en el corazon del alcaide, imponiéndose á su inteligencia y á su voluntad; soez y libertino, con bastante poder para satisfacer el menor de sus caprichos, sus triunfos en amor, triunfos fáciles, conseguidos por el pavor ó por la fuerza, eran numerosos, y cada uno de ellos se señalaba con un reguero de lágrimas, y muchas veces con un reguero de sangre, en la historia de su vida. Ninguna consideracion le detenia; cuando le interesaba una mujer hermosa, se interceptaba en su camino como el fantasma de la fatalidad.

Y en vano hubiera querido la infeliz que tenía la poca fortuna de despertar la atencion de aquel hombre librarse de la seduccion que la amenazaba. Nacida para ser inmolada en el ara lasciva de los deseos de Gonzalo, de poco la podia valer su negativa. La presencia de un padre, de un esposo, de un hermano, complicaban la situacion, y sólo servian para avivar los feroces instintos de aquella fiera que vertiendo sangre de sus semejantes parecia encontrarse en su elemento.

Muchas eran ya las víctimas; muchos eran ya los crímenes; si la conciencia de Gonzalo no hubiera estado siempre dormida á las excitaciones del deber y á la voz del remordi-

miento, más de una vez habria despertado en medio de las convulsiones del terror. Pero para Gonzalo no existia. Los goces de la materia eran su único culto. Sin embargo, las quejas, las maldiciones, los ayes de los pueblos oprimidos se condensan como una nube sobre la cabeza de los tiranos, y más de una vez sale de esa nube el rayo que hiere los poderes más altos de la tierra.

II

Era una noche pura y tranquila; una de esas noches de verano, tachonada de estrellas que brillan como granos menudos de polvo de oro en medio de las sombras que pueblan la inmensidad. En el fondo de una estancia elegantemente alhajada al gusto de la época, una mujer jóven y hermosa como el deseo, reclinada en un lujoso divan, hundia en sus pequeñas manos de marfil su linda cabeza rubia, ocultando su frente cubierta de arrugas, fiel reflejo de las ideas encontradas que reñian lucha tenaz en su cerebro. En frente de ella, silencioso tambien y meditabundo, con el hastío pintado en el ceñudo rostro y la mirada fija en un extremo del salon en que la luz de la luna, en guerra con la oscuridad, fingia extrañas figuras, disipadas apenas nacidas, D. Fernando, el tan temido alcaide de Toledo, entregábase á extraños pensamientos sin órden y sin hilacion ninguna.

Reinaba en la estancia un silencio profundo, tan solo interrumpido por los suspiros que de cuando en cuando dejaba escapar el pecho acongojado de la dama, suspiros débiles como la respiracion de un niño dormido en el regazo de su madre; como deben exhalarlos los ángeles si alguna vez vá una idea de la tierra á sorprenderlos en medio de las glorias sin fin del Paraíso. Cuando la jóven suspiraba, enco-

jíase de hombros D. Fernando, haciendo un gesto de desden que no era apercibido por la dama, entregada á sus meditaciones. Despues, todo volvia á quedar en silencio, y aquellos dos séres, sentados uno en frente de otro, no se atrevian á interrumpirlo con una frase cariñosa.

Y sin embargo, la noche convidaba á amar. Por la ventana abierta sobre el jardin, entraban en confuso remolino las quejas del ruiseñor, los perfumes de las flores y el són cansado del arroyo que modulaba extrañas melodías al deslizarse junto á ellos. Todo dormia en la enramada que poblaba de sombras el jardin; las aves ocultas en el casto misterio de sus nidos de pajas, yerbas y hojas artísticamente entretejidas; las rosas que enlazaban su tallo, confundiendo en un beso sus capullos; el aura misma que apenas columpiaba las hojas que los árboles la oponian. La luna iluminaba el paisaje elevándose lentamente por cima del horizonte como un inmenso copo de nieve, y rielando con vivo fulgor sobre las ondas del Tajo, fingiendo alcázares de plata y pedrerías en su cristalino fondo, ceñida por las estrellas que semejaban larga cadena de diamantes sembrados á granel en el vacío.

—¿En qué piensas?—dijo por fin Gonzalo, rompiendo el profundo silencio que reinaba en el salon.

—No lo sé;—le respondió la jóven, despues de una breve páusa;—extrañas ideas cruzan mi cerebro y en vano quiero desecharlas; se alejan un instante y vuelven otra vez con más empeño. Sobre todo, la imágen de mi padre está siempre delante de mí. Veo constantemente brillar sus ojos en la sombra, que ora me miran compasivos, ora me rechazan amenazadores. Muchas veces, á mis solas y en este mismo sitio, paso las horas indiferente á cuanto me rodea; durante este tiempo, no pienso, no rezo, creo que no vivo... Pues bien,

cuando vuelvo en mí de este letargo tan profundo, siento mi rostro humedecido por lágrimas que yo no he llorado... y que sin duda vierte mi madre desde el cielo sobre mi frente mancillada!

—Visiones, hijas de tu imaginacion sobrescitada...

—Que me hacen padecer mucho, y cuando se presentan, conmueven hasta las fibras más hondas de mi corazon. Visiones son, sin duda, pero visiones con que me abruma el remordimiento.

—¡Bah!

—No te rias, Gonzalo; yo te he dado mi alma; por tí he puesto en olvido los santos recuerdos de mi infancia, embalsamada con los suaves perfumes de la pureza. Yo era inocente, sencilla, cuando te conocí, y oraba á Dios alzando hasta ese cielo, en donde vive, mi vista radiante de amor y reconocimiento; pero desde entonces, mis oraciones son muy cortas; y cuando acudo á Él, nunca levanto la cabeza, por miedo á que mi frente esté marcada por la culpa con caractéres indelebles. Antes, al acordarme de mis padres, sentia un gran dolor; hoy es más grande, mucho más grande mi vergüenza.

—No prosigas, Aldonza, te lo ruego.

—¿Te cansa oirme?... Lo sé; en otro tiempo, cuando al pié de mi reja permanecias toda la noche, y te retirabas gustoso si al cabo de tantas horas de esperar conseguias una sóla palabra en premio á lo que yo creía amor, hubieras dado mucho, mucho, por oir mi voz que tanto y tanto te molesta.

—¿Pero qué es lo que te pasa esta noche, que dás tono tan lúgubre á todo lo que dices, y no tienes más que reproches para mí?

—Es que te encuentro muy cambiado, es que todo cuanto antes oia decir de tí, y sólo me arrancaba una sonrisa de in-

credulidad, se me aparece ahora de otro modo, y creo apercibir por donde quiera espectros vengadores que te acusan. Es que antes creia en el amor que me mentias y me entregaba á él con efusion, mientras ahora la duda destroza mi alma y no puedo arrancarla de allí...—

Gonzalo se levantó entonces bruscamente.

—No te vayas, —prosiguió Aldonza llorando al ver el movimiento de su amante.—No te vayas, por favor; tengo miedo cuando estoy sola; miedo á mis recuerdos, miedo á la voz de mi conciencia. No sé lo que digo. ¡Soy tan desgraciada!...—

Gonzalo, reprimiendo su impaciencia, volvió á sentarse. Hubo una breve pausa, interrumpida por los sollozos de la hermosa jóven que arrancaban relámpagos de furor á los negros ojos del alcaide, que á duras penas contenia su furor. La luna se habia ocultado tras una lijera nube, y la estancia estaba sólo iluminada por el reflejo de una lámpara que ardia en un cuarto inmediato delante de una imágen de la Vírgen. De pronto secó sus ojos Aldonza, y acercándose á su amante y apoyando su hermosa cabeza rubia en el pecho de aquel malvado, le dijo con voz dulcísima, velada todavía por el llanto:

—¡Soy muy desgraciada, sí; muy desgraciada, y sin embargo, si tú quisieras sería tan feliz! Tú podias, con una sola palabra, realizar todos los sueños de mi alma; rehabilitarme á los ojos de los demás, ante los cuales me has perdido, y rehabilitarme á los mios tambien. Mi cuna es noble, tanto como la tuya; bien lo sabes. Soy rica, demasiado quizá; todos me llaman hermosa, tú tambien me lo has llamado muchas veces, ¡ojalá no te lo hubiera parecido nunca! Te amo hasta el extremo de haberte sacrificado mi honor, la prenda más sagrada de mi alma. Pues bien, todo te lo doy con mi mano. Unámonos ante los hombres como estamos unidos ante Dios.

Cúmpleme la palabra que me diste al pié de esa misma imágen, en la cual se clavaron por última vez las miradas de mi madre, veladas por el velo de la muerte... ¿Nada me dices?—prosiguió al notar el silencio de Gonzalo.

—No puedo responderte. Varias veces te he dicho ya que hay causas que impiden que este matrimonio se realice.

—¿Pero cuáles son esas causas?

—El reino no está seguro todavía... Aún no ha venido el rey á Toledo, y yo no sé si mi conducta le agradará. Puede destituirme, y yo no quiero unirte á mi desgracia.

—¡Evasivas, siempre evasivas! Nada de esto me decias aquella noche... ¿te acuerdas?... Brillaba la luna como ahora; como ahora el viento traia hasta nosotros el canto del ruiseñor, y las flores unian en la sombra su broche medio cerrado. Tú estabas á mi lado enloqueciéndome con el fuego de tus palabras, de pronto te levantaste, arrastrándome contigo, y en ese reclinatorio, ante esa imágen de la Vírgen, juraste ser mi esposo..... ¿No te acuerdas?

—Te he dicho mi última palabra en el asunto,—dijo Gonzalo levantándose de nuevo.—Es ya muy tarde, y me retiro. Estas escenas rinden las fuerzas de mi espíritu. Confia en mí, y nada me digas. Yo sé lo que he de hacer. Adios,—añadió poniendo un beso en la frente de la jóven, que parecia haber agotado ya sus fuerzas,—estos dias no podré verte porque mañana viene el rey.

—¡El rey! ¡Viene el rey!—preguntó Aldonza sorprendida.

—No sé cuánto tiempo estará aquí, pero durante todo él no podré abandonarlo. Hasta que se vaya, pues. Confía en mí.—

Y estrechando la mano de su amante, salió del cuarto Gonzalo, maldiciendo entre dientes á la mujer que de tal modo le importunaba con sus quejas.

Cuando se vió sola Aldonza, se irguió serena al parecer y con voz dura y acento contenido,

—Se marcha,—exclamó;—se marcha sin oirme, pero al marcharse me ha indicado el camino que debo seguir. El rey viene mañana... pues bien; á él acudiré en busca del honor de mis mayores.—

Y reclinándose en su asiento dejó vagar su mirada incierta por el ámbito oscuro del salon.

III

Cuando Gonzalo salió de la casa llamó con voz fuerte:

—¡Ginés!

—Aquí estoy, señor,—le respondió un hombre que parecia haber brotado de entre las piedras de la calle al llamamiento del alcaide.

—Mucho te he hecho esperar, buen Ginés, pero, ¡qué quieres! la conferencia ha sido muy larga, y aunque de buena gana la hubiera yo abreviado, no he podido hasta ahora desprenderme de ella.

—Sois injusto, señor, con esa pobre mujer que tanto os ama.

—Pero me aburre ya su amor. La escena de esta noche, como la de ayer, como la de mañana, me cansa... Quejas, reconvenciones, nada más. Hoy parece que ha quedado poco satisfecha de mi visita.

—Señor, si los años que llevo en vuestro servicio y la larga esperiencia á fuerza de años conquistada, me autorizasen para daros un consejo, os encargaria que no irritáseis el amor propio de doña Aldonza. La mujer es impresionable, y pasa fácilmente del cariño al ódio, y, creedme, el ódio de una mujer jamás se desafía impunemente.

Gonzalo no oia estas palabras del viejo servidor. Caminaba preocupado, y de cuando en cuando Ginés le oia murmurar:

—¡Qué importuna! No conoce lo que me molestan sus recriminaciones. Despues de todo, ¿quién sino ella es la verdadera culpable? ¿Quién más que ella debia respetos á su nombre? ¿Por qué se rindió tan fácilmente á mis halagos? ¿Por qué no desplegó entonces la fortaleza de que hace gala ahora, procurando vencer mi resistencia? ¡Casarme yo! ¡Casado el temible alcaide de Toledo, y preso en sus mismos lazos!... ¡Tendría gracia!...—

Y el eco de una carcajada se perdió en el vacío.

—Mañana viene el rey,—proseguía:—¿Qué me traerá su llegada? ¿Crecerá ó menguará mi influencia?... Nada me preocupa por parte de los toledanos que me odian, pero me temen. Además soy suficientemente poderoso para que el mismo rey, no muy seguro aún sobre su trono, se atreva á hacerme blanco de su enojo. Por este lado estoy seguro y no hay en el cielo de mi tranquilidad nube alguna que me pueda causar recelos ..—

Llegaron en esto al Zoco, alumbrado débilmente por el pálido fulgor de las velas que ardian ante el Cristo de la Sangre, y al cruzar la desierta plaza, se inclinaron los dos en silencio, santiguándose respetuosamente y manteniendo la cabeza descubierta. Ya iban á empezar á subir la cuesta del Alcázar, entonces fortaleza que albergaba la pequeña guarnicion que tenia Toledo para su custodia, cuando una mujer salió de entre los arcos de la plaza, precipitándose al encuentro de Gonzalo.

—¿Quién vá?—dijo éste retrocediendo un paso, y llevando la mano al reluciente puño de su acero, mientras Ginés se ponia al lado de su amo.

—Soy yo, señor; no temais;—respondió con voz acongojada la mujer, cuyo acento triste y abatido revelaba un intenso dolor.

—¡Blanca!

—Blanca, sí; la pobre Blanca que hace muchas horas reza á los piés del Santo Cristo de la Sangre, rogándole que viniérais pronto de casa de esa otra mujer, que absorbe todo vuestro tiempo.

—¿Qué haces aquí?

—¡Esperaros, esperaros y llorar!

—Pero á estas horas sola y abandonada... ¿Qué te ha impulsado á venir á buscarme?

—Es, señor, que algun mal intencionado ha enterado á mi padre de mi deshonra, y hoy, al volver de su trabajo, ya entrada la noche, llegó muy furioso á casa; me interrogó con voz dura y aspecto terrible, tan terrible que yo, que nunca he mentido, me arrojé á sus plantas pidiéndole perdon y confesándole mi culpa...

—¿Qué has hecho, Blanca?

—Eso mismo me dijo mi padre: ¿Qué has hecho? Y luego, cogiendo un hacha, la levantó sobre mi cabeza. Entónces tuve miedo, y echando á correr, salí de mi casa sin saber á dónde me dirigia, creyendo oir detrás de mí la carrera precipitada de mi padre. Así he andado casi toda la ciudad, ocultándome para no caer en manos de la ronda que me hubiera detenido, añadiendo más vergüenza á la que ya sentía. Fuí al alcázar y me dijeron que no estábais, que habíais salido y que tal vez tardaríais mucho. Esto me decidió á venir aquí á esperaros ante el altar del Redentor. Durante estas largas horas, he llorado mucho, he rezado mucho, y Dios, sin duda, me ha escuchado, porque me encuentro más tranquila. Por fin habeis venido y ya no tengo miedo.

—¿Y qué quieres que yo haga para remediar tus debilidades? ¿Crees que puedo compremeterme llevándote al castillo con escándalo de todo el mundo?

—¿Cómo, señor, vos me rechazais tambien?

—¿Pero quién te ha mandado á tí hacer á tu padre esa confesion inútil, que á nada conduce? Ya lo has hecho, y no tiene enmienda; ¿pero qué quieres que haga yo ahora?

—Hace un mes, señor, yo no os pregunté lo que iba á ser de mí; yo no os pregunté si me comprometia dándoos mi amor. ¿Por qué, si no me amábais, me engañásteis?

—Es tarde, y mi guardia estará quizá con cuidado no viéndome volver. Nada puedo hacer por tí, pero te daré un consejo. Aunque esté ofendido contigo, tu padre, al fin, es tu padre, y no podrá resistir tus lágrimas. Vuelve á tu casa y olvida, como un sueño, cuanto ha mediado entre nosotros.—

Y desprendiéndose de las manos de Blanca, asida á su traje, hizo un violento esfuerzo y empezó á subir la cuesta del alcázar, seguido de Ginés que presenció impasible esta escena, mientras Blanca, incapaz de pronunciar una sola palabra, de exhalar un solo quejido, caia exánime sobre las duras losas de la plaza.

—¡Noche completa!—decia el alcaide cuando le fué franqueada la férrea puerta del alcázar y subia á sus habitaciones.—Parece que el infierno está airado contra mí, y se ha propuesto atropellar obstáculos en mi camino.—

Entretanto, un bulto, desprendiéndose de entre los arcos de la plaza, sobre los cuales se levanta el oratorio de la imágen, se inclinaba sobre el cuerpo desmayado de Blanca, y tomándola en brazos murmuraba:

—Tú no eres culpable, hija mia; tu misma inocencia te ha perdido, y yo no puedo castigarte por una falta que no es tuya. Pero Dios es muy bueno y el rey muy amante de la

justicia, y á los dos encomendaremos el fallo de nuestra causa.—

Y levantando á Blanca se alejó con ella en direccion á la plaza del Cármen, perdiéndose en los revueltos callejones que rodeaban el convento de Santa Fé.

La noche seguia serena y tranquila. El viento callaba, y sólo de cuando en cuando interrumpia el silencio la voz de alerta que daban los centinelas del alcázar, y era repetida á lo léjos por los guardias del castillo de San Servando.

IV

Pocos dias despues, en una hermosa mañana de Mayo, agolpábase la gente en la antigua plaza del Zoco, y aunque eran grandes los apretones y muchos los ofendidos que de buena gana hubieran respondido con palabras y aún con hechos á los atropellos de que eran víctimas, ninguno, sin embargo, se atrevia á exhalar un grito de dolor ó de rábia, y todos sufrian pacientemente la tortura de ser prensados.

Y no era extraño que reinase aquel silencio. En un lado de la plaza, y bajo el arco de la Sangre, el rey Don Fernando, rodeado de sus nobles, oia las quejas que hasta él elevaban sus vasallos, y atendia, cuando era justo, á su remedio, y, aunque mozo, no era capaz de sufrir vocerío ni confusion de la plebe.

Ya se habia prolongado bastante la audiencia, y eran muchos los satisfechos, y no pocos tambien los castigados, cuando abriéndose las filas de la apretada muchedumbre. dieron paso á una mujer cubierta de blancos paños en señal del luto de su alma, que suspirando tristemente y prorumpiendo en fuertes sollozos al llegar á donde se hallaba el rey, se dejó caer de rodillas como si no la fuera posible sostenerse

en pié más tiempo. Alzóla el rey, sorprendido un momento por su dolor, pero siempre galante hácia una dama, que, como la que estaba delante de él, parecia de alta clase, y tranquilizándola con voz dulce, la preguntó cuando la vió ya más serena:

—Levantad, señora; ¿qué os trae hasta mi trono?

—¡Señor, vengo en demanda de justicia!

Púsose grave nuevamente el semblante del monarca, que volvió á ser el guardador del derecho del débil contra el fuerte y repitió animando á que prosiguiera á la que tan triste se mostraba:

—Hablad, señora, vuestro rey os escucha, y—descansad en él,—vuestro rey os hará justicia.—

Más repuesta la dama, empezó así:

—Soy hija de nobles padres, que, por desgracia, murieron dejándome sola completamente en el mundo, y harto pequeña para poder con fruto preservarme de sus amaños. Dueña de mi voluntad desde entonces, y con fortuna bastante para poder ver satisfechos todos mis caprichos, vivia alegre y feliz, gracias á los cuidados de un viejo servidor de mi familia que me ha visto nacer y me quiere como á las niñas de sus ojos. Nunca mi pecho se habia conmovido por otro sentimiento que no fuera el afecto que ese hombre honrado me inspiraba y la veneracion que me infundia el recuerdo bendito de mis padres. Ninguno, entre los jóvenes caballeros que aspiraban á mi mano, habia logrado hacerse dueño de mis pensamientos... pero un dia, señor, ví á un hombre que exaltó mi fantasía' encendiendo en mi alma deseos que yo nunca habia experimentado. No me pregunteis lo que pasó por mí, porque no podria responderos.—

Y al decir estas palabras, el llanto ahogó de nuevo su voz, pero se rehizo bien pronto, y añadió:

—Mi faz, tinta por la vergüenza, os dirá, señor, lo que mi lengua se rebela á pronunciar, y mi mente no alcanza á concebir.—

Y echando atrás con un movimiento lleno de gracia los paños que la cubrian, dejó al descubierto su hermoso semblante surcado de lágrimas. Al verlo el rey, exhaló un grito de admiracion y cerró los ojos como deslumbrado por aquella belleza que tan de improviso se alzaba ante su vista. Hubo un lijero movimiento en los nobles que rodeaban su trono y formaban su séquito; aquella mujer tenia el don de atraerse todas las voluntades y llamar á sí todas las miradas. Sólo el alcaide de Toledo, Fernando Gonzalo, pálido y convulso, inclinó la cabeza sobre el pecho.

Y es que él tambien habia mirado, y su corazon se habia roto, porque la mujer que tenia delante de sí era Aldonza; Aldonza, de cuyos encantos abusó, y cuyas caricias le cansaban tanto y tanto; Aldonza, á quien hacia pocas noches habia ofendido cruelmente. Dudarlo era imposible. Aquella mirada, fija y chispeante, clavada con aire de supremo desden sobre su rostro, era la misma que tantas veces, ébria de amores, le encantó al fundirse en un beso con la suya. Y al convencerse de que era ella, tembló; tembló porque conocia el carácter severo del monarca, y veia perdido su poder, gastada su influencia, en peligro, quizá, su vida... Mientras esto pasaba en el corazon del alcaide, el silencio se habia interrumpido y cada cual daba cuenta de sus impresiones á los que más cerca tenia. Por fin el rey se levantó de su trono y con voz algo alterada la preguntó:

—¿Y quién es, señora, el villano que de ese modo se burló de vuestra inocencia?

—Fernando Gonzalo,— contestó con seguro acento la atribulada doncella.

—¡El alcaide de Toledo!—murmuró la plebe, y un extremecimiento recorrió la multitud. Nadie, hasta entonces, habia osado quejarse del infame magnate; los ofendidos callaban por miedo á las consecuencias que para ellos podian tener sus quejas. Una mujer jóven, sola en el mundo, les daba ejemplos de fortaleza.

—¡Mi alcaide!—dijo tambien el monarca, y volviéndose á sus cortesanos se fijó en las descompuestas facciones de Gonzalo que cayó de hinojos ante el rey.

—Levantad,—le dijo éste con dureza.—No os dejé yo el poder que teníais para que así lo deshonráseis. Dentro de una hora dareis la mano á esta dama, y ¡ojalá no seais para ella tan mal marido como infame pretendiente!—

Levantóse confuso Gonzalo, y tendió la mano á la altiva señora que se la dió lanzándole una mirada de desprecio, mientras el rey, separando la vista de ella con trabajo, añadía:

—Prosiga la audiencia.

Aún resonaban en el aire estas palabras, pronunciadas clara y distintamente por el rey, cuando se notó un nuevo movimiento de oleaje en la muchedumbre por tantos sentimientos combatida en tan breve espacio de tiempo, y nuevos rumores, mal contenidos, se elevaron de todas partes. Una jóven, casi una niña, vestida con el sencillo y pintoresco traje de las aldeanas de Toledo, vertiendo de sus hermosos ojos, azules como el cielo, un torrente de lágrimas, abrazaba con desesperacion las rodillas de Don Fernando, que en vano intentaba levantarla, conmovido por su gracia, por su hermosura y por su juventud. Al verla Gonzalo se extremeció tambien y un nombre rodó por sus labios:

—¡Blanca!

—¿Qué tienes que pedir á tu rey, hermosa niña? —pre-

guntóla el rey con afabilidad.—¿Han muerto tus padres? ¿Han cometido alguna falta tus hermanos?

—No, señor; vengo solo á pediros justicia; dicen que vos la dispensais á quien há necesidad de ella. ¡Justicia, gran señor!

—¿Justicia quieres? Justicia se hará si tu peticion es tambien justa. ¿Contra quién la reclamas?

—Contra ese hombre, señor,—gritó la pobre Blanca señalando al alcaide de Toledo, que hacia vanos esfuerzos para ocultar su rostro.

Frunció el gran rey el entrecejo, y siguió preguntando á la niña con dulzura:

—¿Qué queja tienes contra él? Habla.

—Señor, mi padre es colono suyo, y muchas veces, cuando el trabajo se lo impedia, yo era la encargada de llevarle el importe de nuestro arrendamiento. Siempre que esto sucedia, reteníame mucho tiempo vertiendo en mis oidos, poco acostumbrados á galanteos, conceptos y frases que llamaban el rubor á mis mejillas. Un dia, señor, hace un mes, fuí á su casa... Entré con la cara muy alta y sonriente, y salí de ella con los ojos bajos, creyendo ver por todas partes abismos que me atraian á su centro...—

Rujió de indignacion Don Fernando.

Y mientras los cortesanos acudian á levantar á la jóven, á quien el exceso del dolor y la vergüenza habia hecho desmayarse, el rey, rojo de cólera, sintiendo ya en su pecho aquel espíritu que más tarde le animára á hacer suya la máxima del libro que mandó componer sobre *la Lealtanza* y que dice: «*Non dés lugar á los malos, nin consientas seer forza-* »*dores los poderosos, é abaxa los soberbios á todo tu poder.*»

—¡El verdugo—gritó con voz tonante;—Que de un sólo golpe haga caer la cabeza de este hombre, lobo astuto á

quien yo incautamente tenia aquí por guardador de mis ovejas!—

Y volviéndose á Aldonza que absorta y sorprendida presenciaba toda esta escena,

—Antes—la dijo,—cometió hácia vos una falta, á la cual vos, aunque inocentemente, contribuísteis, y que ahora iba á satisfacer con su mano; pero el crímen de que ha hecho víctima á esta pobre niña, solo puede expiarlo con su sangre.—

Y añadió:

—Y para que todos conozcan mi justicia, que en la puerta de la ciudad se coloque la cabeza del villano.

Poco despues, en aquel mismo sitio, rodaba la cabeza del poderoso alcaide de Toledo, D. Fernando Gonzalo, señor de Yegros, cuya dehesa cedió el rey, y perteneció desde entonces, al hospital de Santiago.

V

Hay en la bajada del Miradero, hácia el paseo de Merchant, frente al Portillo de la Victoria por donde entró Alfonso VI á tomar posesion de la ciudad el 25 de Mayo de 1085, una magnífica puerta de puro estilo árabe, que sin duda por su posicion se llama la *Puerta del Sol*, y ha sido declarada monumento nacional, hace aún muy pocos meses. En ella, entre el arco y las primeras ojivas, se vé un tosco grupo de piedra, de labor ordinaria, y que desdice del órden y del resto de la obra. Representa dos mujeres que, unidas de la mano, sostienen una bandeja, en la cual se divisa la cabeza de un hombre separada de su tronco, y fué colocado allí para eterna memoria del suceso, cuando los cuervos y el aire y la lluvia, se llevaron los últimos restos de la cabeza del alcaide.

Este grupo conmemora y recuerda al pueblo las *justicias del Rey Santo*.



LAS BODAS DE ABDALLAH.

A mi querido amigo Gumersindo Fraile.

I

Era dia de gran fiesta y animacion para los moros toledanos el 29 de Marzo del año 1008 de la Era vulgar.

Vestidos los caballeros con sus mejores ropas, ostentando las damas sus joyas más preciadas, y todos su alegría, recorrian con el entusiasmo y el júbilo pintados en el rostro las tortuosas calles de la antigua córte goda, y en sus actos y en sus palabras dejaban ver bien claros los efectos de un gozo sin límites, al que podian entregarse libremente.

Era natural: su jóven rey Abdallah-ben-Abdellazzis, mozo y de gallardo continente, que, á pesar de sus pocos años, dirigia con firme mano los destinos de sus súbditos, cambiaba de estado. Su enlace, proyectado hacía algun tiempo, iba por fin á realizarse; y los toledanos que veian contento á su señor, aprovechaban la ocasion de demostrarle su afecto y la activa parte que tomaban en su felicidad. Aparte de esto, razones de Estado venian en tal caso en apoyo de la simpatía: la jóven princesa, pronta á compartir

con Abdallah la gloria de su trono, traia como dote la amistad del rey de Leon, y con ella el pago de antiguos servicios hechos por los moros de Toledo á los cristianos leoneses.

Y como en este mundo de los eternos contrastes todo lo que causa la alegría de unos produce la desesperacion de otros, y el placer se nutre del dolor como la vida de la muerte, los pocos cristianos que andaban aquel dia por las calles de la árabe Tolaïtola llevaban impreso en sus facciones el sello de una tristeza indefinible; los alegres gritos que por todas partes escuchaban parecian resonar como ecos de muerte en su corazon acongojado.

Y no era extraño que así fuese. No era extraño que mientras los moros demostraban entusiasta y frenética alegría, se ocultáran los cristianos para llorar en el retiro de sus desiertos hogares la falta de un rey católico que con sus defectos ó sus vicios iba á atraer sobre ellos la cólera de Dios; no era extraño que mientras los infieles corrian en confusion tumultuosa hácia la antigua Puerta de Visagra, para esperar al cortejo que acompañaba á la jóven desposada, los sacerdotes cristianos, de hinojos sobre las desnudas losas de las pocas iglesias que dejara abiertas al culto la tolerancia de los conquistadores sarracenos, elevasen sus oraciones al Dios misericordioso, pidiéndole que apartára los rayos de su ira de la cabeza de un pueblo que no es responsable de los delitos de los reyes. La jóven princesa prometida al moro Abdallah no era infiel como él y su pueblo; no adoraba á Allah como supremo autor de lo creado y á Mahoma como al último de sus profetas; lejos de eso, su corazon, nutrido con mejores enseñanzas, se elevaba en raptos místicos hasta el Dios de los cristianos, y su alma, sobre la cual habia caido el hermoso rocío de la fe, comprendia en todo su alcance las dulces predicaciones del Crucificado.

Pero Don Alfonso V de Leon tenia en poco las arraigadas ideas de Doña Teresa y queria sacar provecho para sus armas de la hermosura de su hermana. Para él aquella union no era sacrílega; aquel enlace no era una ofensa hecha á las creencias de su pueblo, á su opinion de caballero, á su honor de monarca; para él este matrimonio, cuya sola idea exaltaba á los católicos y enardecia á los árabes, no era más que el precio á que compraba el auxilio de Abdallah en las guerras que sostenia por agrandar su territorio.

La belleza de doña Teresa habia cautivado el corazon del rey musulman que la habia visto en Leon y que por sí mismo fijó su posesion como premio de su alianza, y Don Alonso se la habia concedido. En vano su hermana le declaró su firme voluntad de no pertenecer nunca á un hombre que no inclinaba su frente ante la ley de Jesucristo; en vano la voz unánime de su pueblo reprobaba el acto de violencia que se ejercia sobre la pobre señora; en vano los obispos y los sacerdotes le amenazaban con un tremendo castigo en la otra vida, y los magnates de la córte murmuraban de que así se entregase á un enemigo del nombre cristiano la flor más hermosa de los jardines leoneses; la voluntad del rey estaba sobre todas las voluntades, su opinion sobre todas las opiniones, y contra las protestas de doña Teresa, contra las excitaciones del clero, contra las murmuraciones de la nobleza, rodeada de un lucido séquito que más parecia formar parte de un duelo que de una boda, salió de Leon la hermosa princesa con la vergüenza en el rostro y la muerte en el alma, seguida de numerosa servidumbre que llevaba el dote de la futura reina de Toledo y ricos presentes para el monarca musulman.

Hé aquí por qué el dia 29 de Marzo del año 1008 de la Era vulgar agolpábanse á la Vega los árabes toledanos para

presenciar la entrada en la ciudad de la prometida esposa de Abdallah, el cual, siempre galante, habia abandonado aquella mañana la capital de su reino para salir al encuentro á los leoneses en Olías, á dos leguas de Toledo, y hé aquí tambien por qué entretanto que esto sucedía, retirábanse á sus templos ó á sus casas los cristianos para llorar el sacrificio de doña Teresa, y calmar á fuerza de oraciones la cólera, justamente irritada, de su Dios.

II

Era la hora de la caida de la tarde.

No hay nada que más eleve el espíritu á altas contemplaciones, que la puesta del sol vista desde las márgenes del Tajo, desde aquellos rientes campos ocultos bajo un manto de verdura que fertilizan cien arroyos al deslizarse entre sus hojas. El sol estiende en el cielo la espléndida madeja de sus rayos, y las nubes, cuyos festones enrojece, se agolpan al horizonte para servirle de mullido lecho. En el estremo opuesto del firmamento la noche empieza á encender sus estrellas brillantes, y el astro melancólico que la sirve de diadema se eleva lentamente, como persiguiendo al sol que huye á su pesar arrastrado por fuerza desconocida, cual lo describen las poéticas baladas de la Rumanía. Los lejanos cigarrales, siempre frondosos, siempre verdes, parecen detener en las copas de sus árboles las últimas miradas de fuego del astro-rey; y mientras la sombra invade su falda, blandamente lamida por el rio, resbalan en sus cumbres los postreros fulgores de la luz.

Los pájaros, ocultos en las ramas y el follaje, cantan sus endechas más sentidas; las fuentes y los arroyos murmuran rumores que parecen gemidos, notas perdidas de una ple-

garia lastimera. El viento, que columpia las hojas de los árboles, silba tambien, y hasta el rio que corre incesantemente hácia el mar, sin que el pliegue más ligero rize su tersa superficie, une su voz al concierto universal de la naturaleza.

La tarde del mismo dia en que tuvieron lugar las bodas de Abdallah con la infanta Doña Teresa, la corte musulmana, confundida con los caballeros que habian venido formando el séquito de la afligida señora, gozaba del espectáculo que acabamos de describir en el *valle de Agalen*, hoy del *Angel*, situado en un lugar llamado *la Solanilla*, que se encuentra en la orilla izquierda del Tajo. Allí los habia reunido el poderoso monarca toledano para festejar con un suntuoso banquete la realizacion de su deseo más ardiente, el logro de su esperanza más querida.

Mucho tiempo duraba ya el banquete y aun no habia señales de que pudiese terminar. El ánimo de los leoneses caminaba de sorpresa en sorpresa. Hombres que pasaban su vida entera á caballo, con la lanza en la mano y la cota de mallas sobre el pecho, combatiendo el poder musulman, agenos, por lo tanto, á los refinamientos de la vida, consideraban el banquete con que Abdallah los festejaba, como una série continuada de maravillas. La profusion de manjares delicadísimos, la riqueza de las vajillas, el lujo que rebosaba en todas partes, los iba deslumbrando poco á poco, y habia momentos en que se juzgaban en poder de los gnomos, esos misteriosos génios de las leyendas populares que atraen á los hombres al centro de sus recónditas moradas, y ya allí, despliegan ante sus ojos asombrados el panorama de los tesoros que guardan con esquisita vigilancia.

Cada nuevo manjar era servido en una vajilla diferente, más rica siempre, más fastuosa que la anterior. De plata las primeras y con riquísimas labores trabajadas por los diestros

artistas que pusieron en tal obra todo el tesoro de su inspiracion, toda la mágia de su arte, fueron más tarde sustituidas por otras de oro, ante las cuales perdian aquellas su valor. No habia entre ellas dos que se pareciesen en sus adornos ó en su forma, y conforme las retiraban de la mesa los servidores del palacio, eran arrojadas una tras otra á las tranquilas aguas del Tajo como cosa despreciable; y el áureo rio devoraba aquella lluvia tan copiosa de riqueza que hendia las ondas y se perdia en su escondido fondo.

Y mientras brindaban unidos moros y cristianos, músicos numerosos, ocultos entre los álamos del rio, tañian toda clase de instrumentos, cuya melodía embargaba el alma, y agrupado á la otra orilla el pueblo toledano, acompañaba con entusiastas gritos de admiracion la alegría de sus señores.

Terminó por fin el banquete, y levantándose Abdallah y dando la mano á la desposada, que no habia alzado los ojos ni una vez por no encontrarse con la mirada ardiente en deseos del que ya era su dueño ante los hombres, se dirigió, seguido de los nobles circunstantes á un elegante pabellon que habia hecho preparar de antemano y cuyos primorosos ajimeces se reflejaban en el rio.

—Os voy á ofrecer,—dijo volviéndose á los absortos leoneses,—un espectáculo digno de vuestra infanta y de vosotros: *la pesca del oro.*

Inclináronse reverentemente los aludidos, y á una señal hecha por Abdallah, varias barcas lujosamente empavesadas y dirigidas por hábiles remeros, hendieron las aguas, y al compás de la música, sacaron del fondo del rio una ancha red que el previsor sarraceno hiciera colocar allí de antemano para que no se perdiesen las costosas vajillas que arrojaban sus servidores apenas las quitaban de la mesa. Al ver

tan inesperada maravilla, frenéticos aplausos, nuevos vivas y nuevos ecos de júbilo vinieron á ensordecer el espacio; y para corresponder á ellos dignamente, el mismo rey tomó en sus manos las piezas más lujosas y de más valor, y así fué repartiéndolas entre los jeques de su séquito y los nobles del de su esposa.

El manto de la noche empezaba á cubrir el ancho fondo del cielo, y las nieblas se levantaban desde el rio envolviéndolo todo en sus nubes. Abdallah dió la señal de la partida.

—Permitidme, antes de emprender la marcha, que reciba por última vez la bendicion de estos santos varónes á quienes respeto como á mi padre, señor,—dijo la jóven desposada volviéndose á Abdallah y señalando á dos graves y austeros obispos que formaban parte de la comitiva que al salir de Leon la habia dado Don Alfonso V.

—Sois reina de mi albedrío,—la respondió galantemente el mahometano,—y reina en Toledo. Haced lo que gusteis.—

E inclinándose ante ella, se alejó para vigilar por sí mismo los preparativos del regreso.

Entonces la pobre princesa, que á medida que crecian las sombras sentia estenderse por su corazon una sombra mucho más negra que la de la noche, arrojóse deshecha en lágrimas en brazos de los ancianos sacerdotes, que la recibieron en ellos suspirando.

—Aconsejadme, padres mios;—murmuraba la jóven,—decidme qué debo hacer para romper este odioso yugo que es un sacrílego reto lanzado á Dios. ¿Habré yo de verme unida á un enemigo de mi religion para ser suya por toda una eternidad?

—Calmáos, hija mia,—la dijo el más anciano de sus interlocutores.—Dios, que dirige el mundo con su eterna sabi-

duría, á cuyo oido llega la queja del pájaro en el nido y el choque de las hojas en el árbol, leerá en vuestro corazon y tranquilizará vuestra conciencia. ¿Qué culpa teneis vos de los desvaríos de vuestro hermano?

—Pero es imposible que yo me separe de vosotros. Aún es tiempo; reunid á mis caballeros y partamos; alejémonos para siempre de esta tierra de maldicion. Esta atmósfera me envenena; hasta el viento que azota mi mejilla silba tristemente y produce un gemido de dolor cuando pasa cerca de mí.....

—¡Pobre niña! La fuga es imposible. Estamos rodeados de infieles que nos tienen en su poder. ¿Qué podemos hacer nosotros en el seno de una ciudad populosa que nos vé, que nos vigila sin cesar?

—Además, hija mia,—añadió el otro anciano que hasta entonces habia permanecido mudo,—¿quién sabe si la Providencia os reserva un alto papel en el mundo? Vos, por vuestro amor, obtendreis para los cristianos de este reino algunas concesiones que hagan ménos dura su esclavitud. ¡Quién sabe! Quizá podais con vuestra fé, con vuestra dulzura, enseñar á vuestro esposo la senda verdadera y deslumbrar sus ojos con los vivos fulgores del sol del cristianismo. Preguntad á la Historia, interrogad al pasado y vereis que Ingunda, casada con Hermenegildo, le convierte á la fé católica y gana su alma para el cielo, logrando con esta conversion la conversion de Recaredo, que arrastró la de los demás godos, en esta misma ciudad, y que hizo sonreir en sus tronos á los serafines.

—¡Oh, sí! mi pensamiento se trasporta á esas edades y mi corazon se regocija con esos recuerdos. ¿Pero y si, ménos dichosa que Ingunda, no consigo convertir á mi esposo?

—Hija mia,—añadió con voz algo severa el anciano,—es-

cusad los extravíos de los hombres y no os acordeis de ellos mas que para perdonarlos. Dudad de las criaturas, pero no dudeis de la sabiduría y el poder de Dios.

—Bendecidme los dos,— dijo entónces la princesa cayendo ante ellos de rodillas.—Bendecidme, y la Suma Omnipotencia, en cuyas manos me entrego, oiga propicia vuestros votos.—

Los dos ancianos estendieron sus venerables manos sobre la cabeza de la jóven y la bendijeron, murmurando una oracion.

A los pocos momentos, en barcas ricamente engalanadas y al compás de la misma música que se oyera durante la comida, volvió á Toledo la régia comitiva y entró en la ciudad entre las aclamaciones de la multitud, que la acompañó hasta el palacio de Abdallah, situado en las casas donde seis siglos más tarde se instituyó el *Colegio de Santa Catalina*, cuyo nombre conserva en el dia. Al llegar allí despidióse afectuosamente la princesa de los caballeros leoneses que fueron aposentados en el mismo alcázar, disolvióse la multitud, cesaron las músicas en sus alegres cantos, y los dos esposos se retiraron á su cámara.

III

Sucedió despues de esto un hecho extraño, cuya explicacion buscan en vano los historiadores. Las crónicas lo recojieron en sus anales; la tradicion lo conservó en todos los lábios, y el pueblo le hizo objeto de un sin número de leyendas y romances qne andan de boca en boca y que vivirán lo que viva en el mundo nuestra lengua. Falto de datos en la historia, el sentido popular fué á buscar su explicacion en la fé.

Apenas la puerta de la régia cámara se cerró tras los dos esposos, agitados por tan distintos pensamientos, postróse la infanta de hinojos á los piés de Abdallah, y abrazando, llena de espanto, sus rodillas, le dijo con voz entrecortada por el llanto:

—Señor, el mandato de mi hermano, el rey de Leon, me arroja, contra mi voluntad, en vuestros brazos. Unidos ya ante los hombres, no lo estamos, no lo podemos estar nunca ante Dios ni ante nuestras conciencias. La palabra que en un momento de debilidad arrancásteis á mi hermano, es el único lazo que anuda nuestro destino: rompedlo. Dejad que me dedique al servicio de mi Dios, léjos de los mezquinos intereses mundanales que pasan y perecen, y mis lábios os bendecirán.

—¿Dejaros, señora?—murmuró con calor Abdallah.—Cuando os ví en la córte de vuestro hermano, una voz se levantó en mi interior para decirme que la vida sin vos era imposible. Diferencia de ideas, de pátria, de religion, todo se borró ante mí. Vuestra imágen se me aparecia á todas horas en mis sueños, eclipsando la hermosura de esas huríes que engalanan el Paraíso prometidas á los creyentes por el venerable profeta; y vencí mis escrúpulos, arrostré la impopularidad, y fuí á llevar mis armas y mi pueblo al servicio del rey de Leon, el enemigo de mi Dios y de mi raza. Por pago á mi alianza sólo pedí una cosa: vuestra mano. Y hoy que ya es mia, ¿habia de perderla, y de perderla por mi culpa? ¡Jamás, señora, jamás!

—Vuestro pueblo me aborrecerá como yo le aborrezco; vosotros sois vencedores y yo pertenezco á la casta de los vencidos. Entre nosotros no puede haber alianza; así lo exigen nuestros dioses.

—¡Qué así lo exigen nuestros dioses!... No lo creais. Si así

fuese, el Sér á quien adoran los cristianos hubiera detenido los lábios del monarca leonés antes que éste hubiera solicitado mi apoyo para sus luchas intestinas; el poderoso Allah, á quien yo venero, hubiera secado mi brazo antes que permitir que tremolase mi bandera junto á la cruz del Nazareno. No lo han hecho, y eso nos dice claramente que nuestros dioses quieren que nos amemos, que vivamos felices y que la dicha sonría en nuestro hogar.

—Solo hay un medio de que yo os ame, dijo tras breve pausa la princesa.

—¿Será posible?—preguntó con júbilo el enamorado caballero, —decidme cuál es, y yo os juro vencer los obstáculos, por grandes que sean, que se opongan á este fin. La vida de mis soldados, el oro de mis pueblos, todo es mio, y todo lo sacrifico por conquistar una sola mirada de esos ojos, una sola sonrisa de esos lábios.

—Pues bien, sea una nuestra religion. Hacéos cristiano.—

Retrocedió algunos pasos Abdallah al oir tan inesperada proposicion; pero reponiéndose en seguida, exclamó con voz grave:

Lo que solicitais de mí es un imposible; y si fuera capaz de abrigar tal pensamiento, me hundiria este acero en el pecho para castigarme por mi corbadía.—

Y con voz más dulce añadió despues:

- ¿No habeis visto muchas veces dos flores que enlazan sus tallos y confunden en un solo beso sus entreabiertos capullos? Se aman y se unen en el misterio del valle; cada cual conserva, sin embargo, su perfume. Vedlas de léjos; no forman mas que una sola planta; acercáos y percibireis claro y distinto el aroma de cada una. Pues bien; seamos nosotros en nuestra union como esas flores. Amémonos, vivamos

siempre unidos en el amor y la felicidad, pero conservemos cada cual nuestra religion, que es la esencia de nuestro sér, el perfume de nuestra alma.

—Jamás,—replicó Doña Teresa,—mi fé considera sacrílega esta union.

—El amor que os profeso la santifica y la eleva; los hombres la sancionan y nuestros dioses la bendicen.

—Mi corazon la rechaza.

—Yo conquistaré vuestro corazon á fuerza de amor y de halagos.

—Os he dicho el único medio que teneis para cegar el abismo que nos separa.

—Es indigno de mí.

—No hay otro.

—Sí,—exclamó ya amostazado y con duro acento Abdallah,—hay otro. El que me dan mi fuerza y mi derecho. Sois mi esposa.—

Y dió un paso hácia ella.

—Temed la cólera del Dios de los cristianos.

—Nada temo, y sus rayos no pueden alcanzarme. ¿Qué fuerza tiene ese Dios que os mantiene en la servidumbre y os ha hecho nuestros esclavos?—

Y siguió acercándose decidido. Doña Teresa cayó de hinojos otra vez.

—¡Piedad, tened piedad de mí!

—Imploradla de vuestro Dios, porque la cólera ha cerrado mis oidos á vuestro ruego.

—¡Dios de mis padres, protégeme!

Abdallah dió un paso más hácia adelante... En aquel momento apagóse la lámpara que alumbraba la estancia y se oyó en el palacio un estrépito espantoso, á la vez que todo él retemblaba como agitado por una mano invisible.

Despertáronse los que dormian; interrumpieron sus oraciones los dos obispos que imploraban la proteccion del cielo sobre Doña Teresa, y moros y cristianos en tropel acudieron desolados á la cámara ocupada por los cónyuges, en la cual se oia la voz del monarca toledano que exhalaba gritos desaforados.

Cuando llegaron á ella, la estancia estaba iluminada por un resplandor vivísimo que los hizo retroceder. En un ángulo, la infanta, arrodillada y con las manos unidas, oraba fervorosamente siguiendo con la vista un reguero de luz que desaparecia en el techo. En el ángulo opuesto, Abdallah, con las facciones lívidas, los ojos pronto á salirse de las órbitas, tendido en el suelo, y tratando de incorporarse sobre un brazo, señalaba con el dedo un punto del espacio y murmuraba con voz cavernosa y con profundo acento de terror:

—Allí... Allí... Por allí han salido... ¡Siento áun el ruido de sus alas!

IV

Al dia siguiente, y apenas rayó el alba en el cielo, aprestábanse á regresar á su pátria los leoneses llevando ricos presentes para su monarca. Con asombro del pueblo toledano, Doña Teresa iba con ellos. En un pliego que los obispos llevaban con órden expresa de entregárselo sólo al mismo rey, decíale Abdallah que comprendia, aunque tarde, que su union con una princesa cristiana era imposible y sacrílega, y por lo tanto la devolvia á su hermano y á la sociedad en que habia vivido, reiterándole, á pesar de esto, sus protestas de amistad y ofreciéndole su alianza para todos los casos en que necesitase de su apoyo.

El rey, seguido como el dia anterior de su córte, y del pueblo, que silencioso y sombrío observaba su palidez y

su tristeza, acompañó á los cristianos hasta Olías. Al llegar allí se despidió de la que debia haber sido su esposa, mirándola con los ojos llenos de lágrimas, saludó afectuosamente á los caballeros leoneses y permaneció con la vista fija en la comitiva hasta que esta se perdió en el horizonte. Entonces se llevó la mano al corazon como si algo se rompiera en él, y volviendo grupas tornó á la ciudad meditabundo y pensativo y corrió á ocultarse en su alcázar.

Ocho dias despues habia muerto, minada su existencia por una enfermedad desconocida, que los más sábios médicos árabes y judíos no acertaron á definir.

Cuando llegó Doña Teresa á su pátria profesó en un convento de Oviedo, y murió en él siendo abadesa algunos años más tarde, segun consta en una inscripcion de su sepulcro, que aún en el dia se conserva (1).

Tales fueron las *bodas de Abdallah.*

V

Todavía puede verse en Toledo una casa que, segun afirma la tradicion, es resto del antiguo alcázar de los gobernadores árabes de Toledo, donde ocurrió el suceso narrado en la leyenda. Consérvanse en él algunas inscripciones árabes que no dejan duda alguna sobre su orígen y la existencia del rey Abdallah. Instituido en ella un *colegio* de seminaristas bajo la advocacion de *Santa Catalina*, á fines del siglo XV, subsistió hasta principios del actual, en que fué presa de las llamas durante la ocupacion de los franceses en Toledo. Hoy es casa de vecindad.

(1) He aquí esta inscripcion: *Este sepulcro cubre el sagrado cuerpo de Teresa hija del rey Bermudo y la reina Elvira, nacida de claro linaje, y más ilustre por su santa vida, que tuvo conforme á su regla. Imítala, si deseas ser bueno. Murió á los siete dias de las kalendas de Mayo en la feria cuarta á la hora de media noche. Era M.LXXVII en la sexta edad del mundo. Concede, ó Cristo, perdon. Amen.*

SANTIAGO DEL ARRABAL.

A mi querido amigo Santiago Milego.

Hay una poblacion en España en que no se puede dar un solo paso sin tropezar con algun rico monumento, con alguna artística joya de inestimable valor, histórico ó tradicional, que influyendo poderosamente sobre el ánimo del viajero asombrado ante tanta maravilla, arrebata enseguida su espíritu á altas contemplaciones y le hace elevarse gradualmente del arte á la naturaleza y de la naturaleza á Dios: esta poblacion es, sin disputa, Toledo, la vieja ciudad dormida á orillas del Tajo que hoy descansa de un pasado glorioso absorta en sus recuerdos de grandeza.

—No dejes de visitar la iglesia de Santiago del Arrabal,— me habia dicho un amigo al despedirme en la estacion del Mediodía de Madrid, y con la imaginacion sorprendida de encontrar tantas bellezas juntas, no quise abandonar la capital del reino visigodo sin cumplir antes una excitacion que tanto y tanto me prometia con su laconismo, y una tar-

de, cuando el sol empezaba á declinar rápidamente al horizonte y las nubes orladas de grana y bermellon se agolpaban ante su paso para formar una especie de velo misterioso que cubriese los últimos resplandores del crepúsculo, me dirigí hácia la pequeña iglesia, seguro de encontrar en ella algun detalle artístico ó alguna vieja memoria tradicional que recreasen mi alma.

Así como las calles de la desenterrada Pompeya, sembradas de sepulcros, ofrecen sucesivamente una tras otra al curioso que las visita huellas visibles de una civilizacion ahogada bajo la lava del volcan, así en Toledo se presentan tambien á la atónita mirada del observador huellas sucesivas de la marcha del arte y de la historia á través de los siglos aún palpitantes bajo la capa del tiempo. Bajé desde la antigua plaza del *Zoco*, testigo primero de las vistosas zambras y alegres torneos de los sectarios de Mahoma, y más tarde de los terribles espectáculos con que la Inquisicion imponia á los católicos tibios por medio de la sangre y el terror un Dios de paz, de perdon y de misericordia. Dejé á mi espalda el *Miradero*, lanzando una ojeada á la estensa vega, á la verde campiña por la cual se desliza el Tajo, y allá, á lo léjos, ya semi-envueltas en las primeras brumas de la tarde, las viejas ruinas y derruidos torreones de los *Palacios de Galiana*, la mahometana princesa cantada en tantos romances y objeto de tantas trovas. Detúveme un momento ante la célebre *Puerta del Sol* que guarda tantos recuerdos, y en que aún se distingue el eterno padron de infamia echado por Don Fernando III el Santo en 1219, sobre el nombre y linaje de D. Fernando Gonzalo, señor de Yegros, el libertino alcaide de Toledo; y pocos pasos más allá saludé con respeto el antiguo *Portillo de la Victoria*, por donde asegura la memoria popular que entró el rey Don Alfonso VI con sus huestes el 25 de

Mayo de 1085 á tomar posesion de la rendida capital del reino toledano, y que conduce á la histórica ermita del *Cristo de la Luz*, santo testigo de venerandas tradiciones.

Llegué, por fin, á mi punto de destino, á la iglesia de *Santiago del Arrabal*, y antes de penetrar en su recinto me llamó sobre todo la atencion su exterior, de puro estilo árabe, y la esbeltez de su vieja torre que se elevaba gallarda hasta el cielo, coronada su cúpula con el signo sagrado de la cruz. Al lado de la histórica *Puerta de Visagras*, fué fundada, segun consta en antiguos documentos, por el rey Don Alfonso, conquistador de la ciudad, que al hacer labrar un nuevo muro que rodease la parte de Toledo comprendida entre este punto y el puente de Alcántara no quiso dejar á los habitantes de tan apartado barrio sin una iglesia en que pidiesen al Dios de las victorias su proteccion contra la turba mahometana.

Estas noticias, que me fueron dadas por un pobre anciano que se acercó á mí al verme contemplar en silencio el aspecto exterior de la arabesca torre, incitaron más poderosamente mi atencion, pues la antigüedad rodea de una auréola de respeto todo aquello cuyo orígen se pierde entre los pliegues de su manto. Por eso, despues de abarcar en una ojeada los mil y mil preciosos detalles que reclaman exámen más detenido, entré en la iglesia seguido de mi improvisado *cicerone*.

El templo estaba solitario. Mis pasos resonaban con fuerza en su desnudo pavimento, y pude, por lo tanto, contemplarle á mi sabor. La arquitectura árabe que exteriormente le marcó con su sello conserva tambien en su interior grandes y profundas huellas, á pesar de que el mal gusto que en el pasado siglo cometió tantos sacrílegos atentados contra el arte, le ha modificado considerablemente cubriendo con cie-

los rasos su artesonado, que debia ser magnífico á juzgar por antiguas descripciones. Sus tres naves, no muy espaciosas, son, sin embargo, bastante capaces para contener los fieles que á ella acuden diariamente; el altar mayor está adornado con varias apreciables esculturas del siglo XVI; en los viejos retablos que adornan las paredes hay algunos relieves que, con justicia, atraen á sí la atencion del inteligente.

Pero no fué esto lo que me hizo apreciar en todo su valor la recomendacion de mi amigo; de tal manera ha sembrado el arte sus maravillas en Toledo, que lo que en otra poblacion cualquiera seria un justo título de admiracion, pasa desapercibido en la ciudad de Cárlos I. Ante la riqueza de detalles y majestad del conjunto de la catedral y San Juan de los Reyes; ante las mil muestras de la arquitectura gótica y árabe, en que dos razas tan diversas han dejado depositada la suma de su saber y de su gloria, ¿qué puede significar el valor artístico de un templo tan reducido como lo es Santiago del Arrabal?

No; lo que me impresionó más vivamente, lo que hizo latir más deprisa mi corazon, y arrebatando á lugares más altos mis ideas, me llevó á pedir á la historia el secreto de lo pasado, fué la vista de un hermoso púlpito, puramente árabe, con riquísimas labores de piedra blanca ó estuco sólido, que se conserva perfectamente, á pesar de que la mano ignorante que cubrió el artesonado del templo llevó su mal gusto hasta blanquear esta preciosa obra, y enterrar sus lindísimas filigranas bajo lechos de cal amontonados unos sobre otros.

Dentro de este púlpito, que se halla arrimado á uno de los pilares de la nave central, y casi frente á la puerta de entrada, álzase la figura de un monge en actitud de predicar, que, con un crucifijo en una mano, y la otra dirigida al cie-

lo, parece exhortar á sus oyentes á que eleven al Sér Supremo sus pensamientos y su corazon.

Era tan nuevo para mí, y sobre todo, tan inesperado, este espectáculo, que gran espacio de tiempo permanecí sin pronunciar una sola palabra, tratando de descifrar aquel enigma que se ofrecia á mi consideracion.

—¿Qué significa esto?—pregunté, por fin, volviéndome á mi anciano acompañante que presenciaba impávido mi asombro, como hombre acostumbrado á no ver nada de particular, en lo mismo que de tal modo y tan poderosamente llamaba en aquel momento mi atencion.

—¿Esa talla?—me preguntó á su vez.—Representa,—añadió,—á San Vicente Ferrer.

—¿Y cómo se encuentra aquí?

—Es una historia muy antigua, y de la que sólo queda el recuerdo fielmente conservado entre nosotros; pero nada más que el recuerdo. ¡Como que se remonta á muchos siglos; á un tiempo en que aún habia judíos en España, y en que esa raza maldita robaba los hijos de los cristianos para matarlos despues de hacerlos sufrir horriblemente y componer infernales sortilegios con su sangre!

—¿Y cuál es esa historia?

—Dicen,—añadió mi interlocutor,—que hace muchos años, cuando todo el mundo se quejaba de las infamias de los israelitas, que ocupaban una gran parte de Toledo y eran cada vez más numerosos y más ricos, vino un dia San Vicente Ferrer á nuestra ciudad y empezó sus predicaciones contra ese pueblo que se atrevió á poner sus manos en el mismo Dios, siendo escuchado con afan por nuestros mayores. Un dia, en este mismo sitio y desde esa misma cátedra de verdad donde ahora vé Vd. su imágen, de tal manera los conmovió con el relato que hizo de los padecimientos de Jesús, que

convencidos de que Dios no podia ver con buenos ojos, como vulgarmente se dice, la estancia entre nosotros de esos perros, cuya prosperidad cada vez mayor les parecia una ofensa á la religion del Crucificado, se amotinaron, y con el santo á la cabeza dieron buena cuenta de los eternos enemigos de nuestra ley santa y convirtieron en iglesia cristiana, bajo la advocacion de San Benito, la Sinagoga principal, que ya habrá Vd. visto cerca del *Tránsito*, con el nombre de *Santa María la Blanca.*

Y fué tan profunda la huella que este feliz acontecimiento dejó en la memoria de los cristianos, que para conservar eternamente su recuerdo mandaron hacer la estátua del Santo en el acto de sus acaloradas predicaciones, y colocarla dentro del púlpito, que ya nadie se atrevió á ocupar, fabricando en frente de él ese otro—y me mostraba uno bastante ordinario—que sirve desde entonces para las necesidades del culto. Y todos los años, el domingo anterior á la fiesta de la Asuncion, se llevaba á la antigua Sinagoga la estátua del Santo que en Iglesia cristiana lograra convertirla, arrancándosela á los judíos, con el poder de su palabra.—

Así dijo mi acompañante, y al oirle lo comprendí todo, y un tropel de recuerdos se agolpó á mi mente, y á mis ojos, como en sangriento panorama, pasaron brevemente las figuras y los sucesos evocados por su voz. Aquel templo que pisaba por vez primera, guardaba entre sus muros, bajo su cúpula arabesca, una página ensangrentada de esa historia, escrita con lágrimas en el martirologio eterno de las ideas; aquella pequeña iglesia era un punto de esa línea contínua que señala la marcha del progreso y de la civilizacion á través de las nieblas de la vida. El acento cascado de aquel viejo que por casualidad se me acercara al penetrar en el templo, habia hecho surgir en mi mente el recuerdo triste

y penoso de las horribles matanzas de judíos que mancharon la minoría de Don Enrique el Doliente.

La historia de los judíos durante la Edad Media debia estar escrita con sangre. Despreciados por los ricos que á ellos acudian en busca del oro que necesitaban para sus disipaciones; y aborrecidos de los cristianos celosos para quienes pesaba como un remordimiento la existencia del pueblo deicida; odiados además por los pobres que envidiaban su riqueza y por los ignorantes que envidiaban su saber; escarnecidos hasta por el miserable que en medio de su abyeccion y su miseria se creia superior á ellos y con derecho á manifestar siempre á las claras su superioridad, la existencia de los descendientes de Israel nada tenia de envidiable. Condenados desde el terrible drama del Calvario, no llevaban, sin embargo, como Cain un letrero que les preservára de la muerte, y las mismas leyes, reflejando las ideas de los hombres que las hicieron, los dejaban entregados á sí mismos y en el más culpable abandono.

Durante la dominacion goda, Sisebuto obliga á bautizarse á los judíos de su reino; Wamba los expulsa de la Galia Gótica; Egica reune un Concilio en que se acuerda declararlos esclavos para que con la pobreza *sintiesen más el trabajo*, y arrebatarles sus hijos á la edad de siete años para educarlos en el cristianismo.

En el fuero de Sepúlveda, dado por Alfonso VI, el ju que mata á un cristiano és condenado á muerte y se le confiscan sus bienes; el cristiano que mata á un judío pecha cien maravedís. Don Juan I, al tratar de poner coto á solicitud del cabildo sevillano, á las violentas excitaciones del arcediano D. Hernando Martinez, que en Sevilla predicaba la matanza de aquellos infelices, declaraba *santo é bueno* el celo del predicador. En un concilio celebrado en Zamora, año

1413, se despojaba á los judíos de los pocos privilegios que á peso de oro habian obtenido de los reyes, porque—decia el concilio—los hebreos debian *ser mantenidos solament porque eran omes.*

De aquí la facilidad con que el pueblo tomaba las armas contra los indefensos isrealitas para derramar á torrentes su sangre y arrebatarles de paso sus riquezas. No hay ejemplo, en toda la Edad Media, de una matanza de judíos que no fuese acompañada de un espantoso saqueo. Los asesinos, que creian servir la venganza del cielo, no descuidaban, por lo visto, los intereses de la tierra, y al propio tiempo que creian ganar los goces más puros del espíritu, se procuraban con el robo los goces más groseros de la materia. Un célebre historiador de los judíos, cuyo testimonio no és en verdad sospechoso, D. José Amador de los Rios, ha formado un cuadro de las matanzas llevadas á cabo, sólo en la Península, durante la Edad Media, y ese cuadro, en el cual se expresan las causas que sirvieron de pretesto á tan horribles hecatombes, es una elegía más elocuente que las lamentaciones del profeta. *Cuarenta y siete* veces en el espacio de *cuatro* siglos se desbordó el torrente popular; ¿quién podría contar el número de séres que arrastró en sus aguas? Más fácil seria reunir las lágrimas vertidas por las madres sobre los cadáveres de sus hijos asesinados; más fácil seria escuchar la armonía sublime de los ayes exhalados por tantos pechos inocentes, y que se unian y sonaban en el espacio como una eterna maldicion á sus verdugos. Solo en el siglo XIV, desde 1321 á 1391, es decir, en el espacio de *setenta* años, se llevaron á cabo *veintisiete* atentados al derecho de gentes; *veintisiete* veces pudo el olor de la sangre vertida adormecer con sus miasmas repugnantes la sed de matanza de los fervorosos cristianos que de esta manera ob-

servaban las máximas de perdon y misericordia del fundador de su doctrina.

Los pretestos para estos crímenes se encontraban bien fácilmente; son tan pueriles, que sólo el ódio de raza puede explicar que muchas veces causas muy naturales produjeran efectos tan terribles. La nueva de haber perdido los cristianos la batalla de Uclés, ocasionó en 1108 una matanza de judíos en Toledo; otra en Castrillo, en 1109, la noticia de la muerte de Alfonso VI; otra, tambien en Toledo, en 1212, la reunion de las huestes cristianas que iban á dar el golpe supremo á los almohades en las Navas de Tolosa... El padre Feijóo nos ha conservado, en su *Teatro Crítico*, un hecho más espantoso todavía. Las gentes que pasaban una tarde ante un Crucifijo en una calle de Lisboa, se detenian con asombro al ver que un resplandor extraño en forma de auréola parecia rodear el cuerpo del Crucificado, y exclamaban ¡milagro! á voz en grito. Acertó á pasar por allí un judío, que, al oir tan alegres acentos, se detuvo tambien, y á poco, dió en voz alta la explicacion de aquel fenómeno á que los crédulos cristianos buscaban una causa sobrenatural: los últimos rayos del sol, al herir los cristales de una ventana ante la cual se hallaba el Crucifijo, envolvian á éste en una especie de foco luminoso. Al instante se arrojaron sobre él las gentes allí reunidas, y con grandes golpes, bien pronto terminaron con su vida; y desparramándose por la ciudad, —no contentos con esto,—y divulgando el hecho, acudieron en tropel á la judería á desahogar su infundado furor contra sus indefensos habitantes.

Otras veces se inventaban contra ellos falsas noticias de crímenes supuestos, que no eran más que la chispa destinada á prender fuego á una mina de largo tiempo preparada. ¿Quién no conoce el cuento del niño robado á sus padres

para ser crucificado en memoria de la crucifixion de Jesucristo, y con cuya sangre habia de hacerse un sortilegio, que, envenenando el agua de los pozos, las fuentes y los arroyos, habia de producir la muerte de todos los cristianos? Pocas poblaciones en España dejarán de tener su niño mártir, que, dado caso que hubiera existido, ha costado más víctimas á la humanidad que gotas de sangre se escapáran de sus heridas.

Y como todo el mundo los odiaba, en las luchas intestinas que desgarraban el país, tomasen ó no partido por uno ú otro de los contendientes, siempre tenian la seguridad de ser la víctima de los dos. Mientras en los campos de batalla morian los judíos leales á Don Pedro I de Castilla, doce mil de ellos eran sacrificados en las calles de Toledo por el bastardo Don Enrique, viendo antes de morir arrasadas sus viviendas y saqueada horriblemente la judería al resplandor de los incendios; y lo mismo que en Toledo sucedia en Nájera y Miranda de Ebro. Treinta años más tarde, cuando Don Juan I invade Portugal, deja en Lisboa, Evora y Coimbra huellas de su paso tintas en sangre judía, é idéntica conducta observa el duque de Lancáster, cuando al año siguiente—1386—entra en Rivadavia á sostener los derechos de su esposa Doña Constanza á la corona de Castilla.

Pero el año terrible en esta série de años que unos á otros se sucedian trayendo todos como ingénito el ódio á los judíos, fué el de 1391. Las historias judáicas no pueden recordarlo sin temblar, y al llegar á él rómpese en pedazos el alma de los cronistas rabinos que no encuentran bastante llanto en sus ojos ni bastante amargura en su corazon para trazar el cuadro desolador que durante este tiempo presentan las provincias españolas. Las predicaciones iniciadas por el fanático arcediano de Ecija, la falta de accion de las

leyes que se declaraban impotentes para remediar ó contener tales abusos, dieron bien pronto su fruto, fruto maldito que produjo tantos y tantos males. Sevilla dió la señal de las matanzas, dos veces en el mismo año, y Córdoba, Montoro, Andújar, Ubeda, Baeza, Jaen, Villareal, Huete, Cuenca, Búrgos, Valencia, Barcelona, Toledo, Lérida, Teruel, Palma, Palencia y Gerona, respondieron á su excitacion. En todas partes habia voces que ordenaban el exterminio de los hebreos, y oidos que escuchaban estas voces, y pensamientos que se inspiraban en el ódio, y brazos que ponian en práctica los pensamientos abortados por las gentes fanatizadas por aquellas delirantes predicaciones. Causa horror el leer la descripcion de estas salvajes algaradas aunque sean cristianas y católicas las plumas que las describen.

En 1492 acaban las persecuciones y tiene fin este funesto período, pero un fin digno de él. Cuando los Reyes Católicos se empeñaron en la guerra contra Granada, faltábanle abastecedores y dinero para proseguir su empeño, y de tal modo acudieron á estas necesidades los judíos que—aún en opinion de los mismos escritores católicos—la guerra no hubiera podido hacerse sin su concurso. Ríndese Granada despues de tantos sacrificios, y cuando los hebreos podian tener derecho á esperar alguna muestra de reconocimiento á sus servicios, conocidos de todos, dictan los Reyes su espantoso decreto de proscripcion, por el cual expulsaban á todo un pueblo de los dominios españoles, y lo dictan desde la misma ciudad que no hubieran podido conquistar sin el auxilio de aquella raza infeliz, cuyos esfuerzos son vanos para apartar de sus cabezas el rayo de la venganza. *Ciento setenta mil familias*—segun los cálculos más aproximados—salieron espatriadas de España, y fueron á llevar á extrañas tierras sus inteligencias y sus brazos, única cosa que pudieron sacar de

su patria adoptiva, lo cual, segun Amador de los Rios, hizo exclamar á Bayaceto refiriéndose á Fernando V: «*¿Y á esto me llamais rey político que empobrece su pátria enriqueciendo la nuestra?*» Y tan terribles consecuencias tuvo este decreto contra los pobres judíos rechazados de todas partes, que conmovido el mismo Pontífice, Clemente VII, expidió una bula, de acuerdo con el Consistorio, en la cual brindaba asilo á los desterrados en los Estados Pontificios, dándoles la seguridad de que se respetaria su culto... El jefe de la Iglesia, el vivo representante de la religion católica, se mostraba ménos celoso que los reyes de España en el exterminio de los judios, decretado por aquellos para mayor gloria de Dios!...

Rápidamente pasó por mi imaginacion este sombrío cuadro de la Edad Media, esta fúnebre historia envuelta en negros crespones, llevando así el luto de la humanidad, y por una alucinacion extraña, de que aun no he podido darme cuenta, al alzar nuevamente los ojos hácia el púlpito y encontrarme con la mirada ardiente del santo, al verle mostrando al pueblo el crucifijo con una mano y alzando al cielo la otra, parecióme asistir, mudo espectador, á una de esas tragedias horrorosas; á una matanza de judíos en la ciudad del Tajo, tal como la describe un escritor católico, el doctor don Cristóbal Lozano, canónigo de la catedral de Toledo, en su estimable obra *Reyes Nuevos*, refiriéndose al año 1391:—«Andaba tan amotinado y desmandado el pueblo,—dice,—»tan golosa la codicia, tan acreditada la voz del predicador »de que con buena conciencia podian robar y matar aquella »gente, que sin respeto ni temor de jueces ni ministros, sa»queaban, robaban, herian y mataban, que era pasmo. Cada »ciudad fué una Troya aquel dia. Las voces, los lamentos, »los gemidos de los que sin culpa se veian arruinar y des-

»truir, al paso que lastimaban á los que no eran en el he-
»cho, incitaban á más rabia y más crueldad los dañadores;
»solo usaban de clemencia y reservaban las vidas y hacien-
»das á los que querian ser cristianos y pedian á voces el bau-
»tismo.» Y más adelante añade:—«Las juderías quedaron
»destruidas. La de Toledo rematada del todo.»

Y en un momento me hallé envuelto en las sombras de la noche, rodeado de séres humanos hacinados en monton los unos, corriendo los otros sin direccion ni rumbo, mezclando sus gemidos á los gritos de victoria de sus verdugos satisfechos. La madre estrechando convulsa en sus brazos al hijo de sus entrañas para precaver el golpe mortal destinado á herirle; el hijo dando su vida por defender la de su padre y prolongarla durante algunos instantes; el hermano queriendo inútilmente impedir la deshonra de su hermana... todo esto lo ví en torno mio, tomó forma para vivir un punto ante mis ojos agrandados por el terror, y bullia, latia, palpitaba en aquel pequeño recinto herido ya por los últimos resplandores de la tarde.

Y delante de mí, en aquel mismo púlpito que atraia mis miradas, un hombre prometiendo las místicas delicias del Paraiso á los que cumplieran sus excitaciones, que el pueblo ignorante tomaba como órdenes dictadas por los lábios mismos de Dios.

Poco á poco se fueron elevando mis ideas más y más, y ya no creí oir solamente los ayes de los judíos asesinados durante la Edad Media, sino tambien los de las víctimas de ese mónstruo, que se apellida fanatismo. Y el aire parecia gemir, gemir y suspirar en torno mio, expresando las mayores angustias, los más grandes dolores de la vida.

Y levanté los ojos al cielo, como para pedir á la Fuerza Suprema que nos rige la razon de este desconcierto, y en el

mismo instante, cuando las sombras de la noche invadian el recinto, y hacian ya difusos los objetos, la campana de la iglesia, como respondiendo á mis dudas, empezó á tañer de un modo triste, muy triste, que hizo asomar las lágrimas á mis ojos. Entablóse un diálogo extraño entre mi corazon y aquella campana misteriosa cuyos sones cadenciosos llegaban hasta mí como bajando del cielo. Yo no podré traducir en palabras lo que creí oir en su monótono tañido, que caia como un dulce rocío sobre mi alma... el lenguaje es impotente para expresar mis sensaciones de aquel momento. Sólo sé que, sin poderlo remediar, fija siempre mi vista en el cielo, mis lábios se movieron para murmurar una oracion, se plegaron mis rodillas; y algo como una música sin ritmo ni compás, pero llena de mágia y armonía, sonaba melancólicamente en mis oidos...

Cuando volví en mí, estaba solo. Mi acompañante se habia retirado, no queriendo, sin duda, turbar mis meditaciones, y en la parte exterior de la puerta el sacristan agitaba su manojo de llaves para darme á entender que esperaba mi salida para cerrar las puertas de la iglesia. Dirigí mi última mirada á la estátua de San Vicente, y salí, llevando aún en mis oidos el eco de aquella voz de acentos indefinibles, que no pueden expresarse en palabras ni representarse en signos.

LA CUEVA DE HÉRCULES

Ya he referido en otro lugar la historia del *Palacio Encantado* que abierto con harta imprudencia por Don Rodrigo, último rey de los godos, dió salida á los males que durante más de siete siglos pesaron sobre España. Invocados por las torpezas de aquel príncipe, los árabes se precipitan como un turbion sobre el Estrecho, deshacen el pequeño ejército de Teodomiro, débil valla para su empuje, que en hora desgraciada se les opone; arrollan en los llanos de Jeréz las fuerzas disponibles de los godos, siguen luego á Toledo, á Guadalajara; se desparraman como las olas de un mar alborotado por todos los rincones de la Península, y poco tiempo despues quedan pacíficos poseedores de ella, y la media luna ondea sobre las plazas españolas. Pasan enseguida á los Pirineos, invaden la Gália gótica en innúmera muchedumbre, y á no haber sido detenidos en los campos de Poitiers por la maza de armas de Cárlos, rey de los francos, la Europa entera hubiera sido musulmana. Estas fueron las consecuen-

cias inmediatas de los errores cometidos por aquel desgraciado príncipe que al comienzo de su reinado perdonó á sus enemigos, llamó á los que estaban en el destierro, levantó cuantas penas pesaban sobre ellos, y pareció augurar una época de calma y de reposo á la sociedad gótica, rendida por los extravíos de Wittiza.

He dicho tambien,—fiel intérprete de la opinion popular, autora de la leyenda,—cómo así que salió el rey del maravilloso recinto, se hundió éste con horroroso estrépito, cual si quisiera hacer más temibles los presagios que en sus encantados rincones encerraba, y cómo se abrió en su lugar ancha y negra cueva, que el pueblo miraba con horror, porque evocaba en su memoria el lance pasado, y con él la causa originaria de sus desdichas. Desde entonces empezaron á circular rumores estraños sobre la cueva y á tomar forma en la imaginacion pavorosas ideas de duendes y trasgos, que traian á mal traer á los habitantes de Toledo. Pero al hundirse el palacio no habian perdido aquellos lugares la atraccion que tenian, atraccion que encierra siempre lo maravilloso y lo desconocido. *Placer con pesar* llamaba el pueblo á la ferrada torre, y el mismo nombre podia darse á la sima abierta en su lugar, porque los espíritus que en ella vivian no se presentaban al ánimo con sombríos colores ni semblantes repulsivos; antes por el contrario, atraian al propio tiempo que atemorizaban; tenian el rostro hermoso y la voz delicada, á la vez que la intencion pérfida y el propósito maldito.

Es verdad que, segun decia la voz popular, eran dulces, simpáticos, y llamaban á sí á los mortales, interesándoles con el relato de sus cuitas ó con la descripcion de su felicidad; pero nadie volvia á saber de los ilusos que, engañados, los seguian; es verdad que el aspecto de la cueva era horrible y

causaba pavor en el ánimo más templado y en el hombre ménos dado á dejarse imponer por el temor; pero tambien lo es que, segun sabía todo el mundo, en el fondo de aquella cueva, en un lugar oculto á las miradas indiscretas, hacinábanse en monton riquezas sin número, riquezas que la fantasía no hubiera podido contar sin sentir vértigos, riquezas bastantes para calmar la codicia de todos los avaros reunidos y para enriquecer á todos los reyes más poderosos de la tierra. El tesoro de Hércules, del que Don Rodrigo no se habia podido apoderar por el terror que al llegar á la tercera sala hizo presa en él y en los suyos, estaba allí, esperando al sér despreocupado y valiente que, haciendo abstraccion de cuanto viera en torno suyo, siguiese impávido hasta el fin. Oro, perlas, brillantes, esmeraldas, todo caia en ruidosa cascada sobre el pavimento de mármol de una sala escondida, muy escondida en el seno mas profundo de la tierra, produciendo al caer un eco vibrante y argentino, que revelaba el secreto de todas las cosas y rompia el velo que cubre el porvenir. El hombre que llegase hasta allí sería poderoso sobre los poderosos de la tierra. A su capricho se trasformaria el mundo que erigiria en ley su voluntad. Podia aprender allí la lengua de los pájaros y el secreto de dominar ó de atraer las tempestades; fórmulas para ser obedecido por los vientos y fórmulas para imponer leyes al mar y someter los astros á su capricho, haciendo que las mismas fuerzas de la creacion concurriesen á la satisfaccion de sus deseos más pueriles.

Contábanse en el pueblo historias fabulosas acerca de aquellos parajes sombríos á la vista, pero en los cuales, sin embargo, se recreaba la imaginacion. Horrible era el aspecto exterior de la negra sima abierta como una boca gigantesca contraida por sardónica carcajada, sarcasmo hecho por la tierra á la hermosura y esplendor del

cielo; pero allá, en su fondo, decíase que brillaba la luz radiante, chispa cuidadosamente conservada de aquella luz que en el primer dia de la creacion alumbró el despertar del mundo en el seno del cáos. Decíase que séres sobrenaturales, amantes de los hombres, poblaban el encantado recinto y atraian por la noche á los viajeros extraviados que, si se prestaban á sus caprichos, amanecian al dia siguiente dormidos casi á la boca de la cueva, llena la bolsa de riquezas bastantes para calmar su ambicion y asegurar su porvenir; pero tambien se añadia que muchos de ellos no volvian á aparecer y quedaban perdidos para siempre en las revueltas del intrincado laberinto del vasto palacio subterráneo, que se conservaba tal como lo dejaron Don Rodrigo y los nobles godos el dia en que movidos de imperdonable curiosidad acudieron á visitarlo.

Todo esto, y mucho más, se decia sobre la *cueva de Hércules*, por cuyas cercanías no pasaba sér humano desde que la campana en la torre saludaba á la tarde moribunda con el són melancólico del *ángelus*. Muchas veces se habian visto salir del antro oscuro vagos resplandores semejantes á esas llamas azuladas que corren en los cementerios rodeando en brillante guirnalda las piedras blancas de las tumbas, y esas llamaradas que se movian á un lado y otro con rapidez vertiginosa, eran—y bien lo sabia todo el mundo—las almas de los que habian bajado á la horrible sima sin querer volver á la tierra, las cuales yacian en pecado mortal y subian por la noche á pedir oraciones á los lábios y lágrimas á los ojos de los vivos.

De aquí el terror supersticioso que la *cueva de Hércules* inspiraba, desde tiempos remotísimos, á los habitantes de Toledo; terror que trasmitido de padres á hijos á través de las edades, habia llegado á formar parte, en cierto modo, de

las ideas y sentimientos de los toledanos, y que tan arraigado se encontraba al terminar el siglo XVI de nuestra era, que hizo pensar sériamente al entonces arzobispo de Toledo, cardenal Siliceo, en la manera de acabar para siempre con aquel manantial de supersticiones, que eran otras tantas ofensas á la bondad de Dios, cosa que, sin embargo, no pudo conseguir; contribuyendo, por el contrario, con su conducta á que se acrecentasen y fuesen mayores las hablillas del pueblo sobre este encantado abismo.

I

Era una noche oscura y fria como el desengaño. Anchas nubes se estendian por el cielo formando espeso manto que no podia traspasar el resplandor de las estrellas más brillantes. Sólo de cuando en cuando, por entre algun pequeño desgarron, asomaba la luna su faz pálida, rodeada de azulado círculo, como vieja curiosa que saca la cabeza por estrecha ventana para mirar hácia la calle, y satisfecho apenas ese sentimiento, que en el Paraíso perdió á nuestra madre Eva, se retira con premura, temerosa quizá de ser vista.

De cuando en cuando gruesas gotas de lluvia humedecian la atmósfera, dando al viento ese olor á humedad que sale de tierra recien mojada; pero pronto cesaban de caer, como si, avanzadas de la tempestad que se preparaba, no tuvieran más objeto que anunciar á las gentes la aproximacion del ejército de que formaban parte.

Ni un rumor turbaba el silencio; daban las diez de la noche y esta hora era ya bastante avanzada en un pueblo como Toledo y en una noche de otoño, tempestuosa como la descrita. Todo dormia y callaba en la calle de los Infantes, ménos Magdalena, la hermosa jóven que, sentada trás la reja de su cuarto y apoyando su cabeza encantadora en los desnudos

hierros, negros como su dolor, lloraba silenciosamente turbando con el eco de sus suspiros y sus ahogados sollozos la calma siniestra de la noche. Delante de ella, y apoyado tambien en la parte exterior de la reja, Pablo la contemplaba tristemente sin pronunciar una sola palabra, como si ya hubiese agotado las frases del consuelo.

Magdalena y Pablo se amaban hacía mucho tiempo. Ella no habia tenido más novio que él; él, por su parte, á nadie habia amado todavía cuando la vista de Magdalena hizo latir su corazon con más prisa que de costumbre. El lenguaje de los ojos es muy elocuente para almas jóvenes que despiertan al amor en la primavera de la vida, y de él se sirvieron los amantes para declararse la recíproca impresion que se causaban. Miradas de fuego capaces de incendiar un mundo; estas fueron sus primeras palabras de ternura, dulces palabras que herian su corazon sin pasar por el intermedio del oido, no escuchadas ni aun del viento, caprichoso servidor de los amantes, mensajero de frases y suspiros, que en vano aprestaba sus alas para llevarlas á donde se le ordenase. Despues, se vieron varias veces en la iglesia, alguna en el campo; luego, una dueña de faz rugosa como manzana tostada al fuego, hizo el oficio que la mitología dió á Iris, y durante mucho tiempo la luna que bañaba la calle con sus rayos, le vió noche tras noche apoyado en la reja de su amada, acariciando siempre en su imaginacion acalorada, trás un presente algun tanto nebuloso, un porvenir claro y sin nubes. Todas las viejas de la calle conocian sus pisadas, y apenas llegaba él ante la casa de su novia, envuelto en las sombras que la noche tendia por todas partes y oian á poco rechinar la ventana de la reja, una sonrisa maliciosa se dibujaba en sus lábios descoloridos, y si la noche era tempestuosa y el viento silbaba y la lluvia caia tenazmente sobre el suelo,—«¡pobre-

cillo!»—decian con fingida compasion arrebujándose en las sábanas, ó acercando sus temblorosas manos al hogar.

Pero él no se apercibía de nada; fijos su atencion y su pensamiento en el hermoso semblante de Magdalena cuyos grandes ojos le revelaban horizontes desconocidos, el resto del mundo no existía para él. Amaba la tierra, considerándola creada por Dios para poner en ella al sér amado; veia al sol con gratitud, juzgando que sólo brillaba en el espacio para dar á la pupila de aquella mujer la luz que en sus eflúvios le abrasaba. Y en la serena calma de la noche sólo veia el recogimiento de la naturaleza que no queria perturbar su reposo, y en los rayos de luna amorcillos caprichosos que jugaban al escondite en las blondas guedejas de la mujer de su sueños. Por eso estaba alegre, contento, aunque el viento azotase su rostro ó la lluvia empapase sus vestidos, ó el trueno rugiera sobre su cabeza, siempre que delante de él, tras aquella reja, altar bendito de su amor, brillase la mirada dulce y cariñosa de Magdalena.

Esta, por su parte, era tambien feliz á muy poca costa. Amaba á Pablo con el fuego de la primera edad, con esa confianza que sólo tienen los niños y los ancianos, que no conocen ó han olvidado ya los amaños de este mundo traidor, en que bajo el verde prado sembrado de flores por la primavera se desliza la víbora, y tras la tersa superficie del lago se agolpa el cieno en inmunda montaña. Aunque su padre no sabia nada de sus relaciones, aunque tenia más de un motivo para creer que opondría á ellas el peso de su autoridad, no obstante, fuera de algunos ratos de insomnio—verdaderas nubecillas que el viento de la confianza arrastraba pronto lejos de ella—fuera de estos momentos, el porvenir se la aparecia rosado por los rayos de la aurora, aunque á través de un velo trasparente.

Aquella noche, sin embargo, los dos amantes estaban tristes, como si lo sombrío de la noche tuviera alguna relacion con lo sombrío de sus almas, y las tinieblas que invadian el espacio hubieran invadido tambien su corazon. Mudos como los grandes dolores, uno en frente de otro, contemplándose, gracias á esa delicadeza de los sentidos que sólo alcanzan los amantes, pues la oscuridad era muy densa, permanecian hacía ya bastante rato, Magdalena con la cabeza apoyada en los hierros de la reja, vertiendo copioso llanto, y Pablo lanzando en derredor torvas miradas, en las cuales brillaban de cuando en cuando ardientes llamaradas de furor.

—Pero, ¿es posible?—decia la jóven con la voz entrecortada por las lágrimas:—¿has oido bien?

—¿Y me lo preguntas—respondia su amante—cuando sus palabras se clavaban en mi corazon como puñales de acerada punta, arrojados por una mano hábil, escribiendo en él con sangrientos caractéres mi desesperacion? ¿Me preguntas si he oido bien, cuando para no perder una palabra sola no me atrevia á respirar, y devoraba más que oia sus frases, desnudas de sentimiento, dictadas solamente por el cálculo y el egoismo?

—Y, sin embargo, mi padre me quiere. Soy la única hija que le queda de los que Dios le envió, para que le sirviesen de apoyo y consuelo. Muchas veces me ha dicho que sin mí hubiera muerto.

—Pero es viejo y ha olvidado ya el modo de ser del alma; ha olvidado que la juventud es toda confianza, toda amor, toda fé en ese Dios tan grande que regla los movimientos de las hojas en el árbol, y mantiene á los pájaros, y cuida de los insectos en invierno. Es viejo, y todo lo vé ya por el prisma de la realidad más fria, más desconsoladora y

más amarga que la muerte. El hielo de la vejez ha caido en él sobre esa region bendita en que duermen las ilusiones, como palomas en el nido. La ancianidad es egoista y quiere matar con su helado soplo los sentimientos elevados de la juventud, y llama quimeras á sus sueños y quimeras á sus esperanzas. A mis palabras de ternura, á mis frases ardientes, cuando le hablaba yo del porvenir, respondia con voz seca y estridente que detenia la sangre en mis venas. Acabé de hablar, y me dijo:—Todo eso es muy bello, jóven, pero hoy por hoy no teneis nada, y yo no puedo entregar mi hija á los horrores de un presente aterrador, aunque el porvenir sea brillante. El porvenir... ¿qué es el porvenir?... Un esfuerzo de imaginacion que hace el hombre para no desesperarse en medio de las angustias que le rodean, de los dolores que sufre... Aseguradme el hoy, y tiempo tendreis de prepararos al mañana.—

—¿Y qué le respondiste tú?

—¿Lo sé yo mismo? Te perdia, y esta consideracion que me daba fuerzas para sufrir sus sarcasmos, y callarme á las humillaciones, dió, además, á mi voz una elocuencia que no tiene de ordinario. Le hablé de mis tios, que me quieren mucho, y se encogió de hombros; de mi carrera, de la que tanto puedo esperar, y me miró con incredulidad; le hablé, por último, de mi amor... y entonces ví que sonreia desdeñosamente.

—¡Pobre Pablo!

—No sabes lo que he sufrido; no sabes el número de veces que me he llevado la mano al corazon para contener sus latidos que parecian querer romper la débil tablazon que le sujeta. Cuando le oí decir:—otro hombre me ha pedido la mano de Mágdalena; es rico, puede hacerla feliz y se casará con ella...—entonces... mira, creo que lloré, yo que no he

llorado desde la muerte de mi pobre madre, en cuya tumba vertí mis últimas lágrimas de niño. Sentí pasar algo como una nube por mis ojos y estenderse algo como niebla sobre mi alma, y caí sobre mi asiento sin fuerzas para protestar de aquella blasfemia, porque esas palabras son—vida mia—una blasfemia. Volví á suplicar, á suplicar sin trégua, porque ya no se trataba de que fueses mia, sino de que no fueras de otro, pero mis esfuerzos no pudieron ablandar el pecho de roca de tu padre, que, conociendo lo forzado de la situacion, se levantó y me dijo:—Jóven, dentro de quince dias mi hija dará su mano al hombre que su padre la destina. Venid antes de ese plazo con un capital igual ó mayor que el suyo, y tal vez podamos entendernos. De no ser así no vengais porque os cansaríais inútilmente. El amor, la ilusion se van muy pronto y quedan eternamente las necesidades. No tengo más hija que Magdalena y quiero darla una riqueza; la felicidad vendrá despues.—Tales fueron sus últimas palabras. Me saludó y se retiró, dejándome mudo de espanto. Salí, y al verme en la calle sentí lo que Adam sentia al verse arrojado para siempre del Paraíso. Enjugué una lágrima y me alejé en silencio. Ahí tienes mi vida de hoy.—

Magdalena lloraba en tanto sin consuelo.

—¿Y qué hacer?—murmuraba débilmente.

—No lo sé. Tanto he llamado á Dios que desconfio ya de que me escuche. ¡Quizá el infierno fuera ménos sordo á mis quejas!

—Calla, calla; esas palabras, dichas en medio de la noche cuando la tempestad nos amaga, me dan miedo. Tú eres bueno.

—Pero por alcanzarte á tí sería capaz de todo; hasta de volverme malo y olvidar los consejos de mi padre moribundo

y la memoria de mi madre muerta. Si el mismo Satanás me aconsejase, seguiria escrupulosamente sus consejos.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¿Te has vuelto loco?

—¡No lo sé!—respondió él con voz sombría.—

Hubo una larga pausa. Al cabo de ella, un rayo de alegría iluminó la mirada del amante desesperado que, dándose un golpe en la frente, murmuró:

—¡Ah!

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?—le preguntó la jóven.

—Que una idea ha venido á mostrarme el camino que debo seguir.

—¡Oh! Pablo, me asusta, aunque no sé cuál es, esa idea que viene á tu cerebro, como respondiendo á tu invocacion á Satanás... ¡Jesús!—añadió santiguándose devotamente, porque en el fondo oscuro del cielo la luz cárdena de un relámpago habia rasgado las nubes iluminando un instante el espacio.—No sé qué extraños fulgores ha dado esa luz siniestra á tu cara que se me ha aparecido como rodeada por un círculo azulado... Pablo, Pablo; desecha de tí las malas ideas que te inspira el espíritu del mal...

—Adios, Magdalena.

—¿Te vas ya... sin decirme qué es lo que piensas hacer?

—Voy, alma mia, á intentar el postrer recurso para que puedas ser mia. Reza por mí, para que Dios, que vé mis intenciones, me acompañe. Y si acaso no vuelvo... acuérdate de mí, que habré muerto por no poder conseguir tu amor.—

Y poniendo sus lábios ardientes en la blanca mano que la doncella apoyaba en los hierros de la reja, se alejó antes que esta pudiera detenerle, á tiempo que un trueno, rugido de furor de la tormenta, estallaba en el espacio.

—¡Vírgen María, amparo de los desgraciados, consuelo de los afligidos, santa Madre de Dios, ampárale!—dijo la

doncella cruzando las manos y dejándose caer sobre el desnudo pavimento.

Un nuevo relámpago brilló en el cielo y un nuevo trueno se dejó oir. La tormenta azotaba sus corceles acercándose á pasos agigantados á la tierra.

II

Ya llueve. Las densas nubes que encapotaban el firmamento abren sus fauces, de las cuales se escapan torrentes de agua, que caen en el aire deshechos en gruesas barras de cristal. El horizonte está cerrado por todas partes. La oscuridad es completa. De cuando en cuando una llama de fuego cruza arrastrada por una fuerza desconocida, brilla un momento y luego desaparece en la tierra abriendo en ella ancho pozo que deja como huella de su paso, y su luz, luz vivísima que hace daño á los ojos, alumbra la negrura de la estension. El viento sopla con fuerza, y desgaja las ramas de los árboles, y llama furiósamente á las puertas de las casas, y ora silba al entrar por la boca de una chimenea, ora ruje con fuerza al batir los muros de piedra que se le oponen á su paso. Como si fuese el soplo del demonio, apaga una tras otra las lámparas que la piedad de los toledanos enciende ante las santas imágenes de los pequeños retablos que tanto abundan en las calles de Toledo, y la ciudad queda completamente á oscuras.

A pesar de esto, desafiando la tempestad, Pablo caminaba con una mano apoyada en la pared para dirigirse, y la otra estendida hácia adelante para no caerse. Con paso firme y sereno atraviesa diversas calles empinadas y retorcidos callejones; y sigue, sigue, sin detenerse á descansar un momento, sin que el estado de la atmósfera pueda imponerle en lo más mínimo.

¿Dónde iba? ¿Qué pensamientos bullian en la cárcel reducida de su cerebro, chocando y atropellándose como se atropellaban los relámpagos y chocaban las nubes en aquel cielo tempestuoso? Cuando algun reflejo lejano venia á herir su rostro, veíasele sereno y sombrío, pero muy pálido; su mirada era resuelta; los rasgos de su hermoso semblante anunciaban una determinacion tomada de antemano. Se conocia que marchaba á un fin, pero, ¿qué fin era éste?

La lluvia empapaba sus vestidos; el ardor de la carrera inundaba su rostro de sudor, y sin embargo, el frio de la noche empezaba á entumecer sus miembros. Tenia fiebre. Pero él no sentia nada; fijo siempre en su idea, andaba, andaba sin cesar y sin detenerse, abstraido en sus reflexiones.

Y era natural que no se apercibiese del mundo exterior quien reconcentrándose en su interior, evocaba recuerdos dichosos, dulces memorias de ternura, que le elevaban de las frias regiones de la realidad á las vagas quimeras de la ficcion.

En medio de la naturaleza, que parecia rebelarse contra su señor, en aquella lucha gigantesca que reñian en el aire los elementos desencadenados, él veia pasar ante su vista, como envueltas en un nimbo luminoso, aquellas gratas escenas de los primeros dias de su amor, idilios encantadores que se renuevan incensantemente, y en los cuales sólo los personajes cambian. Sobre todo, recordaba como si lo estuviera viendo, la tarde de primavera en que recibió la primera carta de Magdalena. Caia el sol en el horizonte bañando con sus rayos de fuego el cielo azul, la verde campiña, las casas lejanas, y él, sentado junto á la ventana de su cuarto, permanecia en ese estado en que la imaginacion se detiene y abate sus alas, cuando entró en la habitacion la respetable dueña, que le entregó con maliciosa sonrisa el billete de que

era portadora, sentándose enseguida, sin separar de él los ojos, para sorprender sus pensamientos por las alteraciones de sus músculos, y poder luego satisfacer la ávida curiosidad de su señora, que la agoviaria á preguntas. Volvióse él de espaldas á la luz, y ébrio de placer empezó á leer aquellos renglones, que encerraban sin duda algun encanto que le impedia separar de ellos los ojos, y mientras sujetaba el papel con la mano izquierda, contenia con la derecha á su leal perro de caza, gravemente sentado en una silla, y que con sordos gruñidos demostraba bien claramente las intenciones poco benévolas que abrigaba hácia la venerable quintañona... Todo lo recordaba, como si á la sazon volviera á verlo real y positivamente: la estera que embotaba el calor de los rayos caniculares durante el dia, y que, recogida ahora, dejaba paso por las junturas de la anea á la pálida luz de la tarde, que reflejaba tristemente en los cristales de la ventana; el cuarto modesto, confidente de sus penas y testigo de sus alegrías, que en sus blancas paredes ostentaba, como glorioso lema, el nombre del sér querido, cien y cien veces trazado sobre la tersa superficie...

Estos recuerdos, esta ojeada retrospectiva á un pasado feliz, le conmovió, y sintió húmedas sus mejillas, sin saber si eran gotas de lluvia lo que á él se le antojaban lágrimas, ó si, en efecto, eran lágrimas lo que á él se le antojaban gotas de lluvia. Y siguió andando, andando sin cesar, como si una fuerza superior le impeliera. El huracan seguia desbordado; la tempestad llegaba á su más alto período.

Detúvose de repente. Cerca de él y como si la tormenta se desarrollase tambien en las profundidades del planeta que nos arrastra en su marcha por el infinito, oíanse ruidos como de cadenas, rumores confusos de yunques golpeados con furor, ecos de carcajadas que llegaban á dominar el re-

soplido del viento, y cantos desacordes formando horrísona armonía con el rujir del trueno y el caer de la lluvia. Entónces Pablo, como si sólo hubiera esperado llegar á aquel sitio para dar á su cuerpo el descanso que tanto necesitaba, exhaló un suspiro de satisfaccion, y se dejó caer al suelo murmurando:

—¡Ya estoy aquí! ¡Ya me encuentro en la terrible *cueva de Hércules*! Ahora sólo me resta detenerme, mirar el camino que hasta aquí he recorrido, y luego, considerar el que aún me falta por recorrer.—

III

Estaba, en efecto, junto á la llamada *cueva de Hércules*, madre de tantos cuentos extraordinarios, de tantas singulares historias narradas junto al fuego del hogar, y con las cuales se asustaba á los niños, se hacia pensar á los jóvenes y se ponía graves á los viejos.

¿Qué iba á hacer allí Pablo á hora tan avanzada de la noche, con aquel tiempo tan horrible y en el estado de sobreescitacion en que se hallaba? ¿Qué motivo le llevaba á aquella senda que sólo podia conducirle á la locura? El amor que Magdalena le inspiraba, el deseo de hacerla suya para siempre y el sentimiento de su impotencia ante la férrea voluntad del padre de su amada, avaro sin corazon cuyas entrañas parecian hechas del mismo duro metal de que tan idólatra se mostraba, le habian inspirado una idea diabólica: la de ir á buscar al escondido seno de la tierra las riquezas que de otro modo no podia obtener, para poder postrarlas á los piés del metalizado viejo, y conseguir á cambio de sus trabajos y como recompensa á su valor la mano de aquella mujer sin la cual le parecia la existencia cosa harto pequeña y baladí para tomarse la pena de defendérsela al destino.

Y es que el amor de Pablo era la pasion en su más alto grado de desarrollo, estallando violenta, pronta á romper cuantos diques se le opusieran; una de esas pasiones avasalladoras, que segun se las maneja, llevan al hombre á los últimos escalones de la materia, ó á la cumbre más alta del espíritu. No se le ocultaba á él que habia algo de sacrílego en la empresa que proyectaba, algo de rebelarse contra Dios, pidiendo un auxilio sobrenatural para conseguir sus fines, y yendo á buscarlo, no á las regiones del cielo sino á las entrañas de la tierra; ya sabia él, de sobra, que los misterios de la *Cueva de Hércules*, con sus ruidos sospechosos, con sus sordos temblores, con sus recuerdos del pasado, con su orígen y con el papel que en la tradicion histórica de España representaba, y sobre todo, con sus encantamentos, era más bien obra del diablo que de Dios; pero el amor que le subyugaba habia puesto una venda en sus ojos, y pobre ciego abandonado en un camino dificultoso, corria al azar, pronto á asirse á la primera mano que se le tendiera, perteneciese á quien perteneciese. Su union con Magdalena: hé aquí su solo fin. Habia momentos en que creia no haber nacido mas que para amar á aquella mujer, y caer rendido en sus brazos, y pasar así con ella, como el polvo del camino, arrastrado por ese huracan que se llama vida, á perderse lentamente en ese abismo sin fondo, á que se dá el nombre de tiempo. Por eso, así que se le ocurrió la idea que ahora iba á ejecutar, se asió á ella con la misma ánsia con que el náufrago, que se vé preso ya por la mano de la muerte y siente que sus fuerzas le abandonan, se ase á una tabla que de repente encuentra á su alcance, sin reparar de donde viene ni de qué parte del buque es.

Y lo hizo sin luchar, sin defenderse. Poco le importaban los peligros que habia de correr, y ménos aún las riquezas

que iba á buscar, y en las que sólo veia el faro brillante que habia de conducir á buen puerto la insegura barquilla de su felicidad. El sentimiento religioso le imponia algun tanto; pero era sofocado al punto por la tentacion que le presentaba realizado el fin que sin descanso perseguia. Ante esto callaban todos sus escrúpulos.

Mucho tiempo llevaba ya en la misma posicion que tomára al dejarse caer agoviado por la fatiga, cuando haciendo un esfuerzo vigoroso, se levantó. Apénas podia sostenerse en pié. La calentura daba vivos fulgores á su lúcida mirada, y sus ojos brillaban en la oscuridad como dos carbones encendidos. Vacilaba al andar, y á los pocos pasos tuvo que detenerse para tomar fuerzas. Su frente ardia, sus sienes palpitaban, y sentia, alternativamente, en su cuerpo, calor de fragua ó frio de hielo. Sostenido por la fiebre, las fuerzas que le mantenian en pié parecian prontas á abandonarle. Era horrible verle caminar así, con el paso tardo, la mirada estraviada y respirando con dificultad, en medio de la noche sombría y á la rojiza luz de los relámpagos, y acercarse pesadamente á la entrada de la cueva, que parecia la boca del infierno.

—¿Qué es esto?—murmuraba.—¿Me faltarán las fuerzas, precisamente en el momento que más necesito de ellas? ¡Oh! Aunque tuviera que llegar arrastrando y dejarme caer despues al fondo de un precipicio, iré hasta el fin.—

Y dió algunos pasos más.

—Dicen,—prosiguió trás una breve pausa,—que en esta cueva habitan séres fantásticos que guardan grandes riquezas. Buenos ó malos, yo les obligaré con mis súplicas á que me dén oro, mucho oro, lo bastante para calmar la codicia del padre de Magdalena. Y si no les conmoviesen mis desventuras, les arrancaré por la fuerza lo que no quieran darme

de grado, y Magdalena será mia... ¡Magdalena! No sé qué encanto tiene este nombre, que al pronunciarle parece calmarse el ardor que me consume, y respiro mejor, mucho mejor... Fijo mi pensamiento en ella, bajaré al fondo de la cueva y volveré á la superficie. Ella me espera y si no me viese mañana sufriría mucho...—

En esto sintió que la entrada que buscaba estaba cerca de sí. Adelantó algunos pasos más, é incapaz de sostenerse en pié más tiempo se echó al suelo y prosiguió arrastrándose con precaucion. Los ruidos subterráneos habian cesado por completo y hasta la misma tormenta habia calmado su furor. El viento era ménos fuerte; los truenos ménos profundos.

—¡Ya estoy aquí!—dijo con voz fuerte y vibrante—Ahora que Dios ó el diablo me socorran!—

Y adelantándose con precaucion entró en la cueva. Hubo un momento de silencio. Después se oyó un grito ahogado de agonía, y volvieron á sonar como ántes los ruidos misteriosos en el seno escondido de la tierra. La tempestad seguia su carrera un momento interrumpida.

IV

Eran las doce de la noche de aquel mismo dia. Una figura como de espectro se detuvo ante la casa de Magdalena y llamó á la puerta con mano segura. Preguntó por el dueño, pretestó un asunto urgente, y así que consiguió ser llevado á su presencia:

—Levántate—le dijo imperiosamente—Levántate y sígueme.

—¿A estas horas?—preguntó el anciano con estrañeza.

—Es negocio de mucho dinero.

—Pero yo no te conozco, ¿Por qué cubres tu rostro con la capa y te recatas en la sombra? ¿Quién eres?

—No te importa. Aquel que todo lo puede me envía á tí para decirte:—sígueme. Levántate, toma tu sombrero y anda.

Había en la voz de aquel hombre un no sé qué de imponente y amenazador. Parecia un juez ante un criminal. Un desasosiego y una inquietud que no sabía á qué atribuir se apoderaron del ánimo del viejo que sin darse cuenta de lo que hacía se levantó de la cama, se vistió, y sin hacer objecion alguna echó á andar delante de su interlocutor.

—¿Cómo, señor, vais á salir con esta noche de perros?—le preguntó asombrada la dueña.—

Nada la respondió su amo que, siguiendo ahora á su silencioso acompañante, empezó á atravesar Toledo, como si fuera dia claro, sintiendo que una luz que no brillaba en parte alguna iluminaba su camino. Cuando su acompañante se detuvo, el anciano se detuvo tambien, y al detenerse no pudo contener un grito de terror. Los ruidos subterráneos que con estrépito sonaban á su alrededor le ilustraron sobre el punto en que se encontraba.

—*¡La cueva de Hércules!*—murmuró, y sus dientes castañetearon de terror.—¿Quién eres tú, y porqué me has traido aquí? ¿Qué fuerza me ha obligado á seguirte contra mi voluntad?

—Soy Pablo.

—¡Pablo!

—Sí, Pablo, á quien tu avaricia ha perdido. Pablo, que olvidándose de lo que hay más santo en la tierra y en el cielo ha venido á este lugar en busca de riquezas que calmasen tu sed de oro, y ha encontrado la muerte sobre ellas. Al presentarme á Dios manchado con el cieno de la culpa, me ha mandado irte á buscar para que entres en la cueva y en ella permanezcas viviendo sin vivir, sufriendo un castigo

horrible, hasta que esté satisfecha su justicia. Esa fuerza que te movía á seguirme sin murmurar, era el remordimiento de tu crímen...

—¡Piedad!

—Piedad te pedia yo, y tú sonreias á mis súplicas. El oro es tu pasion; entra; ahí tienes lo bastante para satisfacer tus apetitos.—

Y Pablo empujó con la mano al miserable viejo, penetrando con él en la cueva de la que nunca habian de salir.

V

Comentóse mucho en Toledo, los dias sucesivos, la desaparicion de Pablo y del anciano, que nadie sabia cómo explicarse satisfactoriamente. Magdalena los esperó durante su vida, que fué muy corta, pues poco tiempo despues de estos sucesos murió víctima de una enfermedad que ningun médico supo definir.

Nunca hubiera llegado á saberse la palabra del enigma á no haber ocurrido un suceso tan portentoso como el primero.

Un dia, algunos años despues de lo narrado, huyendo un chico de su amo que le queria azotar por una falta que habia cometido, penetró en la *cueva de Hércules* sin apercibirse de su torpeza hasta despues que estaba muy adentro y no le era posible retroceder. Anduvo mucho tiempo ignorando el medio de salir de allí, hasta que, hallando en el camino una segunda cueva, se internó en ella, encontrándose de repente en el campo, y cerca de Añover, pueblecillo á tres leguas de Toledo. Cuando volvió á la ciudad, contó cosas tales que más parecian fábulas de encantamento. Durante su excursion había visto en el centro de la cueva un gran tesoro vigilado por un enorme animal para él desconocido, que, recostado sobre él, mostraba los dientes cuando el chico se le acercaba; vió en der-

redor altos montones de huesos de séres humanos que habiendo ido por el tesoro, habian sido devorados sin duda por el feroz guardian, y muchos fantasmas y muchas visiones que se movian sin cesar armando un ruido horrible, que hacian mayor los graznidos de las aves nocturnas y los rugidos de las fieras que sonaban por todas partes, y los golpes que una estátua gigantesca descargaba pesadamente en un yunque sobre una barra de oro. Cerca del tesoro, girando sin pararse nunca, fijos en él los ojos codiciosos, pero sin poder llegar á él, vió á un anciano y á un jóven detrás, que exhalaban sordos gemidos de dolor, y en cuyas facciones alteradas por el sufrimiento, reconoció las de Pablo y el padre de Magdalena, á quienes habia conocido mientras vivieron entre los mortales. Despues de contar estas cosas y otras muchas, á cuál más raras, el muchacho perdió el habla y murió á las pocas horas.

Esto es lo único que llegó á saberse en Toledo del desenlace de esta historia, y lo que aun cuentan en la ciudad al narrar las tradiciones de la *Cueva de Hércules*.

EL POZO AMARGO.

A MI QUERIDO AMIGO MATÍAS MORENO.

I

Hay en Toledo una calle de cuesta empinadísima que arrancando de la *Plaza de la ciudad*, frente á las Casas Consistoriales, va á terminar á la orilla misma del Tajo. Sombría en general, y estrecha en algunas partes hasta el extremo de poderse abarcar ambas aceras á la vez, sólo de cuando en cuando viene el sol á animarla con sus rayos vivificantes.

Todas las calles de Toledo tienen el mismo aspecto; un aspecto extraño y singular que las hace encantadoras á los ojos de los pintores y los poetas que las bañan en la luz de su fantasía y ven en los revueltos callejones, que se encuentran casi en el mismo estado en que los dejaron los árabes de los últimos tiempos de la reconquista, algo que recuerda las edades que pasaron. Llena la mente de raras

ideas que no domina la razon, véuse aparecer por donde quiera, en medio del silencio que reina en ellas, figuras de otros tiempos, parecidas á las que brillan en los tapices del Ayuntamiento ó en los inmensos vidrios de colores de la catedral; caballeros de antiguo traje y de mirar airoso, caracoleando en encrespados corceles, ó yendo á pié por la desigual acera puesta una mano en el puño de la hoja toledana; damas recatadas huyendo de la vigilancia de un padre ó de un hermano, como aparecen en las comedias de Calderon ó de Lope; judíos harapientos, volviendo á un lado y otro la recelosa mirada, ó gallardos árabes envolviendo la esbelta figura entre los pliegues de su jaique. Las calles de Toledo parecen el inmenso escenario de un teatro colosal; nada han cambiado las decoraciones; sólo faltan los personajes, y la imaginacion opera fácilmente el trabajo de reconstruccion. Hay cuestas en que parece que se oye todavía el ruido de las choquezuelas de Don Pedro, saliendo á media noche del alcázar para velar por el reposo público; encrucijadas en que parece va uno á hallarse de manos á boca, como vulgarmente se dice, con los cuadrilleros de la Hermandad; esquinas tras las cuales cree uno distinguir, medio velada por la sombra, la figura de un comunero pidiendo con voz vibrante fueros y libertad; rejas del renacimiento, entre cuyos hierros elegantes se adivina la huella del pañuelo que movia en señal de saludo una mano de mujer, y que guardan á través de los tiempos mil secretos de amor y de ternura.

La calle á que la actual leyenda se refiere, tiene tambien ese sello particular que á las otras caracteriza; además guarda una historia, cosa tambien muy comun á la mayor parte de ellas.

Hácia la mitad de la calle, y en medio de una pequeña plazoleta, habia, hasta hace muy pocos meses, cubierto con

una tapa de madera verde, un ancho pozo de brocal de piedra que la daba nombre; un nombre siniestro que tiene desde hace siglos, confirmado por una porcion de generaciones. La calle se llama todavía, y se llamará, Dios sabe hasta cuándo, la *Bajada al Pozo Amargo.*

Desde el primer dia en que mis pasos me llevaron por esta parte de Toledo, llamó mi atencion este nombre algo fatídico, y muchas veces, desde entonces, vine al mismo lugar antes de que el pozo desapareciera, y pasé horas enteras absorto en su contemplacion, sentado en su brocal á la luz melancólica del astro de la noche, que parecia enviarme uno de sus rayos para bañar con ellos la region de mis fantásticas ilusiones.

Y siempre, durante las largas horas que pasaba allí, donde ningun ruido venia á turbar la paz de mi meditacion, envuelto en las opacas sombras de la noche, siempre me conmovia un mismo pensamiento; siempre una misma idea me agitaba: el deseo de saber el orígen de aquel nombre fatídico y lúgubre que sonaba con ecos de dolor en mis oidos. La *Bajada al Pozo Amargo* debia ser una senda dolorosa regada con lágrimas ó con sangre; todas aquellas piedras habian empapado alguna gota de ese rocío del alma ó del cuerpo que dejan la misma huella en la mejilla; aquellos viejos muros que por todas partes se alzaban unidos y sombríos sabian los detalles del drama; habian conocido, sin duda, á los personajes del poema; con aquel lugar estaba enlazado uno de esos acontecimientos que ni menciona la historia, ni la tradicion escrita recoge, pero que viven y se conservan grabados con caractéres indelebles en la memoria del pueblo que hace de ellos sus recuerdos más imborrables.

Porque yo abrigaba el presentimiento de no engañarme. Allí habia historia, pero una historia lúgubre y triste; una

de esas historias cuya narracion perturba el ánimo, cuyo recuerdo contrista el corazon. Algo que yo no podia explicar, me lo decia; mi injustificada aficion á aquel sitio, afirmábame más y más en esta idea; el nombre de la calle, preocupándome en extremo, me lo recordaba sin cesar. Allí habia historia; la duda no era posible; pero ¿cuál? ¿Dónde encontrar la clave de aquel enigma? ¿Dónde hallar la fuerza suficiente para que á la voz de *sésamo* entreabriese la tierra sus entrañas y me dejase leer en el fondo de los sepulcros la oscura palabra, perdida en el misterio de los siglos, que cual otro hilo de Ariadna me habia de conducir al conocimiento de lo que yo queria saber?

Tales eran las ideas que de contínuo me abstraian, sin que á pesar de mi buena voluntad pudiera cerrar el signo interrogante abierto siempre ante mi vista, cuando llegó por fin la hora en que la casualidad, para premiar sin duda mis afanes, me dió inopinadamente la razon que buscara en vano durante tanto tiempo.

Hallábame una noche sentado en el brocal del pozo cuando ví aparecer en el extremo de una calleja inmediata una vieja que con paso tardo se dirigía hácia la plaza en que yo estaba, sosteniendo con trémula mano una pequeña linterna que la impedia dar un resbalon. Cuando llegó á sitio donde ya pudo verme, alzó de pronto la cabeza, y murmurando un «¡Dios me valga!,» y dejando caer al suelo su linterna, huyó despavorida.

No hice al pronto caso de aquel suceso, un tanto extraordinario, capaz de picar la curiosidad de cualquiera que no hubiese sido tan despreocupado como yo, y absorto en mis pensamientos, apenas le concedí importancia, pero creyendo que la vieja me habia tomado por algun ladron me encojí de hombros, y prorumpí en una carcajada, riéndome con toda

mi voluntad del susto que tan inconscientemente la diera.

Al dia siguiente, y casi á la misma hora, volvió á aparecer la misma viejecita, pero ya no se asustó. Por el contrario, se acercó á mí y contestó á mi saludo diciendo:

—¡Buen susto me dió Vd. anoche, caballero!

—¿Yo, señora?—la pregunté con asombro.

—Usted mismo, sí señor. Al verle de pronto sentado en el mismo lugar en que se sentaba antes *el otro*, el miedo, sin duda, me hizo ver dos personas donde solo habia una, y me pareció distinguirla á *ella* tambien.

—El *otro*... *ella*... No la entiendo á Vd.

—¿Cómo, no sabe Vd?...—

Yo moví negativamente la cabeza, y pregunté:

—¿Quién es *el otro*?

—¿Que quién es *el otro*? Un señor muy buen mozo y muy guapo, pero muy pálido y muy triste, que antiguamente venía todas las noches á sentarse en el brocal de este mismo pozo. Y *ella* una hermosa jóven vestida como dicen que se visten las mujeres de los judíos, que siempre le estaba esperando arrodillada, aquí donde estoy yo.

—¿Y sabe Vd. su historia?

—¡Ya lo creo! En mis mocedades era muy comun en Toledo, y todo el mundo la sabia de memoria; pero lo antiguo, que es lo bueno, se pierde, y hoy no se acuerda nadie de ella.

—Yo, en cambio, tendría mucha curiosidad en saberla, y si Vd. quisiera...

—¡Ya se vé que quiero! Por fortuna la noche no está fria y podremos hablar aquí mismo.—

Y dejando en el suelo la linterna se sentó á mi lado sobre el pozo, y con voz lenta y cascada, que parecia un eco de otro tiempo, me contó la leyenda que vá á seguir, y en la

cual no me he atrevido á hacer variacion alguna. La trascribo tal como la oí relatar aquella noche; si algun detalle no concuerda con su relacion, culpa será de mi memoria, no de mi voluntad ni de mi intencion.

II

Hubo un tiempo en España en que no era el Evangelio la única lengua religiosa que usaba el hombre para cantar las alabanzas de su Dios. Aunque en gran mayoría, los cristianos yacían en triste cautiverio bajo el poder que habia surgido de las ondas del Guadalete, y esperaban entre los duros hierros del esclavo la hora de su lenta, de su laboriosa redencion. Los moros, orgullosos y altivos como señores, tenian en poco al pueblo de quien se habian hecho dueños á bien poca costa y merced á una sola batalla, y creian eterna su dominacion en un país en que aún no habian conseguido tomar carta de naturaleza, á pesar de prolongados años de conquista. Los judíos, raza despreciable, herida por la cólera divina, desposeida de su pátria, de sus hogares, de sus tradiciones, hasta de su historia, crecia al lado del vencedor que pagaba con un desprecio desdeñoso la ayuda que de esta raza recibiera en los primeros dias de la conquista.

En Toledo vivian muchos judíos, y como odiaban á los cristianos—considerándolos como barrenadores de su ley—tanto ó más que los mismos sarracenos, de aquí que, puestos entre unos y otros, los pobres vencidos no tuvieran nada que envidiar, respecto á hacer méritos á fuerza de padecer en este mundo, para ascender entre delicias, terminada su existencia, á los goces inefables y puros del Paraíso. Sin embargo, sus desgracias y las humillaciones que sufrian, interesaron más de una vez el sensible corazon de algunas doncellas moras ó ju-

días, y la misma Iglesia ha santificado en Santa Casilda á la hija del rey moro Al-mamun—el mismo que dió en su reino digna hospitalidad á Alfonso VI cuando llegó á Toledo huyendo de la cólera de su hermano Don Sancho de Castilla que le reservaba la cogulla del monje en Sahagun.—Las cuitas de los cristianos cautivos, que yacían aherrojados en los calabozos de su padre, la conmovieron de tal suerte, que los socorrió en cuanto pudo, y abjuró despues la doctrina del Profeta, mereciendo ser contada por sus virtudes en el número de las vírgenes.

No es este el único ejemplo que se puede presentar; las historias de amor entre dos séres de razas enemigas separadas por ódios de familia, por diferencias políticas ó por diversidad de religion, abundan mucho en todas partes, y rara és la época que no guarda en sus crónicas alguna de ellas, siempre de funesto y desgraciado desenlace; pocas, sin embargo, presentan los terribles caractéres que el pequeño drama representado en el siglo X de nuestra Era, en una humilde calle de Toledo.

En aquel tiempo, y en el mismo sitio descrito á la cabeza de estas líneas, que no era, como lo es hoy, una pequeña plazoleta, sino una magnífica mansion con un gran jardin que ocupaba el lugar en que ahora se alzan las casas inmediatas, vivia uno de los judíos más ricos de la ciudad.

Considerado entre los suyos por lo elevado de su alcurnia, que guardaba las más altas tradiciones del pueblo de Israel, y por sus grandes riquezas, á las cuales no se desdeñaban de acudir los reyes y los nobles cristianos en demanda de oro que emplear en la guerra contra los enemigos de la cruz, ó en las fiestas y los torneos dados á las hermosas castellanas; de carácter áspero y duro para con los que le rodeaban, algo intratable si se quiere; creyente hasta el

fanatismo en la ley de Moisés de la que aun esperaba la regeneracion de su raza proscrita, vivia alejado de todo el mundo, aislado en medio de una ciudad populosa y de una sociedad en que le hubiera bastado presentarse para ser el centro de todas las miradas y el objeto de todas las consideraciones. Despreciaba á las gentes y habia algo en su interior, superior á su misma voluntad, que le retraia de cuanto le rodeaba, moviéndole á vivir en la soledad y el aislamiento.

Este carácter duro, esta indomable energía, tenian, sin embargo, un punto débil; habia un sér en la tierra que dominaba al coloso, trayéndole y llevándole á su gusto por donde quiera que fuese, y ese sér era puro, sencillo, delicado; era una florecilla que hubiera marchitado el menor soplo; una luz que la ráfaga de aire más pequeña hubiera extinguido; era su hija, hermosa niña de diez y seis abriles que llevaba en el azul de sus ojos el azul límpido del cielo, y en la sonrisa que plegaba sus lábios de rosa, la sonrisa de los ángeles.

Raquel, que así se llamaba, merecia bien la ternura de su padre, que habia hecho de ella el fin de su vida, el único anhelo de su alma. Criada sin madre, á quien perdió al nacer, y entregada desde niña á los cuidados del viejo judío, que lo fué todo para ella, y que hizo abstraccion del mundo para consagrarse únicamente á su cariño, no conocia más amor que el suyo; y el santo afecto que su padre la inspiraba y el respeto que la infundian sus creencias eran los únicos sentimientos de su corazon.

Un dia, sin embargo, conoció que habia en su alma cuerdas que, heridas por otro sentimiento, vibraban puras y armoniosas. Era una tarde de Mayo; el sol moria en el cielo y nubes rojizas se agolpaban en el ocaso, como queriendo re-

cibir sus últimas miradas, perdiendo poco á poco el hermoso color de púrpura que las hacia tan hermosas, para no ser más que negras manchas en el espacio, conforme el astro brillante se hundia bajo el horizonte. Sonaba á lo léjos, como una salmodia, impregnada de extraña melancolía, arrastrada por la brisa de la tarde, la voz del *muezzin*, exhortando á los creyentes para que alzasen hasta el trono de Dios el pensamiento en la hora sublime del crépúsculo; vagaba el viento lleno de cadenciosas armonías, confundiendo en revoltoso giro los cantos de las aves que charaban en las hojas de los árboles del jardin y el eco monótono del arroyo que entre ellos se deslizaba bulliciosamente.

La hermosa Raquel, tras las ventanas de un esbelto agimez en que la mano del artista habia escrito en piedra un inspirado himno de alabanza en honor del arte que servia, miraba distraidamente á la calle sintiendo palpitar su pecho á impulsos de una vaga agitacion. La soledad en que se hallaba; la hora melancólica del crepúsculo que parece estender una nube por el corazon; los rumores que llegaban como eco debilitado á sus oidos, desarrollaban en todo su sér una tristeza que no podia dominar. A pesar suyo, sentia un vago anhelo, un deseo sin forma que parecia flotar á su alrededor fingiendo cien figuras caprichosas, producto de esos misterios de la tarde que forman al chocar y confundirse en un abrazo los últimos rayos del dia y las primeras nieblas de la noche.

A veces creia oir un rumor imperceptible en un principio, que poco á poco iba tomando cuerpo y forma, rumor que el viento arrastraba impregnado de las esencias del jardin y la armonía de los nidos, y ese rumor debilitado, que al nacer semejaba el eco de un suspiro exhalado á lo lejos por un alma pensativa, engrandecia lentamente, conforme se aproximaba, y al llegar hasta ella era ya una voz

amante, dulce y apasionada, que pronunciaba claro y distinto el nombre encantador de Raquel, produciendo al rozar su frente de rosa, algo semejante á un beso casto y puro; uno de esos besos que dan las madres en las mejillas de sus hijos dormidos en la cuna, y que son como una caricia del alma, como el roce del ala de un pájaro que al levantar su vuelo hasta la altura, pasa levemente junto al capullo de una flor.

En vano procuraba apartar su imaginacion de tan pueriles pensamientos; en vano se decia á sí misma que aquello era una pesadilla que embotaba sus sentidos; su sentimiento crecia, y sin causa ninguna sus ojos se llenaban de lágrimas que caian como dulce rocío sobre su corazon acongojado; la voz misteriosa, rumor imperceptible primero, eco sonoro despues, seguia vibrando en sus oidos, dulce y armoniosa, hiriendo las cuerdas más ocultas de su alma, y envolviéndola en una atmósfera desconocida para ella; atmósfera divina en que la luz parecia brillar con más fuerza, en que el canto lejano del ruiseñor que gorjeaba sus amores sonaba más candencioso.

Raquel no sabia lo que la pasaba; queria levantarse, gritar, y no tenia fuerzas para ello; hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para apartarse de aquel sitio que tan rara influencia parecia ejercer sobre su espíritu, y, sin embargo, sentíase débil, muy débil para intentarlo. Conociendo, por fin, su impotencia, resignóse á esperar que pasase aquel acceso de melancolía que nunca, como entonces, la hiriera tan profundamente, y hundiendo entre sus dedos de alabastro su hermosa frente, que la preocupacion marcaba ahora con su sello, dejó vagar libremente su pensamiento por los espacios de la fantasía.

Trascurrió así un gran rato; la tarde siguió cayendo, y

ya el cielo sólo estaba iluminado por los últimos rayos que el sol habia dejado como un beso en las nubes, coro de vírgenes enamoradas que parecen acompañarle hasta los últimos límites del horizonte, como temerosas de no verle volver.

De pronto oyó en la calle ruido de pasos que, sin que pudiera explicarse el motivo, resonaron en su corazon. Separó vivamente las manos con que cubria sus ojos, enderezó su cuerpo, y por un movimiento que no fué dueña de contener, aproximó su rostro á la ventana. Un caballero, jóven, á juzgar por la firmeza de su paso y la apostura gallarda de su cuerpo; noble, como parecia pregonarlo su aire distinguido, y hermoso, con una hermosura de que hasta aquel momento no habia visto ejemplar ninguno la bella israelita, pasaba en aquel momento por delante de la casa del rico judío. Latió con violencia el pecho de la jóven, y una oleada de carmin encendió su pálido rostro al sentir sobre sí la fogosa mirada del caballero que tambien la habia visto y parecia enviarla de sus grandes ojos negros eflúvios misteriosos que la producian vértigos y la obligaban á bajar su frente teñida por el rubor. Várias veces cruzó la calle el caballero; várias veces le siguió recatadamente la vista de Raquel; várias veces tambien se cruzaron sus miradas ardientes, semejantes á una mútua y respetuosa declaracion; cambio de confianzas y cambio de sentimientos, en la sombra que empezaba á estenderse.

Tendió la noche su manto; reinaron las tinieblas y se estendieron, como barrera impenetrable, entre la hermosa Raquel y el apuesto caballero. Cuando ya no podia verle y sólo distinguia su silueta, destacándose como una estátua en la calle, Raquel volvió á caer en sus meditaciones; pero sus pensamientos no eran ya los mismos que antes. La voz misteriosa

seguia sonando en sus oidos, produciendo rumores melodiosos; el ruiseñor seguia cantando endechas amorosas entre las ramas de los árboles, y presa de una siugular alucinacion, Raquel creia comprender lo que en sus notas argentinas decia el cantor divino al céfiro reclinado en la enramada, cuya respiracion agitaba las flores dulcemente.

Aquella noche Raquel no pudo dormir. Durante toda ella siguió viendo pasar ante sus ojos, en fantástica comitiva, raras visiones que la atraian en vez de atemorizarla, y una voz que se alzaba en lo más profundo de su alma, entabló dulce coloquio con aquella otra voz que entraba deshecha en olas de armonía por la ventana del jardin.

III

Una tarde,—dos meses despues de esto,—hallábase en su cuarto el anciano judío inclinado sobre el Talmud, en cuya lectura queria hallar un lenitivo á sus pesares. Hacia algun tiempo que notaba en su hija algo que no sabía explicarse, y que como dardo agudo y envenenado abria ancha herida en su corazon de padre. Su hija, la encantadora niña que criara á fuerza de cuidados y de sacrificios, dedicando á este único fin, á este único objeto, toda su existencia; la hija querida de su alma, que estaba acostumbrada á no ver más que por sus ojos, á no querer más que conforme á su voluntad, se separaba ahora de su padre, y pasaba largas horas encerrada en sus habitaciones, sin motivo ostensible para ello. Muchas veces habíala querido detener para preguntarla la causa del círculo rojizo de sus párpados y la mate palidez de sus mejillas; muchas veces se habia acercado á ella para fijar una mirada en su pupila y ver, como en un lago trasparente, los secretos más hondos de su alma; pero

Raquel evitaba con cuidado estas ocasiones. No era ya la niña alegre y ligera que siempre á su lado parecia difundir en torno suyo el aroma embriagador de su inocencia; no le hacia ya esas caricias de niña mimosa que encantaban los dias del anciano, el cual veia en esto ámplia compensacion á las contrariedades de la vida. Su carácter habia cambiado totalmente, y la jóven, reflexiva, triste, se mostraba ahora en la forma que antes tenia la mujer, mitad ángel, mitad niña, por quien él vivia, por cuya dicha se afanaba.

Presentia el viejo judío que su hija guardaba un secreto; que aquella frente que él besaba con delicia, surcada casi siempre de arrugas, no era ya el claro espejo que reflejaba la tranquilidad. Tenía, además, como el vago presentimiento de una desgracia, y cuando pálido y sin aliento veía ante sí el rostro pensativo de Raquel, muchas veces acudió á sus lábios una pregunta que al fin espiraba en ellos por falta de palabras que la formulasen. Se quedaba mirando largos ratos á su hija, hasta que ésta notaba la atencion de que era objeto, y entónces el carmin de la vergüenza inundaba sus mejillas de terciopelo, y despidiéndose con un pretesto fútil de su padre, corria á ocultarse en su cuarto, dejando al israelita que, al verse solo, inclinaba la cabeza sobre el pecho y permanecia muchas horas en esta posicion, hasta que un acontecimiento cualquiera venia á sacarle de su ensimismamiento.

En vano daba martirio á su inteligencia buscando la razon de aquellas tristezas, de aquellas preocupaciones. Raquel salia muy poco á la calle, á su casa no iba nadie, y puede decirse que vivia en un aislamiento cási absoluto. ¿Cuál era, pues, la causa de la mudanza cuyos efectos sentia tan de cerca?

La tarde que señala la leyenda, vino á turbarle en sus

meditaciones la visita de un antiguo amigo suyo, judío tambien, que habia compartido con él, desde la infancia, las dulzuras de la amistad, y que amaba á Raquel como á una niña á quien habia visto nacer; con ese afecto puro y desinteresado que la vejez profesa á la infancia; amor de dos crepúsculos, que al hallarse en los extremos opuestos del cielo se miran á través del espacio; sombra que muere y luz que nace en el ancho horizonte de la vida.

—Vengo á causarte un pesar, Leví,—dijo al entrar.—Lo conozco, y por eso he vacilado mucho ántes de decidirme á venir á buscarte, pero el cariño que te tengo ha acallado todos mis escrúpulos.

—¡Tú causarme un pesar con tu visita, viejo Ruben! Muy malas deben ser las noticias que me traes, cuando, recelosas quizá de mi paciencia, te han tomado por mensajero,—respondió el padre de Raquel.—No importa,—añadió,— tu amistad endulzará su amargura, y Jehová hará el resto desde el cielo, de donde vé mis acciones y registra mi corazon. ¿De qué se trata?

—De una nueva que si hoy no lo es, puede llegar á ser una gran desgracia para tí.

—¿Para mí?

—Para tí y para Raquel tambien.

—¿Para mi hija, Leví? ¡Oh! ¿Qué enlace pueden tener ese augurio de desgracias y el nombre de mi hija? Habla.

—Hace tiempo que observas una gran variacion en ella, ¿no es verdad?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mis ojos que han visto su turbacion cuando está delante de tí; mis oidos, testigos de las forzadas palabras que te dirige, siempre pensativa, siempre preocupada. Y tú tambien lo has notado, Leví; tú tambien has querido adivinar lo que

pasa en el alma de tu hija; pero eres padre y los padres son sordos y ciegos para las faltas de sus hijos.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que yo tambien lo he notado; que queriendo á Raquel como á mi hija, aquella niña que el Señor arrebató de mi lado á los quince años para engalanar con ella los jardines del Paraíso, he buscado la causa de su preocupacion y la he encontrado, y he creido deber decírtela para que pienses lo que debes hacer en la situacion en que te hallas.

—No sé por qué me turban tus palabras.

—¿Quieres saber el nombre de la enfermedad de tu hija, pobre viejo, que desconoces la influencia de los años en el corazon? Es un nombre que encanta al oido y despierta en nosotros mismos sentimientos que creíamos apagados. Se llama amor. Tu hija está enamorada, y de ahí su tristeza, de ahí su preocupacion.—

Un rayo que hubiera caido á los piés de Leví no le hubiera causado tanto efecto como las frases de Ruben. Pálido, con los ojos desmesuradamente abiertos, retrataba el asombro en sus facciones. Nada más lejos de su pensamiento que creer enamorada á su hija, á quien aún le parecia ver saltando sobre sus rodillas y encantándole con esa media lengua de la niñez que suena como un eco de vaga melodía en el oido de los padres. Para él, su hija no podia enamorarse; ¿qué la faltaba á su lado? Tenía las comodidades del lujo, la calma de la soledad, los halagos del cariño; todo contribuia á rodear su existencia de felicidad, á llenar de tal manera todos sus caprichos que nunca hubiera en ella lugar para un deseo por pequeño y fútil que fuese... Y, sin embargo, á poco de reflexionar en cuanto hacia algun tiempo pasaba en su casa, el infortunado padre tuvo que reconocer la verdad de las pa-

labras de su amigo. Ellas explicaban aquel cambio tan injustificado, tan brusco, operado en el carácter de Raquel; el insomnio, la agitacion que dá el primer amor, habian formado aquel círculo rojizo que rodeaba sus ojos queridos; el silencio que con su padre guardaba, y que la pesaba sin duda como un delito, la hacia estar siempre silenciosa, abstraida, entregada á sus pensamientos, y como viviendo en otra atmósfera distinta. Ya no cabia duda, y al convencerse de esta verdad, el anciano bajó la cabeza y sintió pasar por su cerebro girones de sombra como si de repente el sol se hubiera apagado, y el aire hubiera dejado de dar vida á sus pulmones. Miró á su alrededor y lo encontró todo negro, todo triste; un desierto de penas y dolores, con espinas por arenas, en que el simoun arrastraba suspiros y sollozos, y en que los oásis eran pozos de lágrimas. ¡Que solo se iba á ver er el mundo, sin la presencia, sin las caricias de Raquel!

Pero era padre, y su egoismo no podia ser de larga duracion. Así, que levantando resignado la cabeza,

—Pues bien,—dijo:—si ese hombre á quien mi hija prefiere á su padre, es verdaderamente bueno y digno, se unirán ante Dios sus voluntades, pues ya lo están sus corazones, y si Jehová mira con ojos de bondad el sacrificio que me impongo, hará que los hijos de mi hija alegren con sus juegos infantiles los dias de mi vejez.—

Y al decir esto, dos gruesas lágrimas se desprendian de sus ojos, porque bien sabía él que la mujer al salir de su casa para crearse otra familia, roba al amor de sus padres el que tiene que dar á su marido y á sus hijos. Esta es la ley de Dios, la ley eterna, pero él no podria avenirse á quedar solo y abandonado en aquel inmenso caseron, morada hasta entonces de alegría, y que ahora se le aparecia como negro sepulcro

encerrando sus ilusiones. Sentia el vacío á su alrededor y este vacío le asustaba... Pero su hija antes que todo; la dicha de Raquel antes que su egoismo. La casaría y viviria con el reflejo de su felicidad.

Ruben, sin embargo, permanecia inalterable, como si pesase sobre su corazon la partemás tenia que revelar. Por penosa del secreto quefin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, añadió:

—Leví, no es esto todo: aun te falta saber la parte más horrible del secreto, para la cual debes pedir resignacion á ese Dios tan grande con cuyo nombre en la boca tantas veces sufrió Israel sus cautiverios y Job se vió abandonado y cubierto de lepra. La lepra de la maldad cae hoy sobre tí; humíllate ante los decretos de Jehová.

—No te entiendo, y no obstante, tus palabras como hierro candente penetran hasta mi corazon. ¿Qué desgracias son esas tan terribles que me anuncia tu voz? ¿Puede haber para mí nada más espantoso que verme separado de mi hija, solo para siempre, solo hasta que el ángel cariñoso de la muerte acaricie con sus alas mis fatigadas pupilas? ¿Qué me importa lo demás?

—Es que el cielo te niega la satisfaccion de sacrificarte por tu hija: es que te condena á verla eternamente desgraciada, atrayendo sobre su frente culpable el rayo de la cólera de Dios.

—¡Cómo! ¿Tan indigno, tan miserable es el hombre á quien ama Raquel?

—Es más que indigno, más que miserable; más despreciable aún que el jóven disipado marcado con el sello de la infamia, ó el viejo avaro cubierto de la lepra de la avaricia; Jehová puede tocar un dia en el corazon de éstos, pero se aparta con disgusto del hombre amado por tu hija.

—¿Quién es, entonces?

—¡Un cristiano!—

Es preciso estar bien identificado con la época de esta narracion y tener ámplio conocimiento de lo que á los ojos de los cristianos significaban los judíos en España durante la Edad Media, para comprender la impresion que las palabras de Ruben causaron en el ánimo de Leví; es preciso seguir con la imaginacion el reguero de sangre que dejaron en el campo de la historia las generaciones israelitas desde las primeras manifestaciones cristianas hasta su total expulsion de los dominios españoles, para formarse una idea del alcance que el nombre cristiano tenia para los descendientes de Israel, que veian en él un enemigo acérrimo, declarado, irreconciliable, como son irreconciliables el Dios adusto del desierto que truena sobre la cumbre del Sinaí y el Dios misericordioso del Calvario que erige en ley el amor al prójimo en el sermon de la montaña. La historia de sus persecuciones, padron de vergüenza que lleva sobre sí la sociedad cristiana, los dolores de las generaciones, la ruina del templo, la dispersion del pueblo de Israel, todo pasaba en rápido y revuelto torbellino á los ojos de Leví, como evocado por un conjuro del demonio. ¡Y era á un cristiano á quien Raquel sacrificaba su padre y entregaba su albedrío, á un hijo de aquella raza maldita á quien habia sido enseñada á odiar desde la cuna! ¡Era un cristiano el que habia abierto aquel abismo entre Raquel y su padre, abismo que este reconocia, pero cuya causa le era completamente ignorada!..

Largo tiempo permaneció sumido en estas reflexiones, silencio mudo y sin lágrimas, respetado prudentemente por su amigo; de pronto levantó la cabeza, y con voz dura y contenida, dijo:

—Huyó la nube de dolor dejando como huella de su paso

la vergüenza en mi rostro, la indignacion en mi pecho. Tú eres mi hermano, Ruben; nada que venga de tí puede ofenderme; sé, pues, el eco de mi infamia, y dime cuanto sepas de esa desventurada, presa sin duda de las asechanzas del espíritu del mal. No temas decirme la verdad; el Dios de nuestros padres me dará fuerzas para escucharte y me inspirará sobre lo que debo hacer. Habla.

—Hé aquí lo que sé. Por las noches, cuando todo está en silencio, y la lámpara que arde en tu aposento ha apagado su resplandor vivísimo, un hombre, sectario de la cruz, salta las tapias del jardin y se pierde en sus espesas enramadas donde en breve se le une una mujer. Distínguense dos sombras en el jardin, y oidos que velan perciben el eco de dos voces que cambian frases de amor. Cuando la noche pasa, y poco antes que hiera el horizonte el primer rayo de la aurora, sepáranse las dos sombras, uniéndose antes en un abrazo; vuelve á saltar la tapia el desconocido galan, y la dama regresa á sus habitaciones. Solo el viento en su vuelo ó el ruiseñor en sus cantos podrian repetir la conversacion de los dos amantes.

—¿Es eso todo?

—No sé más.

—Gracias, Ruben; me has hecho mucho daño, pero más vale vivir en la desgracia, conociéndola, que descansar en una ciega confianza, sin fundamento. Ahora, ven aquí; siéntate á mi lado, y escucha mis proyectos.—

Ya declinaba el sol cuando salió Ruben, despidiéndose afectuosamente de Leví, y la puerta de la casa se cerró tras él. La noche se aproximaba lentamente, envolviendo con sus sombras el cielo cubierto de negras nubes, sin que una estrella brillase en su manto.

IV

Cerró completamente la noche, no iluminada por ninguna luz. La luna pretendia inútilmente romper el manto de las nubes que se oponian á su paso, y una niebla, negra como la muerte y el dolor, se desplegaba en el espacio.

Todo dormia, ó mejor dicho, todo callaba en el jardin, como presagiando algun suceso tenebroso. El viento no se atrevia á menear las hojas de los árboles; los pájaros se escondian entre ellos, y una fuerza indefinible parecia detener el curso desigual de los arroyos. Aquella calma daba miedo. De pronto, avanzó con precaucion una sombra; las hojas sembradas en el suelo amortiguaban el ruido de sus pasos.

Miró á todas partes y se colocó en un extremo del jardin cerca de un pozo que allí habia, y cuyas aguas eran muy celebradas en los contornos. Aquel era el lugar en que los dos amantes tenian su cita nocturna, y se juraban un amor eterno en el silencio de la noche. Detúvose la sombra y, despues de meditar un instante, se retiró trás el ancho tronco de un evónimus que se elevaba á gran altura, y murmuró entre dientes:

—Desde aquí le veré entrar. Yo romperé el encanto que me roba el amor de mi Raquel, y volverá á ser mio ese corazon que yo he formado en mis largas horas de soledad y de aislamiento.—

Era Leví, el judío, que impulsado por el ódio, iba á pedir á la venganza una satisfaccion que estaba lejos de sentir.

No pasó mucho tiempo, cuando un pequeño ruido se hizo oir. Un hombre se elevó sobre la tapia, y con un vigoroso y rápido esfuerzo se dejó caer hácia la parte del jardin. Se irguió con prontitud, y con paso firme y seguro se dirigió al lugar en que estaba escondido el viejo israelita. Cuando

pasó cerca de él, salió éste de su escondite, y se lanzó sobre el caballero ahogando un grito de rabia. Hubo una breve lucha en la sombra, lucha en que el agredido queria arrancarse de los brazos de hierro que tenazmente le sujetaban, y el agresor oprimía con todas sus fuerzas á su víctima. A la luz de un relámpago rojizo que rasgó las tinieblas vióse brillar en el aire la hoja reluciente de un puñal que se hundió en uno de los dos cuerpos fuertemente enlazados; luego se oyó un ¡ay! débil, muy débil... y uno de los dos cayó pesadamente sobre el césped.

El otro cuerpo se rehizo á poco, clavando su ansiosa mirada en el hombre tendido á sus piés. Oyóse en esto una puerta que á lo léjos giraba sobre sus gozncs, y Levi, no queriendo exponerse á las miradas de su hija, volvió de nuevo á su escondite. La jóven judía se acercaba saltando como una cabrilla, para hablar con su amante, á quien habia visto desde léjos. En aquel momento rompió la luna las nubes que se oponian á su paso, cual si quisiera alumbrar aquel cuadro desolador. Raquel llegó al lugar acostumbrado de la cita, vió á su amante tendido en el suelo, reconoció el puñal de su padre que seguia clavado en su pecho, y lo comprendió tod ; y lanzando un grito que resonó hasta en lo más profundo del pecho del rencoroso judío, cayó al suelo desmayada, abrazando el cuerpo, ya sin vida, de su amante. Lanzóse sobre ella su padre, pero retrocedió asombrado, con las pupilas dilatadas por el terror... Su hija se levantó por sí sola, con la vista extraviada, fija en un punto del espacio; miró despues, con sus ojos sin espresion, el rostro desencajado de su padre, y cantando una cancion triste, muy triste, cuyas notas arrancaban lágrimas, se perdió entre las sombras del jardin y volvió á sus habitaciones. ¡Estaba loca!

Desde aquel dia la existencia de la pobre niña trascur-

rió sin incidentes. Apenas cerraba la noche, bajaba al jardin sin que nadie fuese capaz de impedirlo, llegaba junto á este pozo, testigo de sus dichas pasadas, y abrazándose á él convulsivamente, lloraba sin cesar durante toda ella, llamando con dulces quejas á su amante, y exhalando ayes lastimeros que partian el corazon de cuantos la escuchaban. Una noche, como siempre, la pobre loca se inclinó sobre el brocal del pozo; allá, en su fondo, temblando en las tranquilas aguas, alumbradas por el fulgor de las estrellas, creyó distinguir la imágen del infeliz asesinado; parecióla que la llamaba; y en el gemido del viento entre las ramas de los árboles se la antojó oir la voz querida que en otro tiempo vibraba alegre en sus oidos. Y fuera de sí, murmurando palabras incoherentes, riendo y llorando á la vez, por un rápido movimiento que no pudo evitar ninguno de sus servidores, se arrojó á aquel abismo donde creia ver la sombra del hombre á quien tanto habia amado.

Cuando la sacaron del pozo estaba muerta.

V

—Destruida la casa,—concluyó la viejecita levantándose de su asiento,—quedó solamente el pozo á quien ya todo el mundo llamaba *amargo*, porque sus aguas, á las que se habia mezclado el llanto de la infeliz judía, se tornaron amargas é imposibles de beber. Dentro de poco tal vez no exista este, y entonces se preguntarán las gentes, por qué esta calle lleva el nombre que tiene pues el pueblo ha perdido la memoria de tan tristes acontecimientos desde que dejaron de verse aquí por las noches las sombras de los dos amantes, que venian á este lugar á llorar sus desaciertos, expiando de este modo un amor sacrílego que debieran haber sabido dominar. Quizá sea yo la única que no la hé olvidado. Por eso hé querido con-

társela á Vd. que, por lo visto, tiene predileccion á este sitio: para que no se pierda, á mi muerte, el recuerdo del *pozo amargo.*—»

Trás esto se alejó haciéndome un afectuoso saludo, y perdiéndose lentamente entre los cercanos callejones.

Quedé solo, y llena mi imaginacion con el recuerdo de cuanto habia oido, incliné la cabeza sobre el pecho, y dirigí mi mirada al fondo oscuro del pozo. La luz de la luna caia de lleno sobre él, y fingia extrañas visiones sobre las trasparentes aguas. Miré, y creí ver como reflejados en un espejo, bajo la líquida superficie, á los dos amantes que me miraban sonrientes, confundiéndose en un abrazo....

LA PEÑA DEL MORO.

A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO MARTIN ARRÚE.

Cuando visitando la antigua ciudad de Recaredo y Leovigildo desea algun viajero, amante del arte y la naturaleza, contemplar un bello paisaje que abarque en su conjunto la espléndida Toledo, el *cicerone* que quiere satisfacer este deseo, conduce al curioso hasta el *Puente de San Martin,* y dirigiéndose, despues de pasarle, á la izquierda, le guia por cuestas y vericuetos hasta la ermita de la *Vírgen del Valle,* poética advocacion de la madre de Jesucristo; y haciéndole descansar allí breve espacio para prepararse á lo que aún tiene que recorrer, le lleva despues por empinadas y gigantescas peñas, que amontonadas las unas sobre las otras con desprecio de todas las leyes de equilibrio, recuerdan la fábula de los Titanes, al sitio denominado *Peña del Moro.* Aquel es, efectivamente, uno de los mejores puntos de vista,

desde los cuales pueden apreciarse las bellezas de la arábiga ciudad.

Hermoso es el camino que hay que recorrer hasta llegar allí; á un lado posesiones de recreo, y en ellas los árboles cargados de ramas, los albaricoqueros doblándose bajo el peso de sus frutos, las cepas en que se dibujan ya, en embrion, los pomposos racimos y los pámpanos verdes del otoño; los olivos mostrando sus blancos botones... El viento que pasa vuela cargado de aromas y perfumes que producen grata sensacion en los sentidos. A la izquierda corre el rio sin interrumpir un solo instante su carrera eterna, y sus ondas se renuevan sin cesar, representacion del hombre que, naciendo en ignoto parage, pasa un momento por los campos de la vida, y arrastrado por una fuerza que no es dueño de contener, corre á perderse en el abismo ilimitado, sin que un instante pueda detenerse, inmortal Ashaverus, en cuyos oidos suena constantemente la voz que le dice *¡Anda! ¡Anda!* por toda la eternidad. De cuando en cuando hiende las aguas ligera barquilla, y la voz del remero dá una nota más al concierto armónico de las aguas que baten las rocas que forman sus orillas ó se oponen á su paso; y es, en verdad, espectáculo que impresiona, la vista de la pequeña embarcacion, moviéndose en todas direcciones, y turbando con su blanca silueta la monotonía de la líquida superficie.

Envuelta en ligero manto de brumas que cuando el alba empieza á clarear sobre los montes la ciñen con amoroso abrazo, despidiéndose de su compañera de la noche hasta que el sol que va á salir, y cuyos rayos las deshacen, hunda su globo en el Ocaso, la ciudad surge como mágica aparicion, sentada sobre sus siete colinas, á semejanza de la antigua Roma, alzando al cielo sus cien torres, imágen del alma

que, desprendiéndose poco á poco del mundo de la materia que la oprime, se eleva á las regiones del espíritu que le atraen. Bellos edificios en que los siglos han impreso su sello uno tras otro, muestras de todas las variedades de la arquitectura, recuerdos que han dejado tras sí todas las civilizaciones, torres góticas, agimeces árabes, puentes romanos y construcciones bizantinas, todo aparece á la vez en confuso monton, que herido por la primera luz de la mañana brilla como el vestido de un payaso hecho con tela de vários colores, semejante á la paleta de un pintor, como si las edades que pasaron se mantuviesen unidas haciendo flotar al aire sus brillantes banderolas. La catedral con su esbelta cúpula y su acerada aguja, que parece traspasar las nubes y abrir en ellas un resquicio, por el cual puedan pasar sus oraciones llevadas por los ángeles hasta el trono del Señor, y descender un rayo de luz que ilumine con resplandor celeste sus altares, se presenta á la vista como un hermoso sueño del espíritu, como un aéreo palacio que obedeciendo á poderoso conjuro, ha brotado del seno de la tierra herida por el pié del hombre que dijo un dia: ¡reconoce en mí á tu señor!—y ha brotado tal como la hicieron en el abismo los ángeles de la luz con sus dedos de nácar y marfil y sus herramientas de oro; San Juan de los Reyes, recordando en su esbeltez y ligereza esa gran figura de la Historia de España, que se llama Isabel I, y el Alcázar, pesando sobre la tierra con su enorme masa como si fuera la imágen en piedra de Felipe II y su reinado; la almenada capilla de los Lunas, en que duerme su sueño el Condestable ejecutado en una plaza de Valladolid; San Roman, desde cuya torre fué proclamado Alfonso VIII, rey de Castilla, por D. Estéban Illan; y cien edificios más que conservan añejas tradiciones en las junturas de sus muros, se agrupan en torno suyo; y dando marco

á este cuadro, la sirve el río de movible espejo y refleja en las ondas su hermosura. Fuera de él, San Servando con sus tambores derruidos y sus almenas desmoronadas; el palacio de Galiana, escondido bajo la sombra de los árboles; la vega con su alfombra de verdura; lejos, las colinas sembradas de olivares y viñedos; más lejos, y como envueltos en un velo trasparente, los montes con sus faldas azules y sus cimas cubiertas de nieve estendiéndose como fuerte muralla á lo largo del horizonte. Y sobre este paisaje, el cielo sin nubes, el cielo sin límites, y allá, en Oriente, el rojo globo del sol que se eleva con magestad, saludado por el canto de la alondra y el tañido de las campanas.

II

Hay sobre la ermita de la *Vírgen del Valle*, casi en su misma direccion y en medio de las grandes rocas descritas, una que atrae particularmente la atencion. Más grande que la mayor parte de cuantas la rodean, y sentada sobre una ancha planicie de granito, la mano del hombre la horadó en una gran estension, para abrir en ella ancha sepultura que guardase los restos de uno de sus semejantes, que no quiso, sin duda, ser sepultado en la tierra, para que las pisadas de los hombres, al resonar sobre su tumba, no turbasen la calma de su sueño.

Diversas opiniones se han formado sobre el orígen de esta sepultura, y no falta quien la crea depositaria de los últimos restos de un romano de las primeras edades de su dominacion en España, ni tampoco quien asegure que es más antigua y vaya á buscar su primer habitante en las tríbus célticas, y aun algunos se remontan más todavía y acuden en busca de datos á las Edades prehistóricas. El pueblo, sin

embargo, tiene otra idea y la llama la *Peña del Moro.* Muchas veces me ha sorprendido allí la noche, y he creido ver en los rayos de la luna que sobre ella caian, una sombra flotando impalpable en el espacio y estendiéndose en la abertura de la peña; pero la cuestion quedaba insoluble para mí y siempre en pié, como una esfinge, mi curiosidad. Un dia, por fin, interrogué al pueblo, y el pueblo, como siempre, me contestó. Hé aquí la leyenda.

III

En el año 1083 de la Era cristiana reinaba en Toledo Yahia Alkadir Billah, hijo de Al-Mamun, aquel monarca á quien las crónicas cristianas pagan con el dictado de *generoso* la hospitalidad que concediera á Alfonso VI, cuando fugitivo del monasterio de Carrion, donde su hermano le encerrára, vino á buscar en las orillas del Tajo un asilo en que llorar amargamente la pérdida de la batalla de Golpejar. Pocos años habian pasado de esto, y el fugitivo de entonces, hecho ya rey de Castilla, de Galicia y de Leon por muerte de Don Sancho, sitiaba ahora á Toledo, pagando con la más negra ingratitud los favores que debiera al monarca toledano, ansioso de reunir la de Toledo á la triple corona con que ceñia su cabeza.

En vano Yahia habia enviado mensajeros al campo de su enemigo, llamando á su memoria el recuerdo de aquellos dias en que eran amigos en la córte de su padre, y evocando la imágen de éste y los beneficios que de él recibiera Alfonso para que terminase pronto una guerra tan deshonrosa para el leonés como dura para el árabe toledano; en vano—fallida la esperanza de conseguir algun resultado de este modo—habia descendido hasta á ofrecerle un tributo, que tenía por

oneroso: el sitiador, que veia segura su presa, no habia roto los fueros de la gratitud para cejar de su ambicioso empeño sin que á ello le obligase otra cosa que los impulsos de su corazon; y, por otra parte, queriéndolo todo, rechazó la pequeña parte que le ofrecian, y rotas las tentativas de negociaciones, continuó arrasando dos veces al año las campiñas toledanas, esperando que el hambre le hiciese dueño de una plaza de la importancia que tenía Toledo, sin exponerse á las pérdidas que habria de sufrir en un ataque. Cinco años llevaba así, y ya parecia próximo á recoger el fruto de su falta de fé hácia sus antiguos bienhechores.

En tal situacion, acudió Yahia á los reyes moros unidos á él por algun lazo de amistad, manifestándoles lo que le pasaba y las consecuencias que la conquista de Toledo podia tener para el poder árabe en España. Sólo dos, el rey de Zaragoza y el rey de Badajoz, escucharon la súplica del toledano y comprendieron que, por interés propio, debian unirse contra el enemigo comun; pero como si Allah en el libro eterno de los destinos hubiera escrito la humillacion y el término de la grandeza de los Dilnûm, el rey de Zaragoza murió ántes de poder llevar á cabo su generoso propósito, y el de Badajoz murió tambien, despues de haber sido derrotado por las tropas de Alfonso, que cayeron sobre él de improviso cuando se dirigia hácia Toledo. Estas noticias acabaron de llenar de terror á los árabes toledanos.

Pero al propio tiempo, y como para que no perdieran de una vez sus ánimos, pareció el cielo enviarles un salvador desconocido. Respondiendo desde más allá del Estrecho al desesperado llamamiento de Yahia, un príncipe africano, Abul Walid, venía desde su reino para observar por sí mismo la importancia del daño y las necesidades del socorro, decidido á volver á Africa y pedir á sus súbditos las fuerzas

que necesitase para librar de su enemigo á sus correligionarios, los moros de Toledo.

Jóven, casi de la misma edad que Yahia, valiente como él, y ansioso de ganar fama de bravo, que sólo se adquiere en los combates, habíase puesto en camino para la ciudad sarracena que reclamaba su socorro, apenas recibió á los mensajeros del hijo desgraciado de Al-Mamun. Los reyes moros que encontró á su paso le acogieron con cariño, los pueblos le recibian con respeto y los venerables alfaquíes bendecian su mision, y él proseguia inalterable su camino, soñando hazañas que guardasen en las crónicas su nombre y le abrieran de par en par la puerta del Paraíso por donde entran los valientes que mueren peleando por el Islam. Yahia le acogió como á su salvacion, como acoge el náufrago la débil tabla que el azar pone bajo su mano, y que és para él más que la vida, porque és la esperanza, y la esperanza és más que la existencia. Aunque vestido de duelo por la desgracia que le amenazaba, el pueblo hizo fiestas en honor del africano caballero que iba, llevado sólo de su valor y su bondad, á ahuyentar del horizonte aquel astro siniestro que de cuando en cuando aparecia por el camino de Madrid, cruzaba los campos precedido del incendio, y se perdia luego en lontananza, dejando el luto y la devastacion como huellas sangrientas de su paso. Despues de algunos dias, pasados entre fiestas y torneos, en que Abul Walid sintió deslumbrados por tanto explendor sus grandes ojos, acostumbrados á la monotonía del desierto, dispúsose á partir para su reino el africano, sabiendo ya las fuerzas que le eran precisas para salir airoso de su empeño.

Y no obstante, aunque cada vez era mayor su deseo de sustraer el reino toledano á la desgracia que sufria, siempre que el pensamiento de partir venia á su imaginacion, una

sombra negra, muy negra, se estendia en torno suyo, y vestia los campos y el cielo con los tintes sombríos de su tristeza.

Todos los dias, cuando el sol le despertaba llamando á sus párpados con sus rayos de oro, decidia despedirse de Yahia y partir para volver cuanto antes; pero conforme el dia adelantaba, sentíase poco á poco abandonado por sus fuerzas, y buscando pretestos para engañarse á sí mismo, dejaba para el dia siguiente sus preparativos de marcha. Y es que Abul no era ya el libre caballero que, sin más norma que su deseo de ganar nombre y gloria, dejara el suelo africano para auxiliar á sus hermanos de España; es que ya comprendia el jóven rey que habia algo más que gloria y nombre en el mundo; es que habia visto en la córte de Yahia á la hermana de éste, Sobeyha, y habia leido en sus ojos, negros como la noche, palabras divinas, escritas en un lenguaje para él desconocido, y habia adivinado en sus lábios de fuego, y en sus mejillas de rosa, y en su cútis de terciopelo, placeres más grandes que los que puso el profeta en el seno de las huríes. Abul no habia amado jamás; no sabía siquiera lo que esta palabra significára hasta entónces, y, sin embargo, desde que llegó á Toledo y vió á Sobeyha, todo la murmuraba en sus oidos: el viento al pasar, las fuentes al correr; los pájaros en sus trinos la repetian, meciéndose en las ramas de los árboles; las flores la bañaban en su perfume, mirándose en las aguas del arroyo. Y dentro de su pecho, algo vago, algo misterioso, algo indefinible se agitaba tambien, pronunciando esta palabra que parecia prometerle dichas sin fin y goces infinitos, y sentía á su alrededor lábios que se buscaban y miradas que se confundian. Y en estos momentos en que solo y perdido en los jardines del palacio, pronunciaba el dulce nombre de Sobeyha, y el eco al repetirle parecia modular un

beso, el espacio era más azul, el ambiente más puro y la naturaleza más hermosa.

Pero era preciso partir; su honor lo prescribia, la tranquilidad misma de Sobeyha lo ordenaba, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí, dispuso una noche alejarse al dia siguiente, apénas el sol asomase su globo en las colinas. Y no queriendo partir para su tierra africana sin llevarse una esperanza que le sostuviera en las largas horas de tristeza que iba á pasar lejos de los ojos de su amada, más brillantes que el sol del Mediodía, deseó tener una entrevista con la que era —desde el primer instante— dueña absoluta de sus pensamientos. Aquella misma noche participó su designio de partir á Yahia, que le abrazó con efusion, prometiendo acompañarle largo trecho, pues aún no era época de que volvieran los cristianos, y Abul, pretestando cansancio, se retiró á sus habitaciones, desde las cuales descendió al jardin.

La noche era serena; las sombras se estendian por do quiera; todo callaba. Abul Walid, sumergido en sus pensamientos, hollaba indiferente la blanda alfombra de follaje, esperando que se abriera un lindo ajimez por donde entraban los perfumes del jardin en los retretes misteriosos de Sobeyha, y al cual solía ésta asomarse á contemplar la marcha de la luna seguida de estrellas á través del espacio. Ya llevaba esperando mucho tiempo, cuando oyó un ruido apenas perceptible, giró sobre sus goznes una pequeña ventana ceñida por arabesco marco, y como una aparicion celeste, se presentó á los ojos de Abul la elegante figura de Sobeyha, que dejó escapar un leve grito, más de sorpresa que de espanto, al ver al enamorado caballero.

—Nada temas, princesa,—la dijo Abul respetuosamente.— He querido verte una vez más antes de alejarme, y satisfecho mi deseo parto resignado, ya que no puede ser contento. Con

tu imágen en el alma y con tu nombre en los lábios vuelvo á mi pátria, y del mismo modo volveré bien pronto á libraros de vuestros mortales enemigos. Entonces, roto el sello que la consideracion pone en mis lábios, podré decirte cuanto hoy me callo por ese respeto. Entretanto, princesa, cuando eleves á Allah tu pensamiento en la oracion, no olvides pronunciar mi nombre en ella para que el dulce rocío de su misericordia descienda sobre mi alma fatigada y me dé fuerzas para esperar.—

Y sin aguardar la respuesta de Sobeyha que le escuchaba ruborosa y pensativa, se perdió entre los árboles antes que la princesa musulmana hubiera vuelto en sí de la sorpresa que la causaran las ardientes palabras de Abul.

Segun al otro dia contaron las mujeres del palacio, aquella noche su señora habia permanecido en el ajimez más tiempo que el que tenia por costumbre, y sobre las rosas que el cincel del artista imitára en el arabesco alféizar se notaba la huella de unas lágrimas más puras que las gotas de rocío que titilan á los rayos del sol en el capullo de las flores.

IV

Pasó el tiempo; tras el templado otoño vino el aterido invierno, tras éste la riente primavera, y más tarde el caluroso y seco estío. Entretantò, dos veces más aparecieron los cristianos talando la fértil vega y desapareciendo despues como el huracan que desgaja los árboles, hiere las encinas seculares, desborda los torrentes, saca los rios de su cauce y desaparece luego en vertiginoso torbellino arrastrado por el demonio que le guia; dos veces más vieron los toledanos destruidas sus abundautes cosechas, que eran para ellos la vida que se iba poco á poco. Y sintiéndose heridos de muerte,

Yahia y los suyos conocian con terror que se aproximaba el momento en que tendrian que postrarse á los piés del ingrato Alfonso implorando perdon y misericordia.

Porque con el tiempo perdian tambien su tranquilidad, y cada dia se llevaba una ilusion más, dejando en su lugar un nuevo desengaño. Sordos á sus quejas los príncipes sarracenos, en nada pensaban ménos que en darles el socorro que con tanta ánsia pedian. El mismo Abul, que llegó á ser su sola esperanza, el único de quien esperaban auxilio, atendiendo á lo desinteresado de su oferta, no daba muestras de cumplir el compromiso que expontáneamente contrajera. Desde que partió para su reino nada habia vuelto á saberse de él. Quién le creia muerto, como los reyes de Zaragoza y Badajoz; quién le acusaba de ingrato y tornadizo como Alfonso, el antiguo protegido de Al-Mamun; en una cosa convenian todos: en que ya no volveria; en que detenido en su país por causas agenas ó dependientes de su voluntad, por haber considerado la magnitud de la empresa que queria realizar ó por haber tropezado con obstáculos superiores á sus deseos, habia desistido de su generoso empeño dando al olvido sus amigos de algunos dias y su palabra de un instante.

Habia, sin embargo, en el alcázar una persona que no opinaba de esta suerte; que no podia acostumbrarse á la idea de que era un sér voluble ó pusilánime el hombre que habia hecho latir su corazon, dormido hasta que él le despertó, y esa persona era Sobeyha, la vírgen mahometana que parecia un ángel del Paraíso en medio de la corte de su hermano. Poseida de admiracion hácia el salvador desconocido que el profeta les deparara, y enamorada de su natural caballeresco y generoso, las simpatías que en un principio concibiera por Abul se afirmaron más y más durante los dias que

éste pasó en Toledo; de aquí que aquella noche de verano, aromatizada y pura, en que la voz del enamorado agareno sonó en su oido como una música deliciosa, más rica en notas de armonía que los cantos del ruiseñor; aquella noche callada, en que la luna y las estrellas aparecian más brillantes, como si fueran luminarias de su amor, hubiese entregado su corazon á Abul, haciéndole dueño y señor de su destino. A la mañana siguiente, oculta tras el ajimez, le vió partir acompañado de Yahia, y volverse várias veces para dirigir una mirada llena de ternura á las habitaciones de Sobeyha; y entónces ella le miró tambien, y al encontrarse y chocar las dos miradas en el viento, encendido rubor invadió las mejillas de la princesa, y algo como el ruido de un beso llegó á su corazon por sus oidos.

Desde entónces, y con el ánsia del que aguarda, pasaba Sobeyha los dias prestando atencion á cuantos rumores llegaban hasta ella, creyendo recibir á cada instante la noticia de que mensajeros de Abul anunciaban su próximo regreso. Pero pasaba el tiempo y las noticias no llegaban, y los mensajeros no venian, y engañada en sus primeras y más bellas ilusiones la jóven princesa, privada de un pecho amigo en quien depositar sus penas y á quien pedir frases de esperanza con el mismo anhelo con que piden la lluvia las plantas agostadas por el sol, empezó á languidecer poco á poco, y se sintió herida de muerte. Flor delicada, nacida para los cuidados de la estufa, era imposible que pudiese arrostrar impunemente la furia del vendabal que la azotaba. En torno suyo la tristeza, la preocupacion; una arruga en todas las frentes, una nube en todos los ojos, una sombra en todos los espíritus. En su alma el vacío, la necesidad de ser amada, el deseo de calma, de sosiego. Aquella niña reclamaba los goces de la dicha, y sin embargo, yacía en el pesar y el

infortunio. Mientras vivió Al-Mamum, su padre, y el reino estuvo en paz, Sobeyha se sintió feliz; desde que la guerra llamaba con horrible estrépito á las doradas puertas de su alcázar, el sobresalto y la inquietud mantenian en constante tension su alma. No la hacian falta para vivir cámaras suntuosas, lujosos camarines, brillo de las riquezas, explendor del poder; un poco de amor, un poco de calma; aire, luz y flores: hé aquí las únicas necesidades de su espíritu.

Y conforme pasaban los dias y adelantaba aquella especie de sitio por hambre tan tenazmente sostenido por Alfonso, consumíase la existencia de aquella niña, que respiraba un ambiente en que no podia vivir.

Sobeyha lo sabia; sentíase desfallecer, y preveia que pronto el divino Azrael, arcángel misterioso de la muerte, tenderia sobre ella sus negras alas saturadas de tristeza. Una voz interior la gritaba que Allah, misericordioso, la privaria de ver la ruina de su reino, y en aquellos dias tan largos y tan tristes, en que todas las tardes veia al sol ponerse como si fuera la última vez que presenciara su caida en el horizonte, sólo un pensamiento conmovia la cárcel de su cerebro por tantas y tan estrañas fuerzas trabajado: la imágen de Abul. Algo la decia que no habia muerto, que grandes intereses le retenian, á pesar suyo, en su país; pero algo tambien añadia que cuando viniera seria tarde para volverla á ella la vida y á Toledo la libertad. Y pensando en esto y consumida por una de esas enfermedades que no tienen nombre en los catálogos de la medicina, llegó un dia en que Sobeyha no pudo levantarse de su lecho.

La córte entera exhaló un grito de terror. La pobre niña era muy querida y en la situacion en que el reino se encontraba su muerte parecia indicar la muerte de su pueblo, á cuyos horrores queria arrebatarla la bondad infini-

ta de Allah. Yahia, sobre todo, no pudo contenerse y lloró mucho.

Desde el principio los médicos auguraron mal de la enfermedad. ¿Qué tenia Sobeyha? No lo sabian; no lo sabian y se limitaban solamente á marcar los progresos del mal sobre su cuerpo delicado; sus megillas estaban lívidas, sus ojos, hundidos, tenian extraña lucidez; su voz era cada vez más débil, su pulso cada vez más lento; podia notarse, por instantes, el alejamiento de la vida.

—¿Cuál es su enfermedad?—preguntaba Yahia,—y los doctores bajaban silenciosamente la cabeza encanecida en el estudio, declarándose impotentes para definirla. Y el pueblo, que sabia esto, murmuraba: —¡Allah se la lleva, Allah nos la arrebata porque vamos á perecer, y no está airado contra ella!...—

Una noche, cerca ya de la madrugada, á esa hora en que las sombras y la luz se funden en un beso á lo largo del horizonte, Sobeyha hizo venir á su esclavo Aben que la servia desde niña, y con voz débil, porque las fuerzas la abandonaban ya, le dijo:

—Voy á morir, Aben; el ángel Azrael viene á buscarme en los rayos de luz que brillan á lo lejos, y agita ya sus álas impaciente; antes tengo que hacerte un encargo que tú cumplirás, porque es un encargo mio ¿no es verdad? y es, además, un ruego de tu señora moribunda. Toledo va á caer en poder de los cristianos, y despues que esto suceda Abul Walid vendrá con un ejército á salvarla, cuando ya, por desgracia, será tarde. Te mando que no sigas á mi hermano en su proscripcion; que te quedes cerca, muy cerca de Toledo, y cuando sepas que Abul viene salgas á recibirle y le digas que no he dudado de él, que he muerto porque no venia; pero que he muerto esperándole!...—

Rayos dudosos penetraban en aquel momento por el ajimez; la aurora brillaba en el cielo y las brumas se retiraban á Occidente; ligeras nubes de color de rosa esperaban la salida del sol; los pájaros despertaban conmoviendo las hojas de los árboles; las flores entreabrian su capullo... Sobeyha volvió los ojos hácia la ventana, miró con ánsia los primeros fulgores de la aurora, y reclinó la cabeza sobre su hombro de alabastro, exhalando un débil suspiro...

El sol se alzaba sobre el horizonte en toda su imponente magestad; los pájaros rompieron á cantar; las flores acabaron de abrirse; las alondras desplegaron su pluma; el *muezzin* llamó á los fieles á la oracion de la mañana desde los altos minaretes de las mezquitas, y la atmósfera se pobló en un momento de perfumes y de armonía. El ángel Azrael pasaba en los giros del viento, llevando sobre sus alas á Sobeyha, y la naturaleza saludaba con amor al alma que ascendia hácia la luz.

V

Siguió el tiempo su carrera vertiginosa indiferente á las penas y alegrías de la humanidad, y amaneció uno de los dias más tristes que registran las crónicas mahometanas, cuando hablan de su influencia y poderío en la Península: el 25 de Mayo de 1085. Al eco belicoso de trompas y clarines, en medio de los gritos entusiastas de los cristianos que empezaban ya á tomar la revancha del Guadalete, y seguido de lejos por las sordas maldiciones de los árabes refugiados en sus mezquitas, entró en Toledo Alfonso VI, por la puerta antigua, y hoy tapiada, de Visagras, en tanto que por el puente de Alcántara se alejaba, seguido de un puñado de caballeros, Yahia, el hijo desventurado de Al-Mamum, en direccion á Valencia. Antes de perder de vista á Toledo, se volvió por úl-

tima vez. Allí quedaban su padre, su hermana, sus alcázares, su poderío, su corona; sus recuerdos del pasado, sus amarguras del presente, sus sueños del porvenir. El viento llevaba hasta él los cantos de alegría de los vencedores, silbando como el silbo de la serpiente en sus oidos... Rehízose, y bien pronto él y su séquito no fueron más que un punto apenas perceptible en el horizonte.

No habia pasado de esto un mes cuando llegaron á la ya cristiana Toledo noticias que infundieron viva alarma en sus moradores. Respetables fuerzas sarracenas, venidas de Africa, se acercaban en són de guerra á la ciudad. Ignorantes, sin duda, de lo que habia sucedido, venian en apoyo de Yahia, á quien creian sosteniendo el sitio con vigor. Alfonso habia partido para Leon, donde asuntos de importancia reclamaban su presencia, y sólo habian quedado en la ciudad el arzobispo Don Bernardo y la reina Doña Constanza que, ante la amenaza del peligro, decidieron sostenerse mientras el rey batallador recibia aviso de lo que pasaba en Toledo.

Y no eran falsas las especies que llegaron á la córte de los cristianos, que rara vez lo son las malas nuevas. Abul volvia; Abul, que cuando regresó á su reino lo halló trastornado por la rapacidad de los *jeques* á quienes lo dejara encomendado, y que habia tenido que luchar con su mismo pueblo para volverle á la razon, de la que un dia se apartára; Abul que, convaleciente de una larga enfermedad, tornaba, no curado completamente todavía, á dar á Yahia los auxilios que le ofreciera y recibir,—en pago á su adhesion,—una mirada de Sobeyha.

Porque la imágen de su amada no se habia apartado un solo instante de su corazon. En ella habia hallado fuerzas para vencer los obstáculos que se le opusieron; ella le habia servido de sostén en sus largos dias de lucha y de esperanza,

en sus tremendas horas de desesperacion y de agonía. ¿Cómo le recibiria despues de tanto esperarle? ¿Qué habrian pensado de él sus nuevos amigos, de él que les prometió volver tan pronto, cuando pasaran los dias, y pasaran las noches, y unos y otras tornasen á pasar sin noticias de Abul? Sin duda que terribles sospechas habian cruzado por el espíritu de todos ellos, pero Sobeyha las habria rechazado de sí como hacen las almas fuertes. Era imposible, si le amaba, que esa secreta voz que habla á los amantes no hubiese repetido junto á ella las quejas que desde el lecho del dolor exhalaba el pobre rey africano, más enfermo del alma que del cuerpo, al ver que el tiempo trascurria sin que el destino le dejase obrar libremente. Era imposible que hubiese dudado.

Pero si no habia sido así; si la duda habia traspasado el pecho amante de Sobeyha, ¿qué importaba? Nunca brilla el sol más puro que despues de las sombras de la noche; nunca está la atmófera más limpia que despues de la tempestad; nunca se juzga el alma más dichosa que despues de haberse creido desgraciada. Triste, muy triste es ver los campos yermos cubiertos de nieve, los árboles despojados de sus hojas, el tallo de las flores seco como un espino, pero esto hace más hermosa la gala de la primavera, y sé halla mayor placer al convencerse de que bajo aquella nieve germinan ya los frutos del estío, que en las ramas escuetas apuntan nuevas hojas, y que en el tallo de las plantas se dibujan ya los botones de nuevas flores.

Por eso ansiaba llegar; para sincerarse con Yahia, con Sobeyha; para recobrar su nombre de amante, su nombre de caballero, luchar con los cristianos, asegurar sobre su vacilante trono al príncipe Dilnûm, y en prueba de eterna amistad, llevarse allende el Estrecho á la elegida de su corazon. Por eso daba prisa á sus tropas, que entusiasmadas le seguian,

ponderándolas por el camino lo grande de la empresa y lo inmenso del botin.

Cerca estaba ya de Toledo, y estrañado de que Yahia no tuviera ya noticias de su aproximacion sentia la nube del presentimiento estenderse sobre su espíritu, cuando llegó á su campo un negro á quien durante su estancia en Toledo conoció como esclavo de su amada. Aben venia triste, muy triste, trayendo en su semblante las huellas de un dolor profundo. Sin separarse de las cercanías de la ciudad, cual le encargára su señora, habia esperado el regreso de Abul Walid, y apénas supo que se acercaba le salió al encuentro.

Abúl se dirigió hácia él, y con voz trémula le dijo:

—Pareces mensagero de desdichas, Aben. ¿Qué me dice tu aspecto abatido? Habla.

—Señor, los ángeles de la desgracia se ciernen sobre estos lugares; aléjate de aquí para que no te alcancen sus saetas. Toledo se ha rendido á los cristianos y el rey Yahia camina hácia Valencia. Los que dejaste dueños de Toledo están sometidos á sus antiguos esclavos...

—Sobeyha...

—Sobeyha ha muerto antes de la rendicion. ¡Bendito sea Allah que la evitó males sin cuento! Antes de morir me llamó para decirme: ¡Abul vendrá; dile que he muerto porque no venia, pero que he muerto esperándole!...—

Calló Aben, y Abul—mudo como todos los grandes dolores—dejó caer la cabeza sobre el pecho. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, tostadas por el sol del desierto, y durante breve espacio no se oyeron en la tienda más que sollozos comprimidos. Aben le miraba compasivamente. De repente, levantó la cabeza el africano y le dijo:

—Venia á libertar vuestra ciudad y cumpliré mi promesa; mi compromiso existe todavía y Sobeyha apartaría de mí

su memoria si fuese capaz de retroceder sin arrancar á los cristianos los lugares que tanto amó, el alcázar que recibió su primera sonrisa y el sepulcro en que duerme su último sueño. Quédate entre mi gente, Aben.

—No, rey; puedo habitar en la ciudad, y cumplida mi mision, vuelvo á morir en el lugar en que descansa mi señora. Adios.—

Y se alejó sin que nadie tratára de impedírselo. Cuando se vió solo Abul dió órden á los suyos de apresurar la marcha, y pocas horas despues llegaban á vista de Toledo, ocupando las alturas en que hoy está situada la Vírgen del Valle, exhalando gritos de admiracion ante la magnificencia de la ciudad. Entonces su rey subió á una de las más altas peñas que dominaba el paisaje, y dirigiéndose á sus gentes gritó con voz tonante:

—Llegamos tarde; la ciudad se ha rendido, pero hay en ella una poblacion numerosa y valiente que secundará nuestros esfuerzos. Lucharemos por arrebatársela al cristiano y volverla á los que eran sus señores. Si hay alguno entre vosotros que no quiera seguirme, le dejo en libertad de abandonarme. Yo, por mí, juro por el profeta santo no moverme de aquí hasta tanto que caiga Toledo en mi poder!—

Roncos gritos respondieron á su arenga, y en el mismo instante estendióse por las colinas próximas el ejército africano preparándose á un largo sitio.

Desde aquel dia veíase una figura en pié constantemente sobre la pelada roca que hoy domina la *Virgen del Valle*. Vestida con el airoso traje sarraceno que el viento hinchaba formando una nube que á veces le ocultaba por completo, no apartaba nunca la vista de la ciudad que amenazaba con sus tropas. Sus ojos brillaban como dos diamantes en medio de las sombras de la noche é infundian pavor á los cristia-

nos de Toledo que no se atrevian á salir fuera de los muros por miedo á los sitiadores que, por su parte, esperaban ocasion propicia para pasar el Tajo y caer sobre sus enemigos ayudados por los moros de la ciudad, con los cuales se habian puesto en inteligencia. Y era verdaderamente extraño ver á aquel hombre—á quien daba proporciones gigantescas la preocupacion de los toledanos—de pié en la alta roca como si fuera el génio misterioso de aquellos lugares que venia á llorar la derrota de los árabes, ante la ciudad vencida.

En apoyo de esta opinion, decíase generalmente que muchas veces, sobre todo por la noche, cuando las sombras reinaban en el campo infiel y se estendian sobre la ciudad iluminada fantásticamente por los rayos de plata de la luna, la figura enhiesta en la montaña doblaba la cabeza sobre el pecho y lloraba silenciosamente.

Aquel hombre era Abul que, consecuente con su promesa, se mantenia enfrente de Toledo ansioso de que llegase el momento de atacarla, y que sin moverse de aquel sitio, desde el cual dominaba la ciudad, podia abarcar con una sola mirada los lugares en que habia vivido Sobeyha.

Ya estaba adelantado el sitio; ya los cristianos comenzaban á echar de ménos á Don Alfonso y á reprocharle, aunque en silencio, su tardanza, ignorando que los mensajeros que le enviaran habian caido en poder de los infieles, cuando una noche el Cid Rodrigo de Vivar, á quien el rey dejára de guarnicion en el alcázar con un presidio de mil hidalgos, se propuso sorprender al enemigo. Pasó el Tajo á favor de la oscuridad logrando llegar al campo de Abul y sembrar el desórden en él, retirándose en seguida, con lo cual consiguió que los sitiadores peleasen unos contra otros, hasta que los primeros rayos del alba los hicieron reconocer su error. Trataron entónces de rehacerse; pero observaron con espanto

que su rey no estaba entre ellos. Empezaron á buscarle, y le hallaron muerto y en actitud de defenderse, apoyado en la misma roca que constantemente ocupaba, con la cara vuelta hácia Toledo, á la que aún parecia mirar con sus ojos vidriados por la muerte. Una saeta, atravesándole el pecho, le habia partido el corazon.

Reuniéronse los principales caudillos del ejército, y en vista de las pérdidas sufridas y de la muerte de su rey, y temiendo el regreso de Alfonso VI, decidieron emprender la retirada y repasar el Estrecho. Pero antes, fieles al juramento que Abul habia hecho ante ellos de no moverse de aquel sitio hasta haberse apoderado de Toledo, hicieron abrir una sepultura en la roca que tanto amaba y allí depositaron su cuerpo, grabando sobre la peña, que á manera de losa pusieron encima, el nombre de Abul Walid y un elogio de sus virtudes.

La losa ha desaparecido en el trascurso de los tiempos; el viento ha esparcido por el aire las cenizas de Abul Walid. Ya solo quedan de él su sepultura en la *Virgen del Valle*, su nombre en las crónicas toledanas y su memoria en las viejas tradiciones del pueblo.

La leyenda no acaba aquí, sin embargo. Hay al pié de los que el vulgo llama la *Peña del Moro* varios peñascos, puestos unos sobre otros, de tal manera, que vistos desde lejos, figuran la cabeza de un hombre ceñida por un turbante. En opinion de los toledanos, aquella es la imágen de Abul Walid.

Hé aquí lo que cuentan.

Despues de la partida del ejército, el alma de Abul salia

todas las noches de la sepultura y se sentaba al pié de ella, para no dejar de contemplar la ciudad de su amada. Cuando el alba brillaba volvia á su tumba, y no se dejaba ver de nadie. Una noche, próxima ya la hora de amanecer, postróse de hinojos pidiendo á Dios que le diese permiso para no retirarse de allí durante el dia; y Dios, al verle tan desgraciado, se lo otorgó, cambiándole en piedra. Allí está, desde entonces, desafiando el furor del viento y el empuje de los siglos. Cuando truena la tempestad en la montaña, los relámpagos que flamean parecen chispas que brotan de sus ojos, y el són del trueno el eco de su voz que deplora la muerte de Sobeyha.

UNA NOCHE TOLEDANA

Hay en el idioma castellano una frase que se usa muy comunmente, sin que las noventa y nueve centésimas partes de los que la emplean sepan cuál fué su orígen y cuál su significacion en sus principios, ni puedan siquiera adivinar los recuerdos sangrientos que un tiempo evocaba en la memoria de los habitantes de Toledo. Esta frase es *una noche toledana*.

Una noche toledana es, en lenguaje familiar, en el lenguaje sencillo y rico en imágenes del pueblo, una noche de perros; una noche infernal pasada en el insomnio y la inquietud ó en malas condiciones de existencia; una noche que ha de dejar en la memoria dolorosos recuerdos que más de una vez han de cubrir de nubes la imaginacion y de lágrimas los ojos.

El orígen de esta frase no puede ser más trágico y horrible; se remonta al principio del segundo siglo de la domi-

nacion de España por los árabes y mancha una de las páginas más tristes de la historia de Toledo.

I

En el año 85 de la Era cristiana (190 de la Egira) gobernaba la antigua capital gótica un jóven disipado y disoluto, de enfermiza apariencia y cuerpo consumido por los vicios y los placeres, llamado Jusuf-ben-Amrú, hijo de un célebre caudillo sarraceno, á cuyos méritos y servicios en la córte del rey Alhakem-ben-Hixem debia el gobierno de la ciudad.

Esto era lo único que podia alegar en su favor; esta era la única valla de respeto que servia de muro ante el cual se detenia la justa cólera del pueblo. A no haber sido el *wali* hijo de Amrú, más de una vez las quejas de todo el *waliato* hubieran llegado hasta el trono del califa, y los mismos nobles, que estaban escandalizados del espectáculo que daba uno de los suyos encargado del mando superior del territorio toledano, hubieran expuesto respetuosamente al trono el peligro que podia tener para la posesion de la ciudad el que se hallára un desatentado rapazuelo, que no escuchaba más voz que la de sus pasiones, al frente de una ciudad fuerte y poderosa, descontentadiza y dada de suyo á las revueltas por carácter y temperamento, dispuesta á levantar cualquier bandera en frente de la legítima que debia tremolar, y que, además, encerraba doble número de cristianos que otra cualquiera, en razon á la importancia que tenia en el momento de la conquista.

Pero el recuerdo de Amrú no podia borrarse fácilmente de la memoria de los toledanos. No hacia muchos años aún, al principio del reinado de Alhakem, sus tios Abdallah y Suleiman, que tanto habian dado que hacer á su hermano Hi-

xem sobre la posesion é integridad del califato, habian levantado su estandarte rebelde ante el estandarte de su sobrino, arrastrando una porcion de ciudades y provincias en su apoyo. Toledo habia imitado su ejemplo, pronta siempre á seguir á cualquiera que la apartase del camino del deber y la lealtad, y al mando de Obeidah-ben-Amza, que á la sazon era *wazir*, se habia sostenido durante largos años resistiéndose á reconocer la autoridad suprema de Alhakem, que fué por sí mismo á sitiarla, y tal vez hubiera visto nuevamente defraudados sus deseos y desprestigiada nuevamente su autoridad, si asuntos de importancia no le hubieran llamado á la España oriental en la frontera de los Pirineos, para donde partió, dejando ante los muros edificados por Wamba á su favorito Amrú, hombre tenido en mucho en la ciudad y de grandes conocimientos militares. Poco tardó éste en ponerse en contacto con los principales *jeques* de la poblacion que veian al pueblo cansado por una lucha tan larga, y previendo que en un dia ú otro tenian que sucumbir, temian la suerte que Alhakem reservaba á su tenaz rebeldía, y dando seguridades á los unos, haciendo promesas á los más ambiciosos, atemorizando á los más tímidos, atrayéndose á los de más buena fé que se habian rebelado por cumplir compromisos, contraidos hácia los turbulentos príncipes, consiguió al cabo de algun tiempo, que un dia, cuando ménos preparadas estaban las tropas sitiadoras,—pues nadie en su campo sabia una palabra de sus negociaciones y secretos manejos,—el estandarte del califa flotase sobre los muros de Toledo, y una voz fuerte y estentórea clamase sobre las murallas, invocando con respeto el nombre de Alhakem y entregando el de sus rebeldes tios á la execracion de las edades por venir. La cabeza del gobernador Obeidah-ben-Amza, aparecia en las almenas de la Puerta de Visagras, azotada por el viento y escupida por una menuda llu-

via, como prueba de fidelidad y de respeto que rendian á su nuevo señor. Entró el vencedor en Toledo, orgulloso y satisfecho de haber conseguido á tan poca costa una victoria tan completa y un resultado tan ventajoso para los intereses que representaba, pues así podia llevar sus tropas en auxilio de Alhakem, que andaba empeñado en nuevas luchas con sus tios, y fiel á lo que habia prometido, no llevó á cabo castigo alguno, contentándose con hacer pasar á los toledanos delante de la cabeza del traidor Obeidah, que con sus ojos vidriados por la muerte y sus facciones alteradas y contraidas, parecia exhortarles á permanecer siempre esclavos del juramento de fidelidad que debian á los califas de Córdoba. Pocos dias despues partió, habiendo conseguido que en pago á sus servicios nombrase Alhakem á su hijo Jusuf-ben-Amrú *wazir* dela ciudad, nombramiento que esta acogió sin desconfianza, creyendo hallar en el hijo algo de las virtudes de su padre.

Estos eran los recuerdos que siempre surgian en la memoria de los toledanos, cuando cansados del yugo opresor que Jusuf ciñera á su cuello, pensaban en romperlo por uno de esos esfuerzos vigorosos de los pueblos que en sus convulsiones revolucionarias tienen algo del torrente desbordado, cuyo empuje no puede nadie resistir, cuyo esfuerzo no puede nadie contener, y bien podia decirse, sin temor á que ninguno desmintiera la asercion, que sólo á esta consideracion debia Jusuf la impunidad y la aparente indiferencia con que Toledo sufria las más violentas exacciones, los más horribles abusos.

Porque Jusuf no tenia una sola cualidad que pudiese hacer tolerable el menor de sus defectos, que eran tantos como cobardes pensamientos caben en un cerebro degenerado, tantos como sentimientos impuros puede albergar un corazon

pequeño y miserable. Cruel hasta el esceso, buscaba, cuando no lo tenia, un pretexto para mostrar su crueldad, y si ni aún así lo encontraba, se entretenia en inventarlo; libertino que nada respetaba en el mundo, para él no habia consideracion alguna que pudiera oponerse á su voluntad, desbocado corcel que corria libre y suelto por el camino de su perdicion sin ver el abismo á que sin freno caminaba. Ingrato á los favores recibidos, trataba de olvidarlos enseguida porque se sentia rebajado por ellos, y, ¡ay del iluso que en un momento de apuro le diese algun atinado consejo ó le hiciera alguna reflexion que le sacara del compromiso en que estuviera! En su mezquino corazon no podia olvidar nunca aquel momento en que álguien se habia manifestado superior á él en talento ó experiencia.

De un criterio exageradamente estrecho y reducido, no habia adquirido durante su vida en la córte y al lado de su padre el conocimiento que éste tenia de los hombres y las cosas; ese arte de disimular enteramente sus sentimientos y sus impresiones cubriendo unas y otras con un velo á través de cuyas gasas no se pudiera ver la urdimbre de su natural. Violento y sóberbio, con la soberbia de los que nada valen, la sonrisa del desprecio vagaba incesantemente por sus lábios y la conviccion de su propio valer brillaba en chispas de orgullo en la mirada altiva de sus ojos. Como colocado sobre un pedestal que él mismo se forjára en los campos de su imaginacion, miraba á todos con desden, encontrándose superior en poder á los más poderosos, en nobleza á los más nobles, en saber á los más sábios.

Considerando al pueblo como un puñado de hombres para los cuales era una fortuna dejarse dirigir por él y que le debian inmensa gratitud por los cuidados que los caballeros de su clase se tomaban por su conservacion, no se des-

cuidaba en cobrar su parte de reconocimiento y le sacrificaba á sus caprichos. La mujer, en su concepto, no era más que un objeto de placer; no habia venido al mundo más que á ser un incidente en la existencia de los poderosos, una flor que exalaba su perfume para que los señores lo aspirasen arrojando sus hojas despues de marchitarla sobre la mesa de la orgía. Dueño, como creia ser, de la vida y hacienda de sus gobernados, en quienes no hallaba ideas del honor dignas de tenerse en cuenta, diariamente circulaban por la ciudad sordos rumores, que siempre se confirmaban, de jóvenes seducidas y arrancadas de su hogar por los infames sicarios del miserable *wazir*. Y como necesitaba mucho oro para conseguir el logro de sus caprichos, pues padre cariñoso, no era capaz de sacrificar á ninguno de aquellos hijos de su perverso instinto en el altar de la conveniencia, enviaba al pueblo á trabajar á las murallas, le abrumaba á exacciones, poniendo siempre por pretexto el natural levantisco de los toledanos y su rebeldía hácia el gobierno de Alhakem, que en su concepto debia haber sido castigada con suplicios horribles por su padre, y bajo sus manos el sudor de aquellos infelices se convertia en brillantes monedas que caian en lluvia constante en sus arcas, semejantes á los toneles de las hijas de Danae, porque nunca se veia satisfecho; nunca, ni un solo instante, daba pausa á su avaricia, porque tambien era avaro. De aquí que, cuando en medio de la noche oíanse hácia el viejo palacio de los godos las carcajadas que en el festin dejaban escapar el *wazir* y los que le rodeaban, volviesen los pobres la vista hácia el punto en que resonaban y acompañaran con sus maldiciones aquellos ecos alegres que barrenaban su corazon y sus oidos.

Girones de honra, empapados en sus lágrimas, eran

quizá el motivo que hacia estallar aquellas manifestaciones de alegría.

En esta situacion vivian los toledanos el año 805 de la era cristiana (190 de la Egira). Habian de pasar más de cuatro siglos, habia de volver la ciudad al yugo de sus legítimos señores, los cristianos; habian de conmover los Laras el trono de Castilla durante la minoría de Don Enrique I, para que el infierno abortase con D. Fernando Gonzalo, señor de Yegros, un alcaide de iguales disposiciones para el mal que Jusuf-ben-Amrú, *wazir* de la antigua capital gótica por el califa Alhakem I.

II

Una noche de ese mismo año hallábanse reunidos una porcion de caballeros mahometanos en una cámara alhajada lujosamente, y llena de mil preciosidades y objetos raros que acusaban en su poseedor una gran fortuna y un exquisito gusto. Los principales *jeques* de la poblacion estaban allí; bien claro denunciaba su orígen el aire naturalmente altivo que afectaban; la mirada de orgullo que chispeaba en sus ojos, y la explendidez del elegante traje sarraceno que ocultaba en sus anchos pliegues la gallardía de las formas y la esbeltez de la figura.

Reinaba en el recinto una calma que parecia, por lo forzada y poco natural, nuncio seguro de tormenta. Pasaba largo tiempo sin que ninguno de los circunstantes, sumidos al parecer en pensamientos que llenaban de turbacion su espíritu, rompiese el silencio para distraer la atencion de los demás del punto á que se conservaba fuertemente adherida. Por fin, la voz poco estensa, pero enérgica y segura de un anciano, se dejó oir, y todos, como movidos por secreto im-

pulso, dirigieron la vista hasta el asiento que aquél ocupaba, preparándose para no perder una sola palabra de las que iban á salir de sus labios.

—Creedlo,—decia el viejo caballero, que parecia ejercer gran dominio sobre sus oyentes.—Cuando me he decidido á llamar á mi palacio á la nobleza toledana para exponerla la verdadera situacion de la ciudad, y pedirla que delibere acerca de la conducta que debemos seguir en los acontecimientos que se preparan, ó mejor dicho, que se precipitan, és, sin duda, porque, á mi juicio, la situacion vale la pena de que nos ocupemos en ella. No perdamos de vista que los abusos en el Gobierno tienen en Toledo más importancia que en otro punto cualquiera del país, por las muchas gentes extrañas que hay dentro de sus muros. Los cristianos son numerosos, y no pueden acostumbrarse á la idea de ver bajo la media luna del profeta, la sagrada ciudad en que se llevó á cabo su conversion del arrianismo, ciudad santificada por la estancia en su recinto, de sus reyes, donde duermen el sueño eterno todos esos séres quiméricos á que dan en su delirio nombre de ángeles y santos. Los judíos pueden ayudarles hoy de la misma manera que ayer nos ayudaron á nosotros, que poca confianza pueden inspirarnos los que desconocieron á su profeta, y le dieron una cruz ominosa como tribuna á sus predicaciones. Con estos elementos es preciso tener mucho cuidado; el mejor dia, si disgustado el pueblo musulman no separa la causa del *wazir* de la causa sagrada del califa, nosotros mismos podemos dar á nuestros enemigos las armas que han de clavar en nuestro pecho.—

Un murmullo de asentimiento acogió estas palabras del anciano, que, así que se restableció el silencio, prosiguió con acento más enérgico cada vez:

—Ahí teneis el por qué de mi llamamiento. Lo que teme-

mos, ha de suceder naturalmente. Paréceme que ya vagan en el viento los elementos de la tempestad. El dia que esos elementos se reunan, cuando el torrente de la cólera popular se desborde y se oponga á nuestro paso en su marcha furiosa hácia el asiento del *wazir*, es preciso que nos encuentre dispuestos para resistirle, y con la fuerza necesaria para encauzarle y volverle á su primitivo lecho. Las consideraciones que debíamos á Amrú harto las hemos demostrado sufriendo, sin exhalar una queja, las exacciones de su hijo, y permitiendo, con la esperanza de que un dia volviese en sí del vértigo que se ha apoderado de él, que cargase sobre el pueblo todo el peso de su maldad. Hora es ya de separar su causa de la nuestra. Si—como tememos—viene la conmocion y no es posible salvarle de ella, húndase, pues así lo ha querido, el desatentado hijo de Amrú, pero saquemos á salvo, íntegra y en todo su explendor y majestad, la sagrada persona del califa.—

Todos asintieron á estas palabras.

—Os he expuesto—concluyó el anciano—la situacion tal como yo la veo. Ahora pensad en ella, ayudémonos mútuamente en el consejo, trayendo á él cada cual las luces de su saber y su experiencia, y no nos separemos sin marcar lo que hayamos de hacer ese dia, cuyos primeros rayos no pueden tardar mucho tiempo en aparecer, como un reflejo sangriento, á lo largo del horizonte.—

Hubo una breve páusa. Todos los que escuchaban silenciosos las palabras del anciano, callaban como si de pronto vieran surgir en la sombra, delante de sus ojos, los fantasmas amenazadores del porvenir. Levantóse de su asiento otro de los circunstantes, y exclamó dirigiéndose al anciano que acababa de hablar:

—Yo tambien tengo esos presentimientos, respetable Mu-

ley; yo tambien los tengo, y á no haber tomado tú la iniciativa para provocar esta reunion, yo lo hubiera hecho en interés propio, porque creo que son nuestros intereses los que tratamos de salvar en este momento. Conforme con cuanto acabas de exponer, creo que no debemos separarnos sin saber la línea de conducta que vamos á seguir en lo sucesivo. Cada dia son mayores las quejas del pueblo; no puede ya con los tributos, no puede ya con el trabajo, y como la fiera á quien se va á buscar al centro de sus bosques y se la irrita sin cesar, se agita ya en espantosas sacudidas y ruje sordamente. El dia que de un salto se ponga ante su enemigo, el dia que ese sordo rujido alcance toda su intensidad, el loco mancebo que hoy escita su cólera reconocerá su locura y temblará sobre el asiento que tan indignamente ocupa. Y no es esto sólo, aún hay más. Jusuf es imprudente, y si no tratamos de hacerle conocer que con los nobles no se juega como juega con el pueblo, nosotros mismos habremos de sufrir su tiranía.—

Sordo rumor de indignacion acogió estas palabras, y los ojos de los circunstantes despidieron llamaradas de furor. Durante algun tiempo vagaron los murmullos por la cámara, espresion de la cólera á duras penas contenida de los nobles sarracenos. Sentóse el que acababa de hablar, y un jóven, impetuoso y ardiente, mostrando en su faz el fuego del desierto, se levantó reclamando el silencio.

—Soy jóven,—dijo,—cási de la misma edad de Jusuf, y me he llamado su amigo, hasta que aturdido por sus crímenes le he retirado mi amistad. No le juzgueis loco; es un malvado. Piensa y prepara sus malas acciones como puede preparar sus beneficios un amigo de la humanidad. Desconfiemos de él. Dentro de poco tendrá conocimiento de nuestra reunion y del acuerdo que tomemos, y en cuanto lo sepa, se declarará nuestro enemigo y nos indispondrá con el califa.

—¿Y cómo ha de saberlo?—preguntó una voz con desden.

—Creedme, lo sabrá, no importa cómo. Sus espías son numerosos, no nos hemos recatado al venir, y en este momento le hablan ya de nosotros. Creo, pues, que conviene obrar con energía, pero obrar pronto....

—Mal se acompasan la prudencia y la juventud; toda profundidad y calma la una, toda fuego la otra, y Said se deja arrebatar por sus pocos años, —dijo Muley, el anciano que primero habia tomado la palabra.—Nuestro deseo no es atacar al *wazir*, sino defendernos de sus ataques; no es ponernos enfrente de él, si no colocarnos al lado del pueblo, para moverle á compasion para que ceda en sus tiranías, y si llega algun dia en que éste salve la valla del respeto, proteger á Jusuf, con nuestra influencia, de los furores populares; en una palabra: servir al califa sin oponernos al *wazir*; defender al pueblo contra él y á él contra el pueblo. De ninguna manera debemos dar nosotros el ejemplo de la rebelion. Nuestra mision es de paz. La confianza de Alhakem le escuda y hace sagrada para todos su persona.—

Abrióse en este instante violentamente la puerta de la estancia, y apareció un esclavo, pálido y convulso, que dijo aproximándose:

—Señor, el *wazir*, al frente de sus guardias, llama imperiosamente á las puertas y amenaza echarlas abajo si no se le franquean enseguida.—

Todos se levantaron instintivamente.

—¿Qué os decia yo?—preguntó fogosamente el jóven Said llevando la mano al puño damasquinado de su alfanje.

—Calma, amigos mios, mucha calma,—murmuraba entre tanto Muley, y dirigiéndose al esclavo,

—Abrid,—le dijo;—la puerta de mi casa está abierta siempre para quien venga en nombre del califa.

—No hace falta, Muley; el *wazir* sabe abrirlas todas,—gritó dentro de la estancia una voz dura que rebosaba la còlera y la indignacion, y Jusuf, con las facciones trastornadas por el ódio y seguido de sus guardias, tan feroces y tan malvados como él, apareció de pronto, exhalando un sordo grito de alegría al pasear sus miradas por los nobles, que en tanto le miraban con desdén.—Era verdad,—continuó,—lo que me habian dicho; conspirábais contra mí, conspirábais contra el califa, pretendíais quizá declararos de nuevo independientes, y levantar contra mí esas cabezas que debeis á la clemencia de mi padre...—

De todas partes salieron vivas protestas; Muley, siempre prudente, impuso el silencio á sus amigos.

—Lo que dices,—dijo á su vez dirigiéndose al hijo de Amrú,—no lo podrás hacer creer á nadie, porque ni tú mismo lo crees. A no haber sido por nosotros,—y no es esto recordar servicios pasados que pierden su mérito en cuanto se recuerdan, sino responder á tus locas palabras,—tu padre hubiera permanecido ante los muros de Toledo, hasta que las privaciones le hubieran hecho levantar el sitio. Suleiman y Abdallah serian nuestros reyes y Obeidah nuestro *wazir*. En la cabeza del traidor que arrojamos á las plantas de tu padre escribimos con su sangre nuestra lealtad. Y por otra parte, ¿quién eres tú para juzgarnos? ¿Qué experiencia has adquirido en los placeres desordenados de la orgía para erigirte en juez de las acciones de los hombres? Te ves en la cumbre y sientes el vértigo, puesto que olvidas que, no méritos tuyos, sino victorias de tu padre, te elevaron á ese puesto.

—Y en él me sabré sostener aunque tenga que alfombrar de cuerpos de traidores su camino. Mi padre ganó la ciudad; yo sabré conservársela al califa.

—La pierdes, insensato, la pierdes con tus exacciones y tus vicios. Tu yugo pesa al pueblo, que ya no puede resistirlo, y nosotros tratamos de impedir que arrastres el poder de Alhakem en tu caida.

—Atizando al pueblo á la rebelion, incitándole á la pelea, madurando aquí el plan de campaña mientras él afila sus armas en la sombra.

—¡Miserable!—gritó Said incapaz de contenerse más tiempo, y fué á lanzarse sobre Jusuf, que tan cobarde como perverso, se hizo atrás en seguida, y volviéndose á sus guardias,

—Ya lo veis,—les dijo,—hacen armas contra mí, que soy su *wazir*, representante del califa. Prendedlos,—añadió,—prendedlos, y vayan á esperar en los sombríos calabozos del alcázar el castigo que merecen sus rebeldías.—

Adelantáronse los soldados á cumplir la órden de Jusuf, y echaron mano á sus alfanjes los nobles sarracenos, dispuestos á defenderse, formando una masa compacta que oponia sus aceros á las picas de los guardias del *wazir*, tras los cuales se habia refugiado éste, exortándoles con grandes gritos á que siguiesen adelante. Hubo un momento de vacilacion. Los soldados dudaban ante aquel muro de cortantes hojas toledanas, en el que parecia estar escrita, con brillantes caractéres, la muerte de los primeros que se aproximasen. Pero el deber, haciéndolos olvidar el peligro, les obligó á dar un paso adelante.

Un momento más, y la sangre, en hervoroso torrente, hubiera corrido por la cámara; pero antes de que el grano de arena del relój suspendido en el espacio, hubiera llegado al suelo, oyóse inmenso vocerío en el exterior y gritos de muerte llegaron á la estancia. En aquellos gritos que sonaban agudos y vibrantes en medio de la noche, distinguíanse sordas imprecaciones contra Jusuf, cuya cabeza reclamaban.

Los esclavos de Muley, desparramándose con la rapidez del rayo por las tortuosas calles de la ciudad, habian llamado gente en socorro de su señor, cuya existencia creian amenazada, juntamente con la de los nobles reunidos en su casa, y el pueblo, cansado ya de sufrir las tiranías de Jusuf; el pueblo, masa inflamable que sólo esperaba una chispa para abrasar con sus llamas el alcázar de los *wazires*, habia contestado á su llamamiento. Todas las clases de la ciudad, confundidas en revuelto monton, armadas con lo que hallaron más á mano, corrian como las olas de un mar alborotado hácia la casa de Muley, arrollando cuanto encontraban á su paso. La muchedumbre se agrandaba cada vez más; como el fuego auxiliado por el aire se propaga de una casa á otra, así se propagó la rebelion en un instante. Todos los vecinos dejaron el lecho en que dormian, descansando de los duros trabajos de aquel dia, y preparándose para las penas del siguiente; todos ellos se echaron á la calle, y al grito unánime, y por miles de voces repetido, de «¡Muera el *Wazir!*» desparramáronse por callejones y avenidas en busca del insensato hijo de Amrú, llevando la alarma á las casas de los judíos que, siempre recelosos, y con motivo desgraciadamente, creyeron ver la hidra de la cólera popular, dirigiendo sobre ellos su cabeza amenazadora.

—¡Muera el *Wazir!*—gritaba desatentada la multitud, corriendo jadeante en direccion á la casa de Muley, donde sabia que se hallaba su enemigo; y á este grito, espresion verdadera de los sentimientos por tanto tiempo contenidos, y que ahora se desbordaban, roto de pronto su dique, las ventanas se abrian, y la curiosidad, armada de una luz, asomaba su cabeza por ellas, y la ciudad se iluminó como para una fiesta popular. Y los gritos sonaban más y más, formando una atmósfera que rápidamente se condensaba sobre la cabeza del

wazir, atmósfera pesada, en la cual podian fácilmente distinguirse las trepidaciones de la tempestad.

Llegó por fin el pueblo á la estancia en que Muley y sus amigos se preparaban á rechazar con la fuerza el ataque de los sicarios de Jusuf. La escena habia cambiado por completo; á la aproximacion del pueblo los soldados habian huido sintiéndose débil obstáculo para el torrente que llegaba, y Jusuf, que no pudo seguirlos en su fuga, se humillaba ahora pálido de miedo, porque era tambien cobarde delante de los mismos ante quienes con tanta arrogancia apareciera hacia tan poco tiempo.

—Salvadme,—les decia;—y si quereis darme una prueba de que no sois los promovedores del motin, salvad al representante del califa, al hijo de vuestro amigo Amrú.

—Te salvaremos; no temas,—le respondió Muley.—Tu vida es sagrada para nosotros; has tenido la confianza de Alhakem y ella te escuda. Pero no creas que te salvamos para darte una prueba de nuestra lealtad. Estamos muy altos para descender hasta tí.—

La multitud se aproximaba cada vez más.

—¡Salvadme!—repetia Jusuf.

—Repórtate, cobarde,—le dijo impetuosamente Said,—acuérdate de que, aunque indigno, perteneces á nuestra clase, y ante ese pueblo que tan duramente te increpa, ten siquiera valor para disimular tu cobardía.—

Llegó el pueblo á la estancia y retrocedió ante el anciano Muley, que, levantándose de su asiento, vino al centro de la sala.

Jusuf, en un estremo de ella, cubierto por los nobles que le hicieron una barrera con su cuerpo, apenas se atrevia á respirar.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué atropellais así mi casa?—

interrogó Muley con voz severa, dirigiéndose al que parecia jefe de la turba.

—Perdon, señor; han corrido rumores extraños por la ciudad; decíase que el *wazir* venia á prenderte, que no contento con herirnos á nosotros, dirigia sus dardos más arriba, y el pueblo en masa se ha lanzado á la calle para impedirlo.

—Os engañábais. El *wazir* no ha venido á mi casa en són de guerra.

—Todo lo sabemos, venerable Muley, y cuanto hagas por disuadirnos es inútil. Si no hubiéramos venido tan pronto no estarias ya aquí. Pero hemos llegado á tiempo, y vamos por fin á librarnos del tirano.

—¿Qué intentais? Retiraos, volved á vuestras casas.

—Imposible. El pueblo pide su cabeza y la tendrá.

—¡Retiraos, os digo! Retiraos, ó nos vereis al lado suyo para defenderle contra vuestro furor.—

Los nobles, asintiendo á estas palabras, dieron un paso hácia el anciano.

Hubo una pausa. Fuera de la casa, rugia el pueblo esperando su víctima y dando á entender bien claramente que no se retiraria de allí sin conseguir lo que pedia. Entonces el anciano meditó, durante un momento, pasado el cual salió de la estancia y dirigiéndose al pueblo, dejando de hacerlo á su jefe, gritó con voz potente:

—Hijos, ¿teneis confianza en mí?

—¡Sí! ¡Sí!—gritaron miles de voces.

—Pues bien, investido de vuestro poder haré justicia, y para hacerla, acudiré al califa en vuestro nombre. Desde ahora el *wazir* queda depuesto de su cargo; vuestras quejas llegarán hasta la córte de Alhakem, os lo prometo. Ahora, retiraos. No deis motivo á la cólera del descendiente del proeta.—

Entusiastas aclamaciones acogieron estas palabras, y los grupos empezaron á dispersarse. Solamente quedaron en la estancia los nobles, compañeros de Muley, y Jusuf, de cuyo semblante, pálido todavía, apartaban la vista con desprecio. Cuando volvió el anciano,

—Ya habeis oido,—dijo á sus amigos,—lo que he prometido al pueblo.

—Pero no lo cumplirás,—se atrevió á decir Jusuf, que, como todos los cobardes, cobraba brios á medida que el peligro se alejaba.

—No me conoces, Jusuf. No he faltado en mi larga vida á ninguna de mis promesas.

—¿Y te atreverás á destituirme?

—Así lo quiere la salvacion de Toledo. ¿Preferirias que hubiese arrojado al pueblo tu cabeza?

—Pero yo soy vuestro jefe.

—Tus vicios, tus excesos, te han quitado ese poder de que tanto abusabas, y con el cual te honró el califa. Á él daremos parte de lo que ocurre. Tú, mientras tanto, esperarás su decision en la Alcazaba. Amigos mios,—añadió dirigiéndose á los nobles,—disponeos para acompañarme á dejar á Jusuf en seguridad.—

Trató el preso de resistir, pero el anciano le increpó duramente.

—¿Prefieres la justicia del pueblo? Si estás seguro de su fallo le llamaremos y él te juzgará.—

Jusuf entonces bajó la cabeza.

Pocos momentos despues el destituido *wazir* era llevado á la Alcazaba, donde hoy está el Alcázar, acompañado de Muley y sus amigos seguidos de sus criados. El pueblo alumbraba su camino con teas encendidas, y no se oian por todas partes más que gritos de júbilo y gozosas exclamaciones de alegría.

Este fué el primer acto del sangriento drama que dos años despues habia de tener tan espantoso desenlace.

III

En camino para Pamplona se hallaba Alhakem al frente de numerosas huestes, con objeto de aplacar nuevos disturbios que otra vez habian venido á turbar la calma del califato, cuando en un alto que hizo para dar breve descanso á sus tropas tras una larga jornada, fué alcanzado por el mensajero que le enviaban los principales *jeques* del territorio toledano, dándole cuenta de lo que habia acaecido en la ciudad. Representábanle con este motivo las torpezas de Jusuf y su falta absoluta de condiciones para el mando de una provincia tan dilatada y de tan numerosa poblacion; y pintando con vivos colores la situacion del pueblo durante el despótico mando del *wazir*, exponian á la consideracion del califa los esfuerzos de todo género que habian tenido que hacer para oponerse, primero á la cólera de los gobernados en el primer momento de la rebelion, y para enfrenar más tarde la cólera del gobernador pasada la inminencia del peligro. Terminaban rogando á Alhakem que dispusiera lo conveniente á la situacion posterior de Jusuf que continuaba preso en la Alcazaba, y encareciéndole respetuosamente la necesidad de enviar cuanto antes á Toledo un *wazir* que borrase á fuerza de prudencia y habilidad los tristes recuerdos que la dominacion tiránica de Jusuf dejaba en la memoria de sus gobernados.

Gran pesar causó á Alhakem la lectura de noticias tan inesperadas y opuestas á sus intereses: tantos motines, tantas rebeliones, empezaban á pesar como una losa de plomo sobre su corazon, y falto del sosiego que su espíritu necesitaba, no podia menos de recordar con amargura aquellos dias

en que, antes de subir al trono, vivia bajo el mando de su padre el sábio y prudente Hixem I; dias de calma y paz para el califato, en que apaciguadas las ambiciosas pretensiones de los rebeldes Suleiman y Abdallah, todas las provincias reconocian y acataban la autoridad suprema del califa. Aquellos dias habian pasado y otros más tristes les sucedieron. Desde que Alhakem subiera al trono, ardian las provincias por cuyas venas parecia correr el génio de la rebelion, y una tras otra, Mérida, Toledo, Huesca, Pamplona y otras muchas le negaban su obediencia. Cansábase ya de abatir cabezas rebeldes, de sofocar insurrecciones, de volver á su acuerdo ciudades y fortalezas; y ahora que marchaba de nuevo á Pamplona, venia á sorprenderle en su camino la noticia de los disturbios de Toledo!... Exhaló un suspiro de pesar y rábia á la vez, y reponiéndose pronto, gracias á la costumbre que ya habia adquirido de recibir noticias de aquel género, hizo llamar á Amrú, que merced á las muchas victorias que consiguiera contra los enemigos, habia llegado á ser su favorito, y el cual acudió enseguida á su llamamiento. Recibióle Alhakem completamente repuesto de la mala impresion que el mensaje le causara, y dando al bravo caudillo los pliegos que acababan de llegar á su poder,

—Mira,—le dijo,—lo que pasa en Toledo y á qué extremo ha llevado las cosas la inexperiencia del *wazir*. Hijo tuyo es, y como tal valiente y animoso, pero carece de tu prudencia en el consejo; le falta comprender que gobernar una ciudad, y una ciudad como Toledo, no es lucirse en un torneo ni distinguirse sobre un campo de batalla.—

Pálido y mudo de cólera escuchó Amrú las palabras pronunciadas por el califa con voz impaciente y dura; mas tratando de disimular la ira profunda de que se hallaba poseido, leyó el pliego en que los nobles toledanos exponian las razo-

nes que les habian impulsado á obrar como lo habian hecho con Jusuf. Conforme iba leyendo, su frente se oscurecia más y más, y en su rostro, curtido por los años, pintábanse todos los sentimientos, abortos de la ira y la soberbia, que dormian en su corazon y eran de pronto despertados por la lectura del mensaje. Alhakem, absorto en sus pensamientos, no se apercibia de las variaciones que sufria el rostro de su favorito. Acabó éste su lectura, é inclinándose respetuosamente ante Alhakem, le dijo con voz sombría:

—Señor, los hechos que se os denuncian son muy graves. Hay en ellos una rebelion organizada contra el único que en Toledo representa vuestra sagrada persona, y los nobles, léjos de sostenerle en su puesto como era su deber de fieles vasallos, han hecho causa comun con el populacho y osado poner las manos atrevidas en la cabeza del *wazir*, á quien habíais colocado por cima de ellos. Estos sucesos, siempre graves, lo son más en esa ciudad tan dada á la rebeldía. Permitidme, en vista de esto, que os pregunte, señor, lo que pensais hacer.

—Tu afecto á mí, y tal vez el cariño á tu hijo, te ciegan sin duda, buen Amrú, cuando te hacen hablar de esa manera. Yo no veo las cosas revestidas de tanta gravedad. Así, lo único que pienso hacer en este asunto, es trasladar á tu hijo y darle la alcaidía de Tudela, porque espero que el fracaso que ahora ha sufrido, le hará para lo sucesivo más cauto y prudente en la eleccion de medios que debe acoger para hacerse respetar, y nombrar para Toledo hombre de más experiencia que no se deje arrebatar de sus impulsos.—

Una súbita revolucion se operó en el ánimo de Amrú, mientras hablaba su señor. Doliale que éste no viera la ofensa tal como él la presentaba, y dejase sin castigo la rebelion del pueblo y la intervencion de los nobles contra su hijo,

cuyos desmanes atenuaba. No duró mucho su silencio: rencoroso y vengativo, ansiaba poder pedir cuenta á aquellos de las humillaciones de Jusuf, y en la decision del califa de enviar nuevo *wazir* á Toledo, vió la seguridad de su venganza. Prosternóse á los piés de Alhakem, y le dijo:

—Señor, si la sangre que he derramado en vuestro servicio merece alguna gracia, yo, que nada he pedido hasta ahora, tengo que solicitar una de vuestra bondad.

—¿Qué quieres? Habla, y mi palabra te responde de su concesion.

—Quiero ir de *wazir* á Toledo para enmendar allí los errores que Jusuf haya podido cometer. Tengo en ella muy buenos amigos y deseo que el pueblo disculpe las flaquezas del hijo con la prudencia del padre y no mire mi nombre con oprobio.

—Mucho siento tu ausencia y gran falta me vas á hacer en la empresa que trato de realizar, pero comprendo la justicia de tu peticion y sostengo, aunque con pena, mi palabra. Vete, pues; vuelve la calma á los espíritus y mantente siempre dispuesto á venir á mi lado cuando te llame.

—Gracias, señor,—dijo Amrú levantándose.—Con vuestra vénia partiré en seguida.—

Y saliendo de la tienda hizo llamar á sus gentes, y poco despues partia para Toledo al frente de un lucido escuadron, llena la mente de tenebrosos planes de venganza, en tanto que Alhakem proseguia su marcha hácia Pamplona.

IV

Cuando llegó Amrú á Toledo, despues de algunos dias de camino, los toledanos, avisados de su llegada, salieron á recibirle un tanto preocupados al ver que era el padre quien

venia á sustituir al hijo, á quien tanto habian ofendido, y de quien recelaban que pudiese tomar cuenta de su desacato; pero si alguna idea tenian sobre esto no tardaron en convencerse de que el nuevo *wazir* venia animado de las mejores intenciones. Enteróse con profunda atencion de cuanto habia sucedido, sin poder reprimir á veces un movimiento de indignacion que le arrancaban algunos hechos de Jusuf, contra el cual, sin embargo, no dijo nada, no pronunció una sola frase condenatoria, considerándole ya como absuelto por la gracia, y nada más que por la gracia, del califa. Cuando los nobles, que habian salido juntos á esperarle á alguna distancia de la poblacion, quisieron conducirle á donde Jusuf esperaba preso el resultado de la reclamacion de sus antiguos vasallos, se negó á ello haciendo un violento gesto de disgusto. Aunque Alhakem—sin duda en gracia á los servicios que le debiera—habia perdonado las debilidades de su hijo, él, su padre, no debia perdonarlas, porque las crueldades de que ahora le daban cuenta habian pesado sobre los toledanos á quienes tanto amaba, á quienes tanto debia, y de los cuales sólo tenia una queja: que no hubieran dirigido á él su exposicion al califa, porque no podian hallar mejor conducto; él les hubiera atendido agradeciéndoles la ocasion que le presentaban de hacer justicia por él mismo al pueblo toledano, y satisfacer las deudas de su nombre. El no podia perdonar á Jusuf que hubiera mancillado su apellido arrastrándole por el vicio y la crueldad; no podia perdonarle y no le perdonaba. Nada le era posible contra él porque estaba indultado por el califa, pero verle, hablarle... nunca. Con un servidor de su confianza le envió los pliegos de Alhakem, la órden de estar dispuesto para salir al otro dia á encargarse de la alcaidia de Tudela, y dejando completamente satisfechos al

pueblo y á los nobles, se hospedó en el alcázar, entregándose al descanso.

Estaba muy adelantada la noche, cuando subió á la Alcazaba, unida por medio de un fuerte muro al viejo palacio edificado por Wamba; el servidor que envió á su hijo, le guiaba. Franqueáronle las puertas los guardias, y cruzando vastos aposentos y oscuros corredores, llegó á donde estaba Jusuf, y exhalando un grito de alegría y de cólera á la vez, se dirigió hácia él con los brazos abiertos:

—¡Padre!—murmuró Jusuf,—sabeis...

—¡Calla, calla, hijo mio, lo sé todo! No me hables de mi agravio, porque no sé si podré contenerme, porque la máscara que he puesto sobre mi rostro, quiere desprenderse de él. No quiero oirlo más. Basta con que lo haya sufrido una vez. Díme solo una cosa; los nombres, los nombres de los que se han levantado contra tí, que eres mi hijo, mi hijo, y mi amor, y mi orgullo. ¡Sus nombres nada más!—

Y estrechando frenético á su hijo, pegó su oido á los lábios del mancebo que se movian rápidamente.

Antes de amanecer salió de allí; su hijo le abrazó por última vez, y él pronunció al despedirse estas palabras en voz tan baja, que nadie, aun escuchando atentamente, hubiera podido oirlas:

—Parte tranquilo á Tudela; yo quedo aquí, y á Tudela irán á buscarte las noticias de mi venganza.—

Pocas horas despues, y acompañado de una pequeña escolta, salia de Toledo el destituido *wazir*, con órden de dirigirse sin demora á encargarse de su nueva alcaidía.

Desde entonces la vida de Amrú fué una vida de ficcion y disimulo, con la cual consiguió su propósito de engañar á los nobles sarracenos y al pueblo mismo, apareciendo ante ellos bajo un aspecto de bondad que no era, que no podia ser el

suyo, porque el nuevo *wazir* era soberbio y no podia olvidar la humillacion que recibiera. Todos los cronistas, todos los historiadores, están unánimes al señalar los rasgos más salientes del carácter de Amrú; todos le pintan del mismo modo, dejándose arrastrar por su deseo de venganza, pero disimulando esta feroz pasion que le dominaba por completo, para adormecer en una ciega confianza á aquellos á quienes trataba de herir. Lo queria y lo consiguió. El recuerdo de Jusuf se habia borrado casi de la imaginacion de los toledanos que alababan el gobierno paternal de Amrú, y le llamaban su salvador, santo emblema de la justicia, digno representante de Alhakem. Sobre todo, los nobles no recelaban nada. Y sin embargo, el volcan iba á destruir la débil capa superficial que le oprimia, y á dejar paso al torrente de fuego que hervia ruidosamente en sus entrañas.

V

Sólo una ocasion esperaba Amrú para llevar á cabo su venganza, y no tardó esta ocasion en presentársele. El jóven príncipe Abderrahman, hijo de Alhakem, se dirigia por órden de su padre á Zaragoza al frente de 5.000 caballos, y, de paso por Toledo, dió un alto á sus tropas y se aposentó en la huerta del Rey, donde se alzaban los poéticos palacios de Galiana. Con este motivo convocó el *wazir* á los nobles para hacerles presente el deber en que á su juicio estaban, deber de buenos vasallos, de salir al encuentro del príncipe para rogarle que se detuviese algunos dias en Toledo y viviese en la ciudad abandonando el punto en que se hospedaba. Así lo hicieron, y aquella misma tarde entró el príncipe en Toledo, alojándose en el nuevo alcázar que Amrú, con un fútil pretexto, habia hecho edificar cerca de Montichel, donde

hoy se estiende el barrio de San Cristóbal, invitando el *wazir* á los nobles á que acudiesen al principio de la noche á un gran banquete con que pensaba obsequiar al hijo y heredero del califa.

Apenas las sombras de aquella noche triste y oscura como un remordimiento, cubrieron el espacio, empezó á notarse desusada animacion en el barrio de Montichel. Por un lado y otro acudian en alegre tropel caballeros mahometanos envueltos en flotantes alquiceles que dejaban ver, al entreabrirse movidos por el viento, la riqueza del traje de sus dueños. Los principales nobles y *jeques* de la poblacion acudian á festejar al que habia de ser su señor, y acudian vestidos con sus mejores galas, luciendo sus más preciadas joyas, tratando de hacer olvidar durante las horas de aquella noche al opulento príncipe, las munificencias de la córte que acababa de abandonar. Todos estaban igualmente interesados en que Abderrahman conservara grato recuerdo de su paso por Toledo y buena memoria de los árabes toledanos. Y seguidos cada cual de sus servidores que alumbraban con téas encendidas su camino, llamaban la atencion de los habitantes de la ciudad que entreabrian puertas y ventanas para ver lo que de extraordinario acontecia en las calles y satisfacer su curiosidad justamente excitada. De cuando en cuando, al llegar á una plazoleta en que desembocaban varias calles, encontrábanse diferentes cortejos y se unian, engrosando de esta manera la multitud que en número bastante respetable llegaba hasta las puertas del alcázar. Entraban los señores y retirábanse los criados, y la plaza en que mudo y aterrador se levantaba el nuevo palacio, quedaba silenciosa como un sepulcro hasta que un nuevo cortejo venia á interrumpir su silencio con el eco de las pisadas de los corceles y las alegres voces de los caballeros.

Pero mientras la plaza estaba en calma, un hecho horrible tenia lugar en uno de los patios interiores del Alcázar donde Amrú habia apostado su guardia, que era la antigua de su hijo, compuesta de hombres desalmados y tan feroces como él. Ocultos tras las altas columnas, á la sombra de los pilares, esperaban la entrada de los convidados, y apénas sus pisadas resonaban sobre las desnudas losas del pavimento, salian del escondite cayendo con furor sobre los desprevenidos caballeros, á los cuales arrastraban á una cueva donde los daban muerte antes de que pudieran exhalar un grito.

Mucho tiempo duró la horrible carnicería. La noche avanzaba y los verdugos sentian ya cansado de matar su brazo, salpicado de negras manchas de sangre. Por fin, dejaron de llamar á la puerta del alcázar, y los verdugos se retiraron. Cuando todo quedó en silencio, una sombra se deslizó por las oscuras galerías y entró en la cueva adonde eran conducidas las víctimas. Allí estaban los nobles toledanos hacinados en confuso monton sobre un arroyo de sangre. Amrú, pues era él, abarcó con los ojos gozosos el horrible cuadro que se le presentaba, iluminado por una tea sujeta á la pared con una argolla de hierro, y murmuró sordamente:

—¡Todos! Ni uno solo ha faltado á la cita. Eran buenos vasallos y buenos deudores. Todos ellos contrajeron conmigo una deuda de gratitud y todos han venido á pagarla. Hijo mio, Jusuf, ya puedes estar contento, porque gracias á mi ya estás vengado.—

Y salió del subterráneo, volviendo á sus habitaciones por una escalera secreta.

VI

Al otro dia, y así que los primeros rayos de la aurora iluminaron á Toledo, el pueblo en masa, apiñándose ante el alcázar de Amrú, dejaba escapar hondas imprecaciones y poblaba el espacio con sus ayes. Clavadas en las altas almenas del palacio se veian lívidas y espantosas, con los ojos vidriosos y la vista empañada por el velo de la muerte, las cabezas de los principales señores toledanos, atestiguando los horribles efectos de la cólera del gobernador. Y en aquella reunion de cuatrocientas cabezas se distinguian enseguida por encontrarse en sitio preferente, como si su culpa hubiera sido mayor, la del venerable Muley y la del fogoso Said.

El jóven príncipe Abderrahman, horrorizado, pero sin fuerzas para oponerse á tan bárbaro sacrificio, prosiguió sin perder instante su interrumpida marcha á Zaragoza.

Se han perdido las huellas, que aún existian en el siglo XVII, y no puede señalarse hoy á punto fijo la verdadera situacion del alcázar de Montichel, del que sólo se sabe que estuvo en el barrio de San Cristóbal, pero no así la memoria de aquella noche terrible, de aquella *noche toledana* que el pueblo ha perpetuado haciéndola proverbial, dando así al suceso que recuerda la misma vida que tenga el idioma castellano.



EL CRISTO DE LA MISERICORDIA.

I

Hay en la historia de España una época de funesta recordacion, anatematizada por las generaciones y marcada con anchos regueros de sangre en las crónicas de la Edad Media: el reinado de Enrique IV, aquel imbécil coronado que no retrocede ante ninguna bajeza y se hace declarar impotente, que sufre las humillaciones del simulacro de Avila, vendido por sus nobles y despreciado por sus pueblos, manchando con sus manos la corona al tratar de sujetarla en su cabeza.

Epoca es ésta de disturbios y disensiones. Un malestar general se deja sentir, y como en un cuerpo cuyo cerebro está desarreglado todas las funciones del organismo se trastornan, faltos de autoridad real á que someter sus diferencias luchan entre sí los señores divididos en bandos, que ensangrientan las ciudades con grave escándalo de la moral y en desacato de las leyes. Entonces es cuando nacen las rivalidades entre familias poderosas, rivalidades que sólo acaban con

la destruccion de una de ellas; y el monarca y su monarquía, cuyo sostén ó derrocamiento sirven de pretesto á estas luchas diarias, corren vária fortuna, débil barquilla en medio de un mar alborotado, sacudida por las olas encontradas que se disputan sus despojos.

Este desasosiego que cunde en todas partes, este malestar que parece que vaga en los eflúvios de la atmósfera formando parte de la luz que anima la mirada, y del aire que dá vida á los pulmones, se difunde tambien por Toledo y se apodera de todos los espíritus, que tal es el carácter de aquella época desastrosa, en que se mataban entre sí los señores y los pueblos de Castilla, olvidándose de que la parte más hermosa de la Península yacía aún en poder de los moros, merced solamente á la falta de union de los cristianos. Silvas y Ayalas venian disputándose de antiguo la influencia en la ciudad; y los primeros al frente de los conversos ó cristianos nuevos, y al frente de los cristianos viejos los segundos, buscaban diariamente pretestos para romper lanzas en honor de su ódio, haciendo á los toledanos víctima de sus pasiones.

La ciudad, como es natural, andaba dividida en bandos tambien, y los vasallos de los Silvas y los vasallos de los Ayalas, se identificaban de tal suerte con las ideas de sus señores que puede decirse que sus ódios eran más vivos, más encarnizados que los de aquellos. ¡Siempre sucede así! El pueblo, como dócil rebaño, toma parte activa en luchas en que solo se ventilan intereses que deberian serle indiferentes para él, y prodiga su sangre generosa para que otros, no sus hijos, se aprovechen de los campos que este rocío fertiliza.

Hubo, sin embargo, un momento de trégua entre las dos familias rivales; momento de trégua en que contaron sus pérdidas y pasaron revista á las fuerzas de que aun podian

disponer; pero con las pretensiones del infante D. Alfonso á la corona de Castilla, reaviváronse los ódios no extinguidos, y nuevamente y con más fuerza empezaron los disturbios en la turbulenta Toledo, tomando unos partido por el infante y alzándose otros para defender la monarquía legítima, por más que anatematizasen la torpeza del monarca.

Y la sangre corria á torrentes por las calles; la autoridad de Enrique IV era desconocida por los rebeldes, y no muy bien mirada por los que se preciaban de leales, y no se daban reposo los contendientes, á quienes ningun respeto detenia. El cuerpo de algunos partidarios de los Silvas ondeaba en las almenas del alcázar, y la sangre de los secuaces de Ayala, vertida en el mismo recinto de la catedral, humeaba al pié de los altares y subia en rojo vapor como pidiendo á Dios justicia contra los hombres.

La noche del dia 24 de Julio de 1467 parecia haber tendido sus nieblas en el aire para dar algun descanso á los espíritus rendidos por las luchas encarnizadas sostenidas desde las primeras horas de la mañana. Las cercanías á la catedral estaban ocupadas por el pueblo amotinado; la lucha habia quedado indecisa, y rebeldes y leales dormian sobre el lugar de la accion sin retroceder un paso, esperando el nuevo dia para proseguir el empeñado combate. Vibraba aún en el aire el eco agudo de las campanas tocando á rebato para llamar al pueblo á la lucha; los combatientes recogian sus heridos y retiraban sus muertos para dejar espeditas las calles que, pocas horas despues, debian servirles nuevamente de campo de batalla. El silencio era grande, y solo de cuando en cuando venia á turbarle el ¡ay! de algun moribundo, abandonado en un callejon desierto, y la voz de alerta que, partiendo del alcázar ocupado por D. Pedro Lopez de Ayala, alcaide de la ciudad, era repetida por los hombres de armas de guarnicion

en San Servando, y caminaba llevado por el viento de un extremo á otro de la poblacion, pasando por los lábios de los centinelas que ocupaban las calles céntricas en poder de los rebeldes.

Todo era soledad y silencio el barrio de San Justo. Alejado del centro de la poblacion, no habia llegado allí más que el rumor confuso de la lucha, amedrentando á los habitantes, y llevando á las familias de los que combatian nubes de presentimientos.

Desde que este ruido cesó, reinaban las conjeturas; retirados á la pieza más escondida de las casas, lamentaban los ancianos los disturbios presentes causados por bastardas ambiciones de unos cuantos magnates poderosos, en tanto que las mujeres esperaban con ánsia la vuelta de un esposo ó de un hermano arrullando á los niños, quizá huérfanos á aquella hora, para llamar el sueño sobre su cabeza.

Nadie transitaba por la calle. La oscuridad era profunda, y los escasos farolillos que ardian pálidamente, encendidos por mano devota ante alguna imágen incrustada en las paredes ó las esquinas, solo servian para hacer más palpables las tinieblas.

Hacia mucho tiempo que las campanas de la nueva iglesia de San Justo, reedificada en el reinado de Don Sancho IV por el noble D. Gonzalo Ruiz de Toledo, habian dejado oir el toque de ánimas, que sonó en medio de los horrores de aquella noche como una sorda plegaria elevada al cielo por las almas sobrecogidas de las familias toledanas. Aquel tañido melancólico, estendiéndose en ondas sonoras por el espacio, impresionaba tristemente al espíritu, y puede asegurarse que cuando los religiosos habitadores del barrio se arrodillaron para rezar sus oraciones, todos los ojos estaban llenos de lágrimas. Y es que muchos de aquellos séres pen-

saban que sus plegarias podrian alcanzar ya á alguna persona querida.

La oscuridad que reinaba en Toledo era mayor, si cabe, en un revuelto callejon, situado á espaldas de la iglesia, en el cual se alzaba una gran casa, propiedad entónces de un anciano que en ella vivia con su hija Isabel, hermosa jóven de diez y siete años, cuyo corazon empezaba á abrirse á los halagos del amor. No habia allí luz alguna que disipase las tinieblas, ni el más lijero ruido turbaba el silencio. Y, sin embargo, un oido ejercitado hubiese podido escuchar de cuando en cuando un ligero suspiro exhalado entre sollozos reprimidos.

Pasaban las horas; cerrábase más y más el cielo surcado de negras nubes. Seguian los suspiros y los sollozos, como significando que allí un alma torturada por el dolor aguardaba á algun sér amado. Pero nadie venia, y la pobre Isabel, cansada de esperar, murmuraba en quejidos y oraciones el nombre de su amante, á quien no habia visto desde la noche anterior.

—¿Habrá muerto?—decia.—Parece que el combate ha sido largo, y aseguran que ha corrido la sangre en abundancia. Ya es hora de que estuviera aquí. ¿Por qué no viene? ¿Puede estar tranquilo sin pensar en mi impaciencia?... ¡Ah! —repetia tras una breve pausa—¿por qué soy mujer? ¿Por qué no puedo correr á su lado y estar junto á él mientras dure el peligro, para cojerle entre mis brazos si por desgracia llegase á caer herido, ó hacerle un lecho en ellos si á traicion me lo arrebataba la muerte?...—

Y aterrada por tales pensamientos ocultaba la cabeza entre sus manos.

—Herido... muerto... ¡qué ideas tengo esta noche! Es que la oscuridad ejerce en mi ánimo extraña influencia. Este silencio, esta soledad que me son tan queridos otras ve-

ces, me espantan hoy, me dan miedo. Parece que oigo en derredor voces que me anuncian una desgracia. Y luego, esta tardanza... hoy precisamente... Dios mio, madre bendita del Sagrario, protegedle contra sus enemigos. Es bueno, defiende vuestra causa... y yo le amo.—

Y como si esta fuese la razon suprema, y no encontrase otra más fuerte en su corazon, bajó la cabeza y se puso á rezar silenciosamente.

Porque Isabel amaba á Diego con todas las fuerzas de su alma. Diego era el primer hombre que habia hecho latir su corazon, el primero que habia desplegado las galas de un mundo desconocido hasta entonces para ella, el mundo del amor, colocado como sobre una nube y suspendido entre la tierra y el cielo; precioso jardin tapizado de rosas que se entreabrian para recibir en su seno las primeras miradas de la luz, y rodeado de una atmósfera en que suenan como besos que chocan en el viento los cantos de los pájaros, y en el cual mezclan las flores sus capullos, y los arbustos sus troncos, y las ramas sus hojas, y su curso las fuentes y los arroyos, y el espacio sus nubes, y sus colores el íris, y en que todo cuanto tiene una voz, una nota, un suspiro, modula la dulce palabra que parece eco perdido del himno de la naturaleza á Dios.

Y Diego, por su parte, olvidando el orgullo natural de os Ayalas, á cuya familia pertenecia, amaba tambien mucho á aquella tierna niña, hija de un viejo hidalgo que no tenia el lustre de las riquezas para cubrir lo oscuro de su apellido. La amaba, y con esa ciega confianza de la juventud, más y más aumentada por el amor, abandonábase sin tratar de poner freno á sus deseos á una pasion que juzgó elemento necesario para su existencia. Y todos los dias, á las primeras horas de la noche, acudia siempre rendido, siempre

enamorado á recibir los juramentos de su amada junto á la reja de entrelazados hierros, abierta en una calle retirada y oscura donde nadie escuchaba sus palabras, ni venia á interrumpir sus amorosas pláticas.

Aquella noche ya habia pasado la hora acostumbrada, y muchas despues de ella, y Diego no venia, causando gran inquietud esta tardanza en el ánimo de Isabel que no ignoraba que su amante, con sus nobles parientes, habia tomado una parte muy activa al frente del pueblo defendiendo la catedral contra los partidarios de los Silvas. Nada más sabia, nada más le habian dicho, y la inocente niña, aterrada, veia pasar ante sus ojos fantasmas sangrientos en medio de las sombras de la noche. Si Diego no podia venir, ¿cómo no mandaba para tranquilizarla al viejo escudero confidente de sus amores?

En vano se decia á sí misma que quizá estuviese cercado y le fuera imposible romper el cerco para llegar hasta ella; que tal vez hubiese sido uno de los que, al primer síntoma de ataque, partieron á escape á los pueblos cercanos en busca de socorro á la causa legítima; tenia sobrada confianza en el valor de Diego, y no podia, por lo tanto, acoger la idea de que se resignase voluntariamente á dejarla de ver aquella noche.

En esto, un rumor, como de pasos que se acercaban cuidadosamente, llegó hasta ella, y su corazon empezó á latir á compás de aquellos pasos, en los cuales creyó reconocer á su amante. Era imposible que el deseo la engañase; libre de heridas, libre de los peligros del dia, en vez de entregarse al descanso que de seguro necesitaba, venia por sí mismo á tranquilizar á Isabel, que ya desesperaba de verle, y que presa de mortal angustia, comprendia por los que pasaba los más duros suplicios del infierno. Y fué tal su alegría, tal su emocion, tal

su gratitud á aquel Dios tan poderoso, á aquella vírgen tan buena que habian oido sus súplicas y velado por su amante, que trémula de gozo y agradecimiento llamó á sus lábios las oraciones más puras.

Pero, de repente, levantó la cabeza, y el gozo que espresaba su semblante, desapareció como desaparece en el espacio la claridad de la luna cuando pasa una nube por el cielo. El rumor que se oia no procedia de la calle, sino del jardin. Alguien andaba en la casa acercándose á aquel aposento, tomando grandes precauciones para hacer menor el eco de sus pasos. Oíanse voces confusas que murmuraban bajo, muy bajo, palabras secas y entrecortadas, que caian, como gotas de plomo derretido, sobre el corazon de Isabel, que no sabia qué partido tomar.

¿Eran ciertos sus temores, ó eran sólo una ilusion producida por los vapores del miedo que, pensando en lo que podia haber sucedido á su amante, invadian su cerebro? En aquella casa en que vivia con su padre, una dueña que la habia visto nacer y un viejo criado, antiguo escudero del hidalgo, no habia nada que, á su juicio, pudiera dispertar la avaricia de nadie. Eran pobres, se mantenian alejados de la vida de la ciudad y las luchas que la agitaban, y no tenian enemigos.

Pero, si era verdad lo que temia, si habia gente dentro de la casa, gente que entró saltando las tapias del jardin que daba á una oscura calleja sin salida, ¿qué debia hacer ella? ¿Gritar? ¿Pedir socorro? ¿Despertar á su padre enfermo, á su viejo servidor dormido, y tratar de hacer llegar su voz angustiosa á las casas inmediatas? En semejante dia de trastornos, ¿quién osaría salir á la calle sin pensar en el número de sus enemigos, que tal vez pudieran ser de los rebeldes y tener simpatías en el barrio?

Tales eran los pensamientos de la doncella, que no sa-

bia qué partido tomar. El ruido continuaba dejándose oir cada vez más próximo, ora debilitado, ora más fuerte, pero siempre apagado, sordo.

Por fin, el pavor sobrecojió su espíritu, y se levantó decidida á gritar, á pedir auxilio; pero en el mismo instante en que se dirigia á la puerta, giró ésta sobre sus gozDes, empujada violentamente desde fuera; unos hombres enmascarados, á cuyo frente iba otro de semblante repulsivo, que habia arrojado al suelo la careta, se precipitaron sobre ella, y antes de que pudiera hacer un movimiento ni exhalar una queja, una mano oprimió su boca impidiéndola gritar, y tomándola otro de los raptores en sus brazos, se dirigieron nuevamente al jardin, cuya puerta estaba entornada, y se perdieron en el confuso laberinto de las calles próximas.

El barrio seguia triste y silencioso. Sólo la voz de alerta de los centinelas se oia con períodos regulares, interrumpiendo con un grito prolongado la calma misteriosa de la noche.

II

Casi al mismo tiempo que esta escena tenia lugar en una de las calles situadas á la espalda de la antigua casa de los Pantoja, iglesia de San Juan de la Penitencia desde principios del siglo XVI, un hombre de esbelto talle y aire marcial, subia apresuradamente por la calle de la Tripería en direccion á aquellos mismos sitios. Sólo, sin que escudero ninguno le siguiese para protejerle contra un ataque que en semejante noche nada tendria de extraño, ni paje que le alumbrase para evitarle un tropezon, caminaba meditabundo y pensativo, como si los afanes del dia hubieran dejado huella profunda en su semblante. Aquel hombre era Diego, el amante favorecido de Isabel, el hombre con tanta

ánsia aguardado por la doncella, á quien ya no encontraría en el sitio de costumbre, porque la traicion se la habia arrebatado. Durante el dia, combatiendo con su noble familia al frente de los hombres de armas, por defender, en union de los cristianos viejos, los fueros santos de la catedral contra los partidarios de los Silvas, le fué imposible abandonar ni un sólo instante el lugar de cuya defensa estaba encargado; pero despues que pasaron las primeras horas de la noche, despues que el sueño empezó á batir sus alas sobre los párpados de los rendidos combatientes, habia logrado sustraerse á sus atenciones, y venia á ver á la elegida de su corazon. Y se adelantaba con lentitud, porque la oscuridad no le permitia adelantarse tan rápidamente como su alma hubiera deseado. No sentia ya la fatiga ni el cansancio; su brazo, harto de matar conversos, que innumerables veces se habia levantado, sosteniendo la cortante tizona para caer por un brusco movimiento sobre la cabeza de un enemigo, volvia á hallar su agilidad acostumbrada. Era el mismo Diego de siempre, sin las fatigas de la lucha, jóven, atrevido, dispuesto á todo, arrostrando mil y mil peligros al separarse de su gente para recorrer una parte alejada de Toledo sólo por balbucear palabras de amor á los oidos de Isabel.

—¡Pobrecilla! —murmuraba.—¡Cuánto habrá llorado! Es tarde y me habrá juzgado herido, muerto tal vez... Pero la alegría de verme sano y salvo ahuyentará los dolores de la ausencia y las penas de la incertidumbre.

Pasó por la plazuela de San Justo, débilmente iluminada por un tosco farolillo que ardia á los piés de la imágen del Cristo de la Misericordia, ante la cual se descubrió, y atravesando un tortuoso callejon se dirigía al en que se alzaba la casa de su amada, cuando allá, en el fondo, moviéndose como una gran masa en medio de la oscuridad, vió un-

grupo confuso que se aproximaba aceleradamente: detúvose enseguida, y un presentimiento vino á oprimir su corazon, pero lo rechazó enseguida. Sin embargo, por una precaucion que el estado de la ciudad explicaba sobradamente, echó mano á la empuñadura de su espada y se rebujó en la sombra, para tratar de reconocer lo que significaba aquel grupo formado á tales horas en sitio tan solitario.

El grupo, en tanto, se acercaba, y conforme llegaba hasta Diego, creia este oir sollozos comprimidos y suspiros ahogados. Sin saber por qué, aquellos débiles ayes impresionaron al jóven, porque resonaban en sus oidos como el eco de una voz querida. A medida que el rumor se hacia más distinto tomaba forma su sospecha, y sus ojos, acostumbrados ya á la oscuridad, creyeron distinguir en aquel grupo una forma confusa de mujer, llevada en brazos por un hombre. Entonces no se pudo contener. Vió que se trataba de un rapto, de un acto de violencia, y sus sentimientos honrados y virtuosos estallaron en un grito de suprema indignacion, y dando un salto prodigioso se puso delante de aquellos hombres, con la espada desnuda, los ojos centelleantes y los dientes rechinando con furor.

—¡Cobardes!—exclamó,—soltad á esa mujer y proseguid vuestro camino, ó, ¡vive Dios! que trabareis conocimiento con la espada de un caballero.—

Dos gritos simultáneos respondieron á esta intimacion: uno sordo y seco, prorumpiendo en una maldicion que el eco aterrado, no se atrevió á repetir, y otro de alegría inmensa, de alegría indefinible, y la voz de Isabel, pura y argentina, murmuró:

—¡Diego!...

—¡Tú!...—exclamó éste, y lanzándose sobre su amada por un movimiento brusco que los raptores no pudieron prevenir

se la arrebató al hombre que en sus brazos la sujetaba, dándole tan fuerte golpe en la cabeza con la empuñadura de su espada, que le hizo caer al suelo sin darle tiempo á pronunciar una sola palabra.

Pero sus enemigos no le dieron tiempo á alejarse. Repuestos de su primera sorpresa y excitados por la voz del que parecia su jefe y se ocultaba tras ellos, haciéndose una barrera con su cuerpo, los bandidos se dirigieron sobre el jóven que apenas tuvo tiempo para hacerse algunos pasos atrás y apoyarse en la pared de la iglesia de San Justo, debajo de la imágen del Cristo, que parecia desde el viejo retablo presidir la lucha desigual, como juez de los combatientes.

Diego lo sabia ya todo; al resplandor del farolillo del Cristo de la Misericordia, única luz que alumbraba la plaza, dando con su moribundo fulgor tinte fantástico á la escena, habia reconocido las facciones del hombre que se ocultaba en la sombra, y enseguida comprendió lo que habia pasado, porque D. Lope de Silva era su enemigo, amante desgraciado de Isabel, tan malvado como cobarde y traidor como la traicion. Falto de valor para disputarle frente á frente el cariño de la mujer que habia despertado en él sentimientos indefinibles y estraños, más de una vez habia tendido á Diego, su rival afortunado, lazos y emboscadas de que éste habia salido airoso merced á su valor y su destreza. Y no pudiendo vencer la fortaleza de Isabel ni la fortuna de su amante, sin duda habia elegido aquella noche en que juzgó á éste harto ocupado, para vengarse de los dos, arrojando á los piés de él, como los rotos pedazos de su acero, el honor hecho girones de su amada.

Todo esto lo pensó Diego mientras, estrechando convulsivamente el cuerpo de Isabel, medio muerta de terror, y cu-

briéndola con su cuerpo, se defendia desesperadamente de los infames sicarios de D. Lope. Diez eran estos, y ya dos habian mordido el polvo. La espada del noble caballero, deslizándose como una serpiente que se volvia y se revolvia, y ora se enroscaba, ora se dilataba en toda su longitud, buscaba el pecho de D. Lope para herirle; pero éste seguia manteniéndose á respetable distancia.

—Ven, D. Lope,—decia indignado el mancebo,—ven á cruzar tu acero con el mio. Dios nos vé y decidirá entre los dos.—

Y á cada golpe de su espada rodaba un hombre por el suelo; pero el hueco que se abria en las filas se cerraba y don Lope quedaba oculto nuevamente á sus ataques.

—¡Cobarde!—proseguia.—¿Por qué te escondes en la sombra cuando estoy delante de tí y te busco? ¿Por qué lanzas contra mí á tus bandidos, cuando sólo y sin ventaja te desafio? Hazlos retirar algunos pasos; ténlos como reserva para que se arrojen sobre mí si consigo vencerte, pero dame antes de morir el placer de amenazar tu pecho con mi espada.—

Pero D. Lope no contestaba á estas palabras. La lucha, en tanto, continuaba cada vez más encarnizada. Los asaltantes eran muchos, y las fuerzas empezaban á abandonar á Diego que, no sólo tenia que atender á su defensa, sino tambien á la de Isabel que, asida violentamente á su cuello, paralizaba todos sus movimientos. Ya el acero asesino habia abierto algunas heridas en la fina piel del mancebo, cuya sangre teñia sus vestidos y manchaba de rojos lunares la flotante túnica blanca de la aterrada doncella que, apénas repuesta de su desmayo, no acababa de comprender lo que pasaba á su alrededor. Los enemigos redoblaban sus ataques, tratando de cojer desprevenido á don Diego para terminar de una vez aquella lucha que ya se pro-

longaba demasiado, y el cansancio empezaba á apoderarse del jóven amante de Isabel que veia ya el momento en que, perdidas totalmente las fuerzas, habia de sucumbir á los golpes de sus enemigos.

Y al pensar en esto una idea más triste le mordia el corazon y atravesaba como hierro candente su cerebro. En aquellos momentos, la muerte no era para él la cesacion de la vida, un adios dado á los goces de la existencia, á las esperanzas de la juventud, á sus sueños del porvenir; no era dejar de ver para siempre las facciones hermosas de su Isabel adorada, alma de su alma, gloria y encanto de sus dias; sino declararse impotente para defenderla, dejarla en manos de sus enemigos, entregarla sin apoyo á aquel miserable que, ocultándose en la sombra, acechaba la ocasion en que cayese vencido su rival afortunado para aumentar con su sarcasmo la amargura de su agonía.

Estos pensamientos le daban fuerza, una fuerza ficticia que volvia á abandonarle rápidamente. Tres cadáveres tendidos á sus piés y la sangre que corria por las heridas de algunos de sus enemigos, proclamaban el valor del jóven; pero los contrarios eran muchos, y él estaba solo. La lucha de uno contra diez es harto desigual para ser sostenida mucho tiempo. Y sin embargo, el jóven no podia acostumbrarse á la idea de que Dios, aquel Dios cuya imágen presenciaba el combate, pudiera permitir el triunfo de la iniquidad. Solo el imaginarlo le parecia una ofensa á la divinidad; una idea inspirada por el demonio.

Hubo un momento, sin embargo, en que se creyó perdido. Una espada, más ligera que la suya, se habia hundido en su pecho cual si buscase el corazon para detener el movimiento desigual de sus latidos; sintió el frio del acero en sus carnes fatigadas, rendidas por tan supremo esfuerzo, y cre-

yó morir. Y pensando en su Isabel que exhalaba ahogados suspiros, y le empapaba con sus lágrimas, alzó los ojos hácia la imágen del Cristo, en cuyos ojos entreabiertos le pareció distinguir un resplandor, más brillante que los rayos del sol en Oriente, y murmuró con voz entrecortada:

—¡Dios mio! no por mí, sino por ella, haz patente tu misericordia. Muera yo, si tal es tu voluntad, pero salva su honor y su existencia.—

Aún herian el aire estas palabras, pronunciadas con todo el fervor de un alma que sufre, cuando de pronto se separaron los sillares de piedra que formaban la pared en que se apoyaba Diego, y una fuerza invisible los arrojó, á él y á su amada, dentro de aquel hueco, que se volvió á cerrar enseguida, dejando á los dos amantes presos en su centro, antes de que D. Lope y los suyos pudieran apercibirse del hecho maravilloso. Cuando notaron que se les habia escapado su presa, al sentir resbalar sus espadas sobre las piedras del muro, prorumpieron en un grito espantoso, grito de venganza y de furor que resonó en el silencio de la noche como imprecacion de Satanás.

—Están en la iglesia,—aulló D. Lope;—echemos abajo las puertas, y aunque sea al pié de los altares, es preciso vengar á los camaradas muertos á manos de ese villano.—

Y se dirigió, seguido de su gente, á golpear con fúria la puerta del santo templo, frágil valla para los que aquella mañana habian vertido sangre de sus hermanos en el recinto de la Catedral. Pero en el mismo instante, y como volteadas por una mano invisible, las campanas del templo dejaron oir el toque de rebato con tanta fuerza, que parecia una voz poderosa convocando á la ciudad á aquel sitio. Despertados por aquel acento gigantesto que semejaba el rumor

del trueno y el estallido del huracan, asomáronse á ventanas y balcones todos los vecinos del barrio, y al ver el sacrílego atentado de que su iglesia iba á ser objeto, salieron á la calle armados de todas armas y dispuestos á oponerse á él. Don Lope y los sayos huyeron aceleradamente, salvándose entre el laberinto confuso de las calles inmediatas. Las campanas seguian tañendo fuertes y amenazadoras.

Cuando la multitud entró en el templo para enterarse del motivo de aquel toque de alarma, hallaron á Diego tendido casi exánime á los piés de un pequeño altar que sustentaba otra imágen de Cristo crucificado. Isabel, arrodillada junto á él, vendaba sus heridas derramando abundantes lágrimas de gratitud.

Las campanas habian sonado por sí solas.

Dos meses despues de esto, Isabel y Diego se unian ante Dios en aquella misma capilla, y diariamente, durante toda su vida, acudieron á rezar sus oraciones al Cristo de la Misericordia. En uno de los combates sostenidos por los Ayalas á nombre del rey legítimo contra los Silvas, partidarios del infante Don Alfonso, cayó D. Lope prisionero y el mismo dia ondeó su cuerpo pendiente de las almenas del Alcázar para escarmiento de traidores.

III

Si alguna vez pasais por la plazuela de San Justo aún podreis ver en un pequeño nicho abierto en la pared la imágen del Cristo de la Misericordia, y distinguireis en el muro la señal de las cuchilladas de los sicarios de D. Lope que quedaron impresas en él cuando se entreabrió arrancando á D. Diego de Ayala á los ataques de sus enemigos. Allí están marcadas como eterna memoria del suceso.

DON DIEGO DE LA SALVE.

A MI QUERIDO AMIGO FERNANDO SANCHEZ.

Pasaba yo una tarde por el apartado barrio de San Lúcas, en busca de antigüedades toledanas con cuya vista pudiera recrear el ánimo y trasportar la imaginacion á otros tiempos y á otras regiones, cuando sonaron las campanas de la iglesia del mismo nombre, y llevado de su fama, que tiene orígen en la reconquista y se ha perpetuado hasta nosotros, penetré en ella para saludar aquel recuerdo memorable del pasado. En el mismo momento, un sacerdote desde el altar y el sacristan desde el órgano, empezaban á cantar una Salve á la Vírgen. Sólo habia una devota arrodillada al pié de una columna.

Volví, por acaso, la semana siguiente y no ví á nadie en la iglesia. Sin embargo, la Salve se cantó. Tuve ocasion de presenciar lo mismo algunos sábados sucesivos, y ya uno de ellos no pude ménos de decir:

—Me parece que, á juzgar por la ninguna concurrencia que asiste á este acto, pronto se perderá esta devocion.

—No lo crea Vd.,—me dijo uno de los que me acompañaban—mientras Toledo no reniegue de su fé no dejará de cantarse aquí la Salve á la Vírgen todos los sábados del año.

—¿Cómo así?

—Es una historia antigua: una vieja leyenda popular que aún se conserva viva en la memoria de los toledanos.

—Si no temiera ser indiscreto,—añadí yo,—rogaria á Vd. me la hiciera conocer.

—No tengo inconveniente; pero advierto á Vd. que es muy larga, que carece de interés, y que, perdida la fé que la inspiró y la dió vida, no es ya más que un viejo cuento de niños; un relato milagroso que inspiraba dudas á un incrédulo en el siglo XVI, y hoy solamente arrancará sonrisas á sus lábios.

—No importa que sea larga,—repliqué,—no tenemos prisa, y podemos dedicarla toda nuestra atencion.

—Pues entonces, oigan ustedes.—

Y sentándose en el suelo, apoyado en las paredes del templo y mirando hácia la Vírgen del Valle, situada en frente de nosotros, mi acompañante nos contó la historia que va á seguir.

I

Caia la tarde invadiendo con sus nieblas precursoras de la noche, la antigua iglesia de San Lúcas, sentada sobre uno de los siete cerros en que está edificada Toledo, y una anciana, rendida bajo el peso de los años, lloraba silenciosamente ante el viejo altar en que se veia la imágen milagrosa de la Vírgen de la Esperanza.

El pequeño templo, casi á oscuras, estaba solitario y silencioso. Ningun rumor llegaba hasta él. Sólo de cuando en cuando las aguas que lamian el pié del cerro que sostiene la antigua iglesia muzárabe enviaba hasta allí como un gemido de dolor al estrellarse en las presas que encuentra en su camino.

La anciana sollozaba. Sin miedo á miradas indiscretas, y exaltado en la soledad su sentimiento religioso, creia hallarse en la misma presencia de la Vírgen delante de cuya imágen rezaba y su corazon latia apresuradamente.

—¡Señora! ¡Madre mia de la Esperanza!—decia exhalando fuertes sollozos,—me siento morir, pero no he querido dejar este mundo de amarguras y miserias sin despedirme de tí; sin ver de nuevo tu rostro divino que tantas veces se me ha aparecido en sueños rodeado de celestial resplandor. Ya sabes con qué exactitud he cumplido el encargo de mi madre moribunda de hacer que todos los sábados se cantase en este sitio la Salve en tu honor. Al morir, desgraciadamente, no puedo llevarme á la tumba la seguridad de que mi ruego será obedecido como yo obedecí el de mi madre. Mi sobrino es un jóven disipado, falto del temor de Dios,... ¿querrá cumplir mi encargo? Vírgen pura, madre de Dios y de los pecadores, ilumina con un rayo de luz su entendimiento ofuscado por el error, y que nunca deje de resonar en estos muros el himno de tu alabanza!—

Calló la anciana, y al cabo de breve pausa en que sus lábios siguieron moviéndose silenciosamente, continuó:

—El médico no queria dejarme salir; mis amigas se oponian á mi deseo, pero á pesar de todo cedieron á mis súplicas conmovidas por mis lágrimas. Siento que la muerte se aproxima, te he visto por última vez y puedo morir, pero antes de dejarte para siempre, quisiera, reina y señora, que hicieras

comprender á mi débil razon humana que se cumplirá mi deseo, que puedo dormirme al sueño de la muerte sin el temor á que pierda el pueblo la costumbre de venir los sábados á escuchar en mágicos ritmos la salutacion divina que el arcángel te dirigió. Hazme comprender que mi sobrino abrirá los ojos á la luz y los sentirá bañados por el fulgor inmenso de tu belleza celestial. —

Y al hacer esta súpl ca con todo el fervor de un alma piadosa, gruesas lágrimas corrian por sus pálidas mejillas, inundando su enflaquecido rostro. Su cuerpo, doblado por la edad y los sufrimientos, señalaba un arco muy marcado, cuya negra silueta, apenas se distinguia en las sombras crecientes que inundaban la pequeña iglesia.

La noche se iba estendiendo por el recinto solitario; sólo el fulgor de una lámpara pendiente del techo, alumbraba en uno de los ángulos oscuros una figura de Jesús, hija de los delirios del Greco, ese génio loco cuyo pincel abortaba imágenes quiméricas, espantosas, impotente á veces para expresar las que forjaba en su imaginacion. Dos velas de cera, turbando el silencio al chisporrotear en la sombra, ardian á los piés de la Vírgen de la Esperanza, cuyo rostro parecia animarse al reflejar la luz pálida y mortecina de los cirios. No se oia ningun ruido. La anciana, con la cabeza inclinada sobre el pecho, proseguia sus oraciones. Hubo un momento en que levantó los ojos para mirar á la imágen, y su rostro sufrió una trasformacion completa, expresion de indefinibles sentimientos que conmovian profundamente su alma. Una extraña alucinacion se apoderó de ella. La pareció que la venerable imágen se animaba sobre el blanco fondo del altar, y la vió nadando en un nimbo luminoso, en un océano de deslumbrantes resplandores en que se confundian los primeros rayos del sol que nace y los vagos tintes que deja al po-

nerse entre las nubes que se amontonan á su paso como bandada de pájaros que le acompañan á Occidente. Los ángeles que vuelan á sus pies se animaban tambien, y por sus bocas sonrosadas, entreabiertas como el capullo de las flores que reciben las gotas de rocío, parecia vagar una sonrisa celeste. Mientras todo el templo estaba invadido por la más densa oscuridad, el altar mayor era un foco poderoso de luz, de luz radiante, de luz inextinguible. La alegría irradiaba en el rostro de la anciana, que en vano buscaba oraciones que sus lábios inmóviles se negaban á repetir. Y de la boca entreabierta de la Vírgen, y de la boca entreabierta de los ángeles salió como un soplo ténue, muy ténue; el eco repitió lijero murmullo de palabras dichas en una lengua que no tenia nada de este mundo y que semejaba el ruido del viento al deslizarse entre las ramas de los árboles dormidos.

Y la devota, incapaz de soportar más tiempo aquel resplandor que heria vivamente sus ojos, encantada por los mágicos acentos que sonaban como música deliciosa en sus oidos, dobló la cabeza y se inclinó hácia adelante en actitud respetuosa y humilde. Cuando la voz que de tal modo la suspendia elevándola sobre la tierra á esferas más brillantes, se disipó, y levantó de nuevo la cabeza, todo habia desaparecido. Las imágenes habian vuelto á recobrar su habitual expresion. El templo se hallaba completamente á oscuras y sólo en torno de la Vírgen esparcian su claridad las velas encendidas á sus piés. Entónces la anciana dirigiéndose á la Vírgen:

—Gracias, madre mia,—murmuró,—tengo ya vuestra promesa y puedo morir tranquila.—

Despues de esto se levantó penosamente; dió algunos pasos hácia el ara, y, empinándose sobre la punta de sus piés,

puso devotamente sus lábios en una punta del velo, bordado en oro, de la imágen. Luego, agarrándose á las paredes, á los bancos, á las columnas para no caerse, se dirigió hácia la puerta; mojó sus dedos en la pila del agua bendita, hizo en su frente la señal de la cruz, y volviéndose por última vez para dirigir á la iglesia su postrer mirada, salió á la calle, donde la esperaban sus criados, que no habia querido entrasen con ella, perdiéndose enseguida en una de las calles inmediatas.

Al dia siguiente la campana de la parroquia muzárabe de San Lúcas tañia tristemente pidiendo á los vecinos del barrio una oracion por un alma que acababa de abandonar la tierra; y, por la tarde, inmenso cortejo asistia al entierro de doña Ana Rameros, muerta la noche anterior pocas horas despues de su visita á la Vírgen de la Esperanza. Los devotas que concurrian al acto deploraban, con la muerte de la virtuosa señora, que ya no se cantase más la acostumbrada Salve semanal á la madre de Jesús, pues D. Diego Hernandez, á quien pasaban los bienes de doña Ana, era un jóven irreligioso é incapaz por tanto de respetar las promesas de su anciana tia. Los pobres, con sus plegarias y su llanto, formaban la mejor corona en la tumba que acababa de cerrarse sobre el cadáver de su protectora.

II

—Creedme, señor; no juzgueis ilusion de mis sentidos lo que es tan real y positivo como este aire que respiramos y este sol que nos ilumina. No os traigo mis observaciones de un dia, sino mis observaciones de mucho tiempo; que conociendo lo desconfiado que sois, he vacilado mucho antes de

decidirme á venir á buscaros, y durante estas vacilaciones mias he tenido ocasion de observar gran número de veces el milagro.

—¿Pero es posible, buen Ferran, que vengas á distraerme con esos cuentos que entretendrian quizá á tus hijos, pero que á mí no pueden interesarme lo más mínimo? Si has soñado, ¿á qué enojarme haciéndome creer en el relato de tus sueños? ¿Qué tengo yo que ver con los fantasmas de tu calentura ó los delirios de tu fantasía?

—Os lo juro, señor; no soy yo solo quien ha oido esa música suave, esos dulces acentos de que os hablo. Mi mujer, mis hijos, toda mi familia y algunos vecinos, hemos pasado horas enteras pendiente de esos coros celestiales que parecian sonar dentro de la iglesia. Pero antes de decirlo á nadie he querido contároslo á vos para que presencieis tambien el hecho portentoso, ya que la iglesia está enclavada tan cerca de vuestra hacienda.

—¿Insistes, pues, en hacerme creer la verdad de tu patraña?

—Creedme, señor.

—¿Pero no comprendes que es vuestra imaginacion la autora del hecho? ¿Qué solo en vuestra mente existen esas músicas y esos coros con que ahora me calientas la cabeza? Sois devotos de la Vírgen de la Esperanza y estáis acostumbrados desde niños á rezar á sus piés la Salve todos los sábados. Ahora se ha suprimido esa Salve, y no queriéndoos persuadir á faltar á esa costumbre, que ya era en vosotros una necesidad y habeis dado rienda suelta á la fantasía para inventar historias, revolviendo el cielo y la tierra en apoyo de vuestras necedades... A fuerza de deciros vuestras historias habeis llegado á creerlas vosotros mismos, y ahora podeis jurar, sin miedo á jurar en falso, que todas las semanas

oís músicas y cánticos en la iglesia, cerrada á todo el mundo... ¿Estáis seguros de que nadie puede entrar en ella?

—Ya lo creo, señor; ¿quién ha de entrar, si está cerrada á piedra y lodo, como vulgarmente se dice?

—Pues entónces, ¿por dónde entran esos séres que, segun vosotros, rezan la Salve á la Vírgen?

—Señor, no pueden ser hombres los que tengan esa devocion, pero los espíritus entran por todas partes, sin necesidad de puertas abiertas ni ventanas mal seguras.

—¿Y creeis en los espíritus?...

—Don Diego...

—De todos modos, teneis un medio á vuestro alcance para salir de la duda que os atormenta.

—¿Cuál, señor?

—¿Quién tiene las llaves de la iglesia?

—¿Y quién ha de tenerlas, estando su limpieza á mi cuidado?

—Pues entónces, reune en tu casa á tu familia y tus vecinos, y así que oigais algun rumor abrid las puertas precipitadamente, sin dar tiempo á que, sean espíritus ó cuerpos los que toquen, tengan tiempo á desaparecer, y vereis cómo sólo en vuestra fantasía existen esos ruidos y visiones.—

Ferran movió la cabeza.

—¿Qué, no te atreves?—le preguntó entónces D. Diego.

—Señor, sabeis que los hombres no me intimidan, porque me habeis visto en la guerra pelear como bueno á vuestro lado. Pero con los espíritus... francamente; soy cobarde y no me atrevo, no, no me atrevo.

—Pues yo, que temo tan poco á los espíritus como á los hombres, llevaré á cabo esa prueba el sábado próximo. Espérame en tu casa á la hora en que antiguamente se rezaba la Salve á la Vírgen. Quiero curarte de tu miedo y tus aprensiones.

—Hasta el sábado, pues, señor.

—Hasta el sábado, y no hables á nadie del asunto.—

Alejóse Ferran haciendo antes de salir una respetuosa reverencia á su señor, y quedóse éste un tanto pensativo y preocupado; pero prorumpiendo de pronto en una sonora carcajada cuyo eco tardó algun tiempo en extinguirse, exclamó:

—¡Válgame Dios, y qué cosas imagina la credulidad de estos hombres sencillos! Lo ménos cree el buen Ferran que todos los sábados envía Dios á sus serafines á la humilde parroquia de San Lúcas, para que él y los pocos vecinos de aquel barrio no pierdan esta antigua devocion. ¡Yo trataré de sacarlos de su error!—

Y tomando la espada toledana que dejara sobre la mesa al entrar en la habitacion, y poniéndose inclinado hácia la sien derecha el airoso sombrero cuya ala le cubria graciosamente una gran parte de la cara, salió don Diego de la casa de sus mayores en que solo y huérfano vivia de lo que rentaba la hacienda de sus padres.

III

Don Diego Hernandez, que tan incrédulo se mostraba hácia lo que él llamaba sueños de la fantasía de Ferran, guarda de una gran casa á manera de palacio que tenia enfrente á la parroquia de San Lúcas, era uno de los caballeros más ricos y considerados de Toledo. Jóven y educado en la escuela de la guerra, que tanto adelanta la crianza de los hombres, y acostumbrado desde niño á andar por el mundo y ver tierras y pueblos bajo las banderas de España que tremolaban á la sazon en todos los horizontes del mundo, no es extraño que su trato en la córte, donde los

hábitos religiosos se relajaban, y su vida en los campamentos, donde cási se perdian, hubieran quebrantado en él aquella fé grande y sincera, aquella conviccion íntima que sacara de su hogar cuando en el albor de su existencia le abandonó ganoso de honor y gloria, gloria y honor que por demás habia conquistado. De aquí que no tuviera todas las simpatías de su tia, la venerable señora doña Ana de Rameros, que en ninguna manera podia perdonarle sus distracciones en el templo donde más se cuidaba de los bellos ojos de las devotas, que de las ceremonias de los sacerdotes; más de los arabescos y molduras con que el artista rodeara los altares y las hornacinas de los santos, que de las á veces chillonas imágenes en que sólo una fé profunda podia considerar la grandeza de Dios y las sublimidades de los justos. Y de aquí tambien que ni doña Ana pusiese á empeño conseguir de su sobrino que abandonase la córte para vivir á su lado, ni éste tampoco se decidiera á hacer este pequeño sacrificio á la anciana, hermana mayor de su madre, que muchas veces, durante la infancia del ingrato caballero, apartara de su cabeza infantil la cólera paterna, pronta á castigar en él cualquier travesurilla tan propia de su edad y de su natural revoltoso.

En Madrid se hallaba, pues, viviendo de las rentas de su hacienda, aumentada frecuentemente por las liberalidades de su tia, que no por creerle infestado del error le amaba ménos, cuando recibió noticias del estado gravísimo en que esta se hallaba. Pidió al punto caballos, y sin despedirse de nadie, corrió á recoger, si aún era posible, las últimas caricias de doña Ana; pero el cielo, quizá en castigo de su incredulidad, como decian los vecinos enterados de las opiniones de D. Diego, quiso negarle esta merced, que es muchas veces un consuelo que dejan los que se van á los que, ménos dichosos que ellos, quedan errantes todavía por este valle de

lágrimas esperando á su vez la órden de emprender el viaje, y cuando, despues de haber reventado dos caballos en el camino, se apeó á la puerta de la casa de su tia, sólo pudo abrazar un cadáver. Lloróla, como debia, con llanto verdadero, porque su afliccion era sincera, y pasados los dias destinados al dolor, fué poco á poco entregándose de la rica hacienda que la muerte traia á sus manos.

Y se cumplió la profecía de los que, en el entierro de doña Ana, se lamentaban de que las Salves que los sábados se cantaban á la Vírgen de la Esperanza y otras piadosas devociones de la muerta señora, se perderian en el olvido, quedando solo como un recuerdo en la imaginacion de los toledanos. Pródigo hasta el exceso D. Diego en todo cuanto con él se rozaba, era, no obstante, avaro para todo lo que fuera dar dinero á la Iglesia. Creia que á Dios le basta el culto interno del alma, y consideraba, por tanto, inútiles y supérfluos los actos exteriores que, si dan fama al que los cumple de ostentoso, no le acreditan de más fé. Durante algun tiempo trascurrieron una tras otra las semanas sin que los sábados por la tarde se abriera la iglesia de San Lúcas, antes tan concurrida por aquella causa y ahora generalmente desierta. La campana que tocaba en tal dia el *ángelus*, misteriosa salutacion que dirige la tarde al ideal divino de María, á esa hora del crepúsculo en que la naturaleza, viuda del sol, parece envolverse en el manto sombrío de la noche, tañia de un modo mucho más triste como si deplorase su soledad y su abandono.

Quizá eran debidos á esto, y reconocian por orígen el sentimiento de los toledanos, disgustados por la pérdida de aquella devocion, los rumores que corrian en el barrio, y de los cuales habíase encargado Ferran de ser intérprete cerca de su incrédulo señor. Decíase que todos los sábados por la

tarde, á la hora acostumbrada, los que pasaban por delante de la puerta de San Lúcas, cerrada á macha y martillo, oian cánticos llenos de dulzura y armonía que alababan la gloria de la Vírgen y suspendian los espíritus. Una vieja que, no pudiendo habituarse á la idea de no rezar sus oraciones ante la imágen milagrosa, acudió los primeros dias á sentarse á la puerta de la iglesia á pedir á Dios por el alma de doña Ana, los habia oido trémula de terror y espanto, difundiendo por el barrio la noticia. Al sábado siguiente, otros muchos acudieron al mismo sitio y escucharon tambien aquellos himnos melodiosos; cuando estos acabaron, uno de los oyentes, más soñador ó más crédulo que los otros, aseguró haber visto deslizarse á través de la torre y perderse en el cielo, una forma blanca; para los que le oyeron, aquella sombra era el alma de doña Ana Rameros, que venia á rezar su acostumbrada Salve á la Vírgen de la Esperanza.

Pero esto no explicaba á quién pertenecian aquellas voces que, con notas no arrancadas jamás á los más armoniosos instrumentos, cantaban alabanzas á María; esto no explicaba nada, y, por el contrario, dejaba en pié todas las dudas. Pensóse, por algunos, en dar aviso á las autoridades; pero antes de hacerlo, les pareció que debian poner el hecho milagroso en conocimiento de D. Diego; no por él, que no se lo merecia, sino por consideraciones á la buena memoria de sus nobles parientes, muertos ya, por desgracia, y que tan mal heredero habian dejado para que malgastase su hacienda, sin pensar para nada en las cosas divinas. Entónces fué cuando Ferran, que lo creia, que puesto en el tormento hubiera jurado cien y cien veces que él mismo habia oido los cantos misteriosos, se encargó de la árdua tarea de convencer á su señor de que eran posibles los milagros, y de que á la sazon se estaba verifi-

cando uno en un sitio enclavado, puede decirse, en sus propios dominios. Cuando volvió de su comision el buen Ferran, el júbilo resplandecia en su rudo semblante; es verdad que no habia conseguido hacer creer al incrédulo don Diego, pero en cambio tenia su palabra de que iria á presenciarlo por sí mismo, y para Ferran, ir era ver, y ver, para un hombre como don Diego, era creer. Podia apostarse, sin temor á perder, que pocas veces, en el barrio de San Lúcas, fué esperado el sábado siguiente con la ansiedad que aquella semana. Se preparaba un ruidoso acontecimiento.

IV

Y el sábado llegó. Desde muy de mañana no se habló en el barrio de otra cosa. Ferran, sin salir de su casa, no hacia más que moverse á un lado y otro sin poder hallar sosiego en ninguna parte. Se paseaba muy deprisa por la habitacion, se sentaba, volvia á levantarse y á pasear; hablaba solo y preocupado: diríase que iba á volverse loco.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?—le preguntaba Marta, su mujer, que, azorada, seguia con los ojos sus movimientos.—Pareces poseido del demonio segun lo inquieto que estás.

—¿No sabes,—le contestaba Ferran deteniéndose delante de ella,—no sabes que hoy es el dia señalado por D. Diego para venir á presenciar lo que él llama una ilusion nuestra? ¿En qué concepto quedo yo con él si el hecho milagroso no se verifica hoy? Me llamará tonto y nécio, y con razon. Yo, en su lugar, obraría del mismo modo.

—Pero, ¿y por qué no ha de verificarse, cuando todos los sábados se verifica?

—Porque..... porque..... ¡Vaya Vd. á saberlo! Por cualquier cosa. Sólo un santo, Santo Tomás, vió cuando pedia ver.

Figúrate que el cielo no quiere aún atraer á D. Diego al buen camino, ó cree que su intervencion en este asunto va á ser considerada por él como una supercheria... Y despues de todo,—añadió trás una breve páusa,—yo no sé qué me alegraría más, si verlo ó no verlo, porque los que cantan esa Salve deben ser ángeles ó espectros, y no me gustan bromas con gente del otro mundo. No viéndolos, me evitaría los miedos que ahora voy á pasar, pues los hallaré en todas partes... Dicen que ver un espíritu es señal de muerte. ¿Quién sabe si ella será el castigo de mi curiosidad?—

En vano Marta trató de calmar la agitacion de que Ferran se hallaba dominado; á pesar de sus palabras de consuelo siguió el viejo escudero preocupado. Conforme el dia adelantaba, veía extrañas visiones agitarse á su alrededor. A las cinco ya no se pudo contener. Cogió su capa, y embozándose en ella, salió de la casa diciendo á su mujer:

—Voy por D. Diego y me llevo las llaves de la iglesia. Que los que vengan nos esperen. Antes de la hora en que el portento se verifica estaremos aquí los dos.—

Y abstraido en sus reflexiones se dirigió á la calle de la Plata, donde vivia su señor.

Vistiéndose estaba D. Diego á la llegada de Ferran, y al verle pálido y tembloroso, con las facciones alteradas y los ojos moviéndose extraviados en sus órbitas, no pudo contenerse y prorumpió en una estrepitosa carcajada.

—¿Qué es eso, buen Ferran? ¿Has recibido noticias de que el milagro se ha suspendido por hoy, y vienes á rogarme que dejemos la prueba para otro dia?

—No os burleis, señor; no os burleis de las cosas santas. El portento se verificará hoy, como los dias anteriores, si el que todo lo puede lo permite; pero aunque no se verificase

por cualquier cosa, solo asequible á su sabiduría, eso no podria demostrar nada.

—Pues entónces, ¿de qué provienen tu agitacion, tu palidez?..

—Es que, llegado el dia de la prueba, me estremezco solo al pensar que voy á ver espíritus del otro mundo...

—Calma, calma, mi fiel criado. Esos séres extraordinarios que con tanta frecuencia se presentan ante vosotros, hombres pusilánimes y crédulos en demasía, son ménos pródigos de sus visitas cuando tienen que habérselas con gente más acostumbrada á no dejarse imponer por alucinaciones. Ya verás como de todo esto no queda más que la molestia que voy á imponerme trasladándome ahora á barrio tan apartado como el de San Lúcas, y el recuerdo de la jugarreta que va á hacerme tu miedo. Te prevengo,—añadió despues,—que si sucede lo que yo presumo, voy á cobrarme en burlas y chanzonetas las incomodidades que me causas.

—Señor, sucederá lo que Dios quiera que suceda. Soportaré vuestras burlas pacientemente si el milagro no se realiza, y me regocijaré por vos si, por el contrario, llegáseis esta tarde á convenceros de que hay algo maravilloso, algo más que una preocupacion en este asunto.

—¿Es hora ya de dirigirnos á la iglesia?

—Apenas, señor, si caminando á buen paso llegaremos allí al dar las seis, hora á que en este tiempo se rezaba antiguamente la Salve.

—Vamos, pues,—dijo D. Diego, que entretanto habia acabado de vestirse, y uno tras otro, amo y criado salieron á la calle.

Ni una palabra hablaron durante el trayecto. Ferran seguia preocupado sin que nada fuera bastante á sacarle de su ensimismamiento; D. Diego, con una mano sobre la empuña-

dura de su espada y la otra atusándose el fino y sedoso bigote que cubria su lábio superior, caminaba con la vista alta para ver si á través de las cerradas celosías de los balcones y los pintados hierros de las rejas podia descubrir algun rostro hechicero, algun par de ojos negros cuyo fuego le animase y cuyo encanto le siguiese el resto de la tarde, dándole fuerzas para soportar la prueba á que se preparaba. Así pasaron por la plaza de las Verduras, subieron por la calle de la Tripería, atravesaron la plazuela de San Justo y el laberinto de callejas en que está enclavada la iglesia de San Juan de la Penitencia, y dejándole atrás, avistaron á la izquierda los blancos paredones de la parroquia de San Lúcas. En frente de ellos se alzaban los empinados riscos en que está empotrada la ermita de la Vírgen del Valle, semejante á una paloma que hiciera allí su nido entre los grandes peñascos en que descuella la *Peña del Moro*, ó una de esas florecillas silvestres cuyo gérmen arrastra el viento en su giro y lo deposita en la abertura de una roca, y crecen luego allí espontáneamente merced al rocío de los cielos y al aire de los campos.

Ya el sol se habia hundido tras la barrera de montañas que confundiéndose, al parecer, en una línea con el cielo limitan por aquella parte el horizonte, y el dia declinaba falto de sus rayos vivificantes. A lo lejos, envolviendo en una especie de manto vagoroso las orillas del rio y robando su nitidez á las espumas, ligeras nieblas empezaban á levantarse sobre las dormidas aguas. Al pié del cerro y en las colinas inmediatas las casas de la ciudad morisca se agrupaban como tropel de viejas curiosas, vestidas de harapos, sentadas en las arenosas cimas, recordando con pena los tiempos pasados y contándose unas á otras las leyendas de aquellos lugares á través de los siglos.

En torno á la pequeña iglesia, poseidas de un temor

supersticioso, diversas personas se agrupaban en número considerable aguardando la llegada de D. Diego, y haciendo vivas demostraciones de impaciencia ante la lentitud del tiempo, que indiferente á las luchas de la humanidad prosigue su carrera eterna sin apresurarla ni detenerse. Por fin avistaron á aquél á quien esperaban que apareció seguido de Ferran, y todos al verle se separaron con respeto. Aunque resentidos con él á causa de su poca devocion, no podian olvidar la memoria de sus padres, que como sagrado pabellon le envolvia cubriendo muchas de sus faltas. Saludó afablemente el mancebo y siguió hasta la puerta de la iglesia. El espectáculo de tanta gente que creia en lo que él dudaba, no pudo ménos de conmoverle; además, aquellos sitios traian á su mente esos santos recuerdos de la infancia que en el curso de nuestra vida nos acosan y vienen á nosotros mezclados con los besos de nuestra madre y nuestros sueños de niño; divinas memorias que llaman al corazon y nublan los ojos y turban el alma; voces que salen de una tumba y nos trasportan al ayer, á la calma de la inocencia, á la dicha del hogar. Don Diego pensaba enesto y en sus padres y en su tia... pero recordó que no habia ido allí á conmoverse, sino á aparecer sereno; á convencer del error en que estaban sumidos á aquellos viejos compañeros de sus primeros dias, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se rehizo y volviéndose á Ferran, le preguntó con voz burlona:

—¿No es hora todavía, Ferran?—

Como si un sér invisible quisiera contestar á esta pregunta, el reloj de la catedral dió seis campanadas, y en el mismo instante, sin que nadie entrase en la iglesia ni apareciese en la torre, las campanas de San Lúcas comenzaron á tañer como tañian otro tiempo convocando al pueblo á la Salve de la Vírgen. D. Diego volvió atrás la cabeza: Ferran

estaba muy pálido y tenia apoyada una mano en la pared para no caerse. Los demás hablaban en voz baja entre sí y clavando sus ojos, llenos de reconvencion, en el mancebo, mirábanse luego con satisfaccion.

Pero pronto cesó el ruido. Callaron las campanas y un rumor, pausado y débil en un principio, vibrante y fuerte despues, se oyó dentro de la iglesia, elevándose como un leve suspiro: era el batir de unas alas, el flotar de unas vestiduras; un ruido semejante al de la ola que se dilata por la arena; poco á poco fué haciéndose mayor, y estalló al fin, rompiéndose en ondas de armonía. Cántico misterioso en que estallaban los besos de los nidos y la cadencia de los arroyos y los suspiros del viento; cascada de piezas de oro, cayendo en confuso monton sobre un lecho de guijarros; dulce concierto en que cada sentimiento tenia una nota, y en que la naturaleza cantaba las alabanzas de la preciosa Vírgen nazarena; rayos del sol judáico cayendo sobre las verdes campiñas galileas; rumores del lago Tiberiade; ecos de la vía dolorosa; ayes y gritos de la sombría noche del Calvario; acentos celestiales y voces humanas unidas cual por lazo misterioso por el hermoso nombre de María: todo esto era aquel purísimo canto que salia del templo y se alzaba á las alturas como una nube de incienso, extinguiéndose á lo lejos y envolviendo á los que le escuchaban en una atmósfera que parecia elevarlos fuera del mundo en que vivian. Desde que el canto empezó, todos los ojos se llenaron de lágrimas; á poco los circunstantes cayeron de rodillas, y así permanecieron suspensos, sin poder mover los lábios ni pronunciar una palabra, pendientes de aquellas voces que sonaban junto á ellos. D. Diego no pudo evadirse al encanto general. Aquellas notas que oía fuera de sí vibraban en su alma despertando sentimientos dormidos hacia muchos años, recuerdos de su

niñez, dulces leyendas de su infancia. Por última vez el demonio de la duda mordió su corazon, y prorumpiendo en un grito indefinible y arrojándose sobre Ferran:

—Trae las llaves,—gritó desaforado.—Quiero ver quiénes son los que cantan en la iglesia.—

Y arrancando las llaves á Ferran, de cuya cintura pendian, trémulo de impaciencia, ansioso de romper el velo que le ocultaba aquel arcano, lanzóse al pequeño pátio en que se alza la iglesia, abrió de par en par por un brusco movimiento las cerradas puertas, y dirigió una ávida mirada al templo. Pero retrocedió enseguida, dió un fuerte grito, y á su vez cayó de rodillas sin atreverse á traspasar el umbral: habia visto una porcion de ángeles envueltos en flotantes vestiduras, agitando sus alas de oro y nácar, y tañendo diversos instrumentos, de hinojos ante la imágen de la Vírgen de la Esperanza, que aparecia envuelta en una atmósfera de luz. De sus lábios entreabiertos se escapaban aquellos acentos divinos. El cielo no queria que faltase la Salve á la Virgen en la parroquia de San Lúcas, y enviaba á cantarla sus ángeles. En un rincon de la iglesia, arrodillada sobre su sepultura, doña Ana Rameros, que por permision divina volvía con este objeto á la vida, rezaba piadosamente, y uniendo sus manos medio carcomidas, movia sus lábios descoloridos.

Cuando la Salve terminó descendió el cadáver á su huesa; apagóse el resplandor vivísimo que rodeaba el altar, y los ángeles, envolviéndose en sus alas, se perdieron invisibles en el espacio. La multitud se precipitó á la iglesia. Don Diego continuaba arrodillado pidiendo á la misericordia de Dios indulgencia para sus faltas y perdon para su incredulidad.

V

Desde aquel dia no ha vuelto á dejar de cantarse la Salve en la vieja parroquia de San Lúcas. Mientras vivió don Diego Hernandez, que cambió su nombre por el de *Diego de la Salve*, con el que le conoce la tradicion, los mejores músicos y cantores de la catedral iban todos los sábados á aquel barrio apartado de Toledo á turbar con sus cantos el silencio y la calma del reducido templo muzárabe. Hoy la canta el sacristan de la iglesia, acompañándose con un órgano ronco y destemplado; pero al que amante de las tradiciones conoce la que encierra aquel sitio, le parece estar oyendo la Salve tal como la cantaban los ángeles por mandato de Dios, hace ya más de tres siglos.

GALIANA.

El nombre de Galiana es uno de los que pronuncia más gustosa la tradicion. Brota de pronto en la fantasía revestida de los colores del iris la vírgen sarracena de melancólico mirar, ojos de fuego y cútis aterciopelado, rodeada de esclavas que bailan en torno suyo y la envuelven en sus velos trasparentes, como en las gasas de una nube. La infanta mora ha dejado su nombre en las crónicas toledanas del siglo IX unido por el pueblo al nombre inmortal de Carlo-Magno. Es la rosa enamorada del sol que cierra su cáliz cuando el astro aparece en el cielo, temerosa de sus miradas, y sólo se atreve á abrirle por la noche al halago de las brisas.

Antes de llegar á la ciudad, siguiendo la orilla del rio, sembrada de álamos corpulentos que agitan su penacho de verdes ramas; de cañaverales que chocan empujados por el viento, y de vistosas florecillas de vários colores que exhalan dulce aroma, álzanse, cual si surgiesen de la tierra por

el conjuro de la maga del pasado, unos viejos torreones casi derruidos, muros que el tiempo tiñó con su color amarillento y hundió á trozos bajo su paso vacilante. El pueblo dá á aquellas ruinas el nombre de palacio de Galiana, y se esmera en referir sus maravillas. El arte y la poesía habíanse unido en estrecho abrazo para fabricarle. Desde él se percibian los rumores de los campos al despertar bañados por la luz de la aurora ó al dormirse envueltos en la sombra de la noche. Habia en él grandes *clepsydras* que seguian con el flujo y reflujo de sus aguas el movimiento de la luna á través del espacio indefinido. Todos los refinamientos del lujo, todos los sueños de la molicie, tenian allí viva representacion.

I

Era de noche. Toledo, arrullada por el Tajo que parecia adormecerla con su murmullo eterno, descansaba de las fatigas del dia. Las estrellas lanzaban sobre los campos silenciosos su deslumbrante claridad, iluminando con vago tinte la alta cumbre de las montañas, lejanas como la realizacion de un deseo; la luna, sultana hermosa del espacio, cruzaba sus vastas soledades, seguida de un ejército de puntos diamantinos como relámpagos de luz.

Todo era silencio en los jardines del palacio de Galiana. La brisa de la noche habia calmado el ardor sofocante del dia y daba aire más puro á los pulmones; aire aromado que, meciéndose blandamente en el follaje, murmuraba colgado de sus hojas cantos sencillos llenos de misteriosa melodía.

Y en medio de aquella calma muelle y voluptuosa, en medio de aquel silencio que parecia invitar á los placeres

del amor, dos sombras altas, esbeltas, sentada la una sobre florido banco de verdura y arrodillada la otra á sus piés, vestidas las dos con blanca túnica flotante, bajaban la cabeza y parecian abandonarse al poético encanto de aquel retiro.

De cuando en cuando, la mujer, mejor dicho, la niña, levantaba la cabeza y, al hacerlo así, parecia que las estrellas palidecian en el cielo eclipsadas por el brillo de aquella estrella de la tierra que las vencia en hermosura. Un débil suspiro salia de sus lábios encendidos como un clavel. Y la jóven sentada á sus piés en el menudo césped alzaba á su vez los ojos llenos de melancólica dulzura hácia el rostro de su señora, y tomando entre sus manos pequeñas las más pequeñas áun de aquella, se las llevaba á los lábios con un movimiento de respeto y de cariño.

—¿Es posible, princesa,—la decia,—que huya el sueño de tus ojos y la calma de tu espíritu? Hija de un rey poderoso y fuerte á quien Toledo rinde párias y el califa de Córdoba no se atreve á herir; jóven, hermosa como uno de los ángeles que entrevió el profeta en su místico viaje al Paraíso en la yegua El-Borack; tú, cuyo nombre es tan dulce que parece una bendicion de Alláh, cayendo sobre la tierra como un rocío de misericordia; tú, en cuyos ojos se miraron los ángeles y las huríes que te mecieron en sus brazos estaxiádose en tu sonrisa, ¿qué puedes desear? La nieve que corona en invierno la cresta de las montañas, envidia la blancura de tu cútis; la noche, la negrura de tu cabello de azabache; el sol del mediodía, los rayos que despide tu mirada. Los génios te formaron de un suspiro de las brisas, de un beso de la luz. El rio envía sus espumas para que laman tus piés, la tierra flores para que te dén su aroma. Tienes padre que te ama, vasallos que te adoran y te respetan... ¿Qué falta, pues, á tu dicha? Compárate con la pobre esclava, separada de los su-

yos, vendida lejos del cielo de su pátria, errante por los desiertos de la vida, y bendecirás á Alláh que de tal manera ha derramado en tu frente los dones de su bondad y su largueza.—

Calló la esclava, y su señora, con una voz cadenciosa parecida á la nota de un órgano armonioso, murmuró:

—Tienes razon, Geloira. Mi tristeza ofende al poderoso Alláh que tantas mercedes ha derramado sobre mí. Nada me falta de cuanto deseo; la misma reina de las hadas envidiaría mis palacios. Y sin embargo, siento dentro de mi alma un vacío que nada de cuanto me rodea llenaría. Creo que no existe en la tierra objeto alguno capaz de satisfacer ese anhelo, esa aspiracion que en fuego inextinguible me consume.

—¿Cómo?

—Escucha. Cuando sola en la calma de mi retrete perfumado aspiro las más suaves esencias de la Arabia, no percibo entre ellas una que creo yo haber percibido en otra parte; cuando escucho los trinos de mis pájaros, falta en ellos un canto que yo he oido alguna vez, no sé si en sueños ó despierta; todo cuanto me rodea es hermoso, pero yo creo que existe algo que es más hermoso todavía; y no pudiendo llegar jamás á conseguir ese *algo* que quizá sólo existe en mi imaginacion, temo que el espíritu del mal me haya inspirado esos pensamientos que no he de ver realizados para que me canse de la vida.

—Princesa, yo nada sé del mundo; soy jóven como tú; quizá la misma luna presidió nuestro nacimiento. Arrancada á mi país desde mi niñez, sólo he aprendido de él lo que enseña la desgracia; pero me parece que esa aspiracion tiene un nombre en la tierra.

—¿Cómo se llama?

—Amor.

—¡Amor!.... ¡Sí!.... En estas noches deliciosas y calladas, las frases de amor deben sonar en los oidos como notas de un cántico divino; deben ser para el alma consumida por el deseo como una fresca lluvia que humedece los campos.

—Te oigo absorta, princesa. Hablas del amor como si no sintieses sus efectos. ¿Por ventura no amas á Abenzaide, el poderoso gobernador de Guadalajara?—

Un lijero ruido se dejó oir, y algo como un soplo de viento movió, sin duda, las ramas del follaje que en verde banda se estendia á espaldas de la vírgen sarracena. Volvió ésta la cabeza y murmuró:

—Diríase que álguien anda cerca de aquí...

—Es el aire, señora.

—Eso será. Me preguntabas, Geloira, si amo á Abenzaide... no; no le amo. Sé que es fuerte y poderoso, que me ama hasta el delirio; pero no tiene el alma que yo he soñado para que fuese compañera de la mia. Es brusco, altivo, dominante. Unirnos seria unir el torrente y el arroyo, el huracan y la palmera, el simoun de la tierra de nuestros padres y la brisa de nuestros jardines.

—¿De modo que no le amas?

—Por el contrario, le aborrezco.—

Volviéronse á mover las ramas de los árboles, pero ni Galiana ni Geloira se fijaron ya en ello.

—Esta noche vendrá —continuó la princesa.—Lleva sin verme una luna y ya me parece oir por el camino el galope precipitado de su yegua. Esta misma noche le rogaré que no vuelva á verme, ni me importune más con sus halagos.—

Aun no se habia extinguido el eco de estas palabras, cuando se entreabrieron las ramas del jardin, y un caballero, vestido con el airoso trage de los cristianos del Afranc, cayó á los piés de la doncella mora, que exhaló un grito de

terror, estrechándose cuanto la era posible contra su esclava, tan atemorizada como ella.

—Perdóname, princesa, si oculto en tus jardines he sorprendido las noticias de mi ventura. Mientras creí que amabas á Abenzaide, la acogida que tu padre me ha hecho me impedia decirte una sola palabra que pudiera darte á entender mis sentimientos. Hoy, que sé que no le amas, no vacilo en decírtelo. La fama de tu hermosura me ha movido á venir desde el lejano reino de mi padre á ser huésped del tuyo. Te he visto y moriria sin tu amor. Princesa, mi padre me llama, mi reino me espera impaciente; ¿quieres cambiar tus jardines por los jardines de mi patria?—

Enmudeció Galiana de sorpresa. Cuando su primer movimiento de terror se hubo desvanecido al reconocer en el caballero que estaba á sus piés á Cárlos, hijo del poderoso rey de Afranc, que hacia un mes vivia alojado en su mismo palacio por órden de Galafre, el rey moro de Toledo, la alegría irradió en su rostro, dulcemente iluminado por la clara luz de la luna. Ella tambien se habia fijado en el gentil mancebo cristiano, deplorando que no fuese éste el régulo de Guadalajara. Cárlos tomó una de sus manos y la llevó á sus lábios, mientras imploraba con los ojos una contestacion á su pregunta. Sonó un ¡sí! débilmente pronunciado, y Galiana ocultó su rostro, teñido de rubor, en el pecho de su esclava favorita.

Una nube eclipsó la luna. Quedaron los jardines en la sombra. El eco de dos voces que hablaban á la vez, que á la vez se preguntaban y se respondian, turbaba el silencio. Parecia el arrullo de dos pájaros en el fondo del bosque dormido en brazos de la noche.

II

Ginete en una poderosa yegua tendida á escape por un estrecho camino, con la cabeza alta y la vista devorando el espacio que se estendia ante él, Abenzaide, envuelto en su jaique, destacándose como un punto blanco sobre el fondo negro de los árboles, animaba á su montura con palabras secas, furioso por que no podia dar á su carrera las alas de su pensamiento.

A su lado iba Hassan, el moro á quien más temian los cristianos de Guadalajara por la doblez de su carácter.

Largo tiempo corrieron en silencio: cuando al dar una vuelta el camino apercibieron en el fondo el palacio de la hermosa hija de Galafre, un grito de alegría se escapó del pecho del enamorado moro.

—Ya llegamos, Hassan.

—Hora es ya, señor, de dar fin á esta carrera que traemos. Mi caballo no puede ya más.

—Que aguante un poco, y pronto podrá descansar.

—Ya hacia tiempo, señor, que no cruzábamos este camino.

—Una luna, Hassan; una luna hace que no veo el rostro de la princesa. ¡Malhayan los asuntos del gobierno que de tal modo abstraen nuestra atencion! Pero sea bien empleada la ausencia si ha servido para ablandar su corazon y hacerlo más fácil á mis palabras.

—¿Y por qué, siendo tú el poderoso Abenzaide, á quien las mismas huríes del Paraíso acogerán con agrado cuando llegues á ellas teñido en sangre nazarena, por qué suspiras á los piés de Galiana, que se burla de tus suspiros, cuando otras

hermosuras languidecen por que no las miras, como languidecen las flores sin las miradas del sol?

—¿Lo sé yo acaso? Es verdad que Galiana es hermosa, muy hermosa; más que todas las damas mahometanas que envidian su belleza y su esbeltez; pero no es solo esto lo que me une á ella con fuerte lazo que siempre temo ver roto. Es quizá su indiferencia el misterioso encanto que me hace volver siempre los ojos hácia el sitio en que vive para enviarla mi amor. Ni amante, ni desdeñosa, siempre me escucha distraida, como si mientras yo la refiero mis penas al pié de su ajimez, ella á su vez hablase con algun sér invisible oculto á mi espalda. ¿En qué piensa entonces? No lo sé. Contesta con evasivas á mis palabras, y se retira luego sin que un rayo de esperanza descienda á mi corazon.—

La voz de Abenzaide era muy triste al decir esto; su rostro se oscurecia al recuerdo de sus pesares amorosos, y al acabar guardó silencio: un silencio triste y forzado que Hassan no se atrevió á interrumpir. Siguió su señor abstraido en sus pensamientos, cuando de pronto se serenó su semblante; pintóse en él una profunda decision y volvió la tranquilidad á sus facciones; pero en el mismo instante su yegua tropezó y dió un violento bote para saltar por cima de una enorme peña atravesada en el camino.

—¡Mal agüero! La primera vez que tropezó mi yegua estuve á punto de perder la vida; quizá me anuncie la segunda la pérdida de mi amor, que es la pérdida de mi felicidad.

—Desecha, señor, tan lúgubres ideas.

—Estoy resuelto, Hassan. Esta noche va á ser decisiva para mí. Obligaré á Galiana á que me dé una respuesta categórica, y me uno á ella dentro de pocos dias ó parto para no volverla á ver jamás. El príncipe del Afranc está aquí, ha venido no sé con qué objeto, quizá á verla atraido por su her-

mosura y no puedo resistir los celos que me atormentan.—

Llegaban en esto, frente al palacio de la princesa, y como obedeciendo á secreto impulso, los caballos se detuvieron á un tiempo, conocedores ya del terreno en que se encontraban Adelantóse Abenzaide algunos pasos más, dejando á Hassan oculto entre los frondosos álamos, y ya se preparaba á hacer la acostumbrada señal, cuando giró sobre sus gozues una pequeña ventana cercada por primorosa banda de flores talladas en piedra por un cincel maravilloso, y apareció apoyada sobre el alfeizar la hermosa Geloira, la esclava favorita de la princesa.

—¡Geloira!—dijo en voz baja Abenzaide.

—¡Alláh te guarde, señor!

—¿Dónde está tu señora?

—En este momento pide al poderoso Alláh que conserve tus dias.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Las dos te hemos visto desde las ventanas de su cuarto.

—¿Y no viene?

—Perdona, señor, á la esclava que cumple las órdenes que recibe sin poder atenuar su crueldad.

—¿Qué dices?

—Galiana te ruega por mi boca que nunca más vuelvas á turbar con tus cantares amorosos la calma de sus jardines. Comprende que no puede ser tuya, y pidiendo al santo Profeta que te haga muy feliz, se niega á verte.—

Mudo de sorpresa quedó Abenzaide al escuchar tales palabras. No podia creerlas; juzgábase juguete de un mal sueño y se restregaba los ojos para despertar.

Pero no podia estar más despierto. Geloira, apoyada en la ventana, le miraba con aire compasivo.

Por fin levantó el moro la cabeza.

—¡No quiere verme!—murmuró.

—Dá tu vénia, señor, á la esclava, para que se retire conmovida por tu dolor. Mi señora me espera y voy á darla cuenta de que te he dado mi mensaje. ¡Alláh te guarde.—

Cerróse la ventana, y Abenzaide permaneció en la misma posicion, sombrío y mudo como debió quedar el primer hombre al ser arrojado del Paraíso por la espada de fuego de los ángeles. Pero de pronto se rehizo, dejó escapar un grito de rabia que sonó ronco y estentóreo y montando en su yegua partió como una exhalacion, por el mismo camino que habia traido, siguiéndole Hassan y desapareciendo ambos en una nube de polvo que á poco se perdió en el horizonte.

Al dia siguiente, de regreso en Guadalajara, esforzábase Abenzaide en buscar la causa de la conducta de Galiana, y se desesperaba al ver que la cuestion era para él un enigma, cuando á la caida de la tarde llegó la solucion de aquella duda. Un caballero cristiano, procedente de Toledo, le trajo un mensage de su señor, el príncipe del Afranc, en el cual se declaraba éste pretendiente á la mano de Galiana, desafiando á su rival y señalando como lugar en que, segun la decision de Galafre debia efectuarse el duelo, los campos próximos á Balsamorial, pequeño lugar situado á legua y media escasa de Toledo. Al recibir este mensage Abenzaide no pudo ocultar su alegría. Iba por fin á vengarse, y para ciertos caractéres la venganza es tanto como la felicidad.

III

Cuajado estaba de gente el empolvado sendero que conducia desde Toledo á Balsamorial. La multitud caminaba apresuradamente como temiendo llegar tarde. Galafre y los

nobles señores de la córte habíanse trasladado ya al pequeño pueblo, orgulloso de contener en su recinto tan numeroso y escogido séquito.

Pero no era una fiesta lo que se preparaba. Aquel sol, manantial perenne de vida, aquella fresca campiña todavía salpicada de rocío, parecian reflejar la dicha; y sin embargo, la multitud, llena de animacion y de alegría, se citaba en aquel sitio para presenciar un duelo á muerte, una escena de dolor; aquel campo iba á empaparse pronto en sangre humana; aquel sol iba á caer sobre un cadáver.

Habia llegado el dia señalado para el desafío entre Cárlos, príncipe cristiano, y Abenzaide, régulo de Guadalajara. Galafre, el rey de Toledo, se dignaba autorizar el duelo; Galiana, su hija, la más bella princesa mahometana, era el premio del vencedor.

Y contra lo que, al parecer, debia esperarse de aquel público, compuesto en su mayoría de sarracenos, todas las simpatías estaban por el cristiano. Diferentes causas habia para que así sucediera. Por un lado, Abenzaide era aborrecido de cuantos le conocian; su feroz carácter y su crueldad habíanle enagenado las simpatías de sus vecinos, y héchole odioso á sus vasallos. Por otra parte, el cristiano era un jóven y hermoso caballero que, abandonando su pátria, habia venido á pedir hospitalidad á sus enemigos en religion. La fama de su valor habíale precedido, y todos contaban de él grandes proezas, presentándole como galan á los ojos de las mujeres y temible cerca de los guerreros más valientes. ¿No era una pena que tanta juventud, tanto valor, tanta lealtad, sucumbieran á manos de un tirano como Abenzaide? Habia, además, otra razon que aumentaba las simpatías hácia Cárlos. Galiana era el ídolo de Toledo; teníanla como un ángel enviado á la tierra por la misericordia de Allah, que así quiso dar á su

pueblo una prueba de estimacion, y Galiana amaba con toda su alma al cristiano, que por librarse de un rival odioso esponía su existencia al valor y pujanza de Abenzaide. De aquí que los musulmanes hicieran votos por el jóven príncipe; y si á estos se unian los votos de los muzárabes, que naturalmente habian de elevarse en su favor, bien puede decirse que en la concurrencia que iba á presenciar el duelo, pocos, muy pocos habian de ser los que no deseasen la derrota del régulo agareno.

Galiana formaba tambien parte del concurso. Sentada en elegante estrado, sobre blandos cojines de las sedas más ricas de Oriente, reflejando el dolor en sus grandes ojos, negros como el fruto de las moreras, la pobre niña temblaba por su amante, el apuesto caballero que pronto iba á combatir para librarla de aquel perseguidor eterno que la enojaba con el relato de sus males. Y ante la idea de que Cárlos podia ser vencido, su corazon latía más deprisa y sus ojos se cerraban de terror. En cuanto á Galafre, inquieto tambien por el dudoso resultado de la lucha, no ocultaba su procupacion.

Llegó en esto el momento del combate. Los dos adversarios, vestidos de sus más ricas armaduras, montando sus caballos más briosos y blandiendo sus armas mejor templadas, se hallaban uno enfrente de otro mirándose con expresion de ódio, á duras penas contenido. Levantóse Galafre de su asiento, dió con la mano la señal y Galiana bajó su cabeza cerrando los ojos para no ver y tapándose los oidos para no oir. Aún no se habia extinguido el eco de la voz de Galafre, que excitaba á los combatientes á la lucha, cuando los caballos de Cárlos y Abenzaide, partiendo en el mismo momento á escape como movidos por oculto resorte, chocaron con horrible estrépito. Oyóse el ruido de las armaduras oprimidas una contra otra por la fuerza del choque,

saltaron en pedazos las lanzas, y caballos y caballeros se fundieron en una masa que desapareció entre una espesa nube de polvo. Durante un minuto nada pudo verse á través de ella; el grupo informe, del que salian roncas imprecaciones, osciló á un lado y otro algun tiempo; por fin cayó pesadamente al suelo. Disipóse la nube de polvo, y entónces la multitud fijó en la arena su mirada ansiosa. Solo Galiana se mantuvo en la misma posicion sin atreverse á alzar la vista, temiendo reconocer á su amante en el vencido. Pero el grito unánime del pueblo que aplaudia al vencedor la dió fuerzas, y ella tambien miró, y un ¡ay! supremo de reconocimiento y gratitud brotó de su pecho. Cárlos, de pié sobre su adversario, cuyo tronco inerte y sin vida yacía tendido á sus plantas‘ caido el casco y suelta al aire la rubia madeja de sus cabellos, miraba con amor al sitio que ocupaba la princesa sin parar mientes en las alabanzas de que era objeto.

Recogieron los servidores de Abenzaide los despojos de su señor, y en fúnebre cortejo regresaron á Guadalajara, de donde la víspera habian salido con marcial aparato y ciega confianza en la victoria, mientras Galafre disponia grandes fiestas para festejar al vencedor.

Pocos dias despues Cárlos volvió á su país, llevando consigo á Galiana, acompañada del obispo Cixila, encargado de verter las aguas del bautismo en la cabeza de la princesa, y celebrar su casamiento con el príncipe del Afranc. El tiempo ha caminado mucho desde entonces, pero aún se conservan en algunas poblaciones francesas huellas del paso de la hija de Galafre: la tradicion añade, que casada con el que fué más tarde Carlo-Magno, dió á éste cinco hijos, entre los que se cuenta Ludovico Pío, heredero de la corona á la muerte de su padre.

IV

Quedaron los palacios de Galiana silenciosos y solitarios en medio de la expléndida vega de Toledo, como un nido abandonado, cuyos alados huéspedes vuelan en busca de otro mejor á la llegada del invierno.

En esos dias en que no salia de ellos ninguna voz, ningun murmullo, nuncio de la vida que otro tiempo tuvieron, los que habitaban en la orilla opuesta del Tajo tenian grandes motivos para estar asustados y mirar con espanto á su alrededor. Todas las noches veíase una larga sombra, ginete en una yegua, que caminaba pesadamente rondando en torno al palacio, y lanzando lastimeros ayes, que conmovian á cuantos los escuchaban, y en los cuales creian algunos distinguir el poético nombre de Galiana. Era la sombra de Abenzaide, que turbando la paz de su sepulcro, subia á la tierra á deplorar la ausencia de la que fué su amada en otro tiempo, y á lamentarse de su mala fortuna en aquellos lugares en que soñó su dicha.

Algunas veces, veíasele volver el rostro á la ciudad y amenazar con la mano á aquel pueblo que por ódio hácia él habia aplaudido la victoria de su contrario, sectario del Cristo y enemigo del Profeta. Entonces el viento que pasaba por sus entreabiertos lábios descoloridos, parecia repetir una maldicion y una amenaza. El espectro juraba vengarse de aquel pueblo veleidoso.

Y se vengó. Hé aquí cómo.

Pasaron las épocas y los hombres, y todos los que en Toledo presenciaron el singular desafío de Cárlos y Abenzaide bajaron uno trás otro á la tumba y fueron á dar á Alláh cuenta de sus acciones y sus pensamientos. La sombra del

vengativo moro, sin embargo, seguía errante por entre los álamos del rio, ginete en su escuálida yegua, lanzando rayos de furor por las vacías cuencas de sus ojos; y constantemente, antes de retirarse, se volvia hácia la ciudad y la amenazaba como en pasados dias. Su ódio se conservaba inextinguible.

Un dia, el desierto palacio de Galiana se animó; Al-Mamun, rey de Toledo, concedia en él generosa hospitalidad á Alfonso, rey de Leon, desposeido de este reino por su hermano, y fugitivo del monasterio de Sahagun. Muchos meses pasó en Toledo el leonés; una noche los habitantes ribereños le vieron pasearse bajo los álamos en compañía del espectro.

Era una noche de luna; Toledo, cubierta por leve cortina de niebla, se destacaba en el horizonte. Volvióse el espectro en todas direcciones, señaló las campiñas que la rodean, el rio que las fertiliza y el camino de Madrid. Siete veces siguió estos movimientos y siete veces se inclinó hácia Alfonso, como si le hablase al oido; siete veces tambien hizo el de Leon un signo de asentimiento.

Todos los que vieron esta escena se preguntaban en vano lo que significaba. Más tarde lo supieron por su desgracia, y el tiempo se encargó de contestar á sus preguntas. Hecho Alfonso rey de Castilla, olvidando deberes de hidalguía y gratitud, vino á Toledo en són de guerra y siguió para conquistarla el único medio posible; el de talar siete años seguidos sus campiñas, privándola así de abastecimientos y víveres tan necesarios á su numerosa poblacion.

¿Quién le habia inspirado este diabólico plan? Para los habitantes de la ribera del Tajo no fué un misterio. Aquella era la venganza de Abenzaide.

Y dió cuerpo á este rumor el que durante los siete años

que duró el sitio, el espectro surgia todas las noches amenazador, mirando con aire de triunfo á la ciudad atribulada. Cuando Toledo cayó en poder de los cristianos desapareció y no se le ha vuelto á ver.

Hoy sólo quedan del suntuoso palacio unos viejos murallones coronados de hiedra, y en cuyos rotos torreones cuelgan su nido las golondrinas durante el verano; pero aún en las noches serenas y tranquilas parece vagar entre los árboles la sombra de Abenzaide que recorre los alrededores del arruinado alcázar sin atreverse á penetrar en él.

LA PENITENCIA DE ACUÑA.

A MI QUERIDO AMIGO GONZALO CARVAJAL.

I

Era de noche, y la catedral de Toledo, suntuoso templo edificado por Don Fernando III sobre los cimientos de la antigua Basílica gótica, llenábase de inmensa multitud que invadia el sagrado recinto como invaden la playa las olas de un mar alborotado. Grandes manchas de sombra, interrumpidas de trecho en trecho por la escasa luz de un hachon sujeto á una columna; en el centro, entre el coro y la capilla mayor, un gran foco brillante, la araña de cien brazos convertido cada uno de ellos en pequeña lengua de fuego, despidiendo resplandores de relámpago; frente al severo monumento la cruz de fuego suspendida en el aire por invisible cadena fabricada por los ángeles con rayos de sol naciente y reflejos de aurora boreal, brillando sin sostén alguno, como si fuera un presente hecho á la tierra por el cielo; en los ángu-

los, la oscuridad luchando con los fulgores de luces lejanas... Tal era la escena en que bien pronto iba á oirse el *Miserere*, el salmo más hermoso de cuantos se atribuyen al Rey profeta.

La multitud entraba atropelladamente por todas las puertas de la Basílica santa, y una vez en ella se estendia por las naves, cobijándose en las capillas iluminadas sólo por el reflejo debilitado de solitaria lámpara que oscila constantemente ante milagrosa imágen, ó en la sombra de los pilares, haces de delgadas columnas, que se elevan cruzándose y entretegiéndose en la bóveda, como se cruzan, se atropellan y se confunden las ideas en un cerebro conmovido por la duda.

Recorrí el religioso recinto buscando un lugar apartado y oscuro donde nadie fuera á interrumpir mi soledad ni á turbar mi pensamiento, y llegué á la capilla de los Lunas, la más hermosa de las que, como guirnalda de flores, forman en torno á la capilla mayor que se alza en el centro como obedeciendo á misteriosa invocacion. La pequeña nave estaba envuelta en la sombra; solo un rayo de luna, penetrando á través de los vidrios de colores, daba fulgor fanástico á las imágenes pintadas en ellos por un arte divino, y venia á herir la noble cabeza del condestable muerto en Valladolid, tendido sobre su lecho de granito, á cuyo pié cuatro pajes, apoyados de hinojos en el sepulcro, levantan la vista al cielo en una aspiracion sublime, y parece que por sus lábios, maltratados por los siglos, ruedan todavía restos de una plegaria elevada á la misericordia de Dios por el alma del infeliz ajusticiado. A su izquierda, velado por frailes, de hinojos tambien en los ángulos del mausoleo, el sepulcro de su esposa la noble señora doña Juana de Pimentel, durmiendo sobre la fria losa,

tan primorosamente cincelada, ese sueño tranquilo y dulce de la muerte, ese sueño sin visiones, sin pesadillas, sin despertar, noche tal vez sin aurora, dia quizá sin poniente. A un lado, el imberbe mancebo hijo de D. Alvaro, muerto en la flor de su edad, vestida la guerrera malla de acero y ostentando en su cabeza simbólica corona de laurel, emblema de sus victorias, y junto á él una estátua de Santa Teresa, manteniendo un libro en la mano y arrebatada en éxtasis, alzando al cielo los ojos como para pedirle amor para sus deseos, y luz, mucha luz para su espíritu. Al otro lado el venerable arzobispo, inmóvil en su nicho de mármol, con las manos cruzadas como si aun murmurase la oracion en que al morir encomendaba su alma á Dios, y junto á él la estátua de San Francisco de Borja, debilitado por las maceraciones, teniendo ante su vista la calavera coronada, como pidiendo á la muerte el secreto de lo desconocido, la cifra misteriosa solucion del problema de la vida.

Me senté en las gradas del altar mayor frente al viejo retablo que conserva á la posteridad las figuras de D. Alvaro en la capilla la víspera de su muerte, y la de doña Juana despues de la ejecucion del condestable.

Empezaba en esto el *Miserere*. El silencio que allí reinaba era cada vez mayor. Como si el movimiento de la vida se hubiera detenido de repente, podia oirse la respiracion de un niño dormido en el regazo de su madre. Rasgó el aire la voz de la iniquidad exhalando tres largos gritos de agonía: ¡*Miserere*! dijo, y los instrumentos, manejados por hábiles músicos, empezaron á llorar, á quejarse, á retorcerse bajo sus dedos de artista, expresando los tormentos, los suplicios, los terrores del alma agobiada por el peso de la culpa. Despues de estas exclamaciones de espanto, hubo un momento de trégua y de calma. La orquesta modulaba en voz baja un

canto contenido y melancólico que poco á poco fué engrandeciéndose y se ensanchó hasta llenar la iglesia por completo. Dios venia, y á su aproximacion todo callaba; el viento y el mar, las brisas y las olas. La creacion se preparaba para recibirle; venia armado del rayo: el trueno, rugiente heraldo de su cólera, le precedia; el relámpago iluminaba su camino. Y ante él las montañas inclinaban su cima, y los torrentes encrespaban sus aguas, y el mar exhalaba rugidos que eran cantos de amor y de alabanza, y el hombre, esclavo del mal, temblando como la hoja movida en el árbol por el soplo del huracan, hunde en el polvo la cabeza y grita en un sollozo: *Mi madre me concibió en el pecado*. y la música que acompaña á ese canto sublime, llora tambien y hace asomar las lágrimas á los ojos de cuantos la escuchan.

Y pasa Dios, en su carro de fuego, del que tiran el huracan y el simoun. *Purifícame y seré limpio; límpiame y seré emblanquecido más que la nieve*, dice entónces el pecador, y parece que una bienhechora lluvia humedece los campos agostados por el sol y endereza las flores tronchadas y marchitas por el fuego canicular.

Sonó la última nota, se apagaron las luces, y todo quedó en la sombra. Salió la concurrencia á la calle, y las menudas gotas de la lluvia y el fresco ambiente de la noche ahuyentaron del cerebro las visiones que forjára la fantasía. Al verse en las tinieblas libre de aquel cántico sublime, ensanchóse el alma pecadora: no estaba ya delante de su Dios.

Yo tambien esperaba para salir que la puerta quedase algo desahogada de gente, cuando uno de mis más queridos amigos, hijo de Toledo, muy curioso y amante de sus tradiciones y á quien este libro debe alguno de sus recuerdos toledanos, enlazó su brazo al mio y me arrastró hácia la plaza de la ciudad, donde están las Casas Consistoriales, y allí me

hizo sentar en un banco, á su lado, frente á la portada de la catedral y á su esbelta torre que se levanta desde la tierra al cielo como se eleva á Dios el pensamiento lanzándose con las alas de luz de las ideas á las regiones del infinito.

—Voy á contarte,—me dijo,—la leyenda de esta noche, porque esta noche tiene su leyenda. Los muros de piedra y las bóvedas de la catedral la saben de memoria, y los pájaros que anidan en la alta torre, los animalillos que viven en el musgo que crece sobre las almenas y los chapiteles—corona que ciñe el tiempo á estos viejos colosos del pasado—se la cuentan unos á otros en las largas noches de invierno, en medio del silencio y la soledad que reinan por todas partes.—

Abrí los oidos para escuchar con atencion, preparándome á experimentar las dulces sensaciones que una leyenda—de tal modo anunciada—me prometia, y pocas horas despues, sentado en mi mesa de despacho, trascribia al papel el relato de mi amigo, cuidando de hacerlo hasta en sus menores detalles. Héle aquí:

II

Es el año 1521 año fatal para las libertades españolas. Las Comunidades, que nacen el anterior á la voz de *fueros y libertad* para poner coto á la soberbia de un rey extraño y á las violentas exacciones de sus consejeros, tienen un fin desastroso en los campos de Villalar, aquel dia memorable en que hasta el cielo velaba su trasparencia y el sol su luz, para no hacerse cómplices del crímen de la ciega fortuna, veleidosa como mujer, y uncida al carro triunfal de los flamencos orgullosos. Padilla, Bravo y Maldonado mueren al otro dia por mano del verdugo en el cadalso de los criminales, y mueren con ellos las Comunidades, muere

tambien la libertad y dá principio la decadencia de España, que no es otra cosa aquel período de luchas y victorias que gastan estérilmente las fuerzas y los recursos del país, sólo para que en sus últimos años pueda Cárlos I sonreirse con satisfaccion en una celda del Monasterio de Yuste, al recordar las humillaciones que mientras vivió en el siglo hizo sufrir á su rival el prisionero de Pavía.

Año es este pródigo en sucesos para la ciudad que luego habia de ser la predilecta del Emperador. Toledo, más que ninguna otra provincia, habia alzado la voz para oponerse al desenfreno de la córte; sus procuradores eran los primeros que se habian atrevido á señalar al rey extranjero los límites en que debia encerrarse su voluntad omnipotente; Juan de Padilla, jefe principal de las Comunidades, era uno de sus hijos más queridos y el que se hallaba al frente del ejército: todo esto habia de señalarla más que á ninguna otra, asignándola puesto de preferencia en la rebelion, y por lo tanto en la responsabilidad, si la rebelion era vencida. De aquí que Toledo siguiera el movimiento revolucionario con interés creciente. La ciudad estaba armada y como un solo hombre dispuesta á morir en defensa de sus derechos; los que en ella no simpatizaban con la causa popular habian dejado sus muros yendo á engrosar el séquito de Cárlos, ó se mantenian en actitud reservada, encerrados en sus casas sin atreverse á manifestar á las claras su desagrado.

Un dia sonaron alegremente las campanas suspendidas en el hueco de las torres, y la ciudad se vistió de fiesta como si se tratase de solemnizar una victoria. Grupos de hombres, que llevaban con marcial aspecto la fuerte armadura que el ánsia de libertad ciñera á su cuerpo, pasaban tumultuosamente por Zocodover en direccion al puente de Alcántara; mujeres y niños, corriendo tras ellos, engrosa-

ban la multitud, que se hacia mayor á medida que pasaba por las principales calles. Gritos de alegría se confundian con el estridente tañido de las campanas que tocaban á rebato. Por partes recientemente recibidos sabíase que el obispo Acuña, al frente de crecido número de partidarios, venia á Toledo á ponerse á las órdenes de la junta, deseoso de ocupar un puesto de peligro en la lucha cuya proximidad se presentía, y el pueblo en masa se preparaba á recibirle para pagar con su gratitud el sacrificio del prelado de Zamora.

Pero quedaron fallidos sus deseos, porque Acuña, en su afan de sustraerse á las entusiastas manifestaciones que supo le tenian dispuestas los toledanos, dejó que la gente que llevaba pasase delante y se detuvo en el camino; y cuando llegó la noche y las calles estaban desiertas y oscuras entró en Toledo, yendo á recogerse al alojamiento que se le tenia preparado.

A la mañana siguiente—dia de Viernes Santo—dos hombres, los más influyentes en los barrios extremos de la ciudad, Jimeno de Urrea y Fernan Sanchez, hablaban con gran animacion en la plaza de Zocodover.

—¿Conque es cierto—decia el primero—que há venido el obispo de Zamora?

—Tan cierto como Juan de Padilla es nuestro jefe y el más noble de la ciudad—le contestaba Fernan.—Aun no se ha extinguido en España la raza de los obispos que, vistiendo acerada cota sobre el trage sacerdotal, vayan al combate precedidos de la cruz como estandarte y manejando el báculo á manera de lanza.

—El obispo lo entiende. Nuestra causa es justa y santa, y él parece que nos trae la proteccion de Dios, que llamará con sus oraciones sobre nuestras cabezas. ¿Y qué van á hacer de él?

—Se ha acordado nombrarle capitan general mientras dure la ausencia de Padilla. Mandará nuestras fuerzas en union de doña María y sabrá, como ella, defender la ciudad contra las huestes imperiales hasta que vengan los nuestros á socorrernos, porque parece que el prior de la Sisla vá á empezar el ataque contra nosotros.

—¿Y no se ha acordado nada más?—preguntó Jimeno con extrañeza.

—¿Qué más querias tú que se acordase?—le interrogó á su vez lleno de asombro su amigo.

—Está vacante la silla arzobispal y creo que nunca podríamos esperar tener mejor prelado que Acuña. Él es el primero que viene á alistarse en nuestras banderas; creo justo que, por lo tanto, fuese el primado, y puesto que trae su prestigio á la comunidad, ésta debia colocarle sobre todos los prelados de España.—

Calló algun tiempo Fernan, pero moviendo la cabeza dijo al cabo de un rato:

—¡Imposible! Tus deseos son excelentes, mas no se pueden realizar.

—¿Por qué?

—Porque nunca el cabildo accederia.

—¿Y qué nos importa su parecer? ¿Se lo hemos pedido acaso para rebelarnos contra el emperador? ¿Simpatiza siquiera con nosotros?

—Desengáñate; cuando nuestros jefes no se han atrevido á hacerlo...

—Razon de más para que el pueblo lo haga.

—Para que el pueblo lo haga... Eso se dice fácilmente.

—Y se hace lo mismo.

—¿De qué modo?

—Es muy sencillo. Un dia que esté el cabildo reunido, co-

jemos al de Zamora en su alojamiento, lo llevamos con nosotros á la catedral, lo sentamos en el sillon que ocupan los arzobispos en el coro... y ya está hecho.—

Un estremecimiento recorrió los miembros de Fernan, y leve palidez cubrió su semblante.

—¿Sabes lo que dices?—dijo á su amigo en voz baja.—Entrar á mano armada en la catedral; violar su recinto... Un sacrilegio...

—Quiero á la catedral tanto como la puedas querer tú. He nacido en Toledo y delante de sus altares he balbuceado mis primeras oraciones, guiado al decirlas por la voz de mi madre. Todas sus grandes fiestas van unidas á los recuerdos más dulces de mi vida. Conozco sus más ocultos rincones y sus imágenes me parecen cosa mia. Creo, al mirarlas, que de la misma manera que las veo en los nichos abiertos en el muro, ó en los chapiteles de las columnas, ó en las gradas de piedra, ó en las conchas de pórfido, ó en las aras de mármol, ó en la cuadrícula de sus retablos, voy á encontrarmelas á mi muerte en el cielo. En su recinto están mis padres enterrados... ¿Me crees capaz de profanarla? Pero yo no juzgo un sacrilegio el acto que medito. Creo mi causa bendecida por Dios desde lo alto; y considero al de Zamora digno de llevar el báculo de nuestros arzobispos. ¿Dónde vés tú motivo á tus temores?

—Sin embargo....

—Nada, nada; no quiero escucharte. Ven conmigo, y si te convenzo, basta con nosotros sin que tengamos que contar con nadie más, ni aun con el mismo Acuña, que, por vanos escrúpulos, se opondria á nuestro deseo como se ha opuesto hoy á recibir la ovacion que á su entrada teníamos dispuesta. Nos llevamos nuestra gente, y esta noche misma damos el golpe.

—¿Esta noche misma?

—¿Qué otra mejor? Mientras se cantan las tinieblas están en ellas cuantos pudieran oponerse á nuestro intento. Una vez allí, el pueblo en masa se unirá á nosotros. ¿Estás decidido, buen Fernan?

—No del todo; interrumpir una ceremonia sagrada....

—Sígueme; vamos á tu casa y allí maduraremos el plan y desharé tus últimos escrúpulos, hombre de poca fé, que desconfías y pones en duda la santidad de la causa que defiendes.—

Y arrastrando á su amigo se perdieron ambos por la plazuela de Santa Catalina, dando vuelta al antiguo palacio de los gobernadores árabes de Toledo.

III

Trascurrió aquel dia, durante el cual, tuvo el pueblo ocasion de demostrar al marcial obispo de Zamora el entusiasmo con que le veia entre sus muros. Pasó el prelado á visitar á doña María Pacheco, hablando con ella de sus esperanzas, y ya á la caida de la tarde se retiró á su alojamiento.

Vino la noche, y nadie hubiera dicho que la ciudad estaba fuera de la ley y expuesta, á cualquier hora, á ser herida por el brazo vengador del monarca contra el cual se habia rebelado, al ver la tranquilidad con que los toledanos, terminadas las rudas faenas cotidianas y libres del peso de las armaduras que no soltaban de dia, dejando encomendadas á los guardias la vigilancia de los puentes y las puertas, y á los destacamentos avanzados la seguridad de los caminos que á ella conducian, dirigíanse en tropel confuso á la catedral para solemnizar el hecho doloroso de la Pasion de Jesucristo, muerto tambien en el Calvario por la libertad de

los hombres y por la redencion de las conciencias. De todas partes acudia la multitud ávida de elevar al Altísimo sus preces.

Cuando sonó la hora señalada reuniéronse los canónigos en el coro, y la capilla mayor quedó alumbrada solo por el reflejo moribundo de la lámpara que pendiente de la elevada cúpula arde á los piés del gigantesco crucifijo que se alza sobre la cerrada verja que la proteje, dando principio el rezo fervoroso de las tinieblas, imágen del aislamiento en que dejó á la pequeña familia evangélica la muerte de Jesús. El sol se habia apagado; el alma de la pequeña sociedad habia volado á regiones más puras y sublimes, y solo quedaba en la tierra el cuerpo sin alma, exhalando en el silencio y el dolor desgarradores ayes de pesar en que lamentaba la ausencia del profeta galileo, y echaba de ménos los consuelos de su presencia, la dulzura de su palabra.

Tristes resonaban los ecos de las salmodias, y la música, gimiendo, expresaba en sus notas impregnadas de melancolía las ánsias de aquellas largas horas de inquietud, de aquellos interminables dias de incertidumbre; de aquellas negras noches pasadas en el llanto, entre la pena de la tarde anterior y el sobresalto de la mañana siguiente, y parece como que se veian pasar sobre los vidrios de colores, de cuando en cuando heridos por el relámpago, los fantasmas del insomnio, las visiones de la pesadilla, abortos del terror y el pensamiento.

Oyóse de repente un sordo ruido, como de gente armada que se acercaba en són de guerra, y poco á poco fueron creciendo los rumores á medida que la multitud de donde salian se aproximaba á la iglesia. Pusiéronse en pié los devotos que no sabian á qué atribuir aquel ruido desusado á tal hora y en semejante lugar. No era posible una sorpresa de los imperiales; tampoco podia creerse que Padilla hubiera vuelto.

¿Qué sucedia, pues, en la ciudad? ¿Qué fuerza la conmovia tan hondamente para que sus convulsiones llegasen hasta el templo á turbar la calma de la oracion, la paz de su recinto consagrado? Los canónigos, embebidos en la oracion ó prestando escaso oido á lo que pasaba fuera de allí, proseguian modulando con sus voces unidas en estentóreo coro las sentidas palabras del profeta.

Pero bien pronto salieron de su curiosidad los que se preguntaban la razon de aquella revuelta. Abriéronse con estrépito las puertas de la catedral, violentamente empujadas por la multitud furiosa, y un tropel de gente armada, á cuya cabeza iban en primer término, Jimeno de Urrea y Fernan Sanchez, invadió la Basílica, gritando ¡*Comunidad*! y aclamando al obispo de Zamora, que era llevado entre la multitud como á la fuerza. El pueblo queria dar á Acuña una prueba de su amor elevándole á la dignidad suprema de la iglesia de España; queria ser regido por él; queria verle revestido de los hábitos que usó San Ildefonso, pidiendo á Dios, entre la pompa de las festividades religiosas, su proteccion para la causa que ardientemente defendian. Y habia ido á su alojamiento, le habia obligado á que le siguiera, y le llevaba en triunfo á sentarle en la Silla arzobispal, para que aquella misma noche tomase posesion de tan alta dignidad.

Levantáronse á la vez todos los canónigos que rezaban, interrumpiendo la oracion errante por sus lábios y dejándola sin terminar; levantáronse tambien los músicos, y los instrumentos que magistralmente sonaban expresando el poema sublime, exhalaron una última nota que se apagó al chocar contra las bóvedas de granito. Y en cambio de aquel himno pausado que salia por aquellas cien bocas abiertas constantemente, y siendo otros tantos torrentes de armonía, oyóse el inmenso vocerío de la multitud que aclamaba al obispo de Zamora

escitándole á que ocupase su asiento en el coro; y en vista de la resistencia que hacia, allí le llevaron sus entusiastas partidarios, pasándole de uno á otro en brazos, y cuando le vieron en el puesto que su voto unánime le concediera, prorumpieron en nuevos gritos de júbilo y alegría.

Ante este atentado sacrílego, cometido en la misma catedral en dia tan solemne y en tan sagrada ceremonia, el cabildo en masa se retiró, escapando cada canónigo por donde pudo y quedando interrumpido el rezo de tinieblas.

Despues de este acto, con el que simpatizaron los fieles que se hallaban dentro de la iglesia, D. Antonio de Acuña fué llevado de la misma manera hasta su casa por el pueblo que no se retiró hasta dejarle en ella.

Aquella noche las campanas del reloj de la Basílica sonaron tristes en medio del silencio de la noche; como impulsadas por un soplo invisible apagáronse las lámparas que arden siempre en la catedral y el santo recinto quedó completamente á oscuras. Desde la parte exterior, sin embargo, dicen que durante la noche se estuvo oyendo como un murmullo que no cesó hasta que los primeros rayos de la aurora penetraron en el templo á través de los irisados rosetones: las imágenes de los santos, las estátuas que duermen sobre los sepulcros, las almas de los que yacen allí sepultados, proseguian el interrumpido rezo, y entonaban plegarias fervorosas pidiendo perdon para los estravíos de los hombres.

IV

Pasaron los sucesos en España; el año 1521 se llevó entre los pliegues de su manto la cabeza de Juan de Padilla; dos años despues moria D. Antonio de Acuña ahorcado en el viejo castillo de Simancas.

Desde entonces, y todos los años, empezó á observarse con terror, durante los tres dias clásicos que dedica el mundo cristiano á conmemorar la muerte de Jesús, que apenas salia la gente del *Miserere*, cantado, como de costumbre, en la Basílica; cuando las puertas se cerraban y el templo quedaba solitario, ruidos como de pisadas se oian desde la calle. Cuando la luz empezaba á dibujarse en el espacio, aquellos ruidos interiores cesaban y todo volvia á quedar en silencio.

Un dia, un curioso quiso averiguar su causa, y con este objeto se escondió, durante la ceremonia, en un confesonario de la capilla de San Ildefonso, y allí esperó, para salir, á que se retirasen los últimos.

Era hombre despreocupado, sin duda, y se quedó dormido dentro del confesonario, hasta que vagos rumores, llegando vagamente á sus oidos, le despertaron á lo mejor de su sueño. Restregóse los ojos, creyéndose juguete de una ilusion, y dejó su escondite para salir de la capilla; pero al llegar á la puerta se detuvo, mudo de espanto y de terror. Una procesion extraña desfilaba por delante de él. Iba á su frente un esqueleto revestido con hábitos arzobispales, llevando mitra en la cabeza, báculo en la mano y espada y daga en la cintura, y á su lado otros dos, que parecian los más abatidos, dando mayores muestras de contriccion y arrepentimiento. Tras ellos, formados correctamente, un sinnúmero de esqueletos, descabezados los unos, cubiertos otros de grandes manchas de sangre, caminaban despacio, caida la calavera sobre el huesudo pecho, apoyando la mano izquierda en el puño de las espadas, y sosteniendo en la derecha un hacha, cuya azulada luz oscilaba tristemente á compás del vacilante y tardo paso.

Conforme pasaba por delante de cada altar deteníase la

fúnebre procesion; el obispo que marchaba á su cabeza golpeaba el suelo con el báculo, y á esta señal los que le seguian se hincaban de rodillas, y algo como el eco de una plegaria se dejaba oir. Despues, se levantaban, volvia á ponerse en marcha la procesion y continuaba su paseo.

Las estátuas dormidas en sus lechos se incorporaban sobre su sepulcro y miraban con sus ojos de piedra el pavoroso séquito; las esculturas de las Vírgenes y los santos se animaban tambien y parecia como que una lágrima de compasion corria por sus mejillas; los mónstruos, hijos de la calentura, que abortára el artista en sus horas de delirio, y esculpiera con su cincel abrazados á las columnas de granito, parecian tambien cobrar vida, y arrastraban su cuerpo, ó movian sus alas en el espacio, como queriendo unirse al fantástico cortejo del obispo. Y cuando los esqueletos oraban movíanse los lábios de las estátuas, y sordos ecos de oraciones, vagas y ténues como el hálito de un niño, se unian á la oracion de los fantasmas, exhalando otro acento indefinible y fundiéndose con el primero; especie de canto desacorde arrancado á un órgano descompuesto por una mano torpe y perezosa.

Y es que Dios, en su infinita misericordia, habia perdonado á los comuneros y al obispo de Zamora el agravio que le hicieran al entrar tumultuariamente en la catedral é interrumpir las oraciones del cabildo, y los habia perdonado porque la causa en cuya defensa murieron era justa y santa, y porque el tormento es un Jordan que redime de muchas culpas en la tierra; pero imponiéndoles como penitencia el salir de su tumba los tres dias de la pasion para recorrer procesionalmente el recinto sagrado y postrarse ante todos los altares, ante las imágenes todas, para pedirlas, de hinojos, perdon de aquella ofensa que las habian hecho en un rapto

de locura. Cuando la procesion se desvaneció, semejante á esas nieblas que durante la noche se elevan desde el rio y se deshacen en el aire á la mañana cuando un rayo de sol las hiere, el curioso cayó desvanecido. Al dia siguiente volvió en sí, se confesó, tomó la comunion y espiró sin que diese tiempo á que lo trasladasen á su casa.

Hace ya muchos años que los que pasan por la plaza del Ayuntamiento despues de terminados los *Misereres* de Semana Santa, no oyen ningun ruido en el templo: Dios, sin duda, ha perdonado ya á los culpables, y ha hecho cesar su penitencia.

FIN.

NOTAS.

EL CRISTO DE LA LUZ.

En la sacristía de la ermita del Cristo de la Luz hay un cuadro que, segun autorizadas opiniones, es de fines del siglo XVI ó principios del XVII, cópia de otro más antiguo, y que representa el acto de traspasar el judío con su dardo el costado del Redentor. Al pié del lienzo, y en caractéres góticos, se lee aún, pero con trabajo en algunas partes, la siguiente inscripcion que és, indudablemente, la primitiva expresion de la leyenda:

«En el año de 555 Reynando en Efpaña Atanagildo, Rey »Godo fuêdió en efta yglefia que un Judío, viniendo de »la guêrta de Campo Rey, q oy fe dice guêrta de Rey, paf»fando por efta yglesia hallado ocafio oportuna pa fu maldi»to intento por q el rencor y el enojo que tenian los judíos »con el Original verdadero qeftá en Altar Mayor ques del Ce»dro q ellos truxeron de Jerusalen pa fu Sinagoga q la te»nian donde oy ef, Santa María la Blanca—Efte, f, Crifto »dla Cruz y Madre de Dios de la Luz por los milagros tan »marauillofos que hacian, fueron perfegudos tanto que le pu»fieron veneno en los piés, por q los criftianos q los befasen »muriefen luego queriéndoles befar una mujer pecadora Re»huyó el, f, xpo. el pié quedando los dedos apartados pa q »quedase fee del milagro, pues como hallaffe el judío la ygle»fia fola con fu acoftubrada indinacio apuntó el dardo al pe»cho dl Sxpo y con el encuentro y el golpe lo derribó en »tierra derramando mucha fangre dla herida de q el judío »admirado y arraftrádola hafta la puerta, la coxió debaxo de

»ſu talabardo corriendo ſangre haſta la plaçula de Valdeca-
»leros donde vivia el judío. Facaro los criſtianos viejos don-
»de eſtaba por el Raſtro dla ſangre, buſcaro toda la Caſſa
»del judío y no halládole se volvian y el Sxpo ſe aparció en
»pié á la puerta de la caballeriça donde le tenian eſcodido
»entre el eſtiércol y siempre corriendo ſangre de la herida.
»Vino el Rey Atanagildo aver el portentoſo caso. y admira-
»do viendo la maldad del judío, mandó fueſſe apedreado.
»Volvióſſe á ſu, s, templo ygleſia de la Cruz con mucha so-
»lenidad haciendo de allí adelante mucho más.

»En la pérdida de Eſpaña quando la perdió el rey Don
»Rodrigo que fué el tercero año de ſu Reynado que fué el de
»ſetecientos y catorce del nacimiento de xpo. temeroſſos de
»los árabes y judíos los criſtianos no ultrajasen las Reliquias
»Sactas deſte, ſ, xpo dla Cruz y Madre de Dios de la Luz y
»otras muchas Reliquias, eſtas dos ymágines fuero guarda-
»das y ocultas entre quatro paredes con una lapara encendi-
»da con una l... que decia el por q y cuando ſe ocultaro. Fué
»Dios ſervido Quel Rey Don Alonſo el ſeſto ganaſe á Tole-
»do el dia de, ſ, Urbá á 26 de Mayo el año de 1085. Entró
»en Toledo muy alegre, con mucha çaballería, el Cid Ruy
»Diaz venia á su lado y llegando á la puerta Aquilana queſ-
»taba frontero dla ygleſia dla Cruz el caballo del Cid ſe arro-
»dilló y vieron q ſe desmatelaron las paredes y vieron prodi-
»gioso caſo al, ſ, xpo y virge dla Luz y gracia dl cielo en to-
»do el tpo dla pérdida de Eſpaña haſta qel Rey Don Alonſo
»el 6.º ganó á Toledo estando ardiendo la lapara del xpo haſ-
»ta q ſe ga tº y dixoſe en eſta cruz aquel dia la primera
»misa y dejó el Rey ſu eſcudo á la ygleſia.—autore Fabio
»dextro Máximo y Pelagio. Don R.º en ſu historia dla pér-
»dida de España. Dios lo puede todo. Laus deo.»

Hé aquí ahora la descripcion, en su mayor parte fantás-
tica, que de este crucifijo, objeto de tanta devocion, se hace
en un libro titulado *Ystorial del Santísimo Xpto de la
Cruz y Nuestra Señora de la Luz*, escrito á media-
dos del siglo XVII y que se conserva manuscrito en la Bilio-
teca Provincial de Toledo:

»Su estatura es de más de tres palmos, cuyos miembros
»se componen con la debida proporcion; el barniz de que cu-

»bre su tez se representa oscurecido, ya por la ancianidad »que demuestra, ya por las injurias sufridas. La cruz es tos»ca y nudosa, fabricada de un tronco sin desnudarle la cor»teza. El rostro afligido se reclina sobre todo el hombro, des»coyuntado, cayendo en el brazo diestro; los lábios cárdenos, »los ojos melancólicos, los dientes traspillados, las sienes »taladradas, las mejillas sangrientas, las manos, aunque cla»vadas, abiertas y rasgados los nervios de ellas; el cuerpo »con dos heridas, que siendo un cuerpo muerto no se pueden »cerrar. La parte inferior se viste de un sudario ó túnica »sobre la cintura hasta las rodillas. Los piés el uno tiene »clavado y el otro desprendido.»

*
* *

Tambien en la poesía popular dejó una huella el hecho milagroso; el *Romancero* de D. Agustin Duran inserta el siguiente romance á que el sábio compilador no duda en dar cierta antigüedad.

Atanagildo, rey godo,
de España el reinado habia;
hace bien por Jesucristo;
gran creencia en él tenia.
Contarase aquí un milagro
que en su tiempo sucedia.
Un judío entró en un templo
llamado Santa María;
en él está un crucifijo
muy pequeño en demasía:
el judío lo firió
con un dardo que traia
y á escusa de los cristianos
só el vestido lo metia
para quemarlo en su casa,
mas cuando lo descubria
traia todos sus paños
sangrientos de la ferida
que le dió al crucifijo:
¡muy gran pavor le ponia!
No lo osara quemar,
mas escondido lo habia.
Los cristianos no lo hallan
allí donde estar solía:
hallaron rastro de sangre
y por el rastro seguian
hasta dar en la posada
donde el judío vivia:
halláronle por la sangre
que mucha estaba vertida.
Volviéronlo á la iglesia,
y al judío lo prendian:
vivo lo apedrearon
por el delito que hacía.

UNA MUJER INGENIOSA.

Hé aquí la inscripcion que se halla en el torreon de entrada sobre la clave del arco, y debajo de la estátua de San Julian, y que explica las vicisitudes por que ha pasado el puente hasta su reedificacion á fines del siglo XIV:

PONTEM CUJUS RUINÆ IN DECLIVI ALVEO PROXIMI VISUNTUR FULMINIS INUNDATIONE QUÆ ANNO DÑT. MCCIII SUPER IPSUM EXCREVIT, DIRECTUM TOLETANI IN HOC LOCO ÆDIFICAVERUNT. IMBECILLA HOMINUM CONSILIA QUEMJAM ANNIS LÆDERE NON POTERAT, PETRO ET HENRICO FRATRIBUS PRO REGNO CONTENDENTIBUS, INTERRUPTUM. P. TENORIUS ARCHIEP. TOLE. REPARANDUM. C.

Pisa, en su *Historia de Toledo* publicada en 1612, traduce así esta inscripcion:

—UNA PUENTE HABIA EN ESTE LUGAR CUYOS CIMIENTOS SE VEN Á LAS ORILLAS DEL RIO DEBAJO DE ESTA, QUE HABIÉNDOSE CAIDO POR UNA GRAN CRECIENTE QUE SOBREVINO EL AÑO 1203; EN SU LUGAR LOS CIUDADANOS DE TOLEDO LEVANTARON ESTA. Y COMO LOS ACUERDOS DE LOS HOMBRES SON FLACOS, YA QUE EL RIO NO LA PODIA EMPECER POR ESTAR MÁS ALTA, HABIENDO CONTIENDAS ENTRE EL REY DON PEDRO Y SU HERMANO DON ENRIQUE SOBRE EL REINO, LA PUENTE SE ROMPIÓ. REPARÓLA EL ARZOBISPO D. PEDRO TENORIO.

La otra lápida, que se halla en la parte del puente que dá á la ciudad, conmemora una nueva reedificacion en el año 1690, durante el reinado de Cárlos II, pero pasando por alto la llevada á cabo tres siglos antes por D. Pedro Tenorio. Dice así:

REINANDO CÁRLOS II N. S., LA IMPERIAL TOLEDO MANDÓ REEDIFICAR ESTE PUENTE, CASI ARRUINADO EN LA INJURIA DE CINCO SIGLOS, DÁNDOLA NUEVO SER, MEJORANDO EN LA MATERIA, REFORMANDO EN LA OBRA, AUMENTANDO EN ESPACIOS Y HERMOSURA, EN QUE SIGUIENDO EL EJEMPLO DE LOS PASADOS ALIENTE CON EL SUYO Á LOS VENIDEROS.

En lo referente á la pequeña figura de piedra que se vé

en un nicho abierto sobre la clave central del arco la opinion anda dividida. Mientras el pueblo, conforme en esto con la tradicion, vé en ella á la mujer del arquitecto, hay quien crée que las ropas que lleva son más de prelado que de dama, y, fundado en esto, sostiene que representa al mismo arzobispo D. Pedro Tenorio. La gran elevacion á que se halla la estátua y sus pequeñas dimensiones, hacen muy difícil formular un juicio exacto; pero así como en el torreon situado al pié del puente los poetas no pueden ver otra cosa que el *Baño de la Cava*, así tambien la imaginacion popular creerá siempre á la pequeña estátua copia fiel de la mujer del arquitecto. Yo, por mí, puedo decir que, tanto desde la orilla izquierda del rio como desde el puente, la he examinado con atencion en compañía de varios amigos, y al fin de nuestras observaciones todos hemos quedado convencidos de que el busto representa á una mujer, y en ningun modo á un hombre-

---

EL PALACIO ENCANTADO.

No es Don Rodrigo el único rey que, segun la tradicion popular, ha precipitado su fin desastroso, sorprendiendo los secretos impenetrables de un palacio encantado, y rompiendo las prohibiciones que le impedian satisfacer su curiosidad.

Salazar de Mendoza, en su obra *Monarquía de España*, dice sobre este asunto: (lib. I.)—«Paréceme este cuento el »que refiere Elieno del rey Darío, descubridor del sepulcro »de Delo, que era un arca de vidrio casi llena de aceite, y en »la columna la letra que decia: *Quien abriese este arca hín*»*chela de aceite ó le sucederá mal*, y que Darío la procuró »henchir y no pudo; y que se siguió la perdicion de su ejérci»to y el matarle su hijo.»

La leyenda dice que el palacio encantado desapareció por una tempestad, así que salió de él Don Rodrigo con toda su córte; pero la *Crónica* anónima de este rey, publicada en Valladolid en 1527, refiere del modo siguiente esta última parte del maravilloso relato.

«Desta guisa salieron fuera de la casa, y él defendió á »todos que no dijeran ninguna cosa de lo que allí habian ha-

»llado, y mandó cerrar las puertas de la manera que prime-
»ramente estaban; y no eran bien acabadas de cerrar, cuando
»vieron un águila caer de suso del aire, que parecia que
»descendia del cielo y traia un tizon de fuego ardiendo, y
»pusolo de suso de la casa, y comenzó de alear con las alas,
»y el tizon, con el aire que el águila fazia con las alas, co-
»menzó de arder y la casa se encendió de tal manera, como
»si fuera hecha de resina, así vivas llamas; y tan altas, que
»esto era tal maravilla, y tanto quemó, que en toda ella no
»quedó señal de piedra, y todo ello fué hecho ceniza. E á po-
»ca de hora llegaron unas avecillas negras, y anduvieron por
»de suso de la ceniza: y tantas eran y daban tan grande
»viento de su vuelo, que se levantó toda la ceniza y esparció-
»se por España toda cuanta el su señorío era, y muy mu-
»chas gentes, sobre quien cayó, los tornaba tales como si los
»untasen con sangre, y esto acaesció todo en un dia, y mu-
»chos dijeron después, que á todas las gentes que aquellos
»polvos alcanzaron murieron en lo que adelante oyredes, de
»cuando España fué conquistada y perdida. Este fué el pri-
»mer signo de la destruccion de España.»—

La edicion de esta obra hecha en Toledo en 1540, tie-
ne una portada, en la cual está, toscamente representado,
este hecho. Se vé, en primer término, la torre del palacio,
asentado sobre cuatro grandes leones. Don Rodrigo y una
porcion de caballeros, han salido ya de ella, y uno de sus
guardianes, de rodillas, recibe de manos del rey las llaves
para cerrar de nuevo los candados de la puerta. En el aire
se cierne algo parecido á un águila que vuela sobre la torre,
llevando en la boca un tizon encendido. La perspectiva está
sumamente descuidada, y á pesar de lo que dice la leyenda
sobre la altura de la torre, todos los caballeros que están de-
lante de ella, podian, sin dificultad, tocar la parte superior
del tejado con sólo alzarse sobre la punta de sus piés.

Tarif-Haben-Tarie en su *Historia de los Arabes* citada
por Mariana en su General de España y por el conde de Mo-
ra en su particular de Toledo, como existente en la *Bibliote-
ca del Escorial*, refiere con alguna amplitud esta torpeza del
rey godo, y cuenta así la destruccion del palacio:

«A la media noche de aquel dia oyeron grandes voces y

»alaridos, que parecia género de batalla; y estremeciéndose »toda aquella tierra con un bravo estruendo, se hundió todo »aquel edificio de la vieja Torre, de lo cual fueron todos muy »espantados, pareciéndoles como un sueño lo que habian »visto.»

Yo me he limitado á seguir en mi relato la opinion popular que quiere que sea una tempestad lo que acabe los encantos de Hércules, y abra la conclusion de la gótica monarquía.

Hé aquí ahora una version antiquísima conservada por el pueblo con las galas de la poesía. El primero, sobre todo, de los romances siguientes pertenece, segun su compilador, D. Agustin Duran, á la primera época de la poesía castellana, anterior á la invencion de la imprenta, y ha sido conservado, por lo tanto, por la tradicion oral.

I

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar
un torneo en Toledo
há mandado pregonar:
sesenta mil caballeros
en él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
queriéndole comenzar,
vino gente de Toledo
por le haber de suplicar
que á la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar
como sus antepasados
lo solian costumbrar
El rey no puso el candado,
más todos los fué á quebrar,
pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa
nada otro fuera hallar
si no letras que decian·
"Rey has sido por tu mal,
" que el rey que esta casa abriese
"á España tiene quemar."
Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilar,
dentro dél nuevas banderas
con figuras de espantar;
alárabes de caballo
sin poderse menear,
con espadas á los cuellos,
ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
no curó de más mirar.

Vino un águila del cielo,
la casa fuera quemar.
Luego envia mucha gente
para Africa conquistar:
veinticinco mil caballeros
dió al conde don Julian,
y pasándolos el conde
corria fortuna en la mar;
perdió doscientos navios,
cien galeras de remar
y toda la gente suya
sino cuatro mil no más.

II

De los nobilisimos godos
que en Castilla habian reinado,
Rodrigo reinó el postrero
de los reyes que han pasado,
en cuyo tiempo los moros
toda España habian ganado,
sino fuera las Astúrias
que defendió Don Pelayo.
En Toledo está Rodrigo;
al comienzo del reinado
vínole gran voluntad
de ver lo que está cerrado
en la torre que está allí,
antigua de muchos años.
En esta torre los reyes
cada uno echó un canado
porque lo mandó así
Hércules el afamado
que ganó primero á España
de Gerion gran tirano.
Creyó el rey que habia en la torre
grande tesoro guardado.
La torre fué luego abierta
y quitados los canados
No hay en ella cosa alguna,
sólo una caja han hallado:
el rey la mandara abrir
un paño dentro se ha hallado
con unas letras latinas
que dicen en castellano:
«Cuando aquestas cerraduras
»que cierran estos canados
»fueren abiertas, y visto
»lo en el paño dibujado,
»España será perdida
»y en ella todo asolado.
»Ganarala gente extraña
»como aquí está figurado,
»los rostros muy denegridos,
»los brazos arremangados,
»muchas colores vestidas,
»en las cabezas tocados:
»Alzadas traerán sus señas
»en caballos cabalgando,

»en sus manos largas lanzas
»con espadas en su lado
»Alárabes se dirán
»y de aquesta tierra extraños;
»perderase toda España,
»que nada no habrá fincado.»
El rey con sus ricos-hombres
todos se habian espantado
cuando vieron las figuras,
y letras que hemos contado.
Vuelven á cerrar la torre,
quedó el rey muy angustiado.

EL BAÑO DE LA CAVA.

Todos los críticos están conformes en afirmar que el torreon desmoronado que hoy lleva el poético nombre de *Baño de la Cava*, es el estribo del primer puente que hubo en esta parte del rio y que, á consecuencia de haber sido arrastrado por una avenida del Tajo, fué sustituido por el que hoy se llama de San Martin.

Diferentes testimonios, dignos de crédito, hablan de este primer puente. Luitprando en su Cronicon dice:—«Fué »edificada por órden de Mahometo la maravillosa puente que »está sobre el Tajo en el valle de Santa Leocadia la Preto- »riense, en la Vega de Toledo.»—

Pero el más expresivo es Mora. Hé aquí sus palabras:— «El rey de Toledo Mahomad ó Mahometo fué el que mandó »edificar la suntuosa puente cuyas ruinas se ven al presente »debajo del convento de San Agustin, ribera del Tajo, junto »á Santa Leocadia de la Vega. Muchos autores dán esta no- »ticia.»—Y cita las palabras que acabamos de trascribir de Luitprando. Más abajo añade:—«Hoy se vé la puerta por »donde se entraba á este puente y en un pilar de ella hay un »letrero que lo explica; en castellano dice así: En el nombre »de Dios misericordioso y piadoso fué hecha esta puente »por mandado del gran rey de Toledo Mahomad.........
»...
»En Toledo, guárdele Dios. Acabóse en la luna de Kanosd »de la Egir en cumplimiento del año de la egira doscientos »y cuatro.»—

Hoy ha desaparecido esta inscripcion.

¿De dónde, pues, ha venido la idea pupular que ha for-

mado la fantástica leyenda á que esta nota se refiere? De la situacion del torreon que se alza en la parte más pintoresca del rio y precisamente al mismo pié del convento de San Agustin, antiguo palacio de Don Rodrigo, desde el cual se dominaba el supuesto *baño* sin esfuerzo alguno. Los cronistas quieren que el rey godo, á semejanza de David, se enamorase, en el baño, de la mujer que tan fatal habia de ser á España: bastaba con esto para demostrar por una série de silogismos irrefragables que el tal resto de puente no pudo ser otra cosa que un baño.

Tal es el fundamento de la tradicion.

ALLÁ VAN LEYES, DONDE QUIEREN REYES.

De muy antiguo venian los Pontífices queriendo cambiar el rezo gótico llamado tambien *toledano* por la particular afeccion y respeto que Toledo le tenia, y *muzárabe* por que era el seguido constantemente por los cristianos, que viviendo en las poblaciones dominadas por los árabes hablaban su lengua y eran juzgados por sus leyes; (1) pero todos sus esfuerzos se estrellaron en Castilla hasta el reinado de Don Alfonso VI, en cuyo tiempo señalan los cronistas los dos juicios de Dios que se narran en la leyenda. El cronicon de Búrgos citado por Florez, en su *España Sagrada.* da testimonio del primero en esta forma: *Era MCXV. En este año lucharon dos campeones por la ley romana y la toledana, el Domingo de Ramos. Uno era castellano y otro Toledano. y fué vencido éste por aquel.»*

El arzobispo D. Rodrigo se refiere muy detalladamente al segundo en su historia de *Rebus Hispaniæ*, y aunque no falta quien juzgue apócrifas ambas especies, un célebre his-

(1) Diferentes y divididas son las opiniones que corren como verdaderas sobre el nombre de *muzárabes* que se aplicaba á estos cristianos. Mientras unos lo derivan de *mixtárabes*, palabra latina que significaria la mezcla de los dos pueblos, otros creen que *muza* en árabe quiere decir cristiano, y le dan el mismo signicado. Y no falta escritor que vá á buscar su etimologia en la voz *mustarabá* con que, segun Mondejar, designan los árabes á los que no siéndolo por su nacimiento se arabizaban despues.

toriador sale al encuentro á los incrédulos, fundándose en que puede decirse que son coetáneos los testimonios citados, pues el Crónicon se remonta al siglo XII, y el arzobispo don Rodrigo escribia su historia á principios del XIII y en el mismo lugar de los sucesos; de modo, que aún podian haber llegado hasta él de viva voz, y sus abuelos pudieron presenciarlos.

De todos modos, el hecho no deja de tener precedentes. Segun el P. Florez en la obra citada, tratándose en el siglo VIII de extinguir el oficio Ambrosiano de Milan en tiempo del Papa Adriano I, y oponiéndose á ello el obispo Eugenio, se redujo la competencia á poner los dos misales sobre el altar, y adoptar el que primero se abriese sin auxilio natural ninguno; y abriéndose los dos á la par, se dió la misma sentencia, mandando que el ambrosiano quedase en sus iglesias y el romano en las demás.

En la iglesia muzárabe de San Lúcas, en Toledo, consérvase un cuadro bastante antiguo que representa el acto de ser arrojados al fuego los dos misales gótico y latino, y se ve al último saltar de la hoguera como si ésta lo rechazase de sí. La Vírgen de la Esperanza parece presidir el juicio, que es presenciado por una porcion de caballeros vestidos á la manera morisca.

*
* *

La misma tradicion refiérenla otros de distinta manera, diciendo que el que fué consumido por las llamas fué el misal romano y el muzábare el que saltó intacto de ellas como si el fuego no se atreviera á destruir aquellas páginas benditas, inspiradas por el mismo Dios. Como en todas las tradiciones sobre las cuales hay más de una version, yo he seguido en esta la más popular y la he trascrito tal como muchas veces la he oido referir.

*
* *

Siete iglesias quedaron en Toledo autorizadas para conservar aquella respetable antigualla, inalterable á través de los siglos desde los tiempos apostólicos, y á todas ellas concedió grandes privilegios D. Alfonso VI, queriendo atenuar en algo la falta que hácia la opinion general de su pueblo

habia cometido; pero el tiempo, que todo lo concluye, hizo que este rito fuese decayendo y perdiendo su importancia aun en estas mismas iglesias, en que quedó reducido solamente á ciertas solemnidades.

Entonces fué cuándo Cisneros, que no queria que se perdiese tan respetable recuerdo, erigió en la catedral de Toledo (año 1500) una capilla en la cual se diese el culto con el antiguo rito muzárabe, y allí es donde únicamente se conserva, en la antigua ciudad que en otro tiempo le dió su nombre.

LAS JUSTICIAS DEL REY SANTO.

Hé aquí lo que dice Gamero sobre esta tradicion:

—«Mandó el rey decapitar al alguacil mayor de esta ciu»dad Facundo Gonzalo segun unos, y Fernando Gonzalez »segun otros, por haber atropellado la honra de dos donce»llas; y dícese que las dos figuritas de mármol blanco y labor »tosca que se divisan en el último cuerpo de arquitectura de »la *Puerta del Sol*, simbolizan esta justicia, representando á »las dos mujeres ultrajadas, y sobre sus cabezas, en un pla»to, la del violador infame que abusó de su autoridad y de su »posicion para mancillarlas. Añádese que el rey confiscó sus »bienes al D. Fernando, entre los que figuran el señorío y »dehesa de Yegros, que donó al hospital de Santiago, funda»do en el siglo XII por un Maestre de esta órden.»—

Grandes recuerdos dejó en el ánimo de todos esta venida á Toledo del rey Santo. En un M. S. de *Antigüedades* de una Biblioteca particular, se lee lo referente al año sétimo del rey y 1224 de J. C.:—«Viniendo á Toledo, como á la »sazon obiese grandes revueltas mandó prender á los causa»dores de ellas i sentenciarlos; i á muchos cortaron los piés »y manos; i otros ahorcaron i cocieron vivos en calderas; i hicieron otras grandes justicias.»—

Ningun documento coetáneo dice, sin embargo, nada sobre el verdadero orígen del grupo de piedra enclavado sobre las ojivas centrales de la *Puerta del Sol*; así que los críticos tienen que contentarse con la opinion del pueblo para

explicarse su existencia en tan grandioso monumento árabe. Solo hay un dato irrecusable. Consta que en 1224 la dehesa de Yegros fué cedida por el rey al hospital de Santiago. En la seccion de Beneficencia del archivo provincial aún puede verse un gran plano de esta posesion, plano sumamente antiguo, que se dá como perteneciente á dicho hospital por el rey Santo. Este es el único fundamento, aunque algo débil, en que pueda apoyarse el que quiera buscar la razon de esta leyenda; pues verdaderamente es digno de atencion que el rey pudiese disponer á su antojo de una posesion particular.

Don Manuel Assas, en su *Toledo Artístico*, al tratar de la *Puerta del Sol* y del pequeño grupo, recuerdo de las justicias de Don Fernando III, no conformándose con la explicacion del pueblo, apunta otra que yo trascribo sin discutir y solo por recojer en esta nota cuanto se haya dicho sobre el asunto: dice que en un principio se dedicó la puerta á San Juan Bautista, y que su cabeza es la que se vé en el plato sostenida por dos de sus discípulos.

Esto es cuanto he encontrado sobre esta antigualla.

LAS BODAS DE ABDALLAH.

Todos los historiadores de Toledo y diferentes crónicas de la Edad Media, hablan de esta proyectada union entre un rey moro y una infanta cristiana.

La poesía vino en apoyo de la tradicion y varios romances narran todavía con vivos colores el hecho referido en la leyenda. Hé aquí uno de ellos sacado del *Romancero* compilado por D. Agustin Durán:

En los reinos de Leon
El quinto Alonso reinaba;
Una hermana tiene el rey;
Doña Teresa se llama.
Audallá, rey de Toledo,
Por mujer se la demanda
Y el rey con muy mal consejo,
Lo que pide le otorgaba.
Movióse el rey á hacerlo
Porque el moro le ayudaba
Contra otros reyes moros
De quien él se recelaba.

Mucho á la infanta le pesa
En se ver tan denostada
De la casar con un moro
Siendo la infanta cristiana.
No aprovechan con el rey
Las lágrimas que lloraba
Ni los ruegos que le ruegan
Para revocar la demanda.
El rey la envió á Toledo
A donde Audallá estaba:
Recibióla bien el moro;
En la ver mucho se holgaba.
Procuró de haber su amor;
Quiere gozar de la infanta:
Ella con crecido enojo
Aquesta razon hablaba;
—Yo te digo que no llegues
A mí, porque soy cristiana,
Y tú, moro, de otra ley
De la mia muy lejana;
No quiero tu compañía,
Tu vista no me agradaba;
Si pones manos en mí
Y de tí soy deshonrada,
El ángel de Jesucristo
A quien él me ha dado en guarda
Herirá ese tu cuerpo
Con su muy tajante espada.—
No se le dió nada al moro
De lo que la infanta hablaba:
Cumplió en ella su querer,
Dueña el moro la tornaba.
Dende á muy poco rato
El ángel de Dios lo llaga:
Dióle grande enfermedad,
Sobre el moro cae gran plaga.
Cuidó el rey ser d'ella muerto
Y que de tal mal no escapa:
Llamó á sus ricos-hombres,
Con la infanta los enviaba
A Leon, donde está Alfonso:
Gran presente le llevaban
De oro y piedras preciosas,
Que en gran valor estimaban.
Llegados son á Leon,
La infanta monja se entraba,
Do vivió sirviendo á Dios
Honesta vida muy santa,
En aqueste monasterio,
El que de las Huelgas llaman.

Despues de señalar el sábio compilador el anacronismo en que incurre el poeta desconocido al hacer profesar á doña Teresa en el monasterio de las Huelgas, edificado tres siglos más tarde por Don Alfonso VIII de Castilla, hace notar que el mismo hecho se ha atribuido en otra tradicion á la

infanta Doña Elvira, hija del rey Don Ordoño, á quien casaron con el rey moro de Valencia.

El carácter de Abdallah es un punto que la crítica histórica no ha puesto en luz todavía. Mientras unos creen, con la leyenda, que hubo un rey de Toledo de ese nombre, otros afirman que era un simple gobernador de la ciudad; otros, en fin, ponen en duda su existencia. Pero reconociendo que algo de verdadera debia tener una tradicion tan estendida, van á buscar en otra parte el mahometano marido de Doña Teresa. De estos últimos es Mr. Dozy.

El célebre orientalista holandés, en su obra titulada *Investigaciones acerca de la Historia y de la literatura de España durante la Edad Media* se hace cargo de la leyenda repetida en las crónicas españolas y arábigas, de una princesa cristiana casada con un príncipe musulman; pero descartando del maravilloso relato, que él toma de Pelayo, obispo de Oviedo y escritor del siglo XII de nuestra Era, la personalidad de un rey de Toledo en quien no reconoce fuerza alguna para imponer á Alfonso V el sacrificio de entregarle á su hermana, supone que la infanta Doña Teresa fué casada con Almanzor, el gran visir del imbécil Hixem II, y sólo á la muerte de su marido y como resultado de las paces firmadas entre Alfonso V y Mudhafar, hijo y sucesor de Almanzor, volvió á Leon y profesó en el convento de San Pelayo, de Oviedo, donde murió el 25 de Abril de 1039. La existencia de Doña Teresa no le presenta duda alguna, pues la prueban diversas cartas de donacion firmadas por dicha señora, cuyo retrato,—segun Mr. Dozy,—existe en el cartulario de Compostela, y la representa con cetro y corona, circunstancia en que vé *una alusion á su matrimonio con un príncipe musulman*.

Y en apoyo de la hipótesis que sostiene, cita el siguiente pasaje del escritor árabe Ibn-al Jatib, referente al gran Almanzor:

«Almanzor hizo cerca de setenta campañas, conquistó provincias, arrancó los escaramujos de la impiedad, humilló á los incrédulos, desordenó las filas de los infieles, rompió las cruces, recorrió el país de los enemigos hasta sus últimos confines y les impuso tributos. El Jefe de los rumíes le

tenia tanto miedo que quiso unir su casa á la suya y le ofreció su hija; ésta fué entonces la favorita de Almanzor y sobrepujó á todas sus compañeras en piedad y en virtudes.»

Con este testimonio, Mr. Dozy cree que la infanta Doña Teresa fué dada en casamiento como prenda de paz, á Almanzor por su mismo padre Don Bermudo II, rey de Leon.

SANTIAGO DEL ARRABAL.

Mucho se ha discutido sobre si la predicacion de San Vicente ocasionó víctimas á los judíos ó fué solamente pacífica y convirtió á las masas israelitas con el poder de la palabra: en lo que se refiere á la predicacion citada en la tradicion de Santiago del Arrabal, es imposible tratar de defender esto último.

Consta, en efecto, que aquel dia electrizados los cristianos, entiéndase bien, los cristianos, por la voz del santo, se dirigieron á la sinagoga principal de los judíos, sita entre el Tránsito y San Juan de los Reyes, llevando el santo á su cabeza, y la bautizaron dándola el nombre de Santa María la Blanca, y poniéndola bajo la advocacion de San Benito. Amador de los Rios, en su «Historia de los judíos en España,» examinando la cuestion bajo un punto de vista eminentemente católico, insiste, á pesar de esto, en que aquel dia no hubo sangre; confiesa que San Vicente, al ver que no conmovia á los judíos de Toledo, al contrario de lo que le sucedia en todas partes, bajó irritado del púlpito y con los cristianos que le siguieron se dirigió á la sinagoga. Prescindiendo de que esto es un ataque al derecho de gentes, ataque que nada disculpa, si escusable en las masas ignorantes, digno de reprobacion en un hombre á quien tan imbuido del espíritu del Evangelio se nos presenta como á San Vicente, prescindiendo de esto, digo, parece imposible que se niegue nadie á deducir de tales hechos las consecuencias evidentes que de ellos se desprenden, pues es de suponer que los cristianos, entusiasmados como iban y fresca aún en su imaginacion la matanza de años anteriores, no irian á la sinagoga con mucho miramiento, á contentarse con bautizarla

para complacer al santo; á más que, por mucha paciencia que se conceda á los judíos, hay que reconocer que harian alguna resistencia para impedir que de este modo se les arrebatase su sinagoga principal. Esto es lo que se consigue queriendo sacar las cosas de su corriente natural: formar una situacion imposible.

Pero por si no fuera bastante el sentido comun para comprender cómo pasaron los hechos, hay un testimonio nada sospechoso en favor de las matanzas: un «Memorial de algunas cosas notables de la ciudad de Toledo, dirigido al rey Don Felipe II por D. Luis Hurtado de Mendoza en 1576, y en el cual se cita como cosa digna de mencion «la casa de la Si»nagoga cabe Sant Benito, cuya Sinagoga de Sancta María la »Blanca consagró Sant Vicente Ferrer con mano armada en »mil y quatrocientos y beinte y cinco.»

No creo que el pequeño error de fecha que hay en esta noticia sea bastante á poner en duda la veracidad de su autor, que en el tiempo en que escribia no puede suponerse que trataba de ofender la memoria del santo, ni es tampoco de presumir que dirigiendo su Memorial al rey Don Felipe II, fuera á insertar en él noticias falsas ó cuya comprobacion no fuese fácil.

En la parroquia de San Lúcas se conserva todavía el crucifijo que usaba San Vicente en sus predicaciones.

LA CUEVA DE HÉRCULES.

Desde muy antiguo son conocidas de los cronistas las creencias del vulgo sobre la *Cueva de Hércules*, existente en Toledo en el mismo sitio en que luego se alzó la parroquia de San Ginés, y todos ellos han hecho grandes investigaciones para averiguar el verdadero destino de ella. Unos opinan que Hércules la fundó, á semejanza de lo que hizo en Africa, segun Pomponio Mela y en Gibraltar segun Strabon, para que quedase memoria eterna de sus hechos ó para templo en que se le diere culto; otros la creen obra de los romanos, bien cloaca en que se recogian las aguas súcias é inmundicias de la ciudad, bien camino seguro y fácil por el cual podian

retirarse sin ser vistos de sus contrarios, caso de verse atacados y tener que abandonar la poblacion. Y no falta, por último, quien sospeche que en ella se reunian los cristianos durante las persecuciones que sufrieron, teniéndola como retiro, iglesia y cementerio.

Esta vaguedad, y el asegurar algun crédulo cronista que á ella acudian los nigromantes de toda España á ejercitarse en la mágia y á hacer sacrificios humanos, han dado márgen, sin duda, á las mil leyendas y tradiciones inventadas sobre ella. Y tales llegaron á ser los cuentos supersticiosos, que inspiraron al cardenal Siliceo la idea de acabar con ellos y hacer ver su error al pueblo que únicamente podia conseguirse mandando reconocer la cueva. Hé aquí cómo refiere estos trabajos Salazar de Mendoza en su crónica del gran cardenal de España, publicada el año de 1625:

—«El año de 1546 la quiso reconocer el cardenal D. Juan »Martinez y Siliceo, y para este efecto la mandó limpiar y »prevenir. Entraron por ella algunos hombres con linternas »y cuerdas, que iban dejando para la vuelta, con provision »de comida y bebida. Halláronla muy fresca y húmeda por »ser verano, y habiendo entrado por la mañana salieron al »anochecer. Declararon con juramento, que habiendo caminado como media legua entre Levante y Septentrion, aun»que á ellos les pareció que cuatro leguas por el trabajo con »que iban, toparon unas estátuas, á su parecer de bronce, »sobre una ara y que cayó una de ellas con ruido que los es»pantó. Pasando adelante toparon con un curso de agua que »no pudieron atravesar por no tener recado de ello, y causó»les mucho miedo por la fuerza con que corria. Desde allí se »volvieron penetrados del frio y de la humedad, y enferma»ron y murieron casi todos.»—

Esto aumentó las hablillas del vulgo en vez de disminuirlas, por lo cual mandó el cardenal que se cerrase la cueva, siguiendo así hasta 1851, en que se formó en Toledo una sociedad para reconocerla nuevamente; y así se hizo limpiándola—dice Gamero— «en un espacio de 50 piés de largo »por 30 de ancho, en el que se alzan tres grandiosos arcos »de buena piedra sillería y dos muros de lo mismo á los cos»tados de estos, sosteniendo dos fuertísimas bóvedas, de cons-

»truccion evidentemente romana.»—Llegados con esto á la peña viva no pudieron seguir adelante, y tuvieron que contentarse con lo que habian obtenido.

EL POZO AMARGO.

¡Las tradiciones se van!—Hé aquí el grito de angustia que exhalan de tiempo en tiempo los curiosos amantes del pasado al ver cómo desaparecen casas y señales, vivas memorias de añejos hechos sucedidos y base de fantásticas leyendas en que la imaginacion del pueblo conservó algo de su modo de ser. Yo mismo no pude contener esa exclamacion cuando el brocal del pozo que dió su nombre á la calle de que se hace mencion en el texto fué arrancado de su sitio y sustituido por una plancha de hierro al nivel del empedrado. Con él se iba la tradicion, ya medio olvidada. Ahora el viajero extrañará el nombre fatídico de aquella calle larga y estrecha, siempre sombría, siempre silenciosa, que va á terminar al rio, y en vano buscará á su alrededor la causa de tal denominacion; cuando este nombre sea sustituido por otro, cesará hasta todo motivo de curiosidad. ¡Cuántas otras tradiciones se han perdido así! Por eso me he apresurado á recoger esta en mi cartera de recuerdos toledanos, cuando ví la desaparicion del pozo.

LA PEÑA DEL MORO.

Esta es la tradicion que más en desacuerdo está con la historia en cuanto al carácter de los personajes. Yahia, pérfido, traidor y cobarde en la realidad, es noble, generoso y valiente en la leyenda. Sobeyba, rayo de sol que brilla en medio de la noche de aquellos largos años de sitio y sufrimientos, no aparece en la historia; Abul, en cambio, aunque con otros nombres, es mencionado por todos los cronistas.

Pisa, en la segunda parte (M. S.) de su *Historia de Toledo*, dice hablando de la ermita de San Pedro y de San Félix (vulgarmente de San Pedro de Saelices):—«Junto á esta

»ermita está la *Peña* que llaman del *Rey Moro* que tomó el »nombre de cierto rey moro que en el cerco de Toledo ha»bia jurado de no partir de allí sin ganar á Toledo, aunque »le sucediese la muerte, y le enterraron en aquel sitio.»—Fólio 20.

Parro, en su obra sobre Toledo, cita como cosa digna de mencion cerca de la Vírgen del Valle el cerro inmediato á esta ermita y que domina todos los contornos. «Llaman á este »elevado pico—dice—la *Peña del Rey Moro*, porque es tra»dicion que uno de los caudillos sarracenos que en los pri»meros años despues de reconquistar Don Alfonso VI á To»ledo vinieron á ver si podian tomarla de nuevo, parece que »contemplando desde este sitio la hermosa perspectiva que »ofrece la ciudad, dijo y juró no se partiria de allí sin apo»derarse de ella ó morir en la demanda; y habiendo sucedi»do esto ultimo, se supone fué enterrado en la concavidad de »una peña aislada que está allí socabada en efecto artificial»mente á manera de sepultura, aunque no sabemos qué des»tino haya podido tener, pues la piedra no ha sido nunca »movida de aquel agreste sitio: aún hay la coincidencia de »que otros dos grandes cantos de bastante diámetro y enor»me peso que se encuentran, por algun movimiento natural de »terremoto ú otra causa ignorada, colocados el uno sobre el »otro sin liga alguna, semejan, mirados á cierta distancia y »en determinada direccion, la cabeza de un moro ceñida de »su turbante.» —Lib., II. Secc. II. Cap. III.

UNA NOCHE TOLEDANA.

A cuatrocientos, segun unos; á cinco mil, segun otros, ascendió el número de víctimas sacrificadas á la venganza del feroz Amrú, en la célebre *noche toledana.* Conde se declara por la primera opinion; Pisa por la segunda; Aben Adhari dice que fueron setecientos. Si la historia no puede señalar á ciencia cierta la cifra exacta de nobles caballeros que perdieron la vida por tan miserable traicion, no vacila, en cambio, al apuntar el efecto que causó en el pueblo, impotente para rebelarse contra ella. El barrio donde tuvo lugar, quedó

desacreditado para siempre, y todos los cronistas toledanos hacen constar, que desde entonces «cuando uno se obligaba á »dar á otro casa ó vivienda en Toledo, se estipulaba como »condicion corriente que no habia de estar en aquel sitio.» Oíanse ruidos en el interior del palacio y espectros sangrientos paseaban por sus almenas, llevando el terror al ánimo de los habitantes de la vieja ciudad morisca. Y tanto cuerpo tomaron los rumores, que movieron á los gobernadores árabes á abandonar el funesto alcázar situado en Montichel, en el barrio de San Cristóbal, para trasladarse al que hoy es colegio de Santa Catalina, donde á fines del siglo siguiente, en tiempo de Abdallah, los encontramos ya establecidos.

El conde de Mora, en su *Historia de Toledo*, hace indicaciones sobre el lugar exacto en que se desarrolló la tragedia descrita; pero esas indicaciones, subsistentes, sin duda, en su tiempo, se han perdido hoy. Se sabe que el palacio de Amrú se alzaba en el barrio de San Cristóbal; pero se ignora en qué parte de este barrio.

*
* *

Llaman algunos *noche toledana* á la que en 1468 pasó en Toledo Enrique IV. Habíase declarado en rebeldía la ciudad, y el rey, á quien habian dicho algunos parciales suyos que todo se arreglaría si él viniera, entró en ella de incógnito; pero sorprendido por los rebeldes, tuvo que sostener sangrienta lucha en las inmediaciones del Convento de San Pedro Mártir, en que vivia el Obispo de Badajoz. fray Pedro de Silva, con quien estaba hospedado el monarca, y salió de la poblacion antes de amanecer con ménos prestigio y ménos autoridad de la escasa con que habia entrado.

La locucion popular no se refiere á este tiempo, sin embargo, sino al siglo IX. Tal es la opinion de todos los que tratan este asunto, aún de los mismos que se hacen eco de las dos versiones.

EL CRISTO DE LA MISERICORDIA.

Ningun testimonio escrito, por más que lo he buscado con empeño, he podido hallar referente á esta tradicion. El único libro en que la ha leido el pueblo con los ojos de la fé,

es el muro de piedra de la iglesia de San Justo, en el ángulo que forma con la calle que se dirige á San Juan de la Penitencia. Allí, al pié de la imágen del *Cristo de la Misericordia*, se ven las rayas que cruzan el sillar que, segun la leyenda, se abrió para que en él se ocultase D. Diego de Ayala, volviéndose á cerrar tras él. Esta tradicion, pues, estaba destinada á desaparecer conforme se borrase de la memoria de los toledanos—como sucede con la del *Pozo Amargo*—y por eso, el dia en que la oí de los lábios de un anciano, hijo de la ciudad y padre de un querido amigo mio, me apresuré á apuntarla en mi cartera. ¡Dichoso yo si llamando hácia ella la atencion, consigo salvarla del olvido que con seguridad la amenazaba!

DON DIEGO DE LA SALVE.

Ya al tratar la leyenda referente al cambio del rito muzárabe por el romano, se hizo mencion de un cuadro existente en la parroquia de San Lúcas, que representa el acto de arrojar en el fuego los dos misales, presenciado por una multitud de personas que visten traje morisco, y presidido por la Vírgen de la Esperanza. Frente á este lienzo, que está bastante mal pintado, sin que sea preciso entender mucho de pintura para conocerlo, hay otro, del mismo autor, de la misma época y de igual *factura* que conmemora la *Salve* de los ángeles. Arrodillados ante el altar que sustenta la imágen de la Vírgen, cúatro hermosos mancebos con las álas estendidas tañen diversos instrumentos con que acompañan sus cantos á María. En el fondo se agolpa la multitud asombrada ante el prodigio. Ambos cuadros están fechados en 1743.

Muchos son los cronistas toledanos que hacen mencion del milagroso suceso. Quintana Dueñas, en su obra *Santos de Toledo y su arzobispado*, ha recojido de lábios del pueblo esta leyenda, que data de principios del siglo XVI, y Pisa en la segunda parte, inédita, de su *Historia* de la gran ciudad y cási todos los que despues de él han escrito sobre Toledo, han copiado el relato con todos sus detalles, conservando el nombre, Gaspar Manso, del cura de la parroquia

que avisado por sus feligreses acude así que tiene noticias del prodigio y es uno de sus más fervorosos admiradores.

GALIANA.

Es, seguramente, una de las tradiciones más estendidas de Toledo, la que trata de Galiana,

> la mora más celebrada
> de toda la morería,

como dice el inolvidable Moratin en el bello romance en que trata de esta princesa musulmana. Y no son solo las historias de Toledo, sino las generales, las que se ocupan de ella; en ninguna relacion de los sucesos de esta época falta la historia de amores en que tan importante papel representa el gran Carlo-Magno, objeto de tantos otros romances y héroe cien veces alabado de la poesía popular.

Y no la conceden ménos preferencia los viajeros. Heridos todos los que visitan la imperial ciudad por la poética situacion de estas ruinas, que se alzan en las orillas del Tajo, en medio de la florida vega, rodeadas de árboles pomposos, todos ellos preguntan su nombre y lo guardan con empeño entre sus notas de viaje.

Algunos autores han hecho grandes esfuerzos por hacer posible la tradicion en vista de lo estendida que está, y de que todos sus personajes son históricos, lo cual hace creer que existe en ella un gran fondo de verdad. Garibay, en el lib. XXXVII de su *Compendio Historial*, dice: «Hay »quien da por sucedida esta historia; pero hay una discor»dancia de más de 200 años entre ella y él. Es casi seguro »que hubo un rey moro que se llamó Galafre. Lo es asímis»mo que en Francia, y en Burdeos sobre todo, se ven edifi»cios antiguos que llevan el mismo nombre de Galiana que »los palacios de Toledo, lo cual hace creer que existió esta »y que un caballero francés, llamado Cárlos, nombre muy co»mun, la llevó á Francia; pero éste no pudo ser Carlo-Magno.»

Alcocer reconoce tambien la imposibilidad de que el Cárlos de la leyenda fuese el hijo del rey Pepino, y lo mismo Pisa y Mora. Este último arriesga la idea de que no fué

Carlo-Magno, sino su hermano menor, llamado Cárlos como él, el que vino á Toledo atraido por la fama de la hermosura de Galiana, ó enviado por su padre á prestar ayuda á Galafre contra las exacciones del califa Abderrahman, con quien se hallaba en guerra á la sazon. Y para que ninguna opinion falte en esta controversia, hay quien cree que el príncipe extranjero acogido en la córte musulmana con tanta consideracion y alojado en los palacios de la princesa, es Alfonso VI, á quien la tradicion ha confundido, no se sabe cómo, con Carlo-Magno. En todo caso, podia sostenerse esta opinion sustituyendo tambien á Galiana y citando en vez de ella á Zaida, la hija de Ebn-Abed, el rey moro de Sevilla, convertida al cristianismo y casada con Alfonso despues de su proscripcion.

A pesar de todas estas discusiones, el pueblo ha unido en su imaginacion las dos figuras de Galiana y Carlo-Magno, y puede asegurarse que contra todo lo que demuestren los sábios y los eruditos, permanecerán unidas y no se separarán nunca.



Sea de esto lo que quiera, las descripciones que del palacio se hacen le presentan como una hermosa mansion de hadas. Balbuena en *El Bernardo* lo adorna con las galas de la poesía; Lozano le vé en sus *Reyes Nuevos* por el prisma fascinador con que vé todas las cosas y hace de él una region verdaderamente maravillosa; Gamero en sus *Cigarrales*, habla de sus *clepsydras*, jardines y juegos de agua. Hoy sólo restan de tan renombrado alcázar dos torreones y algunos muros que forman un cuadro, todo desmoronado. En el centro del muro que mira al Norte se vé todavía un gran arco de herradura, que debió ser la entrada del edificio y á cuyos lados hay dos primorosas ventanas árabes sumamente deterioradas. En el interior rodean este arco que fué la entrada principal arabescos ya muy estropeados, entre los cuales hay algunas inscripciones ilegibles. Hoy viven allí unos pobres hortelanos, que ignoran, sin duda alguna, la historia de su vivienda.

LA PENITENCIA DE ACUÑA.

No están conformes los detractores del obispo con la opinion popular que hace partir de otros la idea de su eleccion al arzobispado de Toledo. Y es que las plumas interesadas de los escritores contemporáneos á las comunidades se movian inspiradas por el ódio y bajo el poder de los vencedores, mientras el pueblo, herido por todo lo grande, no podia olvidar en Acuña al prelado muerto por la defensa de sus derechos en el castillo de Simancas. Así que en tanto aquellos le presentan como un ambicioso y un miserable, la voz del pueblo trata de atenuar en lo posible las faltas que cometió. No de otra suerte se ha obrado con Padilla, carácter noble y levantado segun unos, y débil y apocado segun otros; y con su viuda doña María Pacheco, á quien Guevara y Alcocer presentan como una ambiciosa vulgar, á quien dotan de todos los vicios que pueden caber en un pecho femenino, mientras el pueblo la admira como á una heroina y la respeta como á una mártir. Es la misma historia de Pedro I. Llámenle *cruel* cuanto quieran los cronistas y los historiadores, el pueblo en sus tradiciones, en sus consejas, en su poesía le llamará constantemente *Justiciero.*

Esta benevolencia no podia faltar á Acuña, muerto por defender la causa popular contra el emperador. De aquí que la figura del prelado zamorano no aparezca manchada en la imaginacion del pueblo. Herido éste por el acto cometido en la catedral, condena el sacrilegio hecho á su templo más querido, el agravio hecho á la Vírgen del Sagrario; pero aparta de la cabeza del obispo la responsabilidad de la iniciativa, y condenándole con benevolencia acaba por perdonar á los culpables, porque la causa que servian era justa. Aun los que más severamente tratan á Acuña no pueden ménos de someterse á esta influencia. El presbítero Juan de Chaves, autor de un libro inédito de ceremoniales en que á partir de 1085 se describen las funciones religiosas que se celebraron en la catedral por venida á la ciudad de reyes, fallecimiento de arzobispos y otros sucesos notables, refiere así el hecho en que se basa la leyenda:

«Viernes Santo del año 1521, estando en esta santa Igle-
»sia de Toledo en Tinieblas, entró en ella D. Antonio, Obis-
»po de Zamora; y como entró en esta santa Iglesia muchos
»vellacos de la Comunidad, le tomaron y trageron por la Igle-
»sia y lo sentaron en la silla del Arzobispo diciendo que ha-
»bia de ser Arzobispo y hicieron dejar las tinieblas y cada
»uno se fué como pudo...»

ÍNDICE.

PÁGINAS.







